

JAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA



EL
PARNASO
MEXICANO



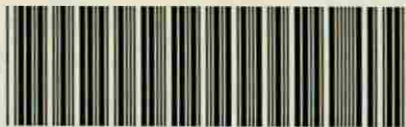
TÓNOMA
PQ7250

.P3

A7

v. 3
VERAL DE

003485



1080019205



El Parnaso Mexicano.

MANUEL OARPIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Carilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

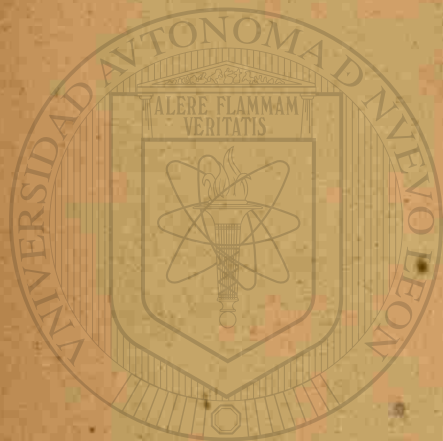
Manuel Oarpio



Carilla 111
Biblioteca de la Universidad



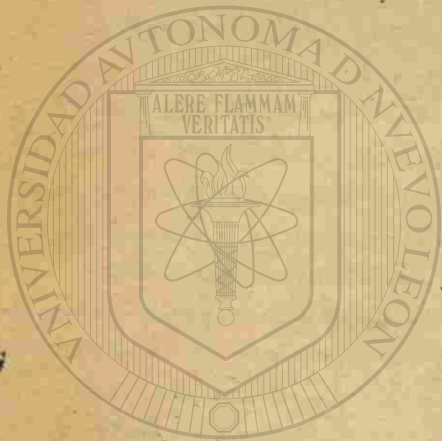
Manuel Caspio
[Signature]



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1. Antonio Plaza - Rosas
Moreno - Acuña - Villalón
López de Mendoza - Mateos -
Bencomo - Sosa - Mourroy -
Calderón - Nájera Rafael -
Gutiérrez Zamora - Pérez Sala-
zar Manuel - Luis G. Ortiz.
2. Fernando Calderón - U. Rinda
Palacio - Juan de Dios Peza -
Gustavo A. Baz - Francisco Zur-
co - Pantaleón Fovar - Mariano
Sánchez - José González de la Fo-
rte - Juan Antonio Vargas - Joa-
quín Félix - Marcos Arceviz -
José Rosas Moreno - Julio Espi-
nosa - José Joaquín Pisado -
José Sebastián Segura - Maria -
no Byarcano - Ricardo Domín-
guez - Ramón Aldona Joaquín
Villalobos - Francisco González
Fernández - Francisco J. J. -
Mariano J. Arredondo.
3. Manuel Flores - Ignacio M.

Altamirano - Manuel Acuña -
Manuel Carpio - F. Calderón - Rodríguez
Galván - Gustavo A. Bay - Javier Santa
María - José E. Cuellar - Ramón J. Alca-
raz - Juan de Dios Peza - Ag. F. Cuerna



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

ANTONIO PLAZA.

POESIAS



Carra Alfonsina
LIBRERIA DE ILUSTRACION
12.-PRIMERA DE SANTO DOMINGO
MEXICO

1885.



El Parnaso Mexicano.

ANTONIO PLAZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VALPARAÍSO Y TERREO

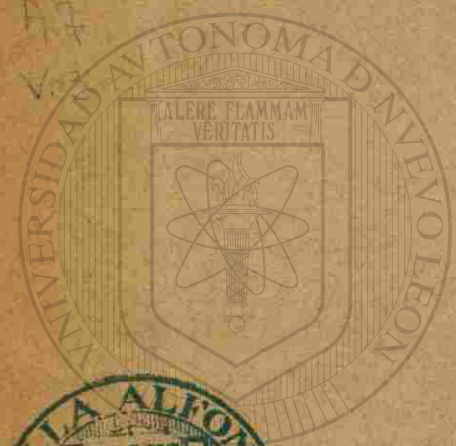
PO7250

PO 7250

P3

A7

V3



FONDO EMETERIO
VALLENDE Y TELLEZ

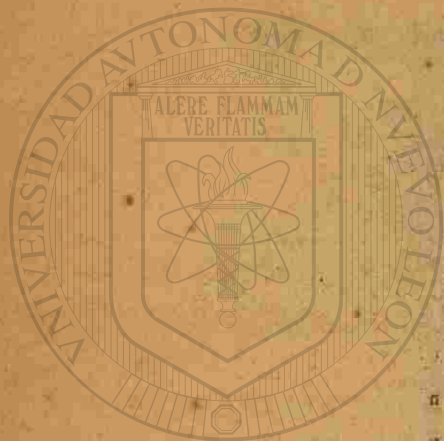


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANTONIO PLAZA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PO7250

EL PARNASO MEXICANO

ANTONIO PLAZA

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres
D. M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Pardo,
José M. Vigil, José M. Bandera,
D. D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,
Hilarión Frias y Soto
y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

México, 15 de Junio de 1885.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

40097



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

ANTONIO PLAZA.

Muy pocos poetas han alcanzado en México, una popularidad mayor que la que circundó de gloria el nombre de Antonio Plaza. Sus inspirados versos, quejas desgarradoras, de un corazón siempre combatido por el dolor, se repiten de boca en boca, haciendo nacer en todas las almas un sentimiento de viva simpatía para el cantor infortunado.

Plaza, comenzó á florecer en esa época de decadencia para nuestras letras, en que, ahogado el estro divino, en la estrechez de la forma, las composiciones líricas eran solamente, juegos y esfuerzos de la imaginación, que ni marcaban escuela, ni podían abrir para sus autores los horizontes de la inmortalidad.

003485

Sin embargo, con la intuición poderosa del verdadero genio, Plaza supo sobreponerse al gusto literario de sus tiempos y produjo obras en las cuales se halla dominando el sentimiento bajo una forma agradable.

Las múltiples luchas que sostuvo en su tormentosa vida le condujeron al más frío escepticismo, que desbordado en sus versos causa al estudiarlos una sensación de íntima tristeza.

Antonio Plaza, nació en Apaseo, (Estado de Guanajuato) el día 2 de Junio de 1833, siendo sus padres D. José María Plaza y D^a Luz Llanas. Hizo sus estudios en la capital de la República, en el Colegio del Seminario Conciliar, de donde salió para servir en el ejército á la causa de la libertad. En 1861 obtuvo su licencia ilimitada, hasta 1882 que ingresó al depósito de jefes y oficiales en su grado de teniente coronel que le habia sido conferido por el Benemérito Benito Juárez. En una de las batallas á que concurrió, un proyectil de cañón le hirió en un pié, dejándolo inútil para el resto de sus días.

Constante adalid de la prensa liberal, colaboró en muchos importantes periódicos, de los cuales recordamos "El Horóscopo," "Los Padres del Agua Fría," "La Idea," "La

Bandera Roja," "La Luz de los Libres," "El Constitucional," "La Orquesta," "La Pluma Roja," "San Baltazar" y "La Revista Mexicana." Estos periódicos, en su mayor parte, eran las hojas volantes, que encendiendo el fuego de la libertad en los corazones, impulsaron el movimiento revolucionario que modificó los destinos de la Nación.

Plaza, que vivió siempre en la pobreza, murió el 26 de Agosto de 1882 y sus restos mortales se conservan en el Panteon del Tepyac, de la Villa de Guadalupe.

Como lo manifestamos al principio, las poesías líricas de Plaza, son las que le dan derecho á vivir en la memoria de todos los que amen la bella literatura y son las que le llevaron al templo de la inmortalidad.

México, Junio 12 de 1885.

JUAN DE DIOS PEZA.

INSTITUTO DE NUESTRO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P07250

ANTONIO PLAZA.
—
A UNA RAMERA.
—

"Vitium in corde est: in oculis in altare."

San Gerónimo.

I.

Mujer preciosa para el bien nacida,
Mujer preciosa por mi mal hallada,
Perla del sólio del Señor caída
Y en albañal inmundado sepultada;
Cándida rosa en el Edén crecida
Y por manos infames deshojada;
Cisne de cuello alabastrino y blando
En indecente bacanal cantando.

II.

Objeto vil de mi pasión sublime,
Ramera infame á quien el alma adora,

¿Por qué ese Dios ha colocado, dime,
El candor en tu faz engañadora?
¿Por qué el reflejo de su gloria imprime
En tu dulce mirar? ¿Por qué atesora
Hechizos mil en tu redondo seno,
Si hay en tu corazón lodo y veneno?

III.

Copa de bendición de llanto llena,
Do el crimen su ponzoña ha derramado;
Ángel que el cielo abandonó sin pena,
Y en brazos del demonio se ha entregado;
Mujer más pura que la luz serena,
Más negra que la sombra del pecado;
Oye y perdona si al cantarte lloro;
Porque, ángel ó demonio, yo te adoro.

IV.

Por la senda del mundo yo vagaba
Indiferente en medio de los sáres;
De la virtud y el vicio me burlaba;
Me reí del amor de las mujeres,
Que amar á una mujer nunca pensaba;
Y hastiado de pesares y placeres
Siempre vivió con el amor en guerra
Mi ya gastado corazón de tierra.

V.

Pero te ví . . . te ví . . . ¡Maldita hora
En que te ví, mujer! Dejaste herida
A mi alma que te adora, como adora
El alma que de llanto está nutrida;
Horrible sufrimiento me devora,
Que hiciste la desgracia de mi vida,
Mas dolor tan inmenso, tan profundo,
No lo cambio, mujer, por todo el mundo.

VI.

¿Eres demonio que arrojó el infierno
Para abrirme una herida mal cerrada?
¿Eres un ángel que mandó el Eterno
A velar mi existencia infortunada?
¿Este amor tan ardiente; tan interno,
Me enaltece, mujer, ó me degrada?
No lo sé . . . no lo sé . . . yo pierdo el juicio.
¿Eres el vicio tú? . . . ¡Adoro el vicio!

VII.

¡Amame tú también! Seré tu esclavo,
Tu pobre perro que doquier te siga;
Seré feliz si con mi sangre lavo
Tu huella, aunque al seguirte me persiga
Ridículo y deshónra; al cabo, al cabo,
Nada me importa lo que el mundo diga;

Nada me importa tu manchada historia
Si á través de tus ojos veo la gloria.

VIII.

Yo men'igo, mujer, y tú ramera,
Descalzos por el mundo marcharemos;
Que el mundo nos desprecie cuanto quiera,
En nuestro amor un mundo encontraremos:
Y si horrible miseria nos espera,
Ni de un rey por el trono la daremos;
Que cubiertos de andrajos asquerosos,
Dos corazones latirán dichosos.

IX.

Un calvario maldito hallé en la vida
En el que mis creencias espiraron,
Y al abrirme los hombres una herida
De odio profundo el alma me llenaron:
Por eso el alma de rencor henchida
Odia lo que ellos aman, lo que amaron,
Y á tí sola mujer, á tí yo entrego
Todo ese amor que á los mortales niego.

X.

Porque así, mujer, para adorarte
Y la vida sin tí me es fastidiosa,
Que mi único placer es contemplarte:
Aunque tú halles mi pasión odiosa,

Yo nunca, nunca, dejaré de amarte.
Ojalá que tuviera alguna cosa
Más que la vida y el honor más cara,
Y por tí sin violencia la inmolará.

XI.

Sólo tengo una madre ¡me ama tanto!
Sus pechos mi niñez alimentaron,
Y mi sed apagó su tierno llanto,
Y sus vigiliás hombre me formaron:
A ese ángel para mí tan santo,
Última fé de creencias que pasaron,
A ese ángel de bondad, ¡quién lo creyera!
Olvido por tu amor. . . ¡óca ramera!

XII.

Sé que tu amor no me dará placeres,
Sé que burlas mis grandes sacrificios;
Eres tú la más vil de las mujeres;
Conozco tu maldad, tus artificios;
Pero te amo mujer, te amo como eres;
Amo tu perversión, amo tus vicios;
Y aunque maldigo el fuego en que me inflamo,
Mientras más vil te encuentro, más te amo.

XIII.

Quiero besar tu planta á cada instante,
Morir contigo de placer beodo;

Porque es tuya mi mente delirante,
Y tuyo es mi corazón de lodo.
Yo que soy en amores inconstante,
Hoy me siento por tí capaz de todo,
Por tí será mi corazón do imperas,
Virtuoso, criminal, lo que tú quieras.

XIV.


Yo me siento con fuerza muy sobrada,
Y hasta un niño me vence sin empeño.
¿Soy águila que duerme encadenada,
O vil gusano que titán me sueño?
Yo no sé si soy mucho, ó si soy nada;
Si soy átomo grande ó dios pequeño;
Pero gusano ó dios, débil ó fuerte,
Sólo sé que soy tuyo hasta la muerte.

XV.

No me importa lo que eres, lo que has sido,
Porque en vez de razón para juzgarte,
Yo solo tengo de ternura henchido
Gigante corazón para adorarte.
Seré tu redención, seré tu olvido,
Y de ese fango vil vendré á sacarte;
Que si los vicios en tu ser se imprimen
Mi pasión es más grande que tu crimen.

XVI.

Es tu amor nada más lo que ambiciono,
Con tu imagen soñando me desvelo,
De tu voz con el eco me emocio,
Y por darte la dicha que yo anhelo,
Si fuera rey, te regalara un trono,
Si fuera Dios, te regalara un cielo;
Y si Dios de ese Dios tan grande fuera,
Me arrojara á tus plantas ¡vil ramera!



Espíritu de fuego sagrado y rutilante,
Tu voz la voz domina de ronca tempestad,
Y soles mil coronan tu frente de gigante,
Y brilla en tu mirada excelsa magestad.

Señor, tú eres ántes que todo lo creado,
Antes que fuera el tiempo, Señor, ya eras tú;
El sér de gloria lleno tú sólo te lo has dado,
Tú sólo te formaste de tu espléndida luz.

Señor, eres más grande que todo lo qu' existe;
La cima de los astros es cima para tí;
Señor, tú de la nada al orbe suspendiste,
Y pléyades brillantes colgaste en el zafir.

Es tu dosel de estrellas, de luz es tu palacio,
Irradia luz de gloria tu espíritu inmortal;
Eres quien desplegaste el viento en el espacio,
Eres quien extendiste las aguas en el mar.

Tú eres, Dios divino, el Dios omnipotente;
Los cielos y los mundos brotaron á tu voz;
Un límite le puso tu voz al mar ingente,
Y al hombre, dios pequeño, tu sopro le animó.

Retiemblan, si te irritas, los ejes de los cielos;
El rayo se estremece, el sol cubre su faz;
Humillan las montañas su frente hasta los suelos,
Las fieras dan rugidos, solloza el huracán.

A tu voz imperiosa los astros se oscurecen,
Se rasga de los cielos el diáfano zafir;
Los mundos se desquician, los mares desaparecen,
El sér vuelve á la nada, si lo mandas así.

Tú eres luz sublime del cielo y de la tierra,
Eres principio eterno de sempiterna luz;
Eres la vida sólo de cuanto el orbe encierra;
Ante tí todo es nada, porqu'eres todo tú.

Los pueblos y los reyes desfilan presurosos,
Y tiempos sobre tiempos se hacinan á tu pié;
Y en nada convertidos, se pierden silenciosos,
En ese mar de sombra, callado del no sér.

Eres tú sólo eterno, omniscio impenetrable,
Son nube pasajera los siglos ante tí;
Ninguno te conoce, que tu eres impalpable,
Pero doquiera se oye tu nombre bendecir.

Señor, eres el *Eter* que Zenon adoraba,
El "TODO" que Pitágoras sumiso veneró,
El *Ser indestructible* que Platón deificaba,
La *Universal justicia* que soñó Cicerón.

Tú eres el Jehová del pueblo de Judea,
Y del remoto chino tú eres el Xanti;
Eres el sol brillante que á Cartago recrea,
Eres del persa el fuego, en él adora á tí.

Eres el Dios que adoran los astros y las nubes,
Un himno te levantan los vientos y la mar;
La flor te da su aroma, su canto los querubés,
Las aves te consagran su trino matinal.

Tú diste á la oropéndola su traje de colores,
Capullo á los gusanos, á las abejas miel,
A las arañas tela y púrpura á las flores,
Cubíl á los leones y las aguas al pez.

Del arca de Noé la brújula tú fuiste,
Y tu brazo detuvo el brazo de Abraham;
Libraste á Lot del fuego que en Sodoma encendiste,
De la ballena libre salió por tí Jonás.

A Moisés de las aguas del Nilo tú salvaste,
Y le hiciste de un pueblo manumisor feliz;
Tu Código en las Tablas por dárselo grabaste:
Tus rayos coronaron de luz el Sinaí.

Eres quien dió la ciencia infusa á los profetas,
Qu'el velo del futuro lograron levantar;
Por tí ellos inspirados, sublimes y poetas,
Al orbe predijeron grandiosa una verdad.

Hiciste al Nazareno el Sabio entre los sabios,
Por tí brilló en su frente de redención la luz;
Y aunque con vil brebaje humedeció sus labios,
El héroe del martirio, el ángel de la Cruz,

Oró por sus verdugos con santidad extrema,
Y en hórrido tormento morir supo cual Dios:
Por eso ante la Cruz, de oprobio un tiempo emblema,
Humilde y de rodillas la humanidad cayó.

.....
.....
.....
.....
.....

A tí, Dios de los hombres, cuya eternal historia
Escrita con tu sangre en el cadalso fué;
Sublime ajusticiado, monarca de la gloria,
Que fuiste de los hombres la victima también;

A tí, raudal de soles que inmensos reverberan
Doquier multiplicando sus rayos mil y mil;
A tí, la eterna dicha que los hombres esperan,
A tí del alma eterna, eterno porvenir;

A tí, Señor, te ruego con ánima gastada,
Que de mi tumba oscura la puerta se abra ya;
Arrastro una existencia, maldita, desgraciada,
Mis horas son más negras qu'el alma de Satán.

Pobre mártir, oscuro, coplero estafalario,
Un cáliz de amargura también apuro yo;
Y, como Cristo el justo, también hallé un Calvario,
Y sufro aquí tormentos que nunca EL conoció.

Es un presente horrible la vida que me diste,
La vida tan amarga que yo no te pedí:
Señor, ya no soporto la vida mística y triste;
Devuélveme á la nada..... ó llévame hácia tí.

FATALIDAD.

Encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é in-aciable mi deseo,
Palpe la realidad y odié la vida....

ESPRONCEDA.

I.

¡Ay infeliz de aquel que en torpe sueño
Ama á la vírgen que soñando vé,
Y al despertar de su febril beleño
Sueña que existe lo que sueño fué!

Y pierde ¡ay! su venturosa calma,
Y corre ciego de una sombra en pos,
Y busca un alma que comprenda su alma
Cual se comprenden la virtud y Dios.

Y el demonio le pone en su camino
Un demonio con formas de mujer,
Y el soñador en lóco desatino,
Clama:—*La vírgen de mi sueño es!*

Y lleno de ternura y de inocencia
 Idolatra al demonio como á Dios,
 Y el demonio emponzoña su existencia
 Y le arranca la fé del corazón.

II.

Hubo tiempo que agena de dolores
 Mi vida fué pasando,
 Como entre blancas flores
 Cruza feliz el aura, remedando
 La sonrisa del dios de los amores.

Era mi alma de ángel á semblanza,
 Un porvenir veía
 Brillante en lontananza,
 Y mi sensible corazón latía
 Lleno de fé, de amor y de esperanza.
 Mi alma tan pura como blanco armiño
 Y como sol ardiente
 Rebosaba cariño,
 Y con los sueños que abrigó mi frente
 Latió feliz mi corazón de niño.

En esta alma para el bien nacida
 Levantéle un sagrario
 A la que fué mi egida,
 Mi arcángel tutelar, mi relicario,
 Y el perfume precioso de mi vida.

III.

Fué una mujer mi creencia,
 Mi encanto, mi religión,
 La vida de mi existencia,
 La luz de mi corazón.

Y la amaba como ama
 El poeta su laúd,
 Como el guerrero la fama,
 Como el justo la virtud.

Como el náutico los mares,
 La vírgen su castidad,
 Como el proscripto sus lares,
 Como Dios la caridad.

Como el avaro ama el oro,
 Como el ciego ama la luz,
 Como al paraíso el moro
 Y como el mártir la Cruz.

De mi amor en el exceso,
 Mi aspiración sólo era

Poner en su planta un beso,
Y en cambio, querido hubiera

Darla por lecho la espuma,
Y por tolo de colores
Las níveas alas de pluma
Del ángel de los amores.

Y al que formó los palmeros
Rogar que su mano santa
Tegiera con sus luceros
Un tapiz para su planta;

Que al contemplarla tan bella
Quería de Dios el poder,
Para inventar un placer
Exclusivo para ella.

Para mí era su ventura
La ventura de los dos,
Y la adoré en mi locura
Como nadie adora á Dios.

Pero la verdad un día
Quebró el prisma de colores,
Y en lugar de luz y flores
Ví doblez, hipocresía.

Conocí que deificaba
A una víbora dañosa,

Que traidora y cariñosa
El corazón me picaba.

IV.

De mis sueños nacarados
El panorama cambió;
Y en escombros vi trocados
Los castillos encantados
Que la mente fabricó.

La ilusión vertiginosa
Castigó el Supremo Sér,
Porque en mi fiebre amorosa
Formé ¡imbécil! una diosa
De quien sólo era mujer.

Y eran falsos sus acentos,
Y era falsa su pasión,
Y falsos sus juramentos,
Y falsos sus sentimientos,
Y falso su corazón.

Quise yo perder el juicio
Para no sentir mi mal,
Y atardirme con el vicio
Arrojándome al bullicio
De irritante bacanal.

Y escandalosas veladas,
Y frenética embriaguez,
Y amistades depravadas,
Y mujeres degradadas,
Envejecieron mi tez.

¡Ay del que al crimen se arroja!
Es el crimen la expiación;
Yo rendido de congoja
Ví morir hoja tras hoja
Las flores del corazón.

Hallé en la amistad falsía
En el goce padecer,
En el amor ironía,
Y maldije en mi agonía
Mis momentos de placer.

Mis labios palidecieron
Y mi barba emblanqueció,
Y mis cabellos cayeron,
Y mis mejillas se hundieron,
Y mi frente se rugó.

V.

El triste corazón sólo es la umbra
Del que latiera ayer jóven y fuerte;
Lánguido está cual lámpara que alumbra
Los fúnebres altares de la muerte.

Murió mi corazón. Ni odia, ni ama,
Ni palpita anhelando los placeres
Que presenta del mundo el panorama
Con sus bailes, su gloria y sus mujeres.

Murió mi corazón. Sensible un día
De amor y aborrecer quedó cansado;
Fué convulsa y horrible su agonía,
Que murió el infeliz envenenado.

El beso de una hermosa no lo embriaga,
Ni el desden de una hermosa lo enardece;
El aplauso del mundo no le halaga,
Ni el desprecio del mundo le entristece.

Altivo roble que volvió ceniza
El rugiente volcán de las pasiones,
El dardo del dolor le martiriza
Y le niega el placer sus ilusiones.

Viejo, pobre, de tédio consumido,
Nada en el mundo á consolarme alcanza,
Que en mi rebelde corazón podrido
Ya se apagó la luz de la esperanza.

Miserable juglar, sér despreciado,
Siento que pesa en mi amarillo seno
Un lazarino corazón, preñado
De lágrimas, de sangre y de veneno.

Bajo mi pié la tierra se estremece,
 Por donde voy rencores me concito,
 Lo que aspira mi aliento languidece,
 Lo que toca mi mano está maldito.

VI.

Si quiero el ámbar de las bellas flores
 Aspirar con anhelo,
 Se mueren sus olores,
 Y si las toco, ruedan por el suelo
 Sus transparentes hojas de colores.

Cuando la sed terrible me devora,
 Si encuentro los cristales
 De vertiente inodora,
 Y mis labios acerco, en lodazales
 Se convierte la linfa bullidora.

Si de una arpa el concento apetecido
 Se oye sonar distante,
 Y escucho conmovido,
 Se revientan sus cuerdas al instante
 Y al reventar murmuran un gemido.

Si oigo cantar un pájaro, emudece;
 Y si el sol en la cumbre
 Del mundo, resplandece,
 Y quiero un rayo de su viva lumbre,
 El sol entre las nubes descrece.

Nuncio del mal, gitano pordiosero,
 Es mi laúd si canto
 Fatídico agoreero,
 Que es mi voz, si en la noche se levanta,
 Del cáraño el gemido lastimero.

Si ante Dios de Israel caigo de hinojos,
 Del templo en las baldosas,
 Con iracundos ojos
 Me miran las imágenes piadosas
 Y me vuelven el rostro con enojos.

Si quiero orar, se anuda mi garganta,
 Y sin querer agravio
 La Omnipotencia santa,
 Que audáz murmura el receloso labio
 Torpe blasfemia que aún al cielo espanta.

Baña helado sudor mi faz rugosa
 Y me falta el aliento,
 Y una voz pavorosa,

Salte! — me dice — y salgo, porque siento
 Que me empuja una mano misteriosa.

Sér de fastidio y maldición enblema,
 Loquier estoy proscrito,
 Y mi frente se quemaj,
 Porque en mi vieja frente se halla escrito
 De un cielo vengador el anatema.

Ni siquiera en llorar hallo consuelo,
 La fuente está agotada,
 Y mi llanto es ¡oh cielo!
 Una ronca, estridente carcajada
 Que me postra sin fuerzas en el suelo.

VII.

Mas... pronto moriré. ¡Soy desgraciado!
 Y mi cuerpo que acaso dormirá
 Insepulto en camino abandonado,
 De ración á los perros servirá.

Triste es morir en orfandad penosa,
 Transida el alma, yerto el corazón;
 Sin que la madre ó la querida esposa
 Riegue con llanto el fúnebre crespón.

Triste, muy triste es al dejar el mundo
 Tender la vista en derredor de sí,
 Y balbucir con labio moribundo:
¡Ya no hay q' ríen tenga compasión de mí!

VIII.

Y ¿qué importa morir?—¡Una careta!
 Me vuelvo al carnaval que llaman vida,
 Entre esa turba del cinismo atleta

Voy á burlarme de mi propia herida,
 A embromar, á reír en danza inquieta
 Aunque esté el alma de veneno henchida.
 Y aunque ruede beodo al precipicio
 Quiero reír hasta perder el juicio.

Y sufriré, mas sufriré callando,
 No quiero que se burlen de mis males;
 Riendo siempre me voy cruzando
 Por la senda del mundo entre zarzales,
 Que ni interés ni compasión demando:
 El ódio y la piedad encuentro iguales;
 Y si acaso de pena desfallezco,
 Que ignore el mundo lo que yo padezco.

Si errante voy en brazos de la suerte,
 Ya ¡vive Cristo! de vagar me enojo:
 Quiero el descanso ya, quiero la muerte,
 Quiero decir al mundo: *Ah! te arrojo*
Podazos hec! o un corazón inerte,
De mi esqueleto mísero despojo:
Sirva de alfombra á tu brillante carro
Ese juguete de asqueroso barro.

Y que se cumpla mi fatal destino,
 Al fin me hastió la humanidad entera:
 Si es el hombre del hombre el asesino,
 Si es la mujer del hombre la pantera,

Y si es la vida batallar continuo,
Lucharé hasta morir, y cuando muera
Saludaré la fúnebre morada
Con mi ronca y convulsa carcajada.

HOJAS SECAS.

A * * *

Tú despertaste el alma descreída
Del pobre que tranquilo y sin ventura,
En el Gólgota horrible de la vida
Agotaba su cáliz de amargura.

Indiferente á mi fatal castigo
Me acercaba á la puerta de la parca,
Más infeliz que el último mendigo,
Más orgulloso que el primer monarca.

Pero te amé; que á tu capricho plugo
Ennegrecer mi detestable historia. . . .
Quien nació con entrañas de verdugo
Sólo dando tormento encuentra gloria.

Antes de que te amara con delirio
Vivía con mis pesares resignado;
Hoy mi vida es de sombra y de martirio;
Hoy sufro lo que sufre un condenado.

Perdió la fé mi vida pesarosa;
Sólo hay abismos á mis piés abiertos.....
Quiero morir..... ¡feliz el que reposa
En el húmedo lecho de los muertos!.....

Nacer, crecer, morir. Hé aquí el destino
De cuanto el orbe desgraciado encierra;
¿Qué me importa si al fin de mi camino
Voy aumentar el polvo de la tierra?

¿Y qué la tempestad? ¿qué la bonanza?
Ni qué me importa mi futuro incierto,
Si ha muerto el corazón, y la esperanza
Dentro del corazón también ha muerto?.....

¿Sabes por qué te amé?... Creí que el destino
Te condenaba como á mí, al quebranto,
Y ébrio de amor inmaterial, divino,
Quise mezclar mi llanto con tu llanto.

¡Ah!.... ¡coqueta!.... ¡coqueta!..... yo veía
En tí de la virtud la excelsa palma.....
¿Ignoras que la vil coquetería
Es el infame lupanar del alma?

Dí, ¡por piedad! ¿qué males te he causado?
 ¿Por qué me haces sufrir?..... Alma de roble,
 Buscar el corazón de un desgraciado
 Para jugar con él, eso es..... ¡innoble!

¿Me hiciste renacer al sentimiento
 Para burlarte de mi ardiente llama?.....
 Te amo hasta el odio, y, al odiarte, siento
 Que más y más el corazón te ama.

Fuiste mi fé, mi redención, mi arcángel,
 Te idolatró mi corazón rendido,
 Con la ternura mística del ángel,
 Con la energía de Lucifer caído.

Que tengo un alma ardiente y desgraciada,
 Alma que mucho por amar padece;
 No sé si es miserable ó elevada,
 Sólo sé que á ninguna se parece.

Alma infeliz, do siempre se encontraron
 El bien y el mal en batallar eterno;
 Alma que Dios y Satanás forjaron
 Con luz de gloria y lumbre del infierno:

Esta alma es la mitad de una alma errante
 Que en mis sueños febriles reproduco,
 Y esa mitad que busco delirante,
 Nunca la encontraré; pero..... ¡la busco!

Soy viejo ya, mi vida se derrumba,
 Y sueño aún con plácidos amores,
 Que en vez de corazón llevo una tumba,
 Y los sepulcros necesitan flores.

Te creí la mitad de mi sér mismo;
 Pero eres la expiación, y me parece
 Ver en tu faz un atraente abismo,
 Lleno de luz que ciega y desvanece.

No eres mujer; porque la mente lóca
 Te vé como faceta de brillante.....
 Eres vapor que embriaga y que sofoca,
 Aérea visión, espíritu quemante.

Yo que luchó soberbio con la suerte,
 Y que luchar con el demonio puedo,
 Siento latir mi corazón al verte.....
 Ya no quiero tu amor.... me causas miedo.

Tú me dejas, mujer, eterno luto;
 Pero mi amor ardiente, necesito
 Arrancar de raíz; porque su fruto
 Es fruto de dolor, fruto maldito.

Quiero á los ojos arrancar la venda,
 Quiero volver á mi pérdida calma,
 Quiero arrancar mi amor, aunque comprenda
 Que al arrancar mi amor, me arranco el alma.

25 DE JUNIO.

A LOS MÁRTIRES DE VERACRUZ.

Si al destino fatal, vuestra memoria
Glorificar por el martirio plugo,
Con la quijada de Caín la historia
Escribirá la historia del verdugo.

*
*
*

Negra, muy negra es la inflexible suerte
Que abrir la tumba hante vosotros vino;
Mas no cambio el honor de vuestra muerte
Por la vida infeliz del asesino.

*
*
*

De vuestra tumba brotará la idea
Que la tumba será de los malvados;
Pues Dios dispone que la sangre sea
Redentora de pueblos humillados.

*
*
*

Dormid en paz, sin ódio ni rencores,
Víctimas de la infamia y la malicia. . .
Quiera Dios que con cráneos de opresores
Un altar os levante la justicia!!!

JOSE ROSAS MORENO.

A Leila.

(IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.)

Del monte excelso en la nevada frente
Su vuelo extiende la risueña aurora,
Y el bello sol naciente
Con su espléndida luz las torres dora.
En el tranquilo ambiente
Se juntan dulcemente,
Cual la dicha y la gloria y la alegría,
La delicada esencia de las flores,
El tímido esplendor del nuevo día
Y el cantar de los tiernos ruiséñores.

Ay! si acaso mañana ¡oh Leila mía!
Fatigado y errante peregrino,
Buscando en hondo afán dulce reposo,
Mi frente al fin reclino
En el triste sepulcro pavoroso,

Verás el sol hermoso
 Cual hoy vertiendo su esplendor divino,
 Y á unirse volarán á tu plegaria,
 Alegres y suaves
 Los mismos cantos de las mismas aves
 En la cruz de mi tumba solitaria.

En la tierra no existe la ventura,
 Pero al rasgarse el velo
 Que envuelve al hombre con su sombra oscura,
 La eterna Omnipotencia
 Le muestra al alma el anhelado cielo.
 En la aurora inmortal de otra existencia
 La luz encuentra que en su afán buscára;
 Y á otra vida despierta deliciosa,
 Cual si al fin de una noche tormentosa
 De un agitado sueño despertára.

MANUEL ACUÑA.

Entonces y hoy.

Este era el cuadro que al romper la noche
 Sus velos de Crespón,
 Alumbró atravesando las ventanas
 La tibia luz del sol:
 Un techo que acababa de entreabrirse
 Para que entrara Dios,
 Una lámpara pálida y humeante
 Brillando en un rincón,
 Y entre las almas de los dos esposos,
 Como un lazo de amor,
 Una cuna de mimbres con un niño
 Recien nacido. . . . *yo!*
 Posadas sobre la áspera corniza
 Todas de dos en dos;
 Las golondrinas junto al pardo nido
 Lanzaban su canción,
 En tanto que á la puerta de sus jaulas
 Temblando de dolor,

Verás el sol hermoso
 Cual hoy vertiendo su esplendor divino,
 Y á unirse volarán á tu plegaria,
 Alegres y suaves
 Los mismos cantos de las mismas aves
 En la cruz de mi tumba solitaria.

En la tierra no existe la ventura,
 Pero al rasgarse el velo
 Que envuelve al hombre con su sombra oscura,
 La eterna Omnipotencia
 Le muestra al alma el anhelado cielo.
 En la aurora inmortal de otra existencia
 La luz encuentra que en su afán buscára;
 Y á otra vida despierta deliciosa,
 Cual si al fin de una noche tormentosa
 De un agitado sueño despertára.

MANUEL ACUÑA.

Entonces y hoy.

Este era el cuadro que al romper la noche
 Sus velos de Crespón,
 Alumbró atravesando las ventanas
 La tibia luz del sol:
 Un techo que acababa de entreabrirse
 Para que entrara Dios,
 Una lámpara pálida y humeante
 Brillando en un rincón,
 Y entre las almas de los dos esposos,
 Como un lazo de amor,
 Una cuna de mimbres con un niño
 Recien nacido. . . . *yo!*
 Posadas sobre la áspera corniza
 Todas de dos en dos;
 Las golondrinas junto al pardo nido
 Lanzaban su canción,
 En tanto que á la puerta de sus jaulas
 Temblando de dolor,

Mezclaban la torcaza y los zentzontlis
 Sus trinos y su voz.
 La madre selva alzando entre las rejas
 Su tallo trepador,
 Enlazaba sus ramas y sus hojas
 En grata confusión,
 Formando un cortinaje en el que había
 Por cada hoja una flor,
 En cada flor una gotita de agua,
 Y en cada gota un sol,
 Reflejo del dulcísimo de entónces
 Y del doliente de hoy!
 Mi madre, la que vive todavía
 Puesto que vivo yo,
 Me arrullaba en sus brazos suspirando
 De dicha y de emoción,
 Mientras mi padre en el sencillo exceso
 De su infinito amor,
 Me daba las caricias que más tarde
 La ausencia me robó,
 Y que á la tumba en donde duerme ahora
 A pagarle aún no voy! . . .
 Forma querida del amante ensueño
 Que embriagaba á los dos,
 Yo era en aquel hogar y en aquel día
 De encanto y bendición,
 Para mi cuna blanca, un inocente,
 Para el mundo un dolor,

Y para aquellos corazones buenos
 Un tercer corazón! . . .
 De aquellas horas vendecidas, hace
 Veintitres años hoy. . .
 Y de aquella mañana á esta mañana,
 De aquel sol á este sol,
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,
 Se ha hundido mi ilusión,
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,
 La madre de mi amor,
 Ni viene á despertarme en las mañanas
 Ni está donde yo estoy!
 Y en vano trato de que mi arpa rota
 Module una canción,
 Y en vano de que el llanto y sus sollozos
 Dejen de ahogar mi voz. . .
 Que sólo y frente á todos los recuerdos
 De aquel tiempo que hayó,
 Mi alma es un santuario en cuyas ruinas
 Sin lámpara y sin Dios,
 Evoco á la esperanza, y la esperanza
 Penetra en su interior,
 Como en el fondo de un sepulcro antiguo
 Las miradas del sol. . .
 .
 Bajo el cielo que extiende la existencia
 De la cuna al panteón,

En cada corazón palpita un mundo,
 Y en cada amor un sol. . . .
 Bajo el cielo nublado de mi vida
 Donde esa luz murió,
 Qué hará este mundo de los sueños míos?
 Qué hará mi corazón?

1872.



La Felicidad.

Un cielo azul, dos estrellas
 Brillando en la inmensidad;
 Un pájaro enamorado
 Cantando en el florestal;
 Por ambiente los aromas
 Del jazmín y el azahar;
 Junto á nosotros el agua
 Brotando del manantial;
 Nuestros corazones cerca
 Nuestros labios mucho más,
 Tú levantándote al cielo
 Y yo siguiéndote allá,

Ese es el amor, mi vida,
 ¡Esa es la felicidad! . . .

Cruzar con las mismas alas
 Los mundos de lo ideal;
 Apurar todos los goces,
 Y todo el bien apurar;
 De los sueños y la dicha
 Volver á la realidad,
 Despertando entre las flores
 De un césped primaveral;
 Los dos mirándonos mucho,
 Los dos besándonos más,
 Ese es el amor, mi vida,
 ¡Esa es la felicidad!

La vida del campo.

Beatus ille qui procul negotiis.....

HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
 Fué quien se alzó el primero,
 Echando á noramala la cultura
 Y hablando de la dicha y la ventura
 Que se goza viviendo á lo rancharo;
 Yo no sé si el buen bate poseería
 Quinta ó hacienda ó lo que allá se estile,
 Ni si viviendo en ella se hallaría
 Cuando dió en escribir su *Beatus ille*;
 Pero el hecho y el caso
 Es que desde él á Rosas,
 Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,
 No hay poeta que no hable á cada paso
 De la vida del campo y de sus cosas;
 Y tanto de magnífico y de bueno
 Nos dicen de esa vida,
 Y tanto nos repiten *la escondida*

Senda y la fruta del cercado ajeno,
 Que ganas dan de veras
 De comprar unas buenas chaparreras,
 De abandonar el fieltro por el ancho,
 El bastón por la reata,
 Y adios diciendo á la ciudad ingrata,
 A caballo ó á pié lanzarse á un rancho.

Y como esos señores
 Saben decirlo y presentarlo todo
 Con ese *meomodeodo*
 Exclusivo á los buenos escritores,
 De aquí resulta en consecuencia clara,
 Que ante cuadros tan bellos y felices,
 Más de cuatro lectores
 Se quedan con un palmo de narices
 Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que ménos
 Es seguro que exclama:
 "Oh! la vida del campo! Cuán hermoso
 Debe de ser en la abrasada siesta
 Gozar de la frescura y del reposo,
 Cabe la márgen del riachuelo undoso
 Que corre serpenteando en la floresta."
 O bien si se halla cerca la señora
 Con la que piensa dar en el *busilis*,
 Y que tiene por fuerza que ser Filis

Desde el momento en que entre á labradora,
 Le dirá: "Por la tarde, Filis mia,
 Nos iremos al monte, y desde el monte
 Verás cuán grato es al morir el día
 El cuadro que presenta el horizonte."
 Y esto, que ciertamente
 Es de una grande y poética belleza,
 Le parece al señor tan convincente,
 Que sin andarse en chicas
 Ni pensarlo primero,
 Se mete de rancharo en la confianza
 De que el dolor no puede ser rancharo.

Ah! si yo refiriera una por una
 Las víctimas que debe
 Este error que en el siglo diez y nueve
 Va haciéndose tan raro por fortuna!
 Sin caminar más léjos,
 Yo que conmigo aún no me reconcilio
 Por haberme buscado esa desgracia,
 Yo soy el más completo verbi-gracia
 De un mártir de su amor por el idilio.
 Díome hace tiempo ya por la manía
 De leer y releer cuanto á mis manos
 Sobre la vida pastoril caía,
 Y tanto dí en pensar de noche y día
 Sobre los bienes rústicos y urbanos,
 Que convencido al fin de que la corte

Sólo es del mal y del dolor la senda,
 Exclamé: que el demonio te soporte. . . .!
 Y después de pedir mi pasaporte
 Me puse en dirección para una hacienda.

Aún no asomaba el rubicundo Febo
 Poniendo al universo como nuevo,
 Y el saltador y alegre jilguerillo
 Aún no alzaba su canto entre las breñas,
 Cuando yo y mi tordillo,
 Un animal muy bruto por más señas,
 Atravesando cerros y asustando
 Aquí á un conejo y más allá á una liebre,
 Ibamos ya en vereda y caminando
 Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga
 De correr y correr á la ventura,
 A despecho y pesar de mi andadura
 Que protestaba ya contra la carga,
 Más que pesada, dura, leve y león
 Y más que dura y que pesada, amarga,
 Pues era nada menos mi amargura;
 Después de una hora impía
 De correr y de andar inútilmente,
 Sin poder distinguir ni aún vagamente
 Las señales de alguna rancharía,
 Dímos por fin con una

Donde cansados ya de correr tanto,
Mi animal se alzó y dijo: *qué fortuna!*
Y yo me bajé y dije: *aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
Se me echaran encima, fué todo uno;
Pero á la voz de alarma
Salieron de la choza unos pastores,
Y cogiendo unas piedras, que son la arma
De que se valen siempre esos señores,
A su sóla presencia fué acabando
Del canino furor hasta el residuo,
Y yo pude por fin en eco blando
Cantar la instalación de mi individuo!

—¡Oh habitantes felices
De esta comarca rústica y tranquila...!—
Les dije yo tan luego
Que ví á los canes en lugar seguro;
—Yo vengo aquí trás del feliz sociego
Que en la alma del labriego
Derrama este aire embalsamado y puro,
Cansado de la vida
Que se lleva en la corte aborrecida;
Yo vengo con el mal que me destroza
Y que gimiendo mi zampoña exhala,
A que me deis un sitio en vuestra choza,
Media torta de pan... y una zagala.—

Así fué, sobre poco más ó menos,
El pequeño y tristísimo discurso
Que improvisé al mirarme entre el concurso
De aquellos hombres rústicos y buenos;
Y media hora despues, una pastora,
No Flérida ni Armiinda,
Pero, eso sí, tan linda
Que casi era una chica encantadora,
Se presentó á mi vista completando
Con un trozo de pan que me traía
Las tres cosas aquellas
Y haciéndome gozar con todas ellas,
De modo que yo dije: *aquí es la mta!*
Nunca lo hubiera dicho,
O por mejor decir no lo hubiera hecho,
Pues apenas sintió ella sobre su hombro
Un beso que le di en mi desvarío,
Cuando con triste asombro,
Cayó de mi ilusión sobre el escombros
Un bofetón de Dios y Señor mío...!

Después de que comí aquel pan amargo
Al que hizo más amargo este detalle,
De mi fé y de mis encencias en descargo
Pronuncié suspirando un *sin embargo*,
Y me puse en camino para el valle...!
Allí, pensaba yo, miéntras seguía
El mejor y más cómodo sendero,

Allí bajo de un olmo
 Encontraré un consuelo en mi tristeza,
 Ya que la pérdida esa
 A mi pena y dolor ha puesto cólmo.
 Bajo sus verdes y brillantes hojas
 Iré á llorar la pena que me mata;
 Y si la muy ingrata
 Va á reirse aún allí de mis congojas,
 Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco
 Ni una sonrisa de su amor merezco,
 O le hago comprender lo que padezco,
 O le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
 Como en la alma de un poeta de veinte años,
 Todo estaba tan seco y tan marchito
 Como ella á los primeros desengaños,
 Los árboles sin ramas y sin hojas,
 La yerba macilenta y amarilla,
 Y en medio de este cuadro y á lo léjos,
 Un arroyo estancado á cuya orilla
 Rumiaban con afán dos toros viejos;
 Ante tal panorama,
 Yo que soñaba coronar mi frente
 Con las flores cogidas á una rama
 De las verdes y muchas de la fuente;
 Yo que soñaba en recrear mi oído
 Con la canción dulcísima y sabrosa

Del tordo filarmónico escondido
 Cabe las ramas de la selva umbrosa,
 Me senté sobre el tronco de un encino
 Y me puse á llorar con tantas ganas,
 Que los cielos al verme y al oírme
 Llorar con un dolor tan verdadero,
 Empezaron también recio y de firme
 A gemir y á llorar un aguacero,

Ay! cómo, y cómo entónces
 Extrañé los *simones* de la plaza,
 Y cómo fué aquel líquido elemento
 Que entraba hasta mis huesos poco á poco,
 El mejor y más sólido argumento
 Para obligarme á ver que estaba loco.
 Cuando llegué á la choza, las estrellas
 Brillaban ya en el éter indeciso,
 Y en derredor del fuego
 Que alumbraba muy poco ciertamente,
 Me hallé con que á la ley de un uso añejo,
 Pero para ellos bueno y necesario,
 Bajo la voz de un viejo, un poco viejo,
 Rezaban todos juntos el rosario.
 Esto sí no es conmigo,
 Me dije yo al primer *Santa Marta*,
 Viendo que no era aquella la más propia
 Ocasión de salvarme del infierno,
 Y encontrando en la fé que mi alma acopia,

Que aquella copia era muy mala copia
 Para darle el valor de un Padre Eterno!
 Y como el sueño, gente que no reza,
 Me estaba ya doblando la cabeza
 Y yo empezaba ya á sentir en mi alma
 Sus primeras y dulces vaguedades,
 Me decidí á dormir en santa calma
 Para acabar con tantas necedades. . . .

—El sueño por lo menos
 Me hará gozar de la ilusión que ansío,—
 Pensaba yo temblando
 Y estremecido todo por el frío!
 —Y como ellos me han puesto en este brete
 Que peor no puede ser según barrunto,
 Evocaré á Fray Luis y á Navarrete
 Y les diré lo que hay sobre el asunto. . . .!—

Y me dormí. . . . pero una santa gota
 Que cayendo del techo
 Con una precisión constante y rara,
 Bajaba desde el techo hasta la cara
 Para seguir después por todo el pecho,
 Me obligó á despertar en el instante
 En que soñaba yo, lleno de galas,
 Bailar bajo la luz de un sol brillante
 Entre un grupo magnífico y radiante
 De blancas y bellísimas zagalas.

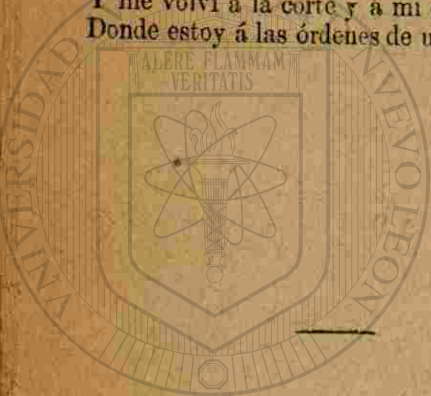
Ah! y lo que ronan esas buenas gentes
 Que á los más fuertes árboles destroncan,
 Y que hacen tanto ruido con los dientes
 Que parece mentira lo que ronan!
 Nunca me hubiera yo ni sospechado
 Ver por aquellos mundos,
 Reunidos y durmiendo lado á lado
 Tantos *bajos profundos*.
 Así es que hallando aquello peor que el rezo,
 Pues era una calumnia contra el arte,
 Le dí gracias á Dios; y despues de eso,
Me largué con la música á otra parte.

Metido en un trugal y decidido
 A terminar con él lo que era fácil
 No estando muy crecido,
 Me encontré al animal de mi caballo
 Tan dado y atareado en su faena,
 Que á no ser por un medio
 Muy usado y común entre animales,
 Probablemente no hallo otro remedio
 De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aún no asomaba iluminando al mundo
 La dulce claridad del rubicundo,
 Y la pastora aquella
 Aún no se alzaba á ver la última estrella,
 Cuando cansado ya de ser tan lóco

Y de soñar en lo que ya no pasa,
 Rompí de mi ilusión las dulces redes
 Y me volví á la corte y á mi casa,
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

1873.



JUAN DE DIOS VILLALON.

Paraiso Perdido.

A.....

Breves las horas fueron de ventura
 Que de la infancia en la mañana breve
 Gocé á tu lado, angelical criatura:
 Tiempo feliz que á recordar se atreve
 Con pena el alma que la hiel apura,
 La amarga hiel del desengaño aleve;
 Tiempo de amor que mientras más se aleja
 Más en el alma su fulgor refleja.

¿Recuerdas, Julia, los hermosos días
 En que con inocente y dulce anhelo
 Del bosque en la espesura te perdías,
 Siguiendo de los pájaros el vuelo;
 Y á la fuente corriendo te venías
 Y exenta de inquietud y de recelo

003485

En mis brazos te hechabas candorosa
Y yo inocente te abrazaba, hermosa?

¿Recuerdas cuando, en bella primavera
Que ostentaba las galas de la Flora,
Recorrías conmigo la pradera,
Ora tejiendo una guirnalda, ora
Agil saltando, airosa y placentera,
En pos de mariposa vagadora?
¡Cuánto de magia en tu candor había;
Y cuánto, sin saberlo, te quería!

Cuántas veces en dulce arrobamiento,
Contemplando el lucero vespertino
Que subía grandioso al firmamento,
La negra noche á sorprendernos vino:
Entonces por un vago sentimiento
Sobrecogidos de terror divino,
Alzando nuestras almas al Eterno
Mudos volvimos al hogar paterno.

Y Otras veces, al rayo plateado
De la luna, pasábamos las horas
Oyendo con afán interesado
Los cuentos de las ayas celadoras,
En que había algún príncipe encantado
Y algún harem, mansión de lindas moras,
Y en que, apólogo haciendo la quimera,
Tú la sultana, el príncipe yo era.

Edad feliz de cándida inocencia
En que era el mundo nuestro Edén florido:
Edad de perennal reminiscencia
En que adorando un Dios de otros temido,
Sin conocer del mal la torpe ciencia,
Era nuestro vivir placer cumplido.
¿Por qué no quiso la contraria suerte
Legarnos ¡ay! entónces á la muerte?

La tierra entónces nos brindaba flores,
El cielo luz, naturaleza encanto,
Del bosque los alados moradores
Suave armonía con su vario canto,
Y la noche de mágicos sopores
Bellos ensueños de oro y amaranto:
Todo era gloria y celestial hechizo
De la infancia en el santo paraíso.

Pero un instante fué réprobo instante,
De nuestras dichas el abismo eterno!
¿Te acuerdas, Julia mía? delirante
Deposité en tu lábio un beso tierno. . . .
Más tú encendido el rostro, vacilante,
Me rechazaste; y, fuego del averno
Siutando yo en el pecho destrozado,
De tí me separé ruborizado.

.....

¿Por qué desde ese día si te encuentro
 Tengo miedo de tí, de tí que aun' hora
 Eres de mi afección el grato centro?
 ¿Por qué mi alma en el silencio llora
 Y siento acá del corazón adentro
 Desconocido ardor que me devora?
 Y por qué tú también, niña adorada,
 Inconsolable estás y desolada?

.....

¡Ay! porque, ya caduca, la era hermosa
 De nuestra infancia en pubertad tornóse
 Como el tierno boton se torna en rosa:
 En nuestro sér natura revelóse,
 Y aquella voz oyendo pavorosa
 Que en el terrestre Paraíso oyóse,
 Como Eva y Adán desventurados
 De nuestro Edén salimos desterrados.

RAFAEL LOPEZ DE MENDOZA.

Á LA INAUGURACIÓN

DE LA

Biblioteca Nacional.

(Dedicada á mi buen amigo el Sr. Lic. Joaquín Baranda.)

—
ODA.

Ayer en este sitio se escuchaban
 Las preces del creyente,
 Que ante el altar postrándose de hinojos
 E inclinando la frente
 Hasta posarla humilde por el suelo,
 Buscaba de sus penas el consuelo
 Más allá de la tierra, en lo infinito
 Que su mirar no alcanza,

En la ignota región do reverbera
Esa luz placentera
Que han llamado los hombres esperanza.

Aquí el anciano que la edad abate,
Vino á llorar sus yerros juveniles;
El guerrero al partir para el combate,
Acudió con fé ruda,
A implorar reverente
En este templo, de su Dios la ayuda;
Y la vírgen gentil, cuyos amores
Qual delicadas flores
El desengaño marchitó inclemente,
Aquí vertió su llanto,
Primicias dolorosas del quebranto.

Bajo estas amplias bóvedas sonaban
Los acordes del órgano sonoro,
Y el imponente coro
Que los austeros monjes entonaban
Al Dios del Cristianismo;
Rugió la tempestad y al poderoso
Empuje de su brío,
Derribando por tierra el fanatismo,
Trocó el altar del Dios de la clemencia
En templo del estudio y de la ciencia.

De Guttenberg el arte prodigioso,
Sacando cuidadoso

Del peder de un magnate
El manuscrito de la antigua historia,
A la luz de la gloria
Produjo el libro, inauguró la prensa,
Y el saber difundiendo por doquiera,
En profusión inmensa,
Abrió á la humanidad la nueva era
De ciencia y de progreso,
Rasgó de la ignorancia el denso velo
Con la instrucción que el pueblo recibía,
Combatió el retroceso,
Y el mundo contempló con alegría
En el azul del cielo,
La poderosa llama
Que al calor del estudio se dilata,
Y convertida en furo resfulgente,
O en espléndida estrella,
Derrama su luz bella
Como fresco rocío sobre su frente.

La ciencia que ocultaba cuidadoso
El sacerdote egipcio en el santuario,
Que luego el poderoso
Pudo adquirir la derramando el oro,
Hoy al alcance está del proletario
Que ama la ilustración,
Suya es la ciencia,
Suyas también las artes liberales

Que hablan al corazón, y ese tesoro
 Que mitiga sus males
 Y hacen desarrollar su inteligencia,
 Lo adquiere fácilmente
 Aquí, donde se alzaba
 La plegaria devota del creyente.

Ya resonarán en estas naves
 Los salmos de David, ni el miserere!
 Dirigidos á Dios, sus notas graves
 Cuyo eco repitieron,
 De este recinto para siempre lulleron:
 Más no queda sin culto este santuario,
 Ni se niega homenaje
 Al abnegado mártir del Calvario:
 Que el hombre, al cultivar su inteligencia
 Emanación de Dios, con fe sencilla
 Su espíritu elevando al infinito,
 Implora su clemencia
 Para hallar la verdad tan anhelada,
 Y hacer que fructifique la semilla
 Que en su cerebro ardiente
 Depositó la mano omnipotente.

Sublime aspiración que le levante
 Del polvo de la tierra;
 Meteoro que abrillanta
 De su imaginación las ilusiones!

Con la luz de la idea,
 Que como sol magnífico, en Oriente
 Sus rayos centellea;
 Faro que el rumbo de su nave guía
 En el mar proceloso de este mundo,
 Manantial de poesía
 Que derrama á torrentes
 Placenteras y gratas emociones
 En torno de su mente;
 Fuerza secreta que su cuerpo anima
 Espíritu del bien, gérmen fecundo
 Que de los astros flota por encima:
 Aquí la senda está! Junto á ese muro
 Que la mano del tiempo ha respetado
 Y el hombre ha decorado
 Del arte con la espléndida belleza:
 Allí está donde empieza
 De las ciencias el árido camino.
 Cada página guarda algún secreto;
 Abridas sin temor, vuestro destino
 Es ir siempre adelante,
 Y guiarán vuestro paso vacilante
 Las doctrinas que en ellas imprimieron,
 Los muchos sábios que en el mando fueron.

No es el valor la fuerza prepotente
 Que eleva á las naciones
 De gloria á las espléndidas regiones,

Sino la ilustración y el adelanto:
 Cubrid con ese manto
 Los hombros de la patria tan amada,
 Brille sobre su frente
 Del sábio la diadema,
 Para que sea del mundo respetado,
 Y á la luz de la gloria,
 Del adelanto intelectual emblema
 Será su pabellon ante la historia.

JUAN A. MATEOS.

LA MUJER PERDIDA.

Bella naciste, cual brillante estrella
 Trás el celaje de ópalo y de rosa,
 Y el mundo dijo al contemplarte bella:
 —Ay! infeliz de la que nace hermosa!—

Hermosa y sin rival. . . nivea tu frente,
 Escultural tu lánguida cabeza,
 Y tu seno de espuma trasparente
 El cáliz virginal de la pureza.

El ángel de la luz, desde la cuna
 Encendió tu mirada, y sus destellos
 Fulgores eran de la casta luna,
 Y una profusa sombra tus cabellos.

El granate en tus lábios, y tus dientes
Marfil bruñido que constante brilla,
Y besando los céfiros y ambientes
En las hojas de flor de tu mejilla!.....

Te ciñeron la frenre de azahares,
Y veneraba tu virtud el mundo;
Te levantaron en tu hogar altares,
Hijos y esposo, con amor profundo.....!

Idolo fuiste en el altar inmenso
De cariño y lealtad, hoy derribado,
Y fueron para tí nubes de incienso
En el cielo brillante del pasado!

.....

.....

Te empujó el vendabal!... y rota el ala,
El ave herida se arrastró en el cieno;
Y la burbuja que al quebrarse exhala
Fétidos miásmas, esparció el veneno.

Te empujó el vendabal!... dejaste el ara!
En tanto el ángel de la dicha huía
Al escuchar la báquica algazara
Y el espantoso grito de la orgía.

La atrevida mirada del cinismo
Quemó las hojas de la flor marchita,
Y resbalaste por el hondo abismo,
De infamia y crimen en la red maldita....!

Y que va á ser de tí, cuando el profundo
Vértigo del placer huye inclemente,
Y airada llegue la irrisión del mundo
¡Ay! á escupir en tu manchada frente?.....

Y qué vá á ser de tí, si tropezando
Vas de tu crimen por la rota valla,
Y tu rostro de lodo salpicado,
En el fango ruín de la canalla?.....

La mano delicada que algún día
Aprisionaba el perfumado guante,
Limosna pedirá! ¡Cuánta ironía
De los que pasan de tu faz delantel

¡Juguete vil de la miseria humana,
Sin lecho y sin hogar vagando lóca,
Te encontrará la luz de la mañana
Secos los ojos, árida la boca!

Horrible!.. horrible!.. y con los ojos fijos
 En ese mundo por tu afán hollado,
 Buscarás á tu esposo y á tus hijos,
 En el piélago oscuro del pasado.

Y los niños al seno de su padre
 Orando sin cesar por la que ha muerto;
 Y tú, ni esposa, ni mujer, ni madre;
 Ya todo es para tí sombra y desierto!.....

Al negro eclipse de tu horrible suerte
 Y ya al rendir de la final jornada,
 Ultimo lecho te dará la muerte,
 Del hospital la plancha ensangrentada!

Y la autopsia despues! ¡hado inhumano!
 Allí la ciencia que el pudor ultraja,
 Arrancará con atrevida mano
 El último girón de tu mortaja!

Y abrirán tu cerebro que fué nido
 De ilusiones de amor y de inocencia,
 Y el cuajaron de sangre ennegrecido,
 El símbolo será de tu conciencia.

La crispada madeja de tu pelo
 Resbalará por tus tendidos brazos,
 Y rodará por el manchado suelo
 Tu pobre corazón, roto en pedazos.

Del *anfiteatro* entre la sombra oscura
 La noche pasarás; ni una bujía,
 Ni un corazón que vele con ternura
 Mientras que llegue el resplandor del día!...

¡Ay! profanando tus despojos yertos,
 Miserables girones de la vida,
 En el monton hediondo de los muertos
 Irás en la carreta confundida!

Y en la fosa común ¡ay! arrojado
 Del panteón entre la inmunda escoria,
 Quedará tu cadáver mutilado,
 Sin epitafio, nombre, ni memoria!...

¡Al mirar realizada una sentencia,
 Rayo postrero que el destino lanza,
 Preguntan corazón, alma y conciencia,
 Si es *justicia* de Dios, ó fué *venganza*!

México, Julio 8 de 1883.

DIEGO BENCOMO.

FLORES DEL ALMA.

A.....

(NOCTURNO.)

De las sombras los géneos luctuosos
Al batir sus fatídicas alas,
Las etéreas espléndidas salas
Del espacio cubriendo ván ya.
En los huertos floridos detiene
Quejumbrosa la tórtola el vuelo
Y se posa con férvido anhelo
En su nido, reposo á buscar.

Y entre nubes oscuras que ruedan
Cual fantasmas de sueño espantoso,
No queriendo turbar el reposo
Va la luna escondiendo su faz.

Y dobladas las flores se mecen
Del silencio al tranquilo embeleso,
Y se aduermen al húmedo beso
Que las auras nocturnas les dán.

Ya no asoman los claros luceros
Con sus rayos que tiemblan brillantes,
Que semejan pequeños diamantes
Desprendidos del trono de Dios.
Nada turba la paz de la noche,
Todo yace en silencio profundo,
Y los séres que pueblan el mundo
Todos gozan del sueño el sopor.

Sólo yo, que olvidarte no puedo,
Estoy, niña, al umbral de tus rejas,
Pretendiendo que escuches las quejas
Que aquí exhalo de mi arpa al compás.
Si esperanzas supiste inspirarme
Con tus gracias y tiernas miradas,
¿Por qué, hermosa de mí no te apiadas.....?
¡No pretendas mi dicha eclipsar!

Cual se alegran los campos marchitos
Y revive la mística pradera

Al llegar la feliz primavera
 Que de flores esmalta el vergel,
 Así puedes curar al instante
 Con tu amor de mi pecho la herida,
 Y mi yerta ilusión, revestida
 De otras galas verás renacer.....

Para darte no tengo diademas
 Guarnecidas de rica esmeralda,
 Y ni puedo prenderte á la espalda
 Aureo manto de régio tisú;
 Pero en cambio de joyas te ofrezco
 Amor puro que nadie te ha dado,
 Pues los hombres que amor te han jurado
 No adoraron en tí la virtud.

¡De esos hombres! reptiles inmundos
 Que arrastrarse á tus plantas miraste,
 Las promesas al fin desechaste
 Porque fueron mentiras no más.
 Tú palpaste que no pueden nunca
 Comprender tus sensibles caricias,
 Ni ese mundo de ideales delicias
 Que revela tu ardiente mirar.

De inefables deliquios y encantos
 Son tus ojos divinos emblema,
 Tu mirada me inspira un poema
 Que comprendo y quisiera cantar;
 Pero ¿cómo cantara la lira
 Lo que apenas el alma comprende?
 El espíritu en vano pretende
 Descifrar lo sublime, lo ideal!

No es delirio febril de mi mente
 El cariño que yo te profeso,
 Ni es tampoco pueril embeleso
 De fugáz, pasagera ilusión.
 Yo en mis trobas remedo el murmullo
 De las brisas que mecen la palma;
 Mis cantares son flores del alma;
 Y es el néctar que guardan, tu amor.

Los minutos, las horas, los dias
 Que yo paso sin verte un momento,
 Son ¡ay! siglos de crudo tormento
 Que más hacen crecer mi pasión.
 Mientras menos contemplo tus gracias,
 Tus hechizos y encanto sublime,
 Se impacienta mi pecho y se oprime
 Suspirando entusiasta de amor.

Estrecharte en mis brazos quisiera
 En mi lóca ansiedad de poeta,
 Y subir de planeta en planeta
 A la excelsa mansión de Jehová;
 Y allí entónces rogarle de hinojos,
 Miétras tú desmayada en mis brazos,
 Que propicio bendiga los lazos
 Del amor que me quieres negar.

Francisco Sosa,

MARIA.

A MI QUERIDO AMIGO PEDRO CASTERA.

Existe un sér á cuya voz divina
 Palpita el corazón estremecido,
 Cuya mirada angelical fascina,
 De faz de querubín, de talle erguido;
 Hechicera ella es y peregrina
 Como la diosa del Edén perdido;
 Mas dulce que el rumor que entre las flores
 Forma el aura al robarles sus olores.

Tan hermosa ella es cual la que asoma [®]
 En noche clara, misteriosa luna,
 Y en su mirar de cándida paloma
 Hay un augurio de feliz fortuna;
 Allí en su lábio el delicado aroma
 Y el tinte de la flor, cual nadie aduna

Estrecharte en mis brazos quisiera
 En mi lóca ansiedad de poeta,
 Y subir de planeta en planeta
 A la excelsa mansión de Jehová;
 Y allí entónces rogarle de hinojos,
 Miétras tú desmayada en mis brazos,
 Que propicio bendiga los lazos
 Del amor que me quieres negar.

Francisco Sosa,

MARIA.

A MI QUERIDO AMIGO PEDRO CASTERA.

Existe un sér á cuya voz divina
 Palpita el corazón estremecido,
 Cuya mirada angelical fascina,
 De faz de querubín, de talle erguido;
 Hechicera ella es y peregrina
 Como la diosa del Edén perdido;
 Mas dulce que el rumor que entre las flores
 Forma el aura al robarles sus olores.

Tan hermosa ella es cual la que asoma [®]
 En noche clara, misteriosa luna,
 Y en su mirar de cándida paloma
 Hay un augurio de feliz fortuna;
 Allí en su lábio el delicado aroma
 Y el tinte de la flor, cual nadie aduna

Y es el acento de su voz tan suave
Como el amante querellar del ave.

Las frases de su lábio, deliciosas
Son, cual las gotas de la miel hiblea;
Con sus tiernas miradas cariñosas
Mi pecho enamorado se recrea;
Las horas á su lado venturosas
Es lo que sólo el corazón desea,
Que en vano el alma disfrutar querría
En el mundo más plácida alegría.

¿No has visto en noches del tranquilo Enero
La faz radiante de la blanca luna,
Sin que su brillo del amor venero,
Velase con sus sombras, importuna,
La opaca nube en su volar ligero,
Y la llamaste bella cual ninguna?
Pues más preciada que tan gran tesoro
Es la beldad que con delirio adoro.

Es más hermosa que la rubia aurora
Que baña con su luz resplandeciente
El vasto mundo y las campiñas dora;
De encantos y de amor preciosa fuente,
Como á ninguna el corazón adora
Y encuentra la ventura en su corriente
Que nunca el soplo del dolor empañía
Y el triste erial de mi existencia baña.

De este suelo ella es la peregrina
Arrogante beldad de lindos ojos,
Más pura que la estrella diamantina;
Ella es del alma quien mitiga enojos
Con el acento de la voz divina
Que emite dulce con sus labios rojos;
Ella es la causa de mi amante cuita,
Por ella sólo el corazón palpita.

El ángel es que sueño desde niño,
Bajado en rayos de la blanca luna
Con el divo ropaje del armiño,
Mensajero de paz y de fortuna,
Para inspirarme celestial cariño
Ornada de belleza cual ninguna,
Y pura cual la luz de los altares
Del Señor de la tierra y de los mares.

Pues este sér más tierno que el arrullo
De la hechicera y cándida paloma
O del arroyo nítido el murmullo,
Cuando entre flores el camino toma,
Llena de amor: *mi corazón es tuyo*
Una noche mé juró; entre el aroma
De su divino perfumado aliento
Hasta mi alma llegó su juramento.

¿Nunca has mirado trás la noche oscura
El sol resplandecer de un bello día,

Y aumentar con su brillo la hermosura
 De aquellas plantas que en la noche umbría
 El abrego azotó; y á la amargura
 Suceder el placer y la alegría,
 Y al contemplar tan rápida mudanza
 Alentar en tú pecho la esperanza?

Así yo, triste, por el mundo, incierto,
 La noche del dolor me amedrentaba
 Y en vano errante por hallar un huerto
 En medio á las tinieblas caminaba;
 Náufrago débil que anhelaba un puerto
 Y el faro de ese puerto no encontraba,
 Eran las horas de mi amarga vida
 Lamento horrible de mi fè pérdida.

Mas quiso el cielo que trás tanta pena
 El astro de ventura deslumbrase,
 Y una voz melodiosa, de sirena,
 Hasta mi herido corazón llegase;
 Una voz celestial de hechizo llena
 A cuyo acento el alma se complace;
 Esa es la voz de la adorada mía
 De mi amor, de mi bien, de mi María.

JOSE MONROY.

—
 AISLAMIENTO.
 —

Yo nací para amar y ser amado,
 Mas ay! abandonado
 Del mundo vivo yo.
 Será, tal vez, porque la suerte esquivada
 Fortuna fugitiva,
 Avara me negó?

En la alba de mi vida he conocido
 La pena del olvido,
 El aislamiento cruel,
 Mis lágrimas á solas derramando
 La tierra voy cruzando
 Y, sólo, moriré.

En vano en la jornada, en vano quiero
 El dolor compañero
 De mi lado alejar,

Amar y ser amado quiero en vano,
Nadie me llama hermano,
Quien me comprenda no hay.

En mi camino marchó sin aliento
Llorando mi aislamiento
Sin dicha ni quietud.
Los que amo no comprenden mi ternura,
Y el astro de ventura
Jamás me dió su luz.

Venid! no me dejéis en el olvido,
Tan sólo amor os pido,
Amor del corazón.
Venid! tomad mi mano en vuestra mano,
Amadme como hermano
Que vuestro hermano soy.

En el humilde hogar de mis amores
A sólo mis dolores
Me matan sin piedad;
La cuna de mis hijos inocentes
Con lágrimas ardientes
Yo riego sin cesar.

Por qué de mi dolor no hay un testigo.
Un corazón amigo
Que endulce mi sufrir?

Por qué me niega despiadado, el cielo
El plácido consuelo
De que lloren por mí?

Ay Dios! soy un proscrito sin fortuna,
Sin esperaza alguna
Condenado á llorar,
Desde niño la pena me acompaña
Y el corazón me engaña,
Para mí no habrá paz.

Mas cuantos como yo sobre la tierra
Irán en cruda guerra
Cruzando sin placer!
Cuántos sin esperanza, sin consuelo,
Se quejarán del cielo
Llamándole cruel!

Cuántos allá en la noche silenciosa
Cuando el feliz reposa
Llorando velarán!
Cuántos en el dolor abandonados,
Sin fé, desesperados
Vivir no querrán ya!

En este mundo, del dolor morada,
El alma esclavizada
Sucumbe sin valor;

Un sólo premio en el tormento alcanza:
 El bien de la esperanza
 De otra mejor mansión.

Venid los que llorais en esta vida,
 Venid, mi alma os convida
 A creer, á llorar,

Mi alma por infortunios devorada
 En el dolor aislada,
 Que sólo sufre más.

En el mundo el dolor nos hace hermanos,
 Corazones humanos
 Que nos una el amor!

El que huye de su hermano que lo implora,
 El que huye del que llora,
 No tiene corazón.

En la pena, en el llanto, en la alegría
 Buscad la compañía,
 Huid la soledad,

Que nos una el amor en este suelo,
 Como el bien, en el cielo,
 Las almas unirá.

LUIS CALDERON.

Acuerdate de mi.

I

La dicha es inconstante y pasajera:
 Quizá mañana mi maldita suerte
 Me quiera condenar á ya no verte
 Y me aparte de tí.

Entónces mientras lloro sin consuelo,
 Porque distante de mi bien me miro,
 Conságrame á lo menos un suspiro
 Y acuerdate de mí!

II.

Después, . . . sólo Dios sabe mi destino;
 Tal vez quiera que sufra abandonado
 Sin que pueda volver enamorado
 Mis ojos hácia tí.

Entónces, cuando alguno te viniere
A referir mi lamentable historia,
Una lágrima vierte á mi memoria
Y acuérdate de mí!

III.

Los años pasarán Tal vez un día
La mano de la suerte caprichosa
Te conduzca hasta el borde de mi fosa
Y te detenga allí.

Entónces, cuando tímidos tus ojos
Se fijen en mi tumba solitaria;
Eleva por mi alma una plegaria
Y acuérdate de mí!

RAFAEL NAJERA.

En un retrato.

(INEDITO.)

Angélica, la fuerza del destino
Nos obliga á seguir opuesta vía,
Tú llenando el ambiente de armonía
Y yo luchando con adverso sino.

El eco de tu canto peregrino
Hirió las cuerdas de mi lira un día,
Y desde entónces con amor te envía
Flores que borden tu triunfal camino.

Tal vez pronto la mar, rugiente y fiera
Entre los dos airada constituya
Embravecida y singular barrera.

Esto no hará que mi amistad concluya,
Y para recordar que es verdadera
Lleva mi efigie y déjame la tuya.

Marzo, 8 de 1881.

JOSE M. GUTIERREZ ZAMORA.

A VICTOR HUGO.

(EN SU MUERTE.)

HOMENAJE.

Como la alondra en cantos de victoria
Saluda al sol con rítmico gorgojo,
Al gigante dormido ya en la gloria
También saludo yo, cantor pigmeo!
Lo saludo y le canto! No le lloro!
Para él los acentos de Tirteo;
Triunfal himno sonoro,
Y nó las funerales elegías
Del sollozante y triste Jeremías!

El rayo de la muerte
Que sólo al débil corazón asusta,

Y á todos en iguales nos convierte,
Hirió la frente augusta
Severa y pensadora,
Coronada de canas venerables,
Que ideó "NUESTRA SEÑORA
DE PARÍS," los sublimes "MISERABLES,"
"NAPOLEÓN EL PEQUEÑO," "LOS CASTIGOS,"
Y la "LA HISTORIA DE UN CRIMEN,"
Látigos contra todos los que oprimen,
Libros de luz, benéficos amigos
De los que en dura servidumbre gimen!

Y al formidable trueno
Que hundió al coloso en el profundo seno
De la tumba sombría,
Universal, gigante resonancia
De admiración, de amor y simpatía,
Salvando la distancia
En alas del telégrafo gemía,
Yendo á decir al corazón de Francia
Que en todas las naciones
La estrofa del dolor sólo era una,
Y que izaban de luto sus pendones,
Y cubrían con fúnebres crespones,
La prensa, el arpa, el libro y la tribuna,
Quemando del dolor el puro incienso
En su enlutado altar la democracia,

Y haciendo á Francia un homenaje inmenso
Que ha trocado en victoria su desgracia!

París, cerebro y corazón del mundo,
Ha colocado con amor profundo
Bajo su Arco de Triunfo de la Estrella
La urna gloriosa del sublime anciano,
Y el mundo ha visto concentrarse en ella
Toda la esencia del amor humano!
¡La muerte así no es muerte! Luz de vida
Y de vida inmortal baña en fulgores
La tumba bendecida
Que cubre el universo con sus flores,
El cielo con su manto
Bordado de luceros brilladores,
Y la patria francesa con su llanto
Vertido en sus banderas tricólores!

Tu fuiste el inspirado
Píndaro heróico de la edad moderna,
Gigante Homero alado
Que por cielos tirtéicos has volado,
Sabido herir también la lira tierna
Con que canta el poeta enamorado!

* *
Vivo aún, presenciaste tu apoteosis,
Tu glorificación anticipada;
Y al último estertor de tu agonía
Cayó Francia de hinojos enlutada;
Ante el POETA-SOL que se ponía
En el ocaso de la tumba helada!

* *
Y México, mi patria, que no olvida
Que tronó tu palabra en su defensa,
Cuando manaba sangre de su herida
Y era su cielo oscuridad inmensa,
También, al morir tú, sus pabellones
Con gasas funerarias ha cubierto,
Y han alzado sus bardos sus canciones
Para cantar tu gloria, ilustre muerte!

* *
Morir, siendo admirado,
Morir, siendo querido,
Llorarte, como á nadie se ha llorado,
Sentirte, como á nadie se ha sentido,
Cantarte, como á nadie se ha cantado,
Es, poeta, no más, estar dormido
Con un sueño que nadie ha disfrutado!
Morir así es vivir eternamente
Cual viven Shakspeare, Calderon y Homero:

La sombra de esa muerte es un Oriente
Que ha de alumbrar desde la edad presente
Hasta el último siglo venidero.

Y el actual, el mas grande de la Historia,
Que vió el sol de tu génio levantarse
Hasta el zenit radiante de la gloria,
Para honrarte, poeta, y para honrarse,
Siglo de VÍCTOR HUGO ha de llamarse!

México, Junio 6 de 1885.

MANUEL PEREZ SALAZAR.

—
El Campo.

—
MEDITACION.

Dulce es la tarde y la lijera brisa
Que alegre juega con las lindas flores
Es blanda como es blanda la sonrisa
Del ángel celestial de los amores.

Dulce es también el murmurar pausado
Del arroyo vecino que á sus solas
Sus aguas lleva por el verde prado
Entre nardos y juncos y amapolas.

Cual cándida vestal la blanca luna
En el azul del cielo se adormece,
Y rápido cruzando la laguna
En mil giros un ánade se mece.

Miéntras allá sobre el alzado monte
El águila caudal levanta el vuelo
Y en el dorado y fúlgido horizonte
La noche empieza á desplegar su velo;

Con firme paso trás los tardos bueyes
El pastor se encamina á su cabaña,
Sin desear los palacios de los reyes
Ni temer los estragos de su saña,

Dulce es pasar la trabajosa vida
En medio de los campos; aquí el alma
Que siente de dolor profunda herida,
Bálsamo encuentra y deliciosa calma.

Inútil es buscarla entre el bullicio
De opulentas ciudades estruendosas,
Donde oprimiendo á la virtud el vicio
Ciñe su frente de laurel y rosas.

Quédense allá sus lúbricos placeres
Y sus tristes y pálidos jardines,
Y el brillo seductor de sus mujeres,
En medio los espléndidos festines.

MI LOCURA.

Al pié de aquellas encumbradas lomas,
Donde al aire se mece el alto pino
Y á la márgen de arroyo cristalino
En que beben las cándidas palomas,

Exhalando las flores mil aromas,
Y de la alondra el amoroso trino,
Porque yo mire su esplendor divino
Cuando nace la luz tu frente asomas.

Y avivas ¡oh mujer! la eterna llama
Que abrasa el corazón en fácil fuego,
Tus gracias ostentando y hermosura!

¡Nécio de mí que tu desdén me inflama
Y mi daño mortal no miro ciego,
Y amarte y más amarte es mi locura!

Luis G. Ortiz

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI MADRE.

En medio á las borrascas de la vida
En que lucha el mortal sin esperanza,
Nada su vista en el futuro alcanza
Y siempre llora la ilusión perdida.

Solo una luz del cielo desprendida
Divinos rayos en su noche lanza,
Y puertos de consuelos y bonanza
Muestra feliz al alma dolorida.

Es de la madre el celestial anhelo,
El puro, eterno, sin igual cariño.
¡Madre, mi adoración! siempre el consuelo

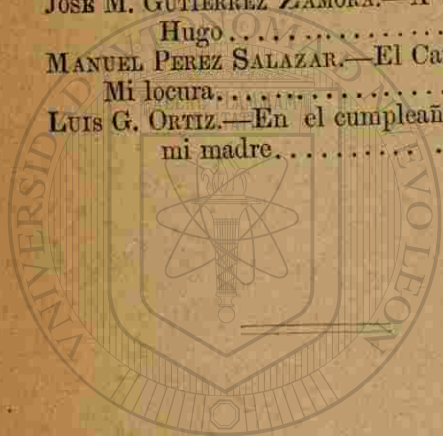
Me dió tu mano blanca cuál armiño;
Como la vírgen del radiante cielo
Al Supremo Hacedor, enantes niño,

Octubre 12 de 1852.

INDICE.

ANTONIO PLAZA.—Biografía.....	5
A una Ramera.....	9
Dios.....	16
Fatalidad.....	21
Hojas sueltas.....	32
25 de Junio.....	36
JOSÉ ROSAS MORENO.—A Leila.....	37
MANUEL ACUÑA.—Entónces y hoy....	39
La Felicidad.....	42
La Vida del Campo.....	44
JUAN DE DIOS VILLALÓN.—Pariso perdi- do.....	56
RAFAEL LÓPEZ DE MENDOZA.—A la inau- guración de la Biblioteca Na- cional.....	59
JUAN A. MATEOS.—La mujer perdida..	65
DIEGO BENCOMO.—Flores del alma....	70
FRANCISCO SOSA.—María.....	75

JOSÉ MONROY.—Aislamiento.....	79
LUIS CALDERÓN.—Acuérdate de mí....	83
RAFAEL NÁJERA.—En un retrato.....	85
JOSÉ M. GUTIERREZ ZAMORA.—A Víctor Hugo.....	86
MANUEL PEREZ SALAZAR.—El Campo..	91
Mi locura.....	93
LUIS G. ORTIZ.—En el cumpleaños de mi madre.....	94



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PUBLICADOS
los tomos dedicados a

Manuel Acuña.
Manuel M. Flores.
Antonio Plaza.

EN PRENSA.

Ignacio M. Altamirano.
Esther Tapia de Castellanos.
Ignacio Rodríguez Galván.
Juan de Dios Peza.
Sor Juana Inés de la Cruz.
Guillermo Prieto.
Manuel Carpio.
Jose Rosas Moreno.
Manuel Fernandez Lizardi.
(El Pensador Mexicano.)

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.

2ª SERIE



Librería *La Ilustración*.

1ª de Santo Domingo 12.

MEXICO.

1886.

RAFAEL B. ORTEGA
EDITOR.



EL PARNASO MEXICANO

FERNANDO CALDERON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme a la ley.

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

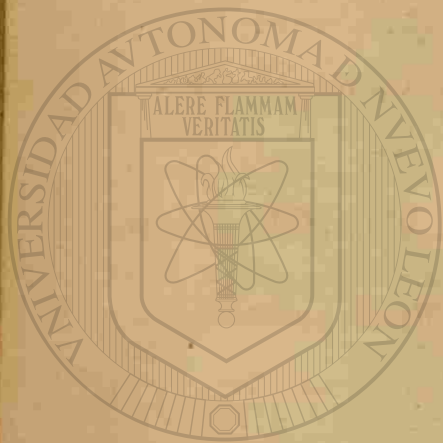
Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrigth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M.^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M.^a Bandera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José M.^a Rodríguez y Cos.—Federico C. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—Enrique de Olavarría y Ferrari.—Joaquín Trejo.—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.—Manuel M.^a Romero.—Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Rafael Lopez de Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricardo Cellard.—José M.^a Ramirez.—Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B. Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastian Segura.



FERNANDO CALDERON.



EL
PARNASO MEXICANO

FERNANDO CALDERON

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio,

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 15 de Marzo de 1886.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FERNANDO CALDERÓN. *

Nació en Guadalajara de padres zacatecanos, el mes de Julio de 1809, donde hizo sus estudios hasta recibirse de licenciado en leyes en 1829.

Desde muy niño dió á conocer Calderón su afición al estudio y su buen talento, pues comenzó á escribir versos líricos cuando sólo tenía 15 años, y su primer ensayo dramático *Reynaldo y Elena* se representó en Guadalajara el año de 1827. Despues dió al teatro *Zadig*, *Zeila ó la Esclava Indiana*, *Armandina*, *Los políticos del día*, *Ramiro conde de Luzerna*, *Ifigenia*, *Hersilia y Virginia* dramas

* Estos ligeros apuntes han sido tomados de las biografías que sobre tan distinguido poeta han escrito los famosos literatos D. Francisco Pimentel y D. Rafael B. de la Colina.

que se representaron con éxito en los teatros de Guadalajara, Zacatecas y otras ciudades del interior de la República.

Durante su residencia en la Capital, perfeccionó Calderón sus conocimientos literarios: recibió varios consejos del famoso poeta cubano D. José M. Heredia que analizaba sus composiciones, y tuvo oportunidad de concurrir á las instructivas sesiones de la Academia literaria de San Juan de Letrán. En México dió al teatro las siguientes obras dramáticas: *El Torneo*, *Ana Bolena*, *Hermano ó la Vuelta del Cruzado* y *A ninguna de las Tres*.

Las poesías líricas y dramáticas de Calderón, merecieron aplausos desde que comenzaron á ser conocidas y hasta la fecha son leídas con estimación. La *América Poética*, publicada en Valparaíso, insertó algunas composiciones de nuestro poeta: Zorrilla le cita con elogio en *La flor de los recuerdos*: el *Correo de Ultramar* y otros periódicos extranjeros le alaban en sus páginas.

Los sucesos políticos hicieron á Calderón abandonar algunas veces sus ocupaciones favoritas, trocando el silencio del estudio por el estruendo de las ar-

mas. En 1836 alistado en las filas del ejército liberal, fué herido en un encuentro con las fuerzas contrarias.

En Zacatecas fué nombrado sucesivamente secretario del Tribunal Superior de Justicia, coronel de artillería, de la milicia nacional, magistrado, diputado al Congreso del Estado, miembro de las juntas departamentales y secretario de Gobierno.

Este abogado instruido, político consecuente, soldado valeroso y poeta notable, murió el mes de Enero de 1845 en la villa de Ojo caliente, llorado no sólo de su esposa, á quien amaba tiernamente y de sus deudos, sino de multitud de amigos que se había grangeado por su buen carácter y virtudes privadas.

Para dar á conocer el magnánimo corazón del ilustre poeta zacatecano, vamos á insertar en seguida la conmovedora relación que alguna vez hemos oído á nuestro popular poeta D. Guillermo Prieto.

"Amargos, muy amargos fueron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenía en medio de los padecimientos que

me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Más ¡ay! mi madre estaba enferma, y llegó un día en que le fué imposible dejar la cama. Esta situación lastimosa de mi madre querida, vino á complicar horriblemente la mía: mi escasísimo sueldo, que apenas medio podía cubrir nuestras más precisas necesidades, era imposible que alcanzase á llenar otras nuevas y mas costosas: se agotaron en consecuencia mis recursos: y días hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor de las medicinas para mi adorada enferma.

“Además, el doctor que la curaba creía indispensable al restablecimiento de una salud tan delicada, que mi madre respirase un aire más puro que el que la ahogaba en México. Me aconsejaba que la llevase á Tacubaya; que la alimentase de una manera mas conveniente y nutritiva, y que le proporcionara ciertos goces y algunas distracciones, reclamadas imperiosamente por sus enfer-

medades físicas y por la atonía moral en que se encontraba su espíritu.

“Vino al fin un día en que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor mas intenso en mi pecho, sollozando me salí de la casa. Mil siniestros pensamientos cruzaban por mi mente; como un loco vagaba yo por las calles, y mil blasfemias se escapaban de mis labios: estaba desesperado. No sé cuanto tiempo duró aquella espantosa borrasca de mi corazón, de la que vino á sacarme una voz que me llamaba por mi nombre.”

—¡Señor Prieto! ¡señor Prieto! me dijo un desconocido. Va vd. muy preocupado, sin duda, pues tiempo ha que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que vd. me oyera. ¿Tendrá vd. la bondad de escucharme un momento?

—Mande vd. lo que guste—le contesté deteniéndome.

—Mi escritorio está ahí enfrente, y en él diré á vd. el motivo que me obliga á interrumpir su marcha.

“El desconocido me indicó la casa número *** de la calle de Capuchinas, en que nos hallábamos; se dirigió al escritorio, yo le seguí sin decir ni una pa-

labra. Entramos en el despacho y, despues de invitarme á tomar asiento, mi interlocutor me habló así:

—Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para vd., y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dinero, suplicándome la entregue á vd., prévio el recibo correspondiente.

¿Está vd. dispuesto á recibirla?

—Pero señor, murmuré yo con voz ininteligible:

—Vd. sin duda sufre una equivocación. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé como pudiera.....

—Tal vez sea una devolución que se hace á la familia de vd.

—Pero.....

—Señor Prieto, vd. es muy dueño de hacer lo que mejor le parezca, mas no me parece un acto de cordura el que vd. se niegue á recibir la cantidad susodicha, tanto menos, cuanto que no se le exige sino un simple recibo que vd. extenderá de la manera que guste.

“Estas justas reflexiones, el estado en que mi pobre madre se encontraba, el recuerdo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazón, cu-

ya última tempestad me había espantado, todo contribuyó á poner un término á mi indecisión. Me resolví á tomar el dinero y dije á mi desconocido:

—Sea en hora buena.....¿Por qué cantidad he de estender el recibo?

—Por doscientos pesos.

“Con mano febril y el corazón henchido de gozo escribí y firmé el documento: recibí el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre.

“El bienestar y la salud convirtieron en un paraíso de ventura el infierno de mi pobre hogar, merced á la mano generosa que tan á tiempo había facilitado aquellos recursos. Nuevos auxilios me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograrse descubrir el nombre de mi benefactor, hasta que una casualidad vino á revelármelo. Al recibir por tercera vez una cantidad que hacía ascender mi deuda á mas de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cargo á D. Fernando Calderón. El gran poeta zacatecano había sido, pues, el angel de caridad á quien debiamos, mi buena madre la salud, y yo tal vez la vida. Quise desde

luego manifestarle mi profundo reconocimiento, y me dirigí á su casa.

“Cuando llegué á ella, Calderón se desayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre á sus consocios lateranenses, me invitó á que tomase alguna cosa en su compañía, y me suplicó que le manifestara el objeto de mi visita. Yo le hablé entonces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida: procuré mostrarle la intensidad de mi gratitud, el reconocimiento de mi corazón por los beneficios que me habia hecho, y concluí rogándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habían suministrado.

“Calderón me escuchó en silencio y como preocupado.

“Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de cabeza, y me dijo en un tono frío que me heló la sangre:

—“Y bien, Sr. Prieto, no puedo negarlo, el dinero que vd. ha recibido salió de mi bolsillo que, por desgracia, no se halla muy abundante; y supuesto que vd. quiere devolverme la cantidad que

le he proporcionado, acepto la oferta, y vd. me hará con el pago un verdadero servicio. Sírvase vd. indicarme los términos en que podrá hacerme la devolución, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito.

“Estas palabras venian á destruir una de mis más bellas ilusiones: el artista, el poeta, se trasformaba en el hombre de negocio, en el insensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi situación.

—“Sr. D. Fernando,—le contesté con el corazón oprimido de amargura,—grande, muy grande es el servicio que vd. me ha hecho, y mi gratitud será eterna. La deuda que con vd. he contraído asciende á algunos centenares de pesos, y mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos mensuales. Ya ve vd. cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporción á ellos. Separaré para vd. la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mitad la consagraré á mi pobre y santa madre; pero puedo en las horas que me deje libre mi destino, servirle á vd. como escribiente, ó de la manera que guste. Lo que deseo es cubrir el crédito de

vd. y, á fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de día, de noche, á todas horas. Esto es, Sr. Calderón, lo que puedo hacer: ¿quiere vd. más?

—“Todo me parece muy bien, Sr. Prieto, pero necesito algunas seguridades.

—“¿Y cuáles podré ofrecer en mi triste situación?

“Calderón sin contestarme, tomó una hoja de papel, escribió en ella algunas palabras, y entregándome lo que había escrito:

—“Vea vd. Sr. Prieto,—vea vd. si le convienen esas condiciones.

“Tomé el papel: devoré las palabras en él contenidas, y:

—“¿Hermano mio! ¡hermano mio!—exclamé desde lo más íntimo de mi corazón.—¡Hermano! ¡Hermano querido!

“Un torrente de lágrimas inundó mis mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderón aparecía grande, sublime, como mi juvenil y exaltada imaginación se lo había representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veía rodeado de un brillo deslumbrador, de algo que me parecía divino.

“¿Qué era, pues, le que contenía aque-

lla hoja de papel? Las siguientes frases, cuyo inmenso valor sólo comprenderán los corazones generosos.

—“Si me dás el dulce nombre de hermano, hábrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes. ¿Aceptas esta condición de tu hermano Fernando?”

.....

La relación que antecede es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble corazón con que plugo á la naturaleza dotar al dulce poeta zacatecano.

¡Gloria á Calderón, que tanto nombre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre un motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

México, Febrero de 1886.

F. J. ARREDONDO.



FERNANDO CALDERON.

A AMIRA.

Eres, Amira bella,
 Más pura que las flores:
 Tus risas son amores,
 Y amor es tu mirar:
 ¡Feliz cuando á tu lado
 Suspiro, y tú suspiras!
 ¡Feliz cuando me miras,
 ¡Oh Amira celestial!

Quando tu mano hermosa
 Toca la ardiente mía.....
 ¡Como, como podría
 Pintar mi sensación!
 Hierve mi sangre toda
 Con un ardor divino;

No cambio mi destino
Por cuanto alumbra el sol!

En todas partes miro
Tu imagen adorada:
Do quiera retratada
Te encuentra mi pasión:
Me sigues á las córtés
Y al árido desierto:
Te veo si estoy despierto,
Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa
Y en la tranquila fuente;
En la aurora luciente,
Allí estás siempre tú;
Y si en la quieta noche
Contemplo las estrellas,
Miro en sus luces bellas
De tus ojos la luz.

Imagen seductora
Del cielo soberano,
¿Podrá ningún humano
Tus gracias merecer?
¡Oh! deja el mundo, Amira,
Y elevando tu vuelo
Sube al sereno cielo,
Que tu morada es;

Mas Dios te manda al mundo
Como genio divino,
Que vienes el destino
Del hombre á consolar.
Tus ojos ¡tal encanto
Tienen, oh dulce Amira!
Que el que una vez te mira
No sabe más que amar.

1828.



A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,
La que ayer difundía
Balsámica ambrosía,
Y tu altiva cabeza levantando.
Eras la reina de la selva umbría?
¿Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento suave
Te halagó cariñoso,
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre tí posando;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
Al pasar junto á tí quiso cortarte:

Tal vez quiso llevarte
Algún amante á su ardoro seno;
Pero al ver tu hermosura,
La compasión sintieron,
Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta;
El furioso aquilón te ha deshojado;
Ya nada te ha quedado,
¡O reina de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.

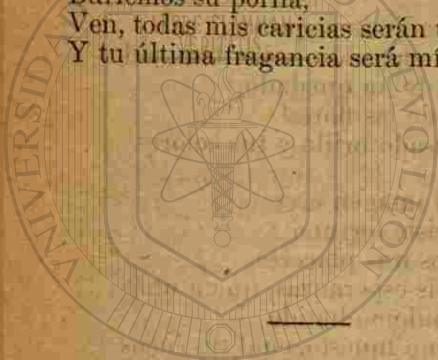
La fiel imagen eres
De mi triste fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracán embravecido!

¿Y qué, ya triste y sola
No habrá quién te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro?
No; que existe un mortal sobre la tierra,
Un joven infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpétuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi amante seno, en él reposa,

Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven, ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Burlemos su porfía;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,
Y tu última fragancia será mía.

1828.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA FELICIDAD.

¿En donde está la verdadera calma
Decidme, amigos, que jamás la ví?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad:

Una ilusión agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oígo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
“Al fin, exclamo, un corazón de acero
A la felicidad será mi guía.”

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:

Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,
Qué reflexión tan terrible!
¿Puede un corazón sensible
Ser feliz viendo llorar?

¿Cómo podeis en medio de la guerra
Tranquilo respirar? ¡oh cielo santo!
¿Puede agradaros devastar la tierra,
Y esparcir por do quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro
Sólo se escuchan gemidos
De infelices sumergidos
En dolorosa orfandad.

Yo no miro en ese cuadro
Sino un placer horroroso:
No el dulcísimo reposo
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman triste-
mente.)

El sabio, el rey, el hábil cortesano;
¡Necios! venid, y la vereis patente
Sobre la alegre faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Quereis la dicha encontrar.

Dejad vuestro error funesto;
Bajad á ese valle umbroso;
Vereis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

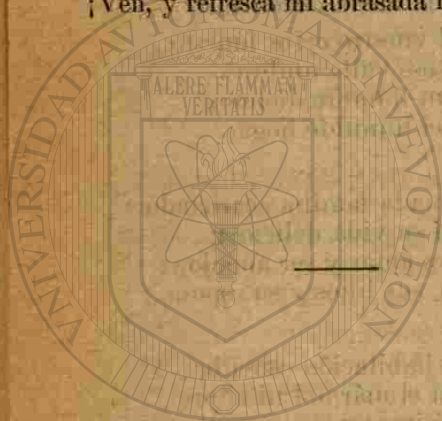
En su habitación sencilla
No brilla el mármol ni el oro;
Mas ¿qué importa? otro tesoro
Tiene allí su corazón.

El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza:
Hé aquí toda su riqueza,
Hé aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una químera;
Te hallaré al fin, felicidad amada:
La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.

¡Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazón ardiente!
¡Ven, y consuela mi alma dolorida!
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

1827.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

LA VUELTA DEL DESTERRADO.

Triste, afligido, lloroso,
Volvió á su patria un anciano,
A quien el odio tirano
De sus hogares lanzó.

Párase: tiende la vista
Sobre su paterno suelo,
Alza los ojos al cielo,
Y así el mísero exclamó:

“Al fin ¡oh patria querida!
Al fin mi cansada planta
Vuelve á pisar tu recinto
Después de tantas desgracias:
Políticas disensiones,
Persecuciones tiranas,
El furor de los partidos
De tu seno me arrancaran:
Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,
¡No puede olvidarlo el alma!

De aquel tristísimo día
 En que salí de tus playas:
 Yo pisé el bajel funesto
 Que de tí me separaba,
 Como pisa un triste reo
 De su cadalso las gradas:
 Yo he vagado cuatro lustros
 Por las regiones extrañas,
 Sin apoyo, sin asilo,
 Sin consuelo ni esperanza:
 El miserable alimento
 Con mis lágrimas regaba,
 Sin tener un sólo amigo
 Que mis penas consolara;
 Mis hijos, mis tiernos hijos,
 Mi esposa desconsolada,
 Mis amigos, todos, todos,
 Se presentaban á mi alma:
 Eterno Dios ¡cuántas veces
 Te dirigí mis plegarias
 Pidiéndote que la muerte
 Mis desgracias terminara!
 Vuelvo en fin; pero ¡qué miro!
 Ni aun existe mi cabaña,
 Su lugar quedó desierto
 Por el furor de las armas.
 ¡Hijos.....esposa.....no existen!
 Nadie escucha mis plegarias:
 ¡Han muerto, descansan todos

En su tumba solitaria!
 ¡Hijos.....esposa.....no existen!
 Ni padre, ni esposo.....nada,
 Nada soy sino un mendigo
 Un extranjero en mi patria.

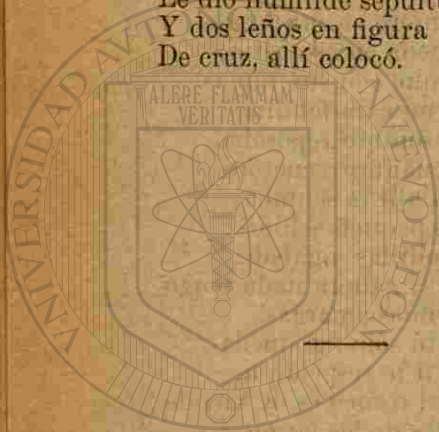
Sólo queda en este sitio
 El árbol que con sus ramas
 Cubrió á mi cara familia,
 Que á su sombra reposaba.
 ¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!
 Mi esposa allí se sentaba,
 Aquí mis pequeños hijos
 En mis rodillas jugaban,
 Y ahora.....¡ahora nada tengo
 Sino lágrimas amargas!

Árbol, tú sólo me quedas;
 Mas ni á tí te respetaron,
 Pues en tu tronco estoy viendo
 Las señales de las lanzas.
 ¿Y esta mancha? ¡Dios piadoso!
 ¿Será tal vez esta mancha
 Sangre de mis tristes hijos?
 ¿Su sangre aquí derramada?
 ¡Oh Dios! esta sangre pura
 Sobre las cabezas caiga
 De los viles ambiciosos
 Que despedazan mi patria."
 No pudo más el anciano,
 Abrazó el árbol querido,

Lanzó un lúgubre gemido,
Y junto al tronco expiró.....

Después, algún aldeano
Le dió humilde sepultura,
Y dos leños en figura
De cruz, allí colocó.

1836.



EL SOLDADO DE LA LIBERTAD.

Sobre un caballo brioso
Camina un jóven guerrero
Cubierto de duro acero,
Lleno de bélico ardor:

Lleva la espada en el cinto,
Lleva en la cuja la lanza,
Brilla en su faz la esperanza,
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
Y el robusto cuello halaga,
Y la crín, que al viento vaga,
De su compañero fiel.

Al sentirse acariciado
Por la mano del valiente,
Ufano alzando la frente
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
De blanca espuma se llenan:

Sus herraduras resuenan
Sobre el duro pedernal;
Y al compás de sus pisadas,
Y al ronco són del acero,
Alza la voz el guerrero
Con un acento inmortal:

“Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.

*Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.*

Yo dejé el paterno asilo
Delicioso:
Dejé mi existir tranquilo

Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso:

Ví al dejarla
Su tormento,
¡Qué momento
De dolor!
Ví su llanto
Y pena impía;
Fué á la mía
Superior.

*Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.*

El artero cortesano,
La grandeza
Busque adulando al tirano,
Y doblando la rodilla;
Mi trotón y humilde silla
No daré por su riqueza:
Y bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar:
Corcel mío,
Yo prefiero

Tu altanero
Relinchar.

*Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.*

Vuela, bruto generoso,
(Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brío,
Y hollar del tirano impío
El pendón abominado:

En su alcázar
Relumbrante
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu herradura
Estamparás.

*Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.*

Así el guerrero cantaba,
Cuando resuena en su oído

Un lejano sordo ruido,
Como de guerra el fragor:
"A la lid," el fuerte grita,
En los estribos se afianza,
Y empuña la dura lanza,
Lleno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente,
La luz brilla de la gloria,
Un presagio de victoria,
Un rayo de libertad:

Del monte en las quebras hondas
Resuena su voz terrible,
Como el huracán horrible
Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo,
Ya del combate impaciente,
Mucho más que el rayo ardiente
En su carrera veloz:

Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero:
Se vé aún brillar su acero,
Se oye á lo lejos su voz:
"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
Una vergonzosa paz:
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad!"

BRINDIS EN UN BAILE.

A un tiempo, queridos,
 Las copas llenemos,
 Y alegres brindemos
 A amor y amistad:
 Del tiempo pasemos
 Burlando la saña;
 De hirviente champaña
 La copa apurad.

*Y todos á un tiempo
 Gritad, y á una voz:
 ¡Que vivan las bellas!
 ¡Que viva el amor!*

¿Qué importa que ahora
 El sol no aparezca,
 Que no nos ofrezca
 Su fúlgida faz?

Oculte sus rayos,
 Que brillan más que ellos
 Los ojos tan bellos
 De tanta beldad.

*Y todos á un tiempo
 Gritad, y á una voz:
 ¡Que vivan las bellas!
 ¡Que viva el amor!*

¡Oh vino espumoso,
 Tú el símbolo eres
 De nuestros placeres,
 De nuestra ilusión.
 Gozosos, amigos,
 Las copas vaciemos,
 Y alegres brindemos
 Al gozo, al amor;

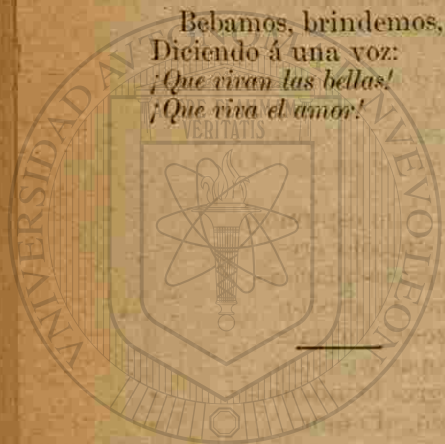
*Y todos á un tiempo
 Gritad, y á una voz:
 ¡Que vivan las bellas!
 ¡Que viva el amor!*

Mirad de estas ninfas
 Las cándidas frentes,
 Sus bocas rientas
 De hermoso carmín:
 ¿Quién puede, decidme,
 Mirarlas sereno,

Sin que arda su seno
En fuego sin fin?

Bebamos, brindemos,
Diciendo á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

1832.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE AS

LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante
Amira idolatrada:
Tu imágen retratada
Irá en mi corazón:
Ella será el recuerdo
De mi pasada gloria:
Amira, esta memoria
Que calme mi dolor.

Cuando el doliente llanto
Publique mi desvelo,
Ella será el consuelo
De mi amargo penar:
¡O cuántas veces, cuántas,
Egañaré la ausencia!
Creeré de tu presencia
El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!
De magia lisonjera,

¿Por qué de esta manera
Me haceis soñar placer?
¡Oh! si acaso durara
Este engañoso fuego.....
Pero huye, y queda luego
Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
En lágrimas desecho,
Y en tanto de tu pecho
Otro el amor tendrá.....
Más ¿yo creerte inconstante?
Perdona, Amira hermosa;
Puro como la rosa
Tu corazón será.

Pero llegó el momento.
Se acerca la partida.....
¡Adiós, mi bien, mi vida!
¡Mi adoración, adiós!
No temas que te olvide.
Jamás, Amira amada:
Tu imagen retratada
Irà en mi corazón.

1826.

VICENTE RIVA PALACIO.

LORENCILLO.

EPISODIO HISTÓRICO.—AÑO DE 1683.

Dadme vuestra atención, y de mis labios
Escuchad la leyenda lastimosa
Del siglo diez y siete recogida
En las páginas negras de la historia.

Serena está la noche: sólo turba
El solemne silencio de sus horas,
El ronco mar, en la tendida playa
Con sonoro rumor rompe sus olas.
Los rayos de la luna cabrillean
Al resbalar en las movibles ondas,
Y en apacible claridad se baña
La hirviente espuma en la lejana roca.
Como triste sudario, se dibujan

¿Por qué de esta manera
 Me haceis soñar placer?
 ¡Oh! si acaso durara
 Este engañoso fuego.....
 Pero huye, y queda luego
 Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
 En lágrimas desecho,
 Y en tanto de tu pecho
 Otro el amor tendrá.....
 Más ¿yo creerte inconstante?
 Perdona, Amira hermosa;
 Puro como la rosa
 Tu corazón será.

Pero llegó el momento.
 Se acerca la partida.....
 ¡Adiós, mi bien, mi vida!
 ¡Mi adoración, adiós!
 No temas que te olvide.
 Jamás, Amira amada:
 Tu imagen retratada
 Irá en mi corazón.

1826.

VICENTE RIVA PALACIO.

LORENCILLO.

EPISODIO HISTÓRICO.—AÑO DE 1683.

Dadme vuestra atención, y de mis labios
 Escuchad la leyenda lastimosa
 Del siglo diez y siete recogida
 En las páginas negras de la historia.

Serena está la noche: sólo turba
 El solemne silencio de sus horas,
 El ronco mar, en la tendida playa
 Con sonoro rumor rompe sus olas.
 Los rayos de la luna cabrillean
 Al resbalar en las movibles ondas,
 Y en apacible claridad se baña
 La hirviente espuma en la lejana roca.
 Como triste sudario, se dibujan

Los pardos arenales de la costa,
 Y alzándose en el fondo de los cielos
 De la montaña la gigante sombra.
 Allí está Veracruz. En esa noche
 En dulce calma y sin temor reposa.
 Ni una luz en sus calles ni en sus plazas,
 Ni en el castillo que su mar custodia;
 Ni el grito del alerta centinela,
 Ni el rumor de los pasos de la ronda:
 Muda está la campana que denuncia
 La henchida vela, que llegando asoma,
 Y desierta la torre en que el vigía
 Los horizontes de la mar explora.
 Todo descansa en la ciudad que duerme,
 Arrullando su sueño rumorosas
 Las aguas del Atlántico que llegan
 Y la muralla sin descanso azotan.

Mas de repente, sobre el limpio cielo
 Que en matiz de turquesa se colora,
 Allá por el Oriente se perfila
 Como fantasma erguido, silenciosa,
 Deslizándose rápida en las aguas,
 Una potente nave; y después otra
 Y otras que van tras ella, dirigiendo
 Hacia la playa la tajante prora
 No desplegan al viento sus banderas,
 Ningún farol en la cubierta asoma,
 Alumbrando á la chusma diligente
 Que el alto bordo del bajel corona.

Once las naves són, y todas ellas
 Entre el ruido que del agua brota
 Arrojan en el fondo del abismo
 Las oxidadas anclas ponderosas;
 Suenan el silbato y con presteza arrian
 Los marineros las tendidas lonas,
 Quedando la tupida arboladura
 Como el bosque privado de sus hojas.
 Ya descienden los botes, ya la escala
 Flexible se desprende de la borda,
 Y en ruda confusión se precipita
 De los bajeles la revuelta tropa;
 Y se empujan, se estrechan y se oprimen,
 Resonando las armas que se chocan
 Cuando al tocar en los ligeros botes
 Unos sobre otros sin temor se arrojan.
 Cada vez que las lanchas tan cargadas
 Están que torpes con peligro flotan,
 Del buque se desprenden, y á la tierra
 Llegan, dejan la gente, y luego tornan
 Nueva carga á buscar, sin que el cansancio
 Retarde ó interrumpa la maniobra.
 ¡Cuanta gente en la arena! ¡Cómo brillan
 Las armas por do quier! ¡Qué presturosa
 Aquella hirviente muchedumbre acude
 A la primer señal que la convoca!
 ¡Cuán extraño conjunto! ¡Cuántas razas!
 ¡Qué confusión de trajes y de idiomas!
 Vienen allí siguiendo á los franceses
 Que el nombre de su rey fieros invocan,
 Y áurea la flor de lis muestran bordada

En su bandera, que á los aires flota,
 Negros, indios, mestizos y mulatos
 Prófugos de las islas. Y de Europa
 Ingleses, y flamencos y españoles,
 Cuya negra traición su faz pregona.
 Altivos acaudillan esa chusma
 Nicolás de Agramont; y el de faz torva
 Lorenzo Jaquemin, audaz pirata,
 Del que guardan tristísima memoria
 Las costas de Campeche y las de Honduras
 Y el comercio de Cuba y la Española,
 Y es terror de soldados y marinos
 Que ván de Nueva España con la flota.
 Se dice que en sus venas sangre lleva
 De la africana gente rencorosa;
 Sabe el vulgo sus bárbaras hazañas
 Pero su patria y apellido ignora,
 Y así por "Lorencillo" le conocen
 Desde el monarca hasta la plebe tosea.
 Pero cesa el rumor, y aquella turba
 Se pone en marcha. Lenta, misteriosa
 Avanza la columna, y se desliza
 Sobre la arena, cual gigante boa
 Que hambriento va buscando cauteloso
 La descuidada presa entre las sombras.

Tal, como á veces, la tormenta airada
 Rauda turbando la tranquila zona
 Al fiero impulso de huracán violento
 Llega, se extiende, crece, el cielo entolda.

Engendra el rayo, ruge con el trueno,
 El relámpago nace de su sombra,
 Estremece la tierra, el bosque abate
 Y en torrentes de lluvia se desploma.
 No de otro modo la ciudad dormida
 Apenas llega la apacible aurora,
 Repentino rumor se alza en las calles
 Y crece atronador, como si rotas
 Las murallas que enfrenan de los mares
 El ímpetu soberbio, negras olas
 Chocando con estrépito llegaran
 En catarata hirviente y bramadora.
 ¡Son los piratas! Quejas y lamentos
 Y disparos y golpes, y rabiosa,
 Ronca y aterradora gritería
 Anuncian el asalto, nada estorba
 La sangrienta invasión, nadie resiste;
 A la sorpresa sigue la congoja
 Que ni la fuga misma se concibe
 Esperanza brindando salvadora:
 Paga allí con la vida su imprudente
 Curiosidad quien á la calle asoma,
 Y temblando en el fondo de sus casas
 Aguardan todos en mortal zozobra
 El instante supremo en que el pirata,
 De honor, riqueza y libertad disponga.
 ¡Qué terrible pillaje! ¡Con qué estruendo
 Se abren las duras puertas que destrozan
 El hacha y el martillo! Aquella turba
 En nada se detiene, no perdona,
 Del lecho arranca al viejo miserable,

Al triste enfermo, á la doncella hermosa,
Al niño, al religioso, al artesano,
A la esclava infeliz ó á la matrona.

En torpe confusión, casi desnudos,
Trémulos de pavor, entre las sombras
Van en grupos llegando los cautivos
Al templo principal de la parroquia.
Más de seis mil encierra, y ya no puede
De aquel templo la nave estrecha y corta
Tanta gente guardar, falta el espacio,
Y en horrible opresión allí se forma
Una compacta masa, en la que apenas
Pueden al pecho las abiertas bocas
Llevar el aire que á la vida falta
En medio de un ambiente que sofoca.
Y va creciendo la mortal angustia,
Se prolonga el martirio y se prolonga,
Y á los rayos del sol que ardiente sube
Se depierta la sed abrasadora.
Fétida, densa, inmóvil, asfixiante
La corrompida atmósfera, se torna
En rápido veneno, que la muerte
Siembra doquier horrible y pavorosa.
Delirando de angustia, desoladas,
Sin un amigo que su mal socorra,
Miran las madres á sus tiernos hijos
En sus brazos morir; y en vano imploran
Piedad y compasión, porque sus quejas
Gritos de rabia y de dolor ahogan.

Se escucha el estertor de la agonía
Del que espira de sed; seca y nerviosa
Resuena la estridente carejada
Del que convulso y loco se desploma;
La horrible maldición y la blasfemia
Se unen á la oración conmovedora,
Y se mezcla el gemir de la desdicha
Con el rugido que el rencor aborta.
Allí recibe la desnuda planta
El caliente cadáver por alfombra,
Y sobre el cuerpo del anciano padre
Helada de terror la hija se posa.
Y llegan sin cesar grupos y grupos
De aventureros, que en el templo asoman
Registrando con húbrica mirada
Las mal cubiertas ó desnudas formas
Que las mujeres ocultar procuran
Con los girones de la escasa ropa,
Y la sangrienta mano del soldado
Arrastra á la doncella ó á la esposa,
Y la salvaje sed de sus pasiones
Sacia brutal, y luego las arroja
A la infesta prisión, agonizantes
Bajo el peso fatal de la deshonra.

Ruego y súplica y llanto, á mover llegan
De Lorencillo el corazón de roca,
Y de agua y pan permite que á los presos
Se les lleve ración mezquina y corta.
Como lobos hambrientos que se lanzan

Sobre la débil presa, y la devoran,
 Y con creciente rabia se acometen
 Y unos con otros fieros se destrozan,
 Así la iglesia, en que oprimidos gimen
 Los cautivos, de súbito se torna
 En campo de batalla. Jadeantes,
 Rugiendo de furor, convulsa y hosca
 La demacrada faz, todos se ultrajan
 Por apropiarse la escudilla rota,
 El toseco vaso, la ánfora pesada.
 Que al templo llevan, en desnuda tropa
 Pobres niños, temblando de fatiga
 Desde lejana fuente, y que provocan
 Luchas, combates, golpes, maldiciones
 Y salvajes escenas, porque ahogan
 Amistades, amor, vergüenza y miedo,
 El horror á la muerte y la congoja,
 La horrible sed que las entrañas quema
 Y el hambre con sus garras opresoras.
 Y no son ya lamentos ó gemidos
 Los que desprenden las humanas bocas:
 Son el rugir del tigre, que estremece,
 Aullidos de chacal que se prolongan,
 Gritos de extrañas y enconadas fieras
 Y silbos de serpientes venenosas.

Espléndido botín, con su riqueza
 De los piratas el afán corona
 Excediendo en valor á cuanto pudo
 Ambicionar la turba codiciosa.

Oro y plata en monedas y en vajillas
 Y en pesados lingotes, ricas joyas,
 Soberbias telas y valiosos muebles
 En las calles y plazas se amontonan,
 Porque es tanto el botín, que su presencia
 A la perdida gente no provoca,
 Pues no ambiciona la común fortuna
 El que más que soñó tiene en la propia.



Ya tres veces el sol cruzado había
 Por el claro zenit, cuando afanosa
 A preparar comienzan los piratas
 Del ahelado embarque la maniobra.
 Es inmensa la carga. Los bajeles
 Que ya la esperan en lejana costa
 Se distinguen apenas, y es preciso
 Que se transporte la riqueza toda.
 De los presos entonces manda el jefe
 Servirse en la fatiga, y nada importa
 Si la estrecha prisión y el sufrimiento
 El alma turban y la fuerza agotan.
 Cual siniestro cortejo de fantasmas
 Que de una cripta abandonada brotan
 Por el conjuro mágico evocadas,
 Y los sepuleros se abren y las fosas
 Lanzas de sus entrañas conmovidas
 Huesos desnudos ó desnudas momias,
 Esequálidos, convulsos, vacilantes,
 Hirsuto el pelo, la mirada torva
 Como el que va á morir, no con el gozo

De quien amada libertad recobra,
 Van del templo saliendo los cautivos
 Entre las filas de enemiga tropa.
 Y muchas veces, el doliente rostro
 A la prisión terrible que abandonan
 Vuelven hijas y madres, pues en ella
 De algún perdido sér á quien adoran
 Yace el cadáver insepulto, y queda
 En soledad horrenda y espantosa.
 Nunca cordón de hormigas diligentes,
 En asiduo trabajo, hora tras hora
 Del henchido granero, la semilla
 A las trojes llevó de su colonia
 Como aquellos cautivos, sin descanso
 Hasta las playas el botin trasportan,
 Activando su marcha fieros golpes,
 Rudos denuestos y sangrienta mofa.
 Unos caminan lentos, tropezando
 Bajo el peso que duro les agobia;
 Otros ruedan por tierra, y ya no pueden
 Volverse á levantar, y aquella herda
 Les arranca suspiro postrimero
 Burlando su dolor y su congoja.
 Cuando el último fardo sube al buque
 Llevan las lanchas á la gente toda,
 Y juntos prisioneros y piratas
 Las mexicanas playas abandonan.

 Ya las turgentes velas, desplegadas
 Al blando impulso del terral que sopla,

Hacen gemir la recia arboladura;
 Crugen las naves y en las verdes olas
 Abre la quilla movedido zurco
 Que en argentada estela se trasforma.
 Ya se aleja la esenadra lentamente
 Como banda de cisnes, que orgullosa
 Las níveas alas á la luz tendiendo
 Del manso lago los cristales corta.
 Pero ¡ay! ; qué cuadro de tristeza y luto
 En la ciudad desierta y pavorosa!
 Gime el viento en las casas solitarias
 Atravesando por las puertas rotas,
 Y en la plaza, en la calle y en el templo
 Corrompidos cadáveres devoran
 Hambrientos perros y aves repugnantes
 En odioso festin que nadie estorba.
 ¡Qué terrible infortunio! Cuán inmensa
 Calamidad, sembrando en pocas horas
 Muerte, desolación, miseria y llanto
 En aquella ciudad rica y dichosa.
 Cuantos caudales, frutos del trabajo
 De largos años y constancia proba
 Se deshacen ligeros cual la niebla
 Que el bosque guarda al despuntar la aurora.
 Cuantas nobles virtudes, defendidas
 Entre mundanas luchas, cuantas honras
 Por femeniles pechos conservadas
 En virginal candor y á dura costa,
 Resistiendo al amor, á la riqueza
 Y á trueque á veces de la dicha propia,
 En cieno inmundo profanado arrastran

Con lascivas caricias espantosas,
 Ebrios de vino y de pasión rugientes,
 Torpes bandidos que á terror provocan,
 Cuantos niños ayer acariciados
 En la orfandad y servidumbre lloran,
 Y en tanto, presas de mortal angustia
 Las madres sin ventura, entre la tropa
 Y víctimas de duros tratamientos,
 Desde el fondo del alma los evocan.
 Y sigue el padecer. De la desgracia
 La funesta medida no se colma,
 Y las naves piráticas, huyendo
 De Veracruz, se acercan á la costa
 Y en un islote triste y solitario
 A consumir sus crímenes aportan.
 Como espantado el buitrcarnicero
 Cuando su presa con placer devora,
 Alza el vuelo llevando entre sus garras
 Los restos palpitantes, y se posa
 A seguir insaciable en su tarea
 En el crestón de inaccesible roca.
 Los piratas exigen el rescate
 A sus tristes cautivos, y se enconan
 Su zafia y su codicia, y once días
 En el desierto islote, entre zozobras
 Y tormentos sin nombre, le retienen
 Hasta que el precio señalado logran,
 Y entonces sin piedad levantan las anclas
 Y á su suerte fatal los abandonan.



Como llegó la escuadra, así se aleja
 Y así se pierde entre la oscura sombra;
 Impune queda tan horrendo crimen,
 Y sólo se levanta vengadora
 De Lorencillo al repetir el nombre
 La maldición eterna de la historia.

México, 1886.

ANEXO 2010 30 71 31

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUAN DE DIOS PEZA.

EL CULTO DEL ABUELO.

Señorona pequeñita,
mi hechicera Margarita
ven aquí;
mírame ¿no estás oyendo
que en la sala están diciendo
que te pareces á mí.....?

¿Y en qué será? son tus ojos
dos luceros, y tus rojos
labios, son
frescos, lucientes y puros
como los guindos maduros
del otoño en la estación.

¿Será en la color? tu tienes

de armiño y seda las sienes;
rubia es
tu abundosa cabellera,
tus manos como de cera
y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio,
triste y lleno de misterio
siempre estoy
y tú, amable, y halagüeña
y cariñosa y risueña
en tu inocencia eres hoy.

¿En que pues nos parecemos?
en los rostros no tenemos,
nada igual
y en las almas ¡qué ironía!
junto á la tuya es la mía
el carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos
los dos y que alimentamos
al vivir
es un amor, es un culto
en nuestras almas oculto,
que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo

á quien Dios tenga en el cielo
 en tí vió,
 un reflejo de aquel niño
 que al ser padre, su cariño
 á su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
 y recordaba al mirarte
 cada vez,
 las dichas encantadoras
 que tuvo en todas las horas
 fugaces de mi niñez.

Y exclamaba: ¡pobrecita!
 tan buena mi Margarita
 ¡que placer!
 y mirándote perplejo
 murmuraba: ¡Estoy tan viejo
 que no la veré crecer!

Y se murió: si te viera
 tan crecida ¿qué dijera?
 de tí en pós
 andar ágil le vería.....
 ¿no recuerdas, hija mía,
 cuando ibais juntos los dos?

¡Juntos oriente y ocaso!

el marchaba paso á paso
 tras de tí.....
 y tú lanzabas un grito:
 corre.....alcánzame abuelito
 más aprisa.....más.....así!

Me parece que lo escucho:
 ¿te acuerdas? ¿lo quieres mucho?
 ¿es fiel
 tu memoria y no le olvida?
 ¿cada noche, hija querida
 le pides á Dios por él?

Mucho los dos le queremos
 y en esto nos parecemos:
 ¿no es verdad?
 iguales somos en eso,
 muy iguales.....dame un beso,
 que suene en la eternidad.

Santo beso que no acaba
 como aquellos que te daba.....
 llegue á Dios,
 nuestro llanto y nuestro duelo;
 para llorar por tu abuelo.
 somos iguales los dos.

Repítete á tus hermanos

los nobles consejos, sanos
 que le oí.....
 y llóralo en todas veces
 que al llorarlo te pareces
 te pareces mucho á mí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

GUSTAVO A. BAZ.

EL ABRAZO DE ACATEMPAM.

Despejado el horizonte
 Desde el valle hasta la Sierra,
 Y de caléndulas rojas
 Revestida la pradera,
 Van los mansos arroyuelos
 Quebrándose entre las peñas,
 Y cantan enamorados
 Los pájaros de la selva,
 Todo anuncia que renace
 Otra vez naturaleza,
 Bajo el bienhechor influjo
 De la dulce primavera.
 Aspirando los perfumes
 De los bosques y florestas,
 Y alumbradas por los rayos
 De una mañana serena.

Véanse dos huestes distintas
 En apostura guerrera,
 Y cuyas armas desnudas
 Los rayos del sol reflejan.
 Un alegre vocerío
 Acá y acullá se eleva,
 Mientras repican sonoras
 Las campanas de una iglesia;
 Y los nombres de Guerrero
 Y de Iturbide resuenan
 Entre los grupos, unidos
 A la voz de Independencia;
 Pero luego entre las filas
 Silencio imponente reina,
 Mientras para hablar á solas
 Los dos caudillos se acercan.
 Tiene el uno alta la frente,
 Quemada la tez morena,
 Y su condición humilde
 En su traje se revela.
 Entorchados y galones
 Y cruces el otro ostenta;
 Insinuante es su palabra,
 Distinguidas sus maneras,
 Y antes de darle la mano
 Así hablándole comienza:
 —Si en época ya pasada
 Para la patria funesta,
 Empuñé torpe y culpable

Del tirano la bandera,
 Y fué mi invencible espada
 De los verdugos defensa,
 Para arrancar de mi historia
 Esas páginas sangrientas,
 Y borrar como soldado
 De mi frente la vergüenza,
 Permitid que á vuestras plantas
 Mi vida á la patria ofrezca.
 Hoy que sigo los impulsos
 De la voz de mi conciencia.
 —Coronel, le dice el héroe
 Con voz, si apacible, entera:
 Si otro tiempo vuestra espada
 Fué á nuestra causa funesta,
 Y vuestro arrojo indomable
 Semejante al de las fieras,
 Llenó á la patria de luto
 Y remachó sus cadenas,
 Hoy en pago de la sangre
 Que derramó vuestra diestra,
 De libertar á la patria
 Haced la noble promesa
 Sobre mi pecho, en mis brazos
 Que anhelantes os esperan;
 Y me vereis que siguiendo
 Vuestra triunfadora enseña,
 Como el último soldado
 Busco la muerte en la guerra;

Que no mando ni oropeles
 Mi pecho indomable anhela,
 Sino morir do se luche
 Por la santa Independencia.—

Al escuchar sus palabras
 Vivo ejemplo de nobleza,
 Los libres y los realistas
 Olvidando sus querellas
 Y sus pasados rencores,
 Con santa efusión se estrechan.

Aquellos héroes audaces,
 Tras una lucha sangrienta
 Lograron romper por siempre
 De esclavitud las cadenas,
 Pero en su patria mas tarde,
 Un cadalso en recompensa
 De sus servicios, hallaron
 Al final de su carrera.

MANUEL CARPIO.

MEXICO EN 1847.

¡Quién me diera las alas de paloma
 Para cruzar los montes y los ríos,
 Los mares nebulosos y bravios
 Y llegar hasta el lago de Sodoma!

Quiero sentarme al pié de una columna
 De la famosa y trágica Palmira,
 Y allí entre escombros que el viajero admira
 Quiero llorar al rayo de la luna.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
 Y la arena del bárbaro desierto,
 Y andar vagando con destino incierto
 Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

Yo ví en las manos de la patria mia
 Verdes laureles, palmas triunfadoras,
 Y brillante con glorias seductoras
 Yo la ví rebosar en alegría.

Yo ví á las grandes é ínclitas naciones
 En un tiempo feliz llamarla amiga,
 Y ella, depuesta el asta y la loriga,
 A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
 Desde el palacio hasta la humilde choza:
 Bárbara guerra todo lo destroza,
 Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
 Sin piedad se degüellan los hermanos,
 Y alzan al cielo pálidas las manos,
 Manos en sangre fraternal bañadas.

¿Cual es el campo que la guerra impía
 Una vez y otra vez no ha ensangrentado?
 ¿Y cual de las montañas no ha temblado
 Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
 No han visto los más bárbaros estragos?
 ¿Donde están los arroyos y las lagos
 Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
 Llenó de humo los templos ofendidos;
 Y cánticos, y lloros, y gemidos
 Sonaron en el lúgubre Santuario.

En vano todo: el indignado cielo
 Á México en su angustia desampara,
 Y el terrible Jehová vuelve la cara
 A los pueblos sencillos de otro suelo.

En tanto se levanta pavorosa
 Allá en el Aquilón negra tormenta,
 Y en la abatida México revienta
 Y rayos mil y mil lanza estruendosa.

Yo ví del Norte carros polvorosos
 Y ví grandes caballos y cañones,
 Y ví los formidables batallones,
 Tomar trincheras y saltar los fosos.

En las calles de México desiértas
 Ví correr los soldados extranjeros,
 Ví relumbrar sus fúlgidos aceros,
 Y ví las gentes pálidas y yertas.

Y ví también verter la sangre roja,
 Y oír silbar las balas y granadas,
 Y ví temblar las gentes humilladas,
 Y ví también su llanto y su congoja.

Llorad, hijas de México dolientes,
 En las tristes orillas de los ríos,
 Y bajo de los árboles sombríos
 Al estruendo gemid de los torrentes.

Todo en la vida á llanto nos provoca;
 Gemid pues en los campos y ciudades,
 Cual gime en las profundas soledades
 El ave solitaria de la roca.

Quitad del cuello el oro y los diamantes
 Y de luto tristísimo vestíos;
 ¿Por qué ostentar ni galas ni atavíos
 En tiempos congojosos y humillantes?

Es hora de llorar, huya la risa
De vuestros labios rojos é inocentes;
Estampad en el polvo vuestras frentes,
En ese polvo que el Normando pisa.

Yo tambien lloraré tantos pesares
Y al enojado cielo haré plegarias,
En medio de las noches solitarias
En las remotas playas de los mares.

Esas mismas naciones que algún día
Con rosas coronaron tu cabeza,
Hoy te burlan ¡oh patria! con vileza
Y todas te escarnecen á porfía.

“¿Como es, dicen soberbias, que humillada
“Sin trono está la reina de Occidente?
“¿Quién la diadema le arrancó á su frente?
“¿En dónde está su formidable espada?

“Sus hijos sin pudor y afeminados
“Se espantan del cañón al estallido,
“Y de las balas al fugaz silbido,
“Huyen sus capitanes y soldados.

“¿En donde está su orgullo y su ardimiento?
“Sus laureles ¿en dónde y sus hazafías?
“Son como viles y quebradas cañas
“Que abate el soplo de un ligero viento.”

Así nos burla el galo en su algazara
Y olvida á Roncesvalles y Pavía,
San Quintín y Bailén, cuando debía
Con ambas manos ocultar su cara.

Otros burlan tambien nuestros errores;
Abran su historia y cállense sus labios:
No volvamos agravios por agravios:
Que nos dejen llorar nuestros dolores.

Feliz ¡ay! muy feliz el mexicano
Que al golpe de mortífera metralla
Ha espirado en el campo de batalla,
Antes de ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
Vivir entre escorpiones y serpientes,
Que mirar humilladas nuestras frentes
A fuerza de reveses y derrotas.

Más pise yo la patagonia playa
O ya escuche del Niágara el estruendo,
Ya los helados Alpes esté viendo
O contemple el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ¡oh patria mía!
Siempre estarás presente en mi memoria;
¿Como olvidar tu congojosa historia?
¿Como olvidar tu llanto y agonía?

Antes del sauce nacerá la rosa,
Y crecerán las palmas en los mares,
Que me llegue á olvidar de mis hogares,
Que te pueda olvidar, México hermosa.

¡Roma, patria de Curios y Cantones!
Compadezco tu suerte lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Los viles é insolentes pretorianos
 Desgarraron tus leyes con la espada,
 La toga veneranda fué pisada
 Mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infelz! sin Curios ni Cantones,
 Ha sido tu destino lamentable:
 Leyes te dieron con sangriento sable
 Del Norte los terribles batallones.

Tú también has sufrido mil tiranos
 Que pisaron las leyes y la toga,
 Y que apretaron con sangrienta soga
 Tu cuello tierno y tus causadas manos.

Mas basta ya. Quiero alas de paloma
 Para cruzar los montes y los ríos,
 Los mares nebulosos y bravíos,
 Y llegar hasta el lago de Sodoima.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
 Y la arena del bárbaro desierto,
 Y andar vagando con destino incierto
 Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

FRANCISCO ZARCO.

A UNA NIÑA.

De tu madre heredaste la hermosura,
 De su mejilla la purpúrea rosa,
 Su nítida mirada luminosa,
 Que las almas inunda de ternura.

¡Ojalá! seas como tu madre, pura,
 Sublime, delicada, generosa,
 Y heredes su virtud esplendorosa
 Y no pruebes jamás su desventura.

Tu misión es de paz y de consuelo;
 Para alivio de su alma dolorida,
 Angel de amores, te formara el cielo.

Suspirando te llana: *Hija querida,*
 Amala siempre con ferviente anhelo;
 ¡Ojalá! endulces con tu amor su vida!

Julio de 1854.

PANTALEON TOVAR.

A UNA NIÑA

Llorando por unas flores.

Apenas niña, y el intenso duelo
Te llena el corazón de sinsabores;
Y mil gotas de llanto, los fulgores
De tus ojos enturbian con un velo?.....

Quien te hace padecer insulta al cielo!...
Por qué lloras?.....Qué anhelas?.....Quieres
flores?.....

Pues yo te las daré; pero no llores!.....
No llores alma mía; y si en el suelo

No hallas quien bese la nevada seda
De esa tu frente que al amor convida;
Si no hay en él quien abrazarte pueda.

Ven á mi seno; y beberé, mi vida,
Esa lágrima tierna que se queda
De tus húmedos párpados prendida.

MARIANO SANCHEZ.

(FRAGMENTO DE UN DRAMA.)

En esa pobre flor, mi adiós te envío,
bésala siempre con cariño santo,
porque ella en vez de matinal rocío
lleva unas gotas de mi acerbo llanto.

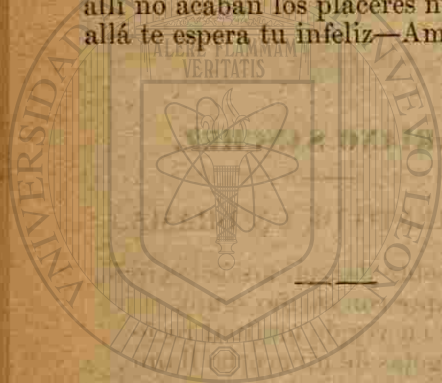
Es la sencilla virginal violeta,
que tú en mi trenza colocaste un día
y como al pecho la llevé sujeta
su tempestuoso palpitar oía.

Ella tan sólo comprendió el martirio
del corazón que sucumbió indefenso,
cuando en mis horas de tenaz delirio
le oyó gemir en su dolor inmenso.

Ella es emblema de un amor profundo
que abrió las alas y emprendió su vuelo

dejando el negro lodazal del mundo
para tocar con su grandeza el cielo.

Adiós Eduardo, tras mi dicha trunca
está la luz del esplendente faro;
allí no acaban los placeres nunca,
allá te espera tu infeliz—Amparo.



JOSE GONZALEZ DE LA TORRE.

LA DICHA.

Soñaba yo que de sufrir ajeno
Y colmado de honores y riqueza,
Socorriendo feliz á la pobreza
Miraba un porvenir grato y sereno.

De mi amor reclinado sobre el seno,
Dichoso contemplando su belleza,
Un solo beso lleno de pureza,
Colmaba mi ambición de amores lleno.

Más ¡ay! que desperté, y enristecido,
Al verme sin amor y sin fortuna
Y sin gozar el alma de reposo,

Sollozando exclamé: Sin duda alguna
No hay placer en el mundo tan cumplido,
Solo en sueño se puede ser dichoso.

JUAN ANTONIO VARGAS. *

EN LA ÚLTIMA PÁGINA
DEL QUIJOTE.

No ha muerto Don Quijote; se pasea
Adarga el brazo, por la historia humana.
Aún vive Sancho entre la gente llana
Y asoma en cada sueño Dulcinéa.

Aún rompe lanzas en tenaz pelea
Con la austera verdad la ilusión vana;
Se suspira por la ínsula lejana
Y un amor imposible se desea.

Aún va la humanidad en su quebranto,
Mezclando en el camino de su vida
Con las risas homéricas el llanto;

Aun tiene, en su inquietud y en su reposo;
El honor en un sitio que se olvida
Y la felicidad en el Toboso.

* Pseudónimo con el cual escribieron una serie de sonetos los Sres. Agustín F. Cuenca y Juan de D. Peza.

JOAQUÍN TELLEZ.

A UN RAMO DE FLORES.

Por ese ramo de fragantes flores
Que ostentas, niña, en tu preciosa mano,
Las perlas diera yo del Océano
Si mas precio no hubiesen tus favores.

Los mas tiernos y dulces amadores
Al verlo tan hermoso y tan galano,
Suspiran ¡ay! y suspirando en vano
Por él los dejas consumir de amores.

Niña de azules ojos como el cielo,
Si poseyese gloria, poderío,
Y cuantos bienes hay en este suelo,

En amoroso, ciego desvarío
Los pusiera á tus piés con dulce anhelo,
Si pudiese exclamar: "El ramo es mío."

MARCOS ARRONIZ.

A LAS FLORES.

Flores las del pensil esplendorosas,
Que al dulce murmurar de las corrientes
Brotáis de las corolas inocentes
Nítida miel y esencias deleitosas;

¿Por qué llegan las horas calurosas,
A secar vuestras hojas relucientes,
Y del viento á los soplos inclementes
Rodáis por las llanuras espaciosas.....?

¡Ay! flores, por mi bien solo buscadas
En esta grata soledad umbría,
Y al fin para mis males encontradas,

Que al veros ya sin pompa y lozanía,
Recordando sus glorias eclipsadas,
Con lágrimas os baña el alma mía.

JOSE ROSAS MORENO.

EL TRABAJO.

Fatigado de estudiar
Fué Adolfo al jardín un día,
Y exclamó con alegría:
—Hoy no quiero trabajar.

Tendido aquí, sin temores
Hablaré de muchas cosas
con esas hermosas flores.
—No, le dijeron las flores:

En tanto que el libro dejas,
Y al estudio eres infiel,
Nosotras formamos miel
Que han de libar las abejas.

—Venid abejas conmigo,
Dijo Adolfo: ellas le oyeron:
—No podemos, le dijeron;
Gracias, mil gracias, amigo.

MARCOS ARRONIZ.

A LAS FLORES.

Flores las del pensil esplendorosas,
Que al dulce murmurar de las corrientes
Brotáis de las corolas inocentes
Nítida miel y esencias deleitosas;

¿Por qué llegan las horas calurosas,
A secar vuestras hojas relucientes,
Y del viento á los soplos inclementes
Rodáis por las llanuras espaciosas.....?

¡Ay! flores, por mi bien solo buscadas
En esta grata soledad umbría,
Y al fin para mis males encontradas,

Que al veros ya sin pompa y lozanía,
Recordando sus glorias eclipsadas,
Con lágrimas os baña el alma mía.

JOSE ROSAS MORENO.

EL TRABAJO.

Fatigado de estudiar
Fué Adolfo al jardín un día,
Y exclamó con alegría:
—Hoy no quiero trabajar.

Tendido aquí, sin temores
Hablaré de muchas cosas
con esas hermosas flores.
—No, le dijeron las flores:

En tanto que el libro dejas,
Y al estudio eres infiel,
Nosotras formamos miel
Que han de libar las abejas.

—Venid abejas conmigo,
Dijo Adolfo: ellas le oyeron:
—No podemos, le dijeron;
Gracias, mil gracias, amigo.

El ócio nos causa mal;
Nosotras de prisa vamos,
Que esta miel que atesoramos,
La espera nuestro panal.

—Avecilla, tú que en pós
De las flores del pensil
Vas volando en giros mil,
Ven, jugaremos los dos.

—No, dijo el ave, mis vuelos
Nunca los emprendo en vano,
Y voy á buscar el grano
Que han de comer mis hijuelos.

—Pues escucha el ruego mío,
Aura que pasas ligera...

—Yo le llevo á la pradera
Estas gotas de rocío.

—Tú cristalino arroyuelo...

—Yo voy el río á buscar.

—Tú, río.

—Yo voy al mar.

—Tú vapor.

—Yo voy al cielo.

Trémulo Adolfo lloraba;
Y el dulce llanto del niño,
Con inefable cariño
Un ángel bello enjugaba.

—«El trabajo el bien procura
Le dijo, seca tu lloro;
El trabajo es un tesoro,
El trabajo es la ventura:

Y por eso la corriente
Cristalina, los vapores,
Las abejas y las flores
Trabajan constantemente.

JULIO ESPINOSA.

A LA LUNA.

Serena, magestuosa, siempre pura
Bajo el azul del cielo transparente
Te veo nacer en el lejano Oriente
Radiante con tu pálida hermosura.

Mil rayos despidiendo de ternura
En alas de tu luz resplandeciente,
Vagas al soplo de amoroso ambiente,
Bella sultana de la noche oscura.

Luna blanca, tranquila, misteriosa
Yo te contemplo y sin cesar te admiro.
Quisiera como nube vaporosa

Llegar hasta tu alcázar de zafiro,
Y allá seguirte en tu carrera hermosa
Y allá seguirte en tu constante giro!

JOSE JOAQUIN PESADO.

EL CARIÑO ANTICIPADO.

(DEL ITALIANO.)

Quando era niño y en la huerta mía
A las frágiles ramas no llegaba,
Por la divina Fílis suspiraba
Que no mujer, mas diosa parecía.

Te amo, la dije temeroso un día,
Díjolo el corazón que se abrasaba:
Vióme con risa y luego me besaba,
Diciéndome: *Eres niño todavía.*

Pasó aquel tiempo venturoso, y hora
Viéndome ¡triste! en sus cadenas preso,
De mí se olvida y de otro se enamora.

Mi pecho guarda su retrato impreso,
Ella se olvida de quien más la adora,
Y yo me acuerdo de su dulce beso.

JOSE SEBASTIAN SEGURA.

FRANCISCA DE RIMINI.

(La bocca mi bacio tutto tremante.)
Dante del Inferno, Canto 62.

Cual nunca alegre y que al placer provoca
Oyendo al que conviértese en Galeoto,
Ved á la bella esposa de Lancioto,
A la que en suerte el infortunio toca.

Odia al deforme esposo, y ciega y loca
De la fé conyugal quebranta el voto:
Pablo, que á su pasión no pone coto
Trémulo todo le besó la boca.

Fija el marido la feroz mirada
En los incautos amadores tiernos
Y arde en celos y en ira derramada.

Mientras se juran vínculos eternos,
Alevoso los cruza con la espada
Y adorándose están en los infiernos.

MARIANO BEJARANO.

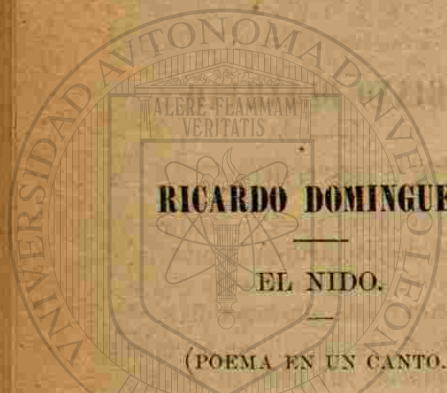
UNA HISTORIA.

Léda su juventud pasó en amores
El fuego del deleite ardiendo en ella,
Y mil amantes la dijeron bella
Y derramaron á sus plantas flores.

Prisma de la ilusión de cien colores,
Que amor, placer, felicidad destella,
¡Con cuánta rapidez borran su huella
El amargo pesar y los dolores!

Todo no fué mas que procaz mentira,
Espejismo falaz, dicha soñada,
Fátuo fulgor que al relucir espira;

De aquel hermoso ayer no queda nada,
Y la dura verdad es que hoy se mira
Enferma, sola, triste, abandonada.



Un nido. Un pobre nido; tú no sabes
qué misterio dulcísimo el encierra,
no es tan sólo el refugio de las aves,
es lo que hay de poético en la tierra!

Del árbol á la sombra en que se esconde
habla con él de amor, habla un momento,
y verás como luego te responde
con voz que hace vibrar tu pensamiento.

Yo fui una tarde al campo y viendo un nido,
hablé á solas con él en mi terneza
de un amor, de un hogar, mi edén perdido,
de todo lo que causa mi tristeza.

Callé después, mi pecho suspiraba;
mis ojos en el árbol se fijaron
y el nido á solas en la rama hablaba
con acentos que á mi alma arrebataron.

¡Qué monólogo el suyo tan hermoso!
¡Como con él se fueron mis congojas!
¡Oyelo hablar, su idioma es más sabroso
qué el del aura jugando con las hojas!

Dice que amor sobre la tierra existe;
dice que en él incólume palpita,
que el que ama, si es verdad que vive triste,
de esa santa tristeza necesita.

Dice que tiene lágrimas la ausencia,
y el retorno caricias y embelesos;
que el cáliz en que bebe es la incencia
y el idioma en el que habla son los besos.

Dice tanto en la rama suspendido,
donde el viento lo toca si lo besa,
que nadie sabe hablar como habla un nido,
pues donde otros concluyen, él empieza.

Aquella tarde cuando el sol caía
tras la abrupta montaña solitaria,
lo que el nido meciéndose decía
no cabe ni en la mística plegaria.

Ni Byron exaltando en sus anhelos
el amor de su pecho tormentoso,
tuvo esa voz, poema de los cielos,
con que hablaba aquel nido tembloroso,

Yo le oí, recogido en mis amores,
viendo el sol ocultarse tras el monte,
aspirando el perfume de las flores,
y mirando el azul del horizonte.

Y tras de oírlo tanto, arrebatado,
¡a quién le hablas? le dije, y el me dijo:
a la esposa querida, al hombre amado;
le hablo a la madre fiel y le hablo al hijo.

¡Al hijo y al esposo!.. ¡oh madre amada!
¡oh, madre de mi amor, mi estrella y guía!
¡oh, mi santa mujer tan adorada,
flor de mi alma infeliz, oh esposa mía!

¡Cómo en vosotras pienso aquí abstraído
lójos de un mundo que al amor insulta,
teniendo por ideal un pobre nido,
un nido, que cual yo, canta y se oculta!

RAMON ALDANA.

CRISTOBAL COLON.

Vedle sobre el alcázar de su nave,
Brillando el genio en la serena frente,
Cual fija la mirada en Occidente
Siempre esperando, silencioso y grave:

Hincha las lonas yientecillo suave
Mientras reunida la marina gente
De su jefe murmura, ya impaciente
Por descifrar del porvenir la clave.

Súbito la pupila se dilata
Del audaz genovés: su fé no yerra;
Señala un punto en ademán triunfante,

La ansiedad en los rostros se retrata,
Alzase un grito general de *¡tierra!*
Y arrojánse a los pigs del Almirante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 VALERE VERITATIS
NAPOLEON III.

Rival del genio, á quien llevó el destino
 A morir solitario en una roca,
 Tribuno audaz que libertad invoca
 Y hasta el trono imperial se abre camino;

Tus legiones, cual raudo torbellino
 Humillan de los Czares la ira loca,
 Y allá en Italia la opresión derroca
 El fragor de Magenta y Solferino.

La fuerte Albión te mira con recelo,
 Tu gloria iguala á tu poder terrible;
 Descorre, oh César, de la historia el velo

Y contempla en su página infalible,
 Que es la ambición de dominar el orbe,
 VoráGINE fatal que el trono absorbe.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOAQUIN VILLALOBOS.

A T L.

Voy á escribir, y busco que mi pena
 Deje con letras su expresión grabada;
 Pues sólo quiero una época serena
 Compararla con otra infortunada.

Así yo puedo hablarte, vida mía,
 Sin que ese mundo mi pasión comprenda,
 Pues si te escribo así, la noche umbría
 Arroja sobre el sol oscura venda.

Ponga ese vulgo en juego su censura,
 Y de crítica vil su dardo clave;
 Nunca sabrá quien es esa hermosura
 Que tiene de mi amor siempre la llave.

Y así en secreto, lo que el mundo ignora,
 Nosotros, sí, nosotros lo sabremos;
 Pues cuando llegue del amor la hora,
 De este modo, mi bien, nos hablaremos.

Las flores del amor jamás consienten
Que las vaya á tocar indigna mano,
Pues ántes que en capullos se revienten
Escojen la pureza del verano.

Y es la pasión, la rosa que sembramos
Y que vive en sus hojas escondida,
Pero es rosa también que si mostramos
Seca el jugo y vigor que dá su vida.

¡Cuán pura debe ser el agua ignota
Que al caer en la tierra allí se estanca;
Como es pura también la flor que brota
Y besa el hondo pié de la barranca.

No es más bella tal vez la clara luna
Cuando tiende su luz en limpio cielo;
Más grato es su esplendor, si la importuna
Una nube fatal con blanco velo.

Adiós, mi bien! adiós blanca paloma;
Guarda contigo mi expresión ardiente;
Te envío mi corazón, cuida su aroma:
No descubras el frasco y se reviente.

Y cuando un labio débil é indiscreto
Publique de ese mundo los amores,
Nosotros amaremos en secreto
Para darle más vida á nuestras flores.

**FRANCISCO GONZALEZ
Fernandez.**

EL PASADO.

Un arroyo estancado por el hielo:
Una noche tristísima, sombría,
Que tiende sus crespones por el mundo
De la dicha que ayer me sonreía.

Flores que el cierzo destrozó á su paso:
Panteón de esperanzas y de amores:
Triste desierto donde no hay un ave:
Ni se oyen de la fuente los rumores.

Un árbol sin follaje donde sola
Tierna paloma su viudez lamenta:
Un hogar que del luto los crespones
Como recuerdo funeral ostenta.

Desierto cementerio á donde nadie
Se acerca á murmurar una plegaria,
Ni á dejar gayas flores, ni siquiera
Una sola modesta pasionaria.

Y sólo mis recuerdos cual fantasmas,
Ese mundo tristísimo atraviesan,
¡Bellos recuerdos de mejores días
Que hoy en la noche del dolor se besan!

¡Allí estás tú, mujer que amara tanto!
¡Que fuiste de mi vida la ventura!
Aún no pierde tu poético semblante
El fulgor celestial de tu hermosura.

Bella mujer que acaricié cruzando,
De la ilusión el encantado río,
Y que luego al llegar á la ribera. . . .
No me culpes, perdóname ángel mío.

Acaso triste en la callada noche
Tu lacerado corazón suspira;
Pero qué hemos de hacer ¡los dos creímos
Realidad tan bellísima mentira!

Tú también me juraste amor eterno
Al estrecharme en tus amantes brazos,
Sin prever que el destino rompería
Quizá muy pronto nuestros dulces lazos.

Y ahora acaso como yo, contemplan
Tus ojos, á través de un espejismo,
Ese que guarda nuestros sueños todos
Sin luz, inmenso, funeral abismo.

El grato ayer de tu existencia, ahora
Lo mismo que tu pecho está enlutado!
¡Es muy triste en verdad uno, por uno,
Evocar los recuerdos del pasado.

FRANCISCO ICAZA.

CRUCES.

A UNA ADULTERA.

Clavadas en las grietas de las peñas
Las toscas cruces de vetusto encino,
Marcan que en ese sitio el peregrino
Perdido halló la muerte entre las breñas.

Siendo de paz y amor santas enseñanzas,
Hacen más triste el árido camino
Donde escuchan gemidos de continuo
En la noche las gentes lugareñas.

Marca esa cruz que ocultas en el pecho
Tu muerto corazón que apenas late;
Pero en las noches, y en tu infame lecho

De los remordimientos al embate,
Renace el muerto, y gime á tu despecho
Y congojoso su sepulcro bate.

México, Abril de 1885.



FRANCISCO J. ARREDONDO.

MI MADRE.

A LA SRA. JUANA TAPIA DE CABAÑAS.

Cuando niño, solícita cuidaba
Una mujer mi sueño candoroso,
Y era su acento blando y melodioso
Eco de Dios que al corazón llegaba.

Mis lágrimas secando si lloraba,
Sobre su pecho tierno y bondadoso,
A mi labio su labio cariñoso
Una y mil veces con amor juntaba.

Mas murió: desde entonces mil dolores
Tan sólo el mundo para mi alma encierra
Secando de mi fe las bellas flores;

Y contra el hado crüel en honda guerra
Con mis ansias, mis dudas, mis temores,
Sigo cruzando la escabrosa tierra.

1879.

INDICE.

Páginas.

FERNANDO CALDERON.—Su biografía.....	5
A Amira	17
A una rosa marchita.....	20
La felicidad	23
La vuelta del desterrado.	27
El soldado de la libertad.	31
Brindis en un baile.....	36
La despedida.....	39
VICENTE RIVA PALACIO.—Lorencillo.....	41
JUAN DE DIOS PEZA.—El culto del abuelo.....	54
GUSTAVO A. BAZ.—El abrazo de Acatempan.....	59
MANUEL CARPIO.—México en 1847..	63
FRANCISCO ZARCO.—A una niña.....	69

PANTALEON TOVAR.—A una niña llorando por unas flores.	70
MARIANO SANCHEZ.—Fragmento de un drama.....	71
JOSE GONZALEZ DE LA TORRE.—La dicha.....	73
JUAN ANTONIO VARGAS.—En la úl- tima página del Quijote.	74
JOAQUIN TELLEZ.—A un ramo de flores.....	75
MARCOS ARRONIZ.—A las flores.....	76
JOSE ROSAS MORENO.—El trabajo...	77
JULIO ESPINOSA.—A la luna.....	80
JOSE JOAQUIN PESADO.—El cariño anticipado.....	81
JOSE SEBASTIAN SEGURA.—Francis- ca de Rimini.....	82
MARIANO BEJARANO.—Una historia.	83
RICARDO DOMINGUEZ.—El nido.....	84
RAMON ALDANA.—Cristóbal Colón..	87
Napoleon III.....	88
JOAQUIN VILLALOBOS.—A tí.....	89
FRANCISCO GONZALEZ FERNANDEZ.— El pasado.....	91
FRANCISCO ICAZA.—Cruces.....	93
FRANCISCO J. ARREDONDO.—Mi ma- dre.....	94

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodríguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El Pensador Mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: Peon y Contreras, Ecos y Poesías.
Ignacio Ramirez, Poesías.
Luis Gonzaga Ortiz. "
Isabel Prieto de Landázuri. "
Agustín F. Cuenca. "
Francisco Sosa. "
Juan Valle. "
Dolores Guerrero. "
Fernando Calderón. "

EN PREPARACIÓN: *Ignacio Montes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón, Juan Díaz Covarrubias.*

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

MANUEL M. FLORES

POESIAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO
1895.



El Parnaso Mexicano.

MANUEL M. FLORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANUEL M. FLORES



EL PARNASO MEXICANO.

MANUEL M. FLORES

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

Bajo LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Manuel Peredo, José M. Vigil,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa
y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION. ®

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MEXICO 1° DE JUNIO DE 1885.

MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

MANUEL M. FLORES.

Nació en 1840, en el pintoresco valle de San Andrés Chalchicomula, (Estado de Puebla), á la falda occidental del Orizaba. Su padre D. José Vicente Flores, comerciante y agricultor bastante acomodado, era un tipo de honradez y de caballerosidad, y la madre de nuestro poeta, Doña Dionisia Martínez, fué siempre citada por la bondad y sencillez de su corazón, así como por su espíritu eminentemente religioso.

Terminada su instrucción primaria, Manuel Flores, en unión de su hermano Luis, vino á México (1855), al Colegio de Minería. Pero el estudio de las matemáticas era poco conforme con sus inclinaciones, y apenas estuvo allí año y medio. En seguida entró al

de San Juan de Letran, del que no tardó en separarse, pues después de dos años, un deseo ardiente de goce y de libertad se había apoderado de él. Tomó un modesto cuarto en el Hotel de París, y durante tres años vivió al capricho de su corazón y de su fantasía, ocupado únicamente de amores y versos. Entónces hizo su primer conocimiento, bastante íntimo por cierto, con la pobreza; entónces aprendió á sufrir, pero aprendió también á sentir y amar. Aquella época, es en la vida de Flores una de las más crueles, y sin embargo, una de las más hermosas y queridas para él, y puede resumirse en estas palabras: pobreza y amor, poesía y libertad. De entónces data una gran parte de sus *Pasionarios*, de esos bellísimos cantos que nadie ha podido igualar entre los que cultivan la poesía en México.

Tres años más tarde (1863), volvió, hijo pródigo, al hogar paterno en el risueño valle de su infancia.

La fortuna de su familia estaba en ruina, consumándose ésta con motivo de la intervención francesa, que obligó al Sr. Flores y á sus hijos á trasladarse á la Sierra del Norte, á Teziutlan, en donde nuestro poeta estuvo encargado de la Secretaría de la Jefatura po-

lítica y Comandancia militar del Distrito. Ocupada la plaza de Teziutlan (1864), por los austriacos, Manuel Flores y Luis su hermano, que estaban notados por sus ideas republicanas y su hostilidad al Imperio, fueron aprehendidos por orden del general conde de Thun, conducidos á Perote y encerrados en la fortaleza. De ella salieron á los cinco meses, para el destierro. Tocóle por suerte á Manuel Flores residir en la ciudad de Jalapa, en donde no pueden sentirse las amarguras del ostracismo; porque allí, bajo un cielo encantador, en medio de los paisajes más risueños, entre flores de aroma que embriaga, cerca de mujeres en quienes no sabe uno qué admirar más, si la belleza del rostro ó la del alma; en una sociedad franca y hospitalaria por excelencia, que brinda con horas que difícilmente podrán disfrutarse en otra parte, en Jalapa, que es un nido de amores, el poeta ardiente y apasionado tenía que olvidar las penas de la ausencia del hogar y aún la falta de recursos, al entregarse á las supremas delicias que desde los primeros albores de su juventud han formado el encanto de su vida: amar y ser amado. Quien haya leído las poesías de Flores, recordará que Jalapa ha merecido de él algunos de sus más sentidos

versos. El recuerdo de Jalapa jamás podrá borrarse de la memoria del poeta.

Consumada en 1867 la restauración de la República, terminó el destierro de Flores. Al volver al Distrito de San Andrés, Flores se encontró con una credencial de diputado á la Legislatura de Puebla. En aquellos momentos su padre moría repentinamente.

Abrumado por ese dolor inmenso é imprevisible, fué á Puebla á ocupar el puesto para que fuera electo y á tomar, por consiguiente, parte en la política, que siempre le ha disgustado. Durante ese periodo desempeñó tambien aunque por breve tiempo, la Secretaría de Fomento é Instrucción Pública del Gobierno del Estado de Puebla.

Al terminar sus tareas legislativas, vino al Congreso de la Union (1870), representando al Distrito de su nacimiento, y una vez en la capital de la República, querido, estimado por los literatos y poetas más distinguidos, tomó parte en la redacción de varios periódicos literarios y políticos.

Al cerrarse el Congreso, Flores regresó á Puebla, en donde el Gobierno del Estado le confió las cátedras de Literatura é Historia. A poco fué electo senador por uno de los Distritos de la Sierra; formó parte de la Junta

Directiva de la Academia de Educación y Bellas Artes, y la Sociedad de Profesores le nombró su presidente honorario.

Por segunda vez fué electo para representar un Distrito de Puebla en el Congreso de la Union (1876), cuando sobrevino el triunfo de la revolución iniciada en Tuxtepec. Desde entónces, Flores ha vivido en la pobreza y en el olvido, sin encontrar la justa remuneración de sus trabajos ni como escritor ni como profesor. Las pasiones políticas, que todo lo atropellan, que elevan á puestos distinguidos á verdaderas nulidades, mientras que hunden en el olvido á personas que son la honra de su patria, han sido causa de que Manuel Flores en estos últimos años hubiese arrastrado una vida precaria; encontrándose en la actualidad gravemente enfermo de los ojos.

No hemos aún hablado del poeta sino ligeramente, y es tiempo ya de hacerlo.

Manuel Flores es uno de los pocos hombres á quienes sin contradicción han proclamado sus contemporáneos como una verdadera gloria patria. Sus amigos le quieren entrañablemente porque conocen toda la bondad de su corazón, toda la elevación de sus sentimientos, todo su mérito literario. Los

que sólo han leído sus poesías, le proclaman como el primero de los poetas eróticos mexicanos; propios y extraños reconocen su mérito y le colocan entre los más eminentes bardos del Nuevo Mundo.

Mucho nos extenderíamos si pretendiéramos reproducir siquiera algunos de los principales escritos en que se han señalado las incomparables bellezas de las poesías de Flores, y como esto no sería propio de este lugar, y nos apartaría del plan que hemos venido observando en esta galería biográfica, habrémos de limitarnos á insertar únicamente los párrafos publicados en España.

En el tomo XLV de la *Biblioteca Universal*, se lee lo siguiente:

“Manuel M. Flores es el poeta de ese amor que necesita para desarrollarse, el clima abrasador del verano de Nápoles, y tener bajo sus piés el suelo palpitante del Vesubio, y estar iluminado por el reflejo de una erupción de aquel sepultador de ciudades: las más veces le inspira lo que se ha llamado el demonio de Byron: como éste, estremécese aún con su ternura. Los cantos eróticos de Flores son la voz de la tormenta de la pasión. Su lira de hierro enrojecido sólo tiene acentos para la mujer, de la que

“hace una diosa mitológica, tan pronto rebosando virtudes, tan pronto miserias; pero grande y magnífica siempre, como Luzbel ántes y despues de su caída. Recorred sus irreprochables traducciones ó imitaciones de los mejores poetas, y vereis que siempre ha elejido los pasajes de más sublime ó demente pasión: del Dante, *Francesca*; de Horacio *Glicere*; de Shakespeare, *Ofelia* y *Julieta*; de Goethe, *Fausto*; de Heine y del cruel Lessing, los más sangrientos epigramas. Flores es en su género lo que en el suyo son sus dos compatriotas Justo Sierra y José Rosas; joyas de altísimo precio. Flores es un poeta de grande inspiración; su versificación, llena, conceptuosa y musical. Tiene el sólo defecto de descuidar mucho la prosodia: él mismo lo confiesa en las cuatro palabras que puso al frente de sus poesías.”

En la *Revista de Andalucía* publicó D. A. Fernandez Merino, un extensísimo juicio de las poesías de Manuel Flores, que concluye, despues de haber marcado las principales bellezas que encierran las *Pasionarias* y despues de tributarle elogios que pocos poetas habrán recibido, con las siguientes palabras:

“Creemos que es Manuel M. Flores uno de

“ aquellos poetas que jamás morirán; sus
 “ composiciones lo harán vivir al través de
 “ los siglos; y si hoy en la vieja Europa aún
 “ no se le rinde el tributo que merece, débe-
 “ se únicamente á que hasta hace muy poco
 “ tiempo el Gobierno Mexicano no tuvo el
 “ feliz acuerdo de enviar á nuestra patria á
 “ un jóven diplomático, del claro talento del
 “ Sr. Peza, que tan fuertes lazos ha echado
 “ entre las dos naciones, gracias al conoci-
 “ miento que nos ha hecho adquirir de la so-
 “ bresaliente literatura mexicana, como Hi-
 “ jar y Haro había probado ya el considera-
 “ ble adelánto que en las ciencias ha conse-
 “ guido México.

“ Las sobresalientes bellezas de Flores co-
 “ rren parejas con su perfecta originalidad:
 “ ni en las literaturas clásicas, ni en las lite-
 “ raturas modernas, puede decirse que hay
 “ un determinado autor que sea un modelo.
 “ Nació poeta, es espontáneo y casizo; mu-
 “ chas veces su propio brío, le hace cometer
 “ incorrecciones, que bien se le pueden dis-
 “ pensar en gracia á la bri'lantez de sus imá-
 “ genes y á la belleza de sus ideas. El vate
 “ mexicano no tiene el ímpetu arrebatado de
 “ nuestro Espronceda, no hay en él la por-

“ funda melancolía de Musset, ni la sarcásti-
 “ ca amargura de Heine, que es de quien más
 “ dista, á pesar del poco concienzudo afan de
 “ algúnos, que ligeramente asientan que es
 “ con quien más similitud tiene. No cabe
 “ pensar siquiera en un paralelo entre Heine
 “ y Flores; no puede creerse que el primero
 “ sea un modelo que el segundo se haya pro-
 “ puesto; los términos son contrarios; hay
 “ entre ambos la diferencia que existe entre
 “ un dia del caluroso Estío y un dia de la
 “ plácida Primavera: en los dos el sol brilla
 “ y la naturaleza muestra esplendente sus
 “ galas; pero el primero todo lo abrasa, todo
 “ lo seca; el segundo hace que todo viva, que
 “ todo florezca. Las cuerdas de la lira del
 “ poeta mexicano, al ser heridas, producen so-
 “ nidos que encantan; las del autor del *Inter-
 “ mezzo* responden á la pulsación con crugi-
 “ dos y se rompen.”

Tan acabados elogios nada de hiperbólico
 encierran, para quien ha tenido la fortuna de
 deleitarse con la lectura de las obras de nues-
 tro poeta. En nuestros labios parecerían dic-
 tados por la pasión, por el deseo de enaltecer
 todo lo que á nuestra patria se refiere; en los de
 los extraños no pueden ser tachados, y complá-
 cenos por lo mismo reproducir esos conceptos.

Flores ha fundado y redactado en Puebla los periódicos *La Palabra Libre* y *El Libre Pensador*, y ha colaborado en las principales publicaciones mexicanas.

Es miembro de las corporaciones siguientes: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Conservatorio de Música y Declamación, Sociedad de Historia Natural, Liceo Hidalgo, Concordia, Netzahualcoyotl, Rodríguez Galvan, Artesanos de Puebla, Edén de Jalapa, Florencio M. del Castillo, de Monterey y de algunas otras.

Cerraremos estos brevísimos apuntamientos recomendando al lector que quiera enriquecer su biblioteca, la segunda edición aumentada del hermoso libro á que debe su celebridad, y que lleva por título: *Pasionarias*.

México, 1884.

FRANCISCO SOSA.

Este ilustre poeta, que tanta honra dió á su patria con sus inmortales cantos, falleció en México, el 20 de Mayo de 1885.

MANUEL M. FLORES.

EL ALMA EN PRIMAVERA.

¡Sol de la juventud, en sed de amores
Tu ardiente rayo el corazón inflame!
¡Primavera del alma, dame flores
Que al són del arpa por doquier derrame!

EL ANGEL DEL HOGAR.

(A ENRIQUE.)

Una madre me dió el cielo,
Y cuando pequeño fuí
Mi cuna no tuvo ángel. . . .
Estaba mi madre allí.

Y era tan dulce su acento,
Eran sus ojos tan bellos,
Tan blanda la cabecera
Que me daban sus cabellos;

Tan dichosa su sonrisa,
Tan profundo su embeleso,
Tan tiernamente inefable
Sobre mis ojos su beso;

Que yo ¡feliz! no sentía
Que dejaba al despertar,
A los ángeles del sueño
Por el ángel del hogar.

Y así pasaron, pasaron
De mi inocencia las horas,
Cual pasaría bajo el cielo
Una procesión de auroras.

Hasta que llegó el momento
De separarnos los dos,
Y al hijo la dulce madre
Puso al amparo de Dios.

Y quedó sólo mi madre,
Sóla y triste en el hogar,
Donde el eco de mi nombre
Se escuchaba sollozar.

Aquellos ojos queridos
Que en mis ojos se miraban,
Con lágrimas se dormían,
Con lágrimas despertaban.

Lágrimas que debería
Secar de rodillas yo,
Lágrimas, madre querida
Que yo no merezco, no.

Que ingrato en tanto buscaba
La dicha lejos de tí. . . .
Perdon, madre de mi vida. . . .
Tú sabes cómo volví.

Volví, sí. ¡Qué dulce llanto
El volverse á ver arranca!
Mas tu frente estaba pálida,
Tu cabeza estaba blanca! . . .

Que mi ausencia desdichada
Tu corazón lastimó,
Y el pesar de mis pesares
Tu cabello emblanqueció. . .

Juventud, locos placeres,
Ilusiones mundanales,
¿Valeis una sola gota
De los ojos maternos?

Santa madre, ídolo mío,
Mi culto, mi única fé,
¡Con qué dolor á tus plantas
Confuso me arrodillé! . . .

¡Cómo ¡perdon! te gritaba
Y sollozaba tu nombre!
Cómo mojaba tus canas
Con mis lágrimas de hombre!

¡Cómo las tuyas bañando
Mi rostro . . . y mi corazón,
Derramaban en mi vida
El bautismo del perdón!

En pago de mis errores,
En pago de mis agravios,
Bendiciones y consuelos
Sólo me dieron tus lábios! . . .

Y desde entónces, mi madre,
Tú lo sabes. . . un altar
Levanté dentro de mi alma
Para el ángel de mi hogar.

Y mi madre es mi cariño,
Mi fé, mi orgullo, mi amor;
Y porque la tengo, creo
En tu bendición, Señor!

Enrique, tú en la inocencia
No comprendes todavía
Lo que es esa Providencia
Que llamamos *madre mía*.

Y pues el cielo te ha dado
Una tan buena y tan bella,
Cuanto amor hay encerrado
En tu alma, dáselo á ella.

Ese ángel que en tus ensueños
Ves, que se inclina á besarte,

Es ella que de tus sueños
Las horas viene á robarte.

Que para amor como el suyo
Es una vida bien poca,
Y por cada beso tuyo
Otra te diera su boca.

Alma á su alma prendida
Eres, con lazo de flores,
Y la vida de su vida,
Y el amor de sus amores.

Amala, no por el cielo,
Amala, no por deber,
Sino porque ella es consuelo,
Y vida y santo placer.

Y en el alma, desde niño,
Levanta el místico altar
De un infinito cariño
Para el ángel del hogar.

ORFANDAD.

A Maria.

¡Cuánto es triste pensar en tu destino,
Pobre niña que vas por tu camino
Sin bienhechora luz,
Atrás dejando, en sus sepulcros yertos,
Yacer el polvo de tus padres muertos
Bajo la negra cruz!

Tú juegas, pobre niña, tu sonrisas;
Cual linda mariposa entre aleluis
Por la existencia vas.
Aun no hieren tu planta los abrojos,
Aun no saben de lágrimas tus ojos,
Es tu alma toda paz.

En tus ojos purísimos aun tienes
Algo del cielo azul de donde vienes,
Paloma de candor.
Toda inocencia, hoy eres todavía
Hermana de los ángeles, María,
La hija del Señor.

Mas ¡ay pobre ángel! cuándo en el mundo infame
 En tu inocente corazón derrame
 Su veneno mortal;
 Cuando bañada en lágrimas, María,
 Exclames sollozando ¡Madre mía!
 Y madre no hallarás.

.....
 ¡Ayl una madre... corazón que adora
 Sin cansarse jamás. Dolor que llora
 Nuestro mismo dolor;
 Alma á nuestra alma por el cielo unida,
 Entrañable pedazo de la vida,
 Unico santo amor!...

Una madre es así... y así la mía
 Y no la tienes tú, pobre María;
 No hay ángel en tu hogar....
 ¿Quién te la puede dar sobre la tierra?
 Cuanto tesoro el universo encierra
 No la puede comprar....

.....
 Dios, que al pájaro errante dá la espiga,
 Y cuida de la alondra, de la hormiga,
 Y de la flor de Abril;
 Dios el clemente, el bondadoso, el Padre,
 Es un inmenso corazón de madre
 Y el cielo te dará... la tiene allí.

LA ULTIMA FLOR.

(A MANUELA.)

Ultima flor... para tus hojas secas
 Tiene el recuerdo su secreto llanto,
 Quizá serán las lágrimas postreras
 Del corazón que padeciera tanto.

Ultima flor... Naciste con el dia,
 Abriste al cielo la gentil corola,
 Fuiste el amor del sol y de la brisa...
 Hoy yaces triste, marchitada y sola.

Tambien yo tuve el cielo de unos ojos,
 Los suspiros de una alma enamorada,
 Las caricias de un angel... mi tesoro...
 Los besos de su boca idolatrada.

Su mano resbalaba en mis cabellos,
 Reposaba en su seno mi cabeza;
 Y secando su llanto con mis besos,
 Se embriagaba mi amor en su belleza.

Escuchaba su voz, canto suave,
Inefable murmullo desprendido
De un corazón de fuego, palpitante
Que me daba latido por latido.

Y la llamaba entre mis brazos mía,
Y muriendo de amor, la acariciaba,
Y muriendo de amor, dábame vida
El beso que mis lábios abrasaba. . . .

La dicha de la vida es una rosa
Que se seca también y se marchita;
Deshojóse la flor. . . . quedó el aroma . . .
Dulce memoria de mi amor bendita.

ROSARIO.

Cuando hizo Dios á la mujer primera
Tan bella la encontró, que hacerle quiso
Un presente de amor que digno fuera
De su beldad, y dióle el Paraíso.

Era digno este dón de la hermosura,
Del sol á los primeros resplandores
Dios despertó del bosque en la espesura
El mundo de las aves y las flores.

Allí tendió para la planta inquieta
De Eva feliz vagando en la arboleda,
El blando musgo, la gentil violeta
Y el jacinto de pétalos de seda.

Y derramó en las brisas empapadas
En la nube sutil de los aromas,
El distante rumor de las cascadas
Y el cercano arrullar de las palomas.

Y puso claras fuentes do pudiera
Eva mirar su espléndida hermosura,
Y tender su flotante cabellera
Cual manto de oro sobre la onda oscura.

Y dilató á sus ojos extasiados
El bosque umbroso, la campiña amena;
Y mas allá los montes escarpados,
Y la atmósfera azul, limpia y serena.

Luz, riqueza, esplendor, bienes sin nombre
Dióle el Señor á la mujer primera:
Después de Dios ¿qué le quedaba al hombre
Que dar á su divina compañera?

Nada... y todo. La sangre generosa
Que ya en su altivo corazón ardía,
Aquella vida mística y hermosa
Que en los jardines del Edén nacía.

Y su alma, la inmortal, la chispa viva
Que enciende Dios en la terrena escoria,
La siempre soñadora por cautiva
De eternos goces y de eterna gloria.

Eva al mirar la gran Naturaleza
Tan rica, tan fecunda y tan hermosa,
A Dios alzó la atónita cabeza
Y le sonrió bellísima y dichosa.

Pero al mirar al hombre, estremecida,
Presintiendo de amor los dulces lazos,
Suspiró ruborosa y conmovida
Y al blanco seno se cruzó los brazos.

Y dicha y vida y alma, y el portento
Del Paraíso ante su esposa bella,
Todo el hombre lo dió por el tormento
De amarla mucho y de llorar con ella.

Así nació el amor. Dios no lo quiso:
Oyó el hombre su voz aterradora
Y traspuso el dintel del Paraíso
En pos de la primera pecadora.

Así nació el amor, á la hora impía
En que Dios indignado castigaba,
En que Satán gozoso sonreía,
Callaba el hombre y la mujer lloraba.

Por eso amor en el Edén nacido
En una hora fatal de encanto y duelo,
Es siempre un ángel al nacer herido
Por la celosa cólera del cielo.

Por eso cual reptil la desconfianza
Se abriga en pechos del amor ya presos,
Y tiembla dentro el alma la esperanza
Y se mojan con lágrimas los besos.

.....

Amor nacido en el lindero triste
 Que separa el Edén del mundo yerto,
 ¿Te acuerdas de las dichas que perdiste?
 ¿Aun respiras las flores de tu huerto?

¿Te acuerdas cuál gimió bajo las palmas
 De aquel beso primer el eco tierno?
 ¿Presentes la ventura de las almas
 En las caricias de un amor eterno?

Quién sabe, pobre amor; alma y materia
 Tú, como el hombre, del Edén proscrito
 Envuelto en idealismo y en miseria
 Reclamas como patria lo infinito.

Yo sólo sé que hay goce en tus pesares
 Y que en todos tus goces hay tormento;
 Que deidad implacable, en tus altares
 Humea del hombre el corazón sangriento.

Sólo sé que por tí, ya inobediente
 Se puso el hombre con su Dios en guerra,
 Y que amargó, proscrito y delincuente,
 Con su primera lágrima la tierra.

Mas sé también que si de mi delante
 Dios pusiera otro Edén y me lo diera,
 Sin ver... sin vacilar un sólo instante
 Por la mujer que adoro lo perdiera!

ASUNCION.

¿Te acuerdas de su adiós? Hay un instante
 En la revuelta historia de la vida
 Que el alma que adoró jamás olvida,
 Y es el instante del postrer adiós.
 Las manos que se estrechan, que se aprietan
 Convulsas con presión desesperada,
 Las lágrimas que empañan la mirada,
 Los sollozos que tiemblan en la voz;

La palidez que los semblantes cubre,
 El íntimo dolor de los abrazos
 Todo quiere decir que hecho pedazos
 Y agonizando el corazón está.
 Todo quiere decir que nuestra vida,
 La vida toda de nuestra alma entera
 Está en otra alma, dulce compañera
 Que siempre unida á nuestra suerte vá.

Este mundo es tan triste; esta jornada
 De la cuna al sepulcro es tan sombría

Que una alma siempre sólo no podría
Soportar la fatiga del vivir.
Así lo quiere Dios. Penas y goces
Debemos compartir á los que amamos,
Para dicha mayor cuando gozamos,
Para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sólo, que no tiene
Ni una pálida luz entre su sombra,
Que á nadie espera, que á ninguno nombra,
Que no tiene ¡infeliz! por quien llorar;
Que ante un recuerdo, para siempre amado,
Temblando de emoción no se despierta,
¿No es verdad que es una alma que está muerta
Pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío
Su triste sombra al corazón arroje,
Y tempestuosa la pasión deshoje
La pasajera flor de la ilusión.
Feliz quien ama, sí, felices ojos
Los que saben llorar por el ausente;
Feliz el alma que sufriendo siente
Que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada mas el sueño de oro
Del infortunio en la mezquina tierra;
Pero cuanta es posible no la encierra
Mas que el amor, que goza en padecer.

Feliz, bella Asunción, quien mucho ama
Y llena con su amor una existencia;
Feliz quien logra tras amarga ausencia
La inmensa dicha de volverse á ver.

MI PADRE MUERTO.

(A MI HERMANO LUIS.)

.... Disperato dolor che'l cuor mi preme!

Dante.

Gracias, gracias, Señor. . . Me has dado llanto
Y he llorado por fin gracias, Dios mio!
Un pobre corazón que sufre tanto,
Un pobre corazón que está vacío
De esperanza y de fé, necesitaba
Para no reventar en mil pedazos
Reventar en el llanto que le ahogaba! . . .

¡Gracias aún otra vez porque tu oído
Abriste ¡oh Dios! á mi aflicción! . . Y has hecho
Que al romper los sollozos de mi pecho

Que una alma siempre sólo no podría
Soportar la fatiga del vivir.
Así lo quiere Dios. Penas y goces
Debemos compartir á los que amamos,
Para dicha mayor cuando gozamos,
Para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sólo, que no tiene
Ni una pálida luz entre su sombra,
Que á nadie espera, que á ninguno nombra,
Que no tiene ¡infeliz! por quien llorar;
Que ante un recuerdo, para siempre amado,
Temblando de emoción no se despierta,
¿No es verdad que es una alma que está muerta
Pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío
Su triste sombra al corazón arroje,
Y tempestuosa la pasión deshoje
La pasajera flor de la ilusión.
Feliz quien ama, sí, felices ojos
Los que saben llorar por el ausente;
Feliz el alma que sufriendo siente
Que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada mas el sueño de oro
Del infortunio en la mezquina tierra;
Pero cuanta es posible no la encierra
Mas que el amor, que goza en padecer.

Feliz, bella Asunción, quien mucho ama
Y llena con su amor una existencia;
Feliz quien logra tras amarga ausencia
La inmensa dicha de volverse á ver.

MI PADRE MUERTO.

(A MI HERMANO LUIS.)

.... Disperato dolor che'l cuor mi preme!

Dante.

Gracias, gracias, Señor. . . Me has dado llanto
Y he llorado por fin gracias, Dios mio!
Un pobre corazón que sufre tanto,
Un pobre corazón que está vacío
De esperanza y de fé, necesitaba
Para no reventar en mil pedazos
Reventar en el llanto que le ahogaba! . . .

¡Gracias aún otra vez porque tu oído
Abriste ¡oh Dios! á mi aflicción! . . Y has hecho
Que al romper los sollozos de mi pecho

Haya mis propias lágrimas bebido!
Gracias, inmenso Dios, gracias! . . .

Y ahora

Apura, corazón, el hondo cáliz
Del inmenso pesar que te devora!

Sólo, ante Dios, en tu dolor sin nombre
Inagotable llora
Las más acerbas lágrimas del hombre,
Y á ese viento que gimo, á esas tinieblas
En que flota el pavor, á ese callado
Espantable caos del infinito,
Arroja delirante,
Desesperado corazón, tu grito!

.....
.....
Hora de los misterios, noche amiga,
Deja que el alma mártir
Tu soledad bendiga! . . .
Solo tú tienes para mí consuelo,
Si así puede llamarse
Hundirse en tanto duelo,
Remover los pedazos doloridos
Del roto corazón, y abandonarse
Al amargo placer de sus gemidos. . . .

Hay algo de la tumba que yo arro
En tu tremenda calma,

Hay algo de la muerte entre tu sombra
Y tengo triste hasta la muerte el alma;
Toda ella es amargura,
Indecible dolor jamás sentido,
Noche en la noche misma, más oscura
Que el negro mantó en la Creación tendido!..

Ayer era feliz. . . . y lo ignoraba. . . .
Ayer era feliz. . . . En mis hogares
La dulce paz de la virtud moraba,
Y mucho tiempo hacía
Que á su umbral no llegaban los pesares,
Sino que en cada sol una alegría
El Señor de los buenos les enviaba
Como el pan celestial de cada día.

De mi padre la frente
Iba cubriendo apénas
La primer nieve de la edad, luciente,
Como el pico elevado
De la montaña, el hielo,
Para significar inmaculado
La ya cercana vecindad del cielo.

Y allí, sobre esa frente veneranda,
Cual rayo oculto que en serena tarde
De la pérfida nube se desprende
Y la alta encina hiende,
Del mismo modo la desgracia impía

Vibró su rayo de dolor y muerte,
Y en ménos ¡ay! de lo que dura un día,
Sin el adiós siquier de la agonía
La sacra vida quebrantó del fuerte.

.....

.....

Era un sueño, ¿es verdad? . . . Estaba loco . . .
¡Oh! decidme, decidme que no es cierto,
Que no ha podido ser, que delirante
Golpease mi cabeza
Sobre la tumba de mi padre muerto! . . .

¿Puede acaso morir quien dá la vida? . . .
¿De un mismo corazón puede una parte
Caer en la tumba miétras otra existe?
Y Tú, que nos ordenas adorarle,
Y Padre y Justo y Bienhechor llamarte,
Dios de inmensa bondad. . . ¿tú lo quisiste? . . .

Padre, mi padre, escúchame, responde! . . .
—Horrible desvarío!—
¿Es ésto un ataúd. . . aquí se esconde
El autor de mi vida? aquí, Dios mío? . . .
Aquí donde se estrella
Convulsa de dolor el alma lóca,
Y besos tantos con sollozo inmenso,
Con desesperación deja mi boca? . . .

Dejadme . . . porque quiero entre mis brazos

Estrechar su cadáver Estrecharle
Y con mi propia vida reanimarle
Sobre mi corazón hecho pedazos!
Un beso mas en su serena frente,
Un beso mas en su cabello cano!
¿Quereis que el corazón se me reviente?
Yo no le vi morir estaba ausente
No me bendijo á mí su santa mano!

Al cerrarse sus ojos no me vieron,
Buscóme su alma, me llamó. . . y no estaba! . . .
Mis lábios en los suyos no bebieron
El suspiro postrer. . . . ni recogieron
La lágrima que dicen que rodaba
Unica por su faz, cuando sus ojos
En el eterno sueño se durmieron!

¡Oh! dejadme llorar! Acaso el grito
De las entrañas mismas arrancado
Del corazón de un hijo, es infinito!
Quizá traspase la mortuoria losa
Y á través de la tumba y del olvido
Llegue á la eternidad donde reposa
El pedazo del alma más querido!

Es mi postrer adiós. . . . el que la muerte
No quiso que te diera, padre mío,
Ni me lo dieras tú. . . . cuando por verte
Un instante brevísimo siquiera

Al féretro sombrío
 Donde duermes, mi padre, te siguiera!.....

.....
 Mas calla, corazón, rómpete y calla!...
 ¿Quién traduce en palabras el crujido
 De un alma de hijo que al dolor estalla?...
 El féretro está allí... Dios lo ha querido!..

.....
 Sombra bendita de mi padre muerto,
 Héme aquí sollozando y de rodillas,
 Empapadas en llanto las mejillas
 Y de honda herida el corazón abierto....
 Huérfano, en mi dolor no pido al cielo
 El alivio mezquino del consuelo;
 Sólo quiero tenerte, padre mío,
 En amor, en espíritu, en imagen
 De mi recuerdo en el altar sombrío.
 Y hasta el instante en que también sucumba,
 Con mi amor y mis llantos esconderte
 En la secreta tumba
 Del alma entristecida hasta la muerte.

FRIO!

—
 (CANTO BOHEMIO)

—
 La tarde era triste,
 La nieve caía,
 Su blanco sudario
 Los campos cubría;
 Ni un ave volaba,
 Ni oíase rumor.

Apena en la nieve
 Dejando su huella,
 Pasaba muy triste,
 Muy pálida y bella,
 La niña que ha sido
 Del valle la flor.

Llevaba en el cinto
 Su pobre calzado;
 Su hermano pequeño
 Que marcha á su lado

Le dice:—"¿No sienten
La nieve tus piés?"

—"Mis piés nada sienten,"
Responde con calma,—
—"El frío que yo siento
Le llevo en el alma;
Y el frío de la nieve
Más duro no es."

Y dice el pequeño
Que helado tiritá:
—"Más frío que el de nieve...!
¿Cuál es, hermanita?
No hay otro que pueda
Decirse mayor...!"

—"Aquel que de muerte
Las almas taladre;
Aquel que en el alma
Me puso mi madre,
El día que á mi esposo
Me unió sin amor."

MI MADRE!

A LA SRA. DOÑA MARGARITA LLERENA
DE PEÑA.

¡Oh santa madre mía!
Aún puedo al despertar por las mañanas
Santificar mi trabajoso día
Con mi beso primer sobre tus canas;
Aún puedo con el alma cariñosa
Sentir cómo resbala temblorosa
Tu mano en mis cabellos,
Acaso por secar, madre piadosa,
La humedad de tus lágrimas en ellos.

Porque tú lo comprendes, tú lo sabes
Aunque no te lo diga, madre mía;
No soy feliz... padezco. Hay en mi alma
El callado sufrir de la agonía.
Tú lo sabes, lo sabes, y por eso,
Presintiendo de mi alma las congojas,
Al estampar sobre mi frente un beso,

Sin quererlo, con lágrimas la mojas.

¿Qué fuera yo sin tí? ¿Dónde encontraría
 Mi triste vida cariñoso abrigo?
 ¿Quién con mis breves júbilos gozará?
 ¿Quién me buscara por sufrir conmigo?

¿Quién me diera valor? ¿quién me alentára
 En esta lucha eterna con la suerte?
 ¿Quién si no la evangélica matrona
 A quien llamó Jesús la *mujer-fuerte*?

¿Qué religiosa voz, de mi conciencia
 Huir hiciera la impiedad bastarda?
 ¿En dónde viera yo sin tu presencia
 Al ángel cariñoso de mi guarda?

Madre, tú eres la fé. Cuando en el templo
 Mujer de los dolores, solitaria
 Levantas tu oración, es el querube
 Quien recoge tus lágrimas y sube
 Con ellas al eterno tu plegaria.
 Y es ella, tu oración, tu fé sublime,
 Tu fé de madre que el Señor bendijo,
 La que bañada en lágrimas redime
 Y purifica el corazón de tu hijo.

Tú eres piedad y dulce fortaleza:
 Como el ángel que al Hijo sostenía,

Tú levantas del polvo mi cabeza
 Y también me sostienes, madre mía,
 Cuando apuro en mis horas de tristeza
 Mi desbordado cáliz de agonía,
 Cuando siento que herido de la suerte
 Mi espíritu está triste hasta la muerte.

Tu voz cristiana, fervorosa y santa,
 Que habla con Dios y á la oración invita,
 Del santuario de tu alma se levanta
 Inspirada, dulcísima y bendita.
 Quizá la duda con su noche impía
 Mi fatigado pensamiento puebla;
 Pero hablas... y se va, como la niebla
 Ante la suave claridad del día.

Tú eres, madre, la copa de consuelo
 Con que la fibra del pesar se calma,
 Y brillas como el iris en el cielo
 Tras la deshecha tempestad del alma.
 Madre, tú eres amor, amor bendito,
 Amor siempre inmortal, amor sin nombre,
 El único en que encuentra un infinito
 El insaciable corazón del hombre. ®

Siempre tú, sólo tú... Si me arrancára
 Este mi corazón que siento grande
 Porque tú estás en él, y le arrojára
 Al viento en mil pedazos,

En cada uno grabada se encontrára
La imágen de mi madre entre mis brazos!

Siempre tú, no más tú. Que en mi existencia
Sólo tú eres bondad, bien y consuelo;
Sombra de ángel al mundo descendida
Para en sus alas conducirme al cielo;
Fé de mi creencia, luz de mis ideas,
Mitad nunca de mi alma desprendida,
Mi ser, mi amor, mi adoración, mi vida,
Madre, imágen de Dios, ¡bendita seas!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

La Cruz de la Montaña.

O cruz, ave, spes unica.

Héme al pié de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acójo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fé, vacilo y me confundo . . .
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena,
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesus de Nazareth llamaba,
Santa misión de amor le inspiró el cielo;
Paz y amor predicó, y en el Calvario,
Al morir, tróco en signo de consuelo
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entonces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
El surco apareció de la tristeza,
Corrí á tu altar, humilde y reverente,
A inclinar afligido mi cabeza,
Y de mi llanto á desatar la fuente.
Y hallaron siempre alivio mis dolores,
Siempre el aliento de la fé volviera
A mi nublado cielo sus colores,
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas, ¡ay de mí! trás mis primeros años
Vinieron en tropel téticas horas,
Vino otra edad de negros desengaños;
Y á la luz de sus pálidas auroras,
He inclinado la faz entristecida,
Al mirar cuál tornó mústio y sombrío
El panorama inmenso de mi vida
La dura mano del destino mío.

En cada uno grabada se encontrára
La imágen de mi madre entre mis brazos!

Siempre tú, no más tú. Que en mi existencia
Sólo tú eres bondad, bien y consuelo;
Sombra de ángel al mundo descendida
Para en sus alas conducirme al cielo;
Fé de mi creencia, luz de mis ideas,
Mitad nunca de mi alma desprendida,
Mi ser, mi amor, mi adoración, mi vida,
Madre, imágen de Dios, ¡bendita seas!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

La Cruz de la Montaña.

O cruz, ave. spes unica.

Héme al pié de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acójo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fé, vacilo y me confundo . . .
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena,
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesus de Nazareth llamaba,
Santa misión de amor le inspiró el cielo;
Paz y amor predicó, y en el Calvario,
Al morir, tróco en signo de consuelo
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entónces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
El surco apareció de la tristeza,
Corrí á tu altar, humilde y reverente,
A inclinar afligido mi cabeza,
Y de mi llanto á desatar la fuente.
Y hallaron siempre alivio mis dolores,
Siempre el aliento de la fé volviera
A mi nublado cielo sus colores,
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas, ¡ay de mí! trás mis primeros años
Vinieron en tropel téticas horas,
Vino otra edad de negros desengaños;
Y á la luz de sus pálidas auroras,
He inclinado la faz entristecida,
Al mirar cuál tornó mústio y sombrío
El panorama inmenso de mi vida
La dura mano del destino mío.

Ya no habitaba entónces mi cabaña,
 Ni vivía la madre tierna y pura
 Que me enseñó á adorar en la montaña
 O en el fresco verjel de la llanura,
 La Cruz agreste que el pastor venera,
 Y que tiene por techo los espacios,
 Y por eterna alfombra la pradera.

Yo estaba en la ciudad..... allí el creyente
 Busca los grandes templos suntuosos
 De columnas de mármol esplendente,
 De ricos artesones primorosos,
 De altares de marfil . . . quiere embriagarse
 En la nube de aromas que se exhala
 De los fulgentes incensarios de oro,
 Y adormecer sus lánguidos sentidos
 A los ecos del órgano sonoro,
 De la profana música remedo;
 Fariseo sensual y sibarita,
 Quiere adorar á Dios como el levita
 O como el vil pontífice pagano,
 ¿Yo prosternarme allí? yo ser cristiano
 Con ese culto hipócrita? ¡no puedo!

Y vine á verte en la montaña oscura,
 Aquí en las altas rocas solitarias
 Del venerable bosque en la espesura;
 Vengo á verter el llanto de amargura
 Al murmurar mis férvidas plegarias:

Por fin ya te encontré, ¡signo sublime!
 Virgen de humillación, como quería;
 Cual te buscaba siempre el alma mía,
 Que tanto y tanto la desgracia oprime.

¡Oh! tú no tienes los altares de oro
 Que aquella gente hipócrita venera,
 Ni aquí resuena el órgano sonoro,
 Ni el perfumado cirio reverbera;
 Pobre te alzas aquí . . . mas yo te adoro
 Con el cariño de mi fé primera.

No tienes más adorno que las flores
 Que el inocente leñador cortára
 De los esbeltos juncos cimbradores
 Para alfombrar el césped de tu ara.
 O de campestres lirios, la cadena
 Que pastora infeliz ofreció pía,
 Cuando con lábio trémulo pedía
 Tu protección en su amorosa pena.

Te dá sus perlas la naciente aurora
 En argentada lluvia de rocío,
 Del iris con las tintas te colora
 El sol de las mañanas del estío;
 La piedra de tu altar, arrulladora
 Lame la blanca linfa de ese río,
 Que vá despues entre la selva oscura
 El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
 La enamorada tórtola inocente,
 Y el alegre zentzontli, y los turpiales
 En los enmarañados bejucales
 Y en la verde espadaña del torrente,
 Mientras que de los riscos, espumantes
 Gimen las roncadas aguas, despeñadas,
 En sus grutas de pórvido encerradas.

Tú eres humilde ¡oh Cruz! pero estás pura;
 Aquí no llega el corrompido aliento
 Del mundo vil, ni el bacanal acento
 Que alza la humanidad en su locura.
 Tú eres muy pobre ¡oh Cruz! pero elocuente
 Me hablas ahora, como hablar solías
 Al ardoroso apóstol, al creyente
 Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
 Que te escogió en el bosque centenario
 Para abrazarte con dolor profundo
 En su santo martirio del Calvario.
 Y así debes estar, entre tus flores,
 En tus añosos bosques escondidos,
 Consolando los tímidos dolores,
 Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
 Ruge la tempestad de los pesares

Dentro mi corazón desesperado,
 ¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
 Dáme de mi niñez blando el sosiego;
 Que vuelva al corazón la antigua calma;
 ¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
 Yo tengo mística y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
 En tí, mi dulce y única esperanza;
 Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
 Aquí hallaré la paz y la bonanza.
 Y cuando enlute el velo funerario
 Mi triste frente, y al dolor sucumba,
 Tú ¡Cruz humilde! cubrirás mi osario,
 Y tus violetas ornarán mi tumba.

LAS ABEJAS.

Ya que del cármén en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío

Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la lúgubre tristeza
Con qué incensato en tu despecho lloras.
¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aun alumbra risueña la esperanza;
Tú cuya confianza,
Inocentes placeres, y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú jóven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,

Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abraze
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase;

Tú, jóven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérdida acaso recordabas?
Inexperto doncel ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un día,
Primera ves miraste

De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su corazón liviano.
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tédio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.
¡Amor no existe allí! La dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera,
De infame corrupción con el ejemplo
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.
¿Qué dicha, qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres

En el vendido seno
A los ardores del cariño ageno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente
Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, do la inocencia
Te ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tédio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo tranquila.
¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este cármén umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apénas se distinguen, ó en la oscura
Grieta se esconde de las rudas peñas;
Ellas no creen que al ostentarse ufanas

Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean también las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado
Por el próbido cielo
De un ins into sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo; tú la amaste,
Y alimentando tu pasión insana
Tu puro corazón envenenaste.
Olvidala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra

De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que rien, mostrando deslumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Vénus de Guido envidiaria,
Mírala ¿no enloquece tu alma, jóven,
Como hace tiempo, enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría
Dó la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta vírgen del bosque,
Dó la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Díme, ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo, no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura

Su fé constante y pura?
 Estas flores, amigo, ansioso busca,
 Abeja del amor, y no te cuida
 De los torpes placeres
 Que te ofrece la corte córrompida,
 Si el néctar de la dicha libar quieres
 Para endulzar las penas de la vida.

MANUEL ACUÑA.

YA VERÁS.

DOLORA.

(Imitación.)

—Goza, goza, niña pura,
 Mientras en la infancia estás;
 Goza, goza esa ventura
 Que dura lo que una rosa.
 —Qué, ¿tan poco es lo que dura?
 —Ya verás niña graciosa,
 Ya verás.

Hoy es un verjel risueño
 La senda por donde vas;
 Pero mañana, mi dueño,
 Veras abrojos en ella.
 —Pues qué, ¿sus flores son sueño?
 —Sueño nada más, mi bella,
 Ya verás.

Hoy el carmin y la grana
 Coloran tu linda faz;
 Pero ya verás mañana
 Que el llanto sobre ella corra. . . .
 —Qué, ¿los borra cuando mana?
 Ya verás como los borra,
 Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,
 Mientras disfrutas de paz;
 Delira, niña, delira
 Con un amor que no existe,
 —Pues qué, ¿el amor es mentira?
 —Y una mentira muy triste,
 Ya verás.

Hoy ves la dicha delante
 Y ves la dicha detrás;
 Pero esa estrella brillante
 Vive y dura lo que el viento.
 —Qué, ¿nada más un instante?

—Sí, nada más un momento,
Ya verás.

Y así no llores mi encanto,
Que más tarde llorarás;
Mira que el pesar es tanto,
Que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña, tampoco,
Ya verás.

RASGOS DE BUEN HUMOR.

Y qué, será posible que nosotros
Tanto amémos la gloria y sus fulgores,
La ciencia y sus placeres,
Que olvidémos por eso los amores,
Y mas que los amores, las mujeres?
¿Seremos tan ridículos y necios
Que por no darle celos á la ciencia,
No hablemos de los ojos de Dolores,
De la dulce sonrisa de Clemencia,

Y de aquella que, tierna y seductora,
Aún no hace un cuarto de hora todavía,
Con su boca de aurora,

“No te vayas tan pronto,” nos decía?
¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
Y tan duros y esquivos con las bellas,
Que no alcemos la copa
Brindando á la salud de todas ellas?
Yo, á lo ménos por mí, protesto y juro
Que si al irme trepando en la escalera
Que á la gloria encamina,
La gloria me dijera:

—Sube, que aquí te espera
La que tanto te halaga y te fascina;
Y á la vez una chica me gritara:
—Baje vd. que lo aguardo aquí en la esquina;
Lo juro, lo protesto y lo repito,
Si sucediera semejante historia,
A riesgo de pasar por un bendito,
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto
Cambiar una corona por un beso;
Mas como yo de sábio no presumo,
Me atengo á lo que soy, de carne y hueso,
Y prefiero los besos y no el humo,
Que al fin, al fin, la gloria no es mas que eso.

Por lo demás, señores,
 ¿Quién será aquel que al ir para la escuela
 Con su libro de texto bajo el brazo,
 No se olvidó de Lúcio ó de Robredo
 Por seguir, paso á paso,
 A alguna que nos hizo con el dedo
 Una seña de amor, así! . . . al acaso?
 ¿O bien, que aprovechando la sordera
 De la obesa mamá que la acompaña,
 Nos dice:—No me sigas!
 Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
 En separarse del objeto amado
 Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
 Latir su corazón enamorado,
 Y á quien mas que el café, lo ha desvelado
 El café de no ser correspondido?

Al aire, pues, señores,
 Lancemos nuestros hurras por las bellas,
 Por sus gracias, sus chistes, sus amores,
 Sus perros y sus gatos y sus flores
 Y cuanto tiene relación con ellas.

Al aire nuestros hurras
 De las criaturas por el sér divino,
 Por la mitad del hombre,
 Por el género humano femenino.

LAGRIMAS.

(A LA MEMORIA DE MI PADRE.)

Cum subit illius tristissima noctis imago
 Quae mihi supremum tempus in urbe fuit;
 Cum repeto noctem, quae tot mihi cara reliqui,
 Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

OVIDIO.—Elegia III.

Aún era yo muy niño, cuando un día,
 Cogiendo mi cabeza entre sus manos
 Y llorando á la vez que me veía,
 “¡Adiós! ¡Adiós!” me dijo;
 “Desde este instante un horizonte nuevo
 Se presenta á tus ojos:
 Vas á buscar la fuente
 Donde apagar la sed que te devora;
 Marcha. . . y cuando mañana
 Al mal que aún no conoces
 Ofrezcas de tu llanto las primicias,
 Ten va'or y esperanza,
 Anima el paso tardo,

Y mientras llega de tu vuelta la hora,
Ama un poco á tu padre que te adora,
Y ten valor . . . y marcha . . . yo te aguardo."

Así me dijo, y confundiendo en uno
Su sollozo y el mío,
Me dió un beso en la frente.
Sus brazos me estrecharon
Y despues . . . á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo ví una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo léjos.

El viento de la noche
Saturado de arrullos y de esencias,
Somplaba en mi redor, tranquilo y dulce
Como aliento de niño:
Tal vez llevando en su ligeras alas,
Con la tibia embriaguez de sus aromás,
El acento fugaz y enamorado
Del silencioso beso de mi madre
Sobre del blanco lecho abandonado.

Las campanas distantes repetían
El toque de oraciones. . . una estrella
Apareció en el seno de una nube;
Tras de mi oscura huella
La inmensidad se alzaba.
Yo entónces me detuve,

Y haciendo estremecer el infinito
De mi dolor supremo con el grito:
"¡Adiós, mi santo hogar!" clamé llorando;
"¡Adiós, hogar bendito,
En cuyo seno viven los recuerdos
Más queridos de mi alma.
Pedazo de ese azul en donde anidan
Mis ilusiones candidas de niño.
Quién sabe si mis ojos
No volverán á verte.!
'Quién sabe si hoy te envío:
El adiós de la muerte.!
Mas si el destino rudo
Ha de darme el morir bajo tu techo,
Si el ave de la selva
Ha de plegar las alas en su nido,
Guárdame mi tesoro, hogar querido,
Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!"

Las lágrimas brotaron
A mis hinchados párpados. . . . las sombras
Espesas y agrupadas, derepente
Se abrieron de los astros á la huella.
Cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,
El cielo era una página y en ella
Ví esta cifra.—¡Detente!
Detente. y á mi oído
Llegó como un arrullo de paloma

La nota de un gemido;
 Algo como un suspiro de la noche
 Rompiendo del silencio la honda calma;
 Algo como la queja
 De una alma para otra alma.
 Algo como el adiós con que los muertos,
 Del amor al esfuerzo soberano,
 Saludan desde el fondo de sus tumbas
 Al recuerdo lejano!

.....
 Al despertar de aquel supremo instante
 Del letargo sombrío,
 La noche de la ausencia desplegaba
 Su impenetrable velo,
 Sus sombras sin estrellas,
 Su atmósfera de hielo. . . .
 Esa odiosa ceguez en que el ausente
 Proscrito del cariño,
 Cumple con su destierro, suspirando
 Por sus recuerdos vírgenes de niño;
 Ese inmenso dolor que hace del alma
 En el terrible y solitario viaje,
 Un árido desierto
 En donde es un miraje cada punto
 Y en donde es un amor cada miraje. . . .

Y así de la ampolleta de mi vida
 Se deslizaban las eternas horas

Sobre mi frente mística y abatida,
 Sonando al extenderse en lontananza,
 Como una dulce estrofa desprendida
 Del arpa celestial de la esperanza;
 Así, cuando una vez, en el instante
 En que la blanca flor de mi delirio
 Desplegaba en los aires su capullo;
 Cuando mi muerta fé se estremecía
 Bajo sus ropas tñebres de duelo,
 Al ver flotando en el azul del cielo
 El alma de mi hogar sobre la mía;
 Cuando iba ya á sonar para mis ojos
 La última hora de llanto,
 Y se cambiaba en música de salve
 La música elegiaca del mi canto;
 Mi corazón, como la flor marchita
 Que se abre á las sonrisas de la aurora
 Esperando la vida de sus rayos,
 También se abrió. . . . para plegar su broche,
 A las caricias del amor abierto,
 Encerrando en el fondo de su noche
 Las caricias de un muerto!
 En el espacio blanco y encendido
 Por los trémulos rayos de la luna,
 Yo ví asomar su sombra. . . .
 La gasa del sepulcro le envolvía
 Con sus espesos pliegues. . . .
 En su frente espectral se dibujaba

Una aureola de angustia, lo que dijo
 Se perdió en la región donde flotaba
 Su mano me bendijo
 Su pecho sollazaba
 La sombra se elevó como la niebla
 Que en la mañana se alza de los campos;
 Cerré los ojos suspirando, y luego
 Oí un adiós en la profunda calma
 De aquella inmensidad muda y tranquila,
 Y al levantar de nuevo la pupila
 El cielo estaba negro como mi alma!

En el reloj terrible
 Donde cada dolor marca su instante,
 El destino inflexible
 Señalaba la cifra palpitante
 De aquella hora imposible;
 Hora triste en que el íntimo santuario
 De mis sueños de gloria,
 Vió su altar solitario,
 Convertido su sol en tenebrario,
 Y su culto en memoria
 Hora negra en que la urna consagrada
 Para envolverte ¡oh padre!
 Del cariño en la esencia perfumada,
 Fué un sepulcro sombrío
 Donde solo dejaste tu recuerdo
 Para hacer más inmenso su vacío.

¡Padre perdón porque te amaba tanto,
 Que en el orgullo de mi amor creía
 Darté en él un escudo!
 Perdón porque luché contra la suerte
 Y desprenderme de tus brazos pudo!
 ¡Perdón porque á tu muerte
 Le arrebaté mis últimas caricias
 Y te dejé morir sin que rompiendo
 Mi alma los densos nublós de la ausencia,
 Fuera á unirse en un beso con la tuya
 Y á escuchar tu postrera confidencia!

Sobre la blanca cuna en que de niño
 Me adurmieron los cantos de la noche,
 El cielo azul flotaba,
 Y siempre que mis párpados se abrían,
 Siempre hallé en ese cielo dos estrellas
 Que al verme desde allí se sonreían;
 Mañana que mis ojos
 Se alcen de nuevo hácia el espacio umbrío
 Que se mece fugaz sobre mi cuna,
 Tú sabes, padre mío,
 Que sobre aquella cuna hay un vacío,
 Que de esas dos estrellas me falta una.

Caíste de los libros de la noche
 Yo no tengo la ciencia ni la clave;
 En la tumba en que duermes
 Yo no sé si el amor tiene cabida

Yo no sé si el sepulcro
 Puede amar á la vida;
 Pero en la densa oscuridad que envuelve
 Mi corazón para sufrir cobarde,
 Yo sé que existe el gérmen de una hoguera
 Que á tu memoria se estremera y arde. . . .
 Yo sé que es el más dulce de los nombres
 El nombre que te doy cuando te llamo,
 Y que en la religión de mis recuerdos
 Tú eres el dios que amo.

Caiste . . . de tu abismo impenetrable
 La helada niebla arroja
 Su negra proyección sobre mi frente,
 Crepúsculo que avanza
 Derramando en el aire trasparente
 Las sombras de una noche sin oriente
 Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre . . . duérmete . . . mi alma estremecida
 Te manda su cantar y sus adioses;
 Vuela hácia tí y flotando
 Sobre la piedra fúnebre que sella
 Tu huesa solitaria,
 Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
 En la noche sin fin de tu sepulcro
 Mi alma será una estrella.

1871.

Manuel Carpio.

EL TURCO.

ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera
 De noche un turco de su bien distante,
 Pálido de mortal melancolía;
 Mal compuesto llevaba su turbante,
 Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,
 Al resplandor de la callada luna,
 Renacen en el alma mil pesares
 Al recordar que la querida mía
 Ausentóse llorando de mi lado,
 Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
 Yo mismo me desgarré la honda herida
 Que abrió en mi pecho el enojado cielo.
 De borrasca en borrasca arrebatado,
 En medio de la angustia más tremenda,

Yo no sé si el sepulcro
 Puede amar á la vida;
 Pero en la densa oscuridad que envuelve
 Mi corazón para sufrir cobarde,
 Yo sé que existe el gérmen de una hoguera
 Que á tu memoria se estremece y arde. . . .
 Yo sé que es el más dulce de los nombres
 El nombre que te doy cuando te llamo,
 Y que en la religión de mis recuerdos
 Tú eres el dios que amo.

Caiste. . . . de tu abismo impenetrable
 La helada niebla arroja
 Su negra proyección sobre mi frente,
 Crepúsculo que avanza
 Derramando en el aire trasparente
 Las sombras de una noche sin oriente
 Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre. . . duérmete. . . mi alma estremecida
 Te manda su cantar y sus adioses;
 Vuela hácia tí y flotando
 Sobre la piedra fúnebre que sella
 Tu huesa solitaria,
 Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
 En la noche sin fin de un sepulcro
 Mi alma será una estrella.

1871.

Manuel Carpio.

EL TURCO.

ODA.

Del Bósforo vagaba en la ribera
 De noche un turco de su bien distante,
 Pálido de mortal melancolía;
 Mal compuesto llevaba su turbante,
 Y con voz angustiada así decía:

Aquí en la playa de los tristes mares,
 Al resplandor de la callada luna,
 Renacen en el alma mil pesares
 Al recordar que la querida mía
 Ausentóse llorando de mi lado,
 Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
 Yo mismo me desgarré la honda herida
 Que abrió en mi pecho el enojado cielo.
 De borrasca en borrasca arrebatado,
 En medio de la angustia más tremenda,

De la vida fatal corrí la senda,
Sin encontrar en mi dolor terrible
Algún amigo á quien volver la cara,
Que por piedad mis ojos enjugara
¡Ay! infeliz del que nació sensible!

Ora tal vez la hermosa en blando lloro
Mojará su blanquísima mejilla,
Y suelto al aire su cabello de oro,
Sobre la arena hincada la rodilla,
Acaso volverá sus ojos tiernos
Y entrambas manos á esta triste orilla.
O, qué sé yo, si al resplandor divino
De esa luna tranquila y apacible,
Asida al brazo de un rival amado,
Palpitará su corazón sensible,
Como otras veces palpité á mi lado.

Desde la hora fatal de su partida
Devorado de bárbara tristeza,
Busco la soledad más escondida,
Visito á solas la musgosa fuente,
O recorro tal vez la playa ardiente
Que al lado frecuenté de mi querida.
¡Con qué placer pasábamos las horas
Oyendo de las aguas el estruendo,
Y el triste grito del alción marino
Que revolaba sobre el mar tremendo!
Su blanca mano aquí coger solía

El nido de la acuática paloma,
O lazos á la tórtola tendía
Entre el junco flexible y amarillo.
¡Cuánto aprecié sus inocentes juegos!
¡Cuánto envidié su corazón sencillo!

¿Cómo se fueron tan hermosos días?
¿Cómo en la playa me he quedado sólo
Sin quien alivie las desgracias mías?
Mujer incomparable, ¿qué se hicieron
De aquella vida la quietud y encanto?
¿Cómo de un golpe para siempre huyeron,
Y me dejaron soledad y llanto?
Miro marchita de una vez mi gloria
Como la flor que deshojó el arado:
Yo era feliz, mas sólo la memoria
Ora conservo de mi bien pasado.

Todo á tu lado era á mis ojos dulce:
Esa luna magnífica y radiosa,
Esos astros de luz, ese hondo cielo,
Ese ponto feroz que no reposa,
Esos grandes peñascos, ese suelo
Con sus aves, sus árboles y flores;
Todo me acompañaba en mi alegría;
Hoy todo me acompaña en mis dolores.
Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna

Allá detrás de los hirvientes mares.
 ¿Qué me interesa en el distante cielo
 El centellante Orion y Cinosura,
 Si tan lejos estoy de tu hermosura,
 Único bien que sin cesar anhelo?
 ¿Qué me importa sin tí la blanca nube
 Volando incierta por el aire leve?
 ¿Qué los grandes y verdes platanares
 Que fresco el viento vagaroso mueve,
 Si nos separan los inmensos mares?
 ¿De qué me sirven los jacintos rojos,
 El lirio azul y el loto de la fuente,
 Si no los han de ver aquellos ojos,
 Si no han de coronar aquella frente?
 Ora tal vez en la ribera opuesta
 Fijas la vista en esa luna triste,
 Y sollozas al ver su luz funesta
 Que allá nos alumbró cuando partiste.
 Yo también la contemplo aquí á mis solas,
 Y recuerdo tu llanto y tu agonía,
 Y recuerdo que al golpe de las olas
 Temblaba tu alma y á la par mía.
 Me acuerdo que tus ojos soberanos
 Se clavaron dos veces en el suelo,
 Dos veces se clavaron en el cielo,
 Y alzaste juntas esas blancas manos.
 Nunca jamás me olvidaré en mis días
 De cuando hablamos por la vez postrera.

¿Me olvidarás por otra? me decías:
 ¿No llorarás por mí cuando me muera?
 En tanto se agitaba su semblante;
 Y cambiaba de formas y colores,
 Trémulo enmudeció tu labio bello,
 Las lágrimas rodaron de tus ojos,
 Y en tu alba frente se erizó el cabello.

Inocente mujer, pura y amable,
 La más amable de tu sexo grato,
 ¿Cómo á mi corazón le fuera dable
 Olvidarte por otra? ¿Cómo ingrato
 Podré borrar de la memoria mía
 Tanta ternura, gracias y recato?
 Agitado me encuentran los luceros,
 Y del ardiente sol la llama viva;
 Siempre te busca el alma pensativa,
 Y si descubro en mi fatal martirio
 De tu pié delicado alguna huella,
 Agitado de trémulo delirio
 Mi llanto moja tu pisada bella.
 Por piedad una lágrima te pido,
 (Tengo hincada en el suelo una rodilla),
 Una lágrima sólo de ternura
 En recompensa de mi fé sencilla;
 Mientras que yo, sumido en mi tristeza,
 Repaso á solas mi tremenda historia,
 Y al repusarla traigo á la memoria

Tu dulce rostro y su fatal belleza.
 Alzando á ratos mi semblante adusto
 Pídole al cielo que dichosa seas,
 Pílole al cielo que otra vez me veas
 En la mansion espléndida del justo.

Del turco en tanto ya la voz desmaya;
 Y al ver que el mar no cuida de su pena,
 Váse á lo largo de la triste playa
 Arrastrando el alfanje por la arena.

Fernando Calderon.

EL SUEÑO DEL TIRANO.

De firmar proscipciones
 Y decretar suplicios, el tirano
 Cansado se retira,
 Y en espléndido lecho hallar pretende
 El reposo y la paz ¡desventurado!
 El sueño, el blando sueño
 Le niega su balsámica dulzura:
 Tenaz remordimiento y amargura
 Sin cesar le rodean:
 En todas partes estampada mira
 De sus atroces crimines la historia:
 Su implacable memoria
 Fiel en atormentarle, le recuerda
 Las esposas, los hijos inocentes
 Que por su saña abandonados gimen
 En viudez y orfandad: gritos horriblos

Cual espada de fuego le penetran:
 Con pasos agitados
 Recorre su magnífico aposento,
 Sin hallar el consuelo; en su alma impura
 La amistad, el amor son nombres vanos
 Que jamás comprendió; los ojos torna;
 Su cetro infausto y su corona mira;
 Un grito lanza de mortal congoja;
 Con trabajo respira,
 Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin un sopor espantoso
 Sus sentidos embarga un momento;
 Pero el sueño redobla el tormento
 Con visiones de sangre y de horror.

A un desierto se mira llevado,
 Donde el rayo del sol nunca brilla;
 Una luz sepulcral, amarilla,
 Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
 Vá sobre ellos poniendo la planta,
 Y al fijarla los huesos quebranta
 Con un sordo siniestro crujir:

A su diestra y siniestra divisa
 Esqueletos sin fin hacinados,
 Y los cráneos, del viento agitados,
 Le parece que escucha gemir.

Lágo inmenso de sangre descubre
 A sus plantas furioso bramando,
 Y cabezas hirsutas nadando,
 Que se asoman y vuelven á hundir:

Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
 Y sus cóncavos ojos abriendo,
 Brilla en ellos relámpago horrendo,
 De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan
 Sus atroces funestas miradas,
 En sus frentes de sangre bañadas,
 Del infierno refleja el horror:

Y sus dientes rechinan entónces,
 Y sus cárdenos lábios abriendo,
 Este grito lanzaron tremendo:
 "¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!"

Las cavernas de un monte vecino,
 El acento fatal secundaron;
 Largo tiempo los ecos sonaron
 Repitiendo la horrisona voz:

Y el crujir de las olas y del viento,
 Y el estruendo del rayo espantoso,
 Parecía al tirano medroso
 Que clamaban también ¡maldición!
 Cambia luego la escena: entre tinieblas

De fuego circundado,
 Gigantésco fantasma se presenta:
 Con dedo descarnado
 Muestra al tirano una espantosa síma:
 En su profundo seno
 Reventar oye retumbando el trueno,
 Y mira un fuego hervir como la boca
 De encendido volcan, y por las llamas
 Los demonios sacando la cabeza,
 Prorumpen en horrendas carcajadas,
 Y al réprobo saludan.
 Tiemblan sus miembros: hórridas serpientes
 Ciñen su corazón, y ni un suspiro
 Puede exhalar, ni respirar siquiera. . . .

¡Sacude el sueño: vagarosos ojos
 En torno suyo vaporoso gira,
 Y sangre, sangre donde quiera mira!

Del lecho se lanza
 Con grito doliente;
 Se inunda su frente
 De frío sudor:
 Parece que escucha
 La voz del destino,
 Y el trueno divino
 De justo furor:

Sus ojos cansados
 Anhelan el llanto;

Mas nunca su encanto
 Probó la maldad:
 Al cielo levanta
 La diestra homicida,
 Con voz dolorida
 Clamando: ¡piedad!

Mas no, que ya dada
 Está su sentencia;
 En vano clemencia
 Demanda su voz;
 ¡Ya tiene con fuego
 Marcada la frente
 Del vil delincuente
 La mano de Dios.

Rodriguez Galvan.

LA TUMBA.

Cual brilla la esperanza seductora
En la mente del hombre sin fortuna,
Así entre nubes rotas de la Luna
Resplandece la luz.

Todo es silencio y soledad ahora,
El delicado viento apenas zumba,
Y sólo me acompañan una tumba
Y una modesta cruz.

Allí postrado, en meditar profundo
Se engolfa mi agobiada fantasía;
Y la frente me toco y la hallo fría. . . .
Mas no mi corazón.

En sueño hundido el bullicioso mundo,
¿Yo sólo en medio de la noche velo?
¿Yo sólo al justo, al poderoso cielo
Elevo mi oración?

Dentro de este sepulcro helado y mudo
Uno encontró su deseado abrigo,
Y nadie. . . ni un pariente, ni un amigo
Viene á rogar por él. . . .

Esta losa do estoy, es el escudo
Que le liberta de la atroz perfidia,
De la maldad, ingratitud y envidia,
Y de una amante infiel.

¿Acaso, como yo, sólo en la tierra
No hallaba en su dolor consuelo alguno?
Quizá amor y desprecio de consuno
Le hicieron padecer. . . .

Empero ya su cuerpo aquí se encierra
Y su alma otra región ahora habita. . . .
En tanto mi existencia se marchita
De la suerte al poder.

Y cuando suene lúgubre campana,
Y ya la muerte el corazón me oprima,
¿Habrá quien triste ante mi lecho gima
En amargo dolor. . . .?

Esperar en los hombres cosa es vana:
No hay quien alivie mi dolor prolijo,
Ni quien piadoso lleve un Crucifijo
Al lábio sin color.

Y ni en la tumba solitario abrigo
 Encontrará mi cuerpo sepultado,
 Que vendrá otro cadáver, y arrojado
 El primero será.

¿Y á su socorro no vendrá un amigo...?
 Nécio de aquel que en la amistad confía?
 ¡Amistad! . . . la que dura un sólo día
 Es sempiterna ya. . . .!

Gustavo A. Baz.

ACUERDATE DE MI.

Acuérdate de mí cuando la aurora
 Asoma tras las cúspides de Oriente
 Y con sus rayos mágicos colora
 Del altivo volcan la nivea frente.

Acuérdate de mí cuando fulgura
 Sobre el bosque la luz del medio día,
 Y entona el ruiseñor en la espesura
 Sus cánticos de amor y de alegría.

Acuérdate de mí cuando su velo
 Tienda la noche en valles y montañas,
 Y brillan las estrellas en el cielo,
 Y la luz del amor en las cabañas.

Las aves vagabundas en su canto,
 Los vientos y las brisas en su giro,
 Para calmar mis duelos y mi llanto
 El eco me traerán de tu suspiro.

Javier Santa María,

LAS BRISAS.

Brisas del valle nativo
 Impregnadas de perfume;
 Aquí donde me consume
 La soledad en que vivo;
 Aquí donde pensativo,
 Siempre al dolor entregado,
 Recuerdo un dulce pasado
 De ensueños y de delicias,
 Dád, brisas al desterrado
 Vuestras amantes caricias.

Dejad que en mi pecho guarde
 Vuestro aroma con anhelo,
 Cuando venís á este suelo
 Al extinguirse la tarde.

Ya no arde en mi sér, ya no arde
 El fuego de la esperanza;
 Y cual muere en lontananza
 El sol de fulgor escaso,
 Así mi existencia avanza
 Para llegar á su ocaso.

Murieron todas mis flores,
 Mis estrellas se apagaron,
 Y ni siquiera dejaron
 Sus últimos resplandores.
 Herido por los dolores,
 Desesperado me quejo,
 Y toda mi dicha dejo
 Del pasado en el abismo:
 Soy jóven... y estoy tan viejo
 No me conozco á mí mismo.

Brisas del nativo valle,
 Volad sobre mi cabeza,
 Y así tal vez mi tisteza
 Sus hondas quejas acalle.
 No dejéis que me avasalle
 Tanto la mala fortuna;
 Y si hay esperanza alguna
 De olvidar las penas mías,
 Suspirad como en los días
 En que aromábais mi cuna.

Traed para mi consuelo
 Algo de esa melodía
 Que solo cantar sabía
 Mi madre que está en el cielo.
 Se suspendió vuestro vuelo
 Al vibrar la voz aquella:
 ¡Era tan dulce y tan bella!
 Brisas, la habeis escuchado,
 Y yo os pido arrodillado
 Que murmureis como ella.

Calmad, calmad este empeño
 Que aumenta mi desventura,
 Y al venir la noche oscura
 Será tranquilo mi sueño.
 Entónces del alma dueño
 Ese canto bendecido,
 Evitará que afligido
 Con mis angustias batalle,
 Y tornareis á mi valle,
 Y me dejareis dormido.

Jose T. de Cuellar.

A MI MADRE.

Yo sé que te deleitas escuchando
 Los sentidos acordes de mi lira,
 Y de mis versos el acento blando
 Tiernos deleites á tu pecho inspira.
 Yo sé que me comprendes y me amas,
 Yo sé que vives para mí gozosa,
 Y en noble orgullo maternal te inflamas,
 Y te engríes de ser madre dichosa.
 Extática me miras, y en tus ojos
 Miro de puro amor vivo destello,
 Y me sonrías ¡oh madre! sin enojos
 Cuando enlazo mis brazos en tu cuello.
 Y si el dolor con su saeta aguda
 Hiere tu corazón, madre del alma,
 Con mis caricias tu pesar se muda
 Y solo encuentras en mi amor la calma.
 ¡Gracias, oh, gracias mil; siempre te adoro!
 Solo tu alma es sin fin agradecida;
 Cada suspiro tuyo es un tesoro,
 Cada caricia tuya es una vida.

¿Quién me ha de amar así; nadie en el mundo;
Jamás encontraré tan sacros lazos,
Porque al embate de pesar profundo
Las cadenas de amor se hacen pedazos.

Siempre la duda cual roedor insecto
En el pecho se anida en propio daño,
Y siempre viene en pos de cada afecto
Y de cada ilusión un desengaño.

Pero tú, madre del alma,
Sin ese duro temor,
Me darás siempre la calma
Y te llevarás la palma
De mi solcito amor.
Nunca, nunca he de perderte
Ni me tocará la suerte
Que á otros amantes tocó;
Tú has de amarme hasta la muerte
Lo mismo que te amo yo.

¡Ah! yo sé que te placen sus cantares;
Por eso al son de mi laud querido,
Olvidando del mundo los pesares
A tí elevó mi voz enternecido.
Tan solo ¡oh madre! á tí; porque te adoro,
Porque es tu alma sin fin agradecida;
Cada suspiro tuyo es un tesoro,
Cada caricia tuya es una vida.

Diciembre, 12 de 1852.

RAMON I. ALCARAZ.

El primer beso de amor.

Es hermosa, encantadora
De una mujer la sonrisa,
Y suave como la brisa
El acento de su voz.

Divina es una mirada,
Seductora una sonrisa,
Más, ¿qué iguala á la delicia
Del primer beso de amor?

Era del crepúsculo hora,
Brillante véspero ardía,
En las selvas repetía
Sus cantos el ruiseñor.

Las flores aromas daban;
Murmuraba manso el río;
Allí nos unió, bien mío,
Por vez primera el amor.

Sentado estaba á tu lado,
Y en mis brazos te estrechaba,
Tu corazón palpitaba
Cercano á mi corazón.

Tus mejillas se encendían,
Era tu mirar incierto,
Y tu lábio entreabierto
Brindaba el beso de amor.

La languidez de tus ojos
Mis sentidos embargaba;
El contacto me quemaba
De tu aliento abrasador.

Me estremecí de deleite,
Y hubo un momento en que ciego,
Dejé en tu lábio de fuego,
Mi primer beso de amor.

En ese instante divino
La luna alzaba en Oriente
Su melancólica frente,
Y nuestra dicha envidió.

Gimieron de amor los bosques,
Los ángeles sonrieron,
Que el deleite comprendieron
Del primer beso de amor.

Querétaro, Abril 12 de 1848.

JUAN DE DIOS PEZA.

Fusiles y Muñecas.

(CUADRO REALISTA.)

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos,
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
y monta en una caña endeble y hueca,
besa Margot, con labios de granado,
los labios de carton de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas
y alegres sueñan en tan dulces lazos:
él, que cruza sereno entre las balas;
ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
el *kepi* de papel sobre la frente,
alienta el niño en su inocencia grata
el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa en sus juegos infantiles
que en este mundo, que su afán recrea,

son como el suyo todos los fusiles
con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco; que sin ódios lucen,
que es igual el más débil al más fuerte;
y que, si se disparan, no producen
lumo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra;
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar, me aflijo y callo. . . .
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo;
la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego;
la niña arrulla á su muñeca inerme,
y mientras él exclama: —“¡Fuego! fuego!”
la otra murmura triste: —“¡Duerme! ¡duerme!”

A mi lado, ante juegos tan extraños,
Concha, la primogénita, me mira;
es toda una persona de seis años
que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo de dolor al peso,
cuando la negra duda me avasalla,
se me cuelga del cuello, me dá un beso,
se le saltan las lágrimas y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas
y oprimiendo mi mano entre sus manos,
parece que medita en muchas cosas
al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot, que canta, en madre trasformada,
y arrulla á un hijo que jamás se queja,
no tiene que llorar desengañada,
ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles,
que ya se finge apuesto caballero,
no logra en sus batallas infantiles
manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños.
¿Cómo han de ser los sueños de los hombre
más dulces que los sueños de los niños?

¡Oh mis hijos! ¡No quiera la fortuna
turbar jamás vuestra inocente calma;
no dejéis esa espada ni esa cuna:
cuando son de verdad, matan el ama!

Agustin F. Cuenca.

CARMEN.

Era blanca y su blancura
En negro traje envolvía,
Y á mis ojos parecía
Alborada en noche oscura.

Rubia cabellera úndosa
Coronaba su donaire
Y suelta al flotar, el aire
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos
Brillaba húmedo reflejo,
Y ese azul era el espejo
De mis amantes antojos.

De su boca eran agravios
Sus lábios angelicales
A los más rojos corales
De los más hermosos lábios.

Color que á besar convida
Era su color, y presos
Túvolos en red de besos
La pasión en mí nacida.

Era blanca, como que era
El alba de mis amores,
Primera flor de las flores
De mi hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo
De sus fugitivas alas,
Iba entre virgíneas galas
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,
Ella suspiró también;
Sonó un beso, fueron cién,
Fueron más, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas
Soplaba el ambiente manso,
Y en la agua azul del remanso,
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío
Las caléndulas cuajadas
En las fértiles quebradas
Del musgoso lomerío.

¡Qué sol aquel, sol naciente,
Envuelto en undosos túles,
Y que entre montes azúles
Orlaba de oro su frente!

¡Y qué espléndido aquel sol
De la luna perseguido,

Que al morirse está tendido
En un lecho de arbol!

Sobre las rotas almenas
¡Qué pardas las golondrinas!
¡Qué abejas tan peregrinas
En las blancas azucenas!

Al mecerse ¡qué elegante
La palmera en el espacio!
Era palma de topacio
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enbiesta
Arboleda era una lira,
Era un chal de Cachemira
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana
Y al rodar cojiaba la onda
Claro cielo, oscura fronda,
Mirlo alegre y flor galana.

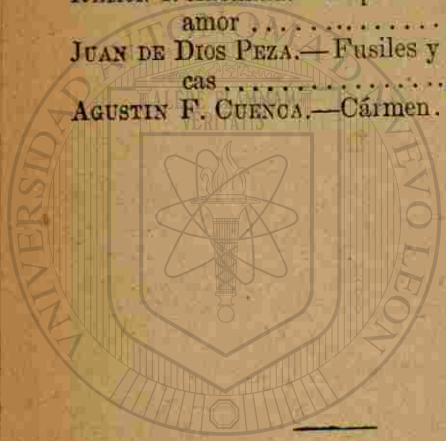
Todo entonces bajo el velo
De fantásticos anteojos,
Que amor tiende entre los ojos
Del alma y la luz del cielo.

¿Y despues? Ya puesto el sol
¿Su arbol no dora el monte?
Ella es en el horizonte
De mi vida ese arbol...

INDICE.

MANUEL M. FLORES.—Biografía.....	5
El Alma en Primavera.....	15
El Angel del Hogar.....	16
Orfandad.....	21
La última flor.....	23
Rosario.....	25
Asunción.....	29
Mi Padre muerto.....	31
Frío.....	37
Mi Madre.....	39
IGNACIO M. ALTAMIRANO.—La Cruz de la Montaña.....	42
Las Abejas.....	48
MANUEL ACUÑA.—Ya verás.....	54
Rasgos de buen humor.....	56
Lágrimas.....	59
MANUEL CARPIO.—El Turco.....	67
F. CALDERON.—El sueño del tirano...	73
R. DRIGUEZ GALVAN.—La Tumba.....	78
GUSTAVO A. BAZ.—Acuérdate de mí...	81

JAVIER SANTA MARÍA.—Las Brisas... 82
 JOSÉ T. de CUELLAR.—A mi Madre... 85
 RAMON I. ALCARAZ.—El primer beso de
 amor 87
 JUAN DE DIOS PEZA.—Fusiles y Muñe-
 cas 89
 AGUSTIN F. CUENCA.—Cámen..... 92



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PUBLICADOS

los tomos dedicados a

MANUEL ACUÑA.
MANUEL M. FLORES.

EN PRENSA.

ANTONIO PLAZA.
IGNACIO M. ALTAMIRANO.
SOR JUANA INES DE LA CRUZ.
ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.
IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.
JUAN DE DIOS PEZA.

PQ7250

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

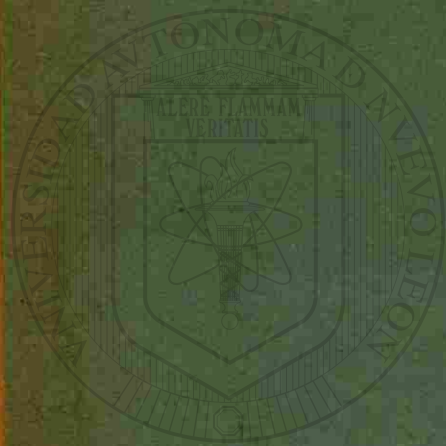
IGNACIO M. ALTAMIRANO.

POESIAS



LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN,
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1885.



El Parnaso Mexicano.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IGNACIO M. ALTAMIRANO

EL PARNASO MEXICANO.

—
IGNACIO M. ALTAMIRANO

SU RETRATO Y BIOGRAFIA
 CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
 colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,
 José M. Vigil, José M. Bandera,
 Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,
 Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
 de esta Capital y de los Estados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—SERIA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

México. 1° de Julio de 1885.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, y como D. Benito Juárez, el más eminente hombre de México, es indígena de pura raza.

Pobre y oscura su familia, apenas en sus primeros años tuvo Altamirano unas ligeras nociones de instrucción primaria, que bastaron, no obstante, para revelar lo que el joven indio podría llegar á ser, y á lo cual debió que las autoridades de su pueblo lo escogiesen, previa oposición con otros jóvenes, para enviarle á recibir una educación superior al Instituto de Toluca, lo que se verificó en 1849. Destinado por la Providencia á triunfar á la manera de César, no estudió materia

alguna en que no obtuviese la primera calificación y el premio de honor. Pequeño para su talento el Instituto de Toluca, pasó al de San Juan de Letrán en México, obteniendo en él triunfos idénticos.

Ante la dictadura del general Santa-Anna, y por efecto de sus propios excesos, surgió entónces el gran partido liberal, que hoy domina en la República, y Altamirano se afilió en él tomando como militar parte activa en la revolución de Ayutla.

Apénas triunfaron sus ideas, volvió de nuevo á sus estudios, y con la mayor brillantez concluyó su carrera de abogado en 1859. Lanzado de nuevo á la lucha el partido liberal á consecuencia de los abusos reaccionarios, estalló entónces la guerra de Reforma, y Altamirano luchó por el triunfo como periodista y como soldado, adquiriendo tal notoriedad, que fué electo diputado al Congreso general en 1861.

Como el caudillo romano, le bastó llegar y ver para encontrarse victorioso una vez más, y Altamirano brilló en la tribuna parlamentaria hásta deslumbrar, no sólo á sus oyentes, sino á todo el país. No ya los periódicos nacionales, los escritos en idioma extranjero, se deshicieron en entusiastas elogios:

“Toda la ciudad—decia *L'Estafette*—resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano. Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. . . . La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada en citas históricas oportunas y bien escogidas. . . . Jamás en México se ha oído un orador tan enérgico y arrebatador.”

Entónces fué cuando se le llamó el *Danton de América*, y su nombre salió por primera vez de su país, publicando el retrato del gran orador, *L'Illustration Française* y el *Correo de Ultramar*, en París, acompañado de encomiásticos artículos.

Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á tal altura á Altamirano, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervención francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la acción de Tierra Blanca; tres días después, la de los Hornos; en 1867, obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los Estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la acción el

jefe imperialista; ocupó el Valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital: en Marzo del mismo año marchó al sitio de Querétaro, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como en la terrible acción del *Cimatario* del 28 de Abril y el de Callejas de 1.º de Mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe.

Restablecida la República, Altamirano fué electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia, de la que ha sido fiscal, y últimamente presidente en sustitución del Sr. Vallarta: ejerció también el cargo de Procurador general de la Nación.

A él sólo debe la literatura moderna mexicana todo su esplendor; á él, que ha sido para todos los escritores más que un amigo, un padre. Se le llama, y lo ha sido, *el maestro*: con entera justicia se le considera el patriarca de la actual generación literaria. Él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios: ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras. Como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de la-

tinidad, de Derecho administrativo, de Historia general y de México, de Historia de la filosofía.

Sus principales obras son: *Rimas*, preciosa colección de poesías; *Movimiento literario en México*, *Dramaturgia mexicana*; *Baltasar*, *Medea*, revistas críticas en que campea una erudición desmedida; *Clemencia*, *Antonia* y *Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las Montañas*, novelas y leyendas, la primera, sobre todo, inimitable.

Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria.



IGNACIO M. ALTAMIRANO.

A Maria Langrand.

(INÉDITA.)

De tus ojos azules, como el cielo
 Que limpio entolda el mexicano suelo,
 En el sereno y cándido mirar,
 Se reflejan la gracia, la dulzura
 Y la santa bondad de tu alma pura
 Como la luz refleja sobre el mar.

Tiene tu blanda y plácida sonrisa
 Algo de la frescura de la brisa
 Que corre juguetona en el pensil,
 Y tu frente bellísima de esposa
 Más blancura y pureza que la rosa
 Que abre su caliz al calor de Abril.

En tu angélica voz se escuchan notas
Del murmullo de amor de las huilotas
Que gimen en el bosque tropical.

Y entre tus labios la palabra suena
De melodiosas inflexiones llena
Como el canto hechicero del turpial.

—
Todo es belleza y gracia y armonía,
En tu cuerpo y espíritu, María,
En tí todo es perfume y todo es flor.

Mirarte nada mas, es ser dichoso.
¡Cuánta ventura, tu gentil esposo
Tiene, en ser dueño de tu dulce amor!

—
¡Adios! ¡Adios! en México tu huella
El paso fué luciente de una estrella;
Todos bendicen tu existencia aquí.
¡Dicha?... tú la tendrás dó quier que fueres,
Amas, eres amada cual tú quieres,
Y el cielo mismo se complace en tí.

México, Noviembre 1° de 1884.

MARIA.

—
Allí en el valle fértil y risueño,
Dó nace el Lerma, y, debil todavía
Juega, desnudo de la régia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva
El viejo Xinantecatí, cuyo aliento,
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y magestuoso eleva
Su frente que corona eterno hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo.

—
Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoge en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas.

Allí por vez primera
 Un extraño temblor desconocido,
 De repente, agitado y sorprendido
 Mi adolescente corazón sintiera.

'Turbada fué de la niñez la calma,
 Ni supe qué pensar en ese instante
 Del ardor de mi pecho palpitante
 Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
 Ráfaga pura del albor naciente,
 Apenas devaneo
 Del pensamiento virginal del niño;
 No la voraz hoguera del deseo,
 Sino el risueño lampo del cariño.

Yo la miré una vez--virgen querida,
 Despertaba cual yo, del sueño blando
 De las primeras horas de la vida;
 Pura azucena que arrojó el destino
 De mi existencia en el primer camino,
 Recibían sus pétalos temblando
 Los ósculos del aura bullidora,
 Y el tierno caliz encerraba apenas
 El blanco aliento de la tibia aurora.

Cuando en ella fijé larga mirada
 De santa adoración, sus negros ojos

De mí apartó; su frente nacarada
 Se tiñó del carmín de los sonrojos;
 Su seno se agitó por un momento,
 Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también.—Jamás amado había;
 Como yo, esta inquietud no conocía,
 Nuestros ojos ardientes se atraieron
 Y nuestras almas vírgenes se unieron
 Con la unión misteriosa que preside
 El hado entre las sombras, mudo y ciego,
 Y de la dicha del vivir decide
 Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
 No turbarse jamás, que así la dicha
 Tal vez perenne en la existencia fuera:
 ¿Cómo no ser sagrada y duradera
 Si la niñez entretejió sus lazos
 Y la animó, divina, entre sus brazos
 La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es árbol delicado
 Que el aire puro de la dicha quiere,
 Y cuando de dolor el cierzo helado
 Su frente toca, se doblega y muere.

¿No es verdad? ¿No es verdad, pobre María?
 ¿Por qué tan pronto del pesar sañudo

Pudo apartarnos la segur impía?
 ¿Cómo tan pronto oscurecernos pudo
 La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entónces no fuímos más felices?
 ¿Por qué entónces no fuímos más constantes?
 Por qué, en el debil corazón, señora,
 Se hacen eternos siglos los instantes,
 Desfalleciendo antes
 De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entónces ignorabas
 Y yo también, lo que apellida el mundo
 Amor. ¡amor! y ciega no pensabas
 Qué es perfidia, interés, deleite inmundo,
 Y que tu alma pura y sin manchilla
 Que amó como los ángeles amáran
 Con fuego intenso, más con fé sencilla,
 Iba á encontrarse sóla y sin defensa
 De la maldad entre la mar inmensa.

Entónces, en los días inocentes
 De nuestro amor, una mirada sóla
 Fué la felicidad, los puros goces
 De nuestro corazón. . . . el casto beso,
 La tierna y silenciosa confianza,
 La fé en el porvenir y la esperanza.

Entónces. en las noches silenciosas,
 ¡Ayl cuántas horas contemplámos juntos

Con cariño las pálidas estrellas
 En el cielo sin nubes cintilando,
 Como si en nuestro amor gozaran ellas;
 O el resplandor benéfico y amigo
 De la callada luna,
 De nuestra dicha plácida testigo,
 O á las brisas balsámicas y leves
 Con placer confiamos
 Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
 Este modesto bién, que trás él manda
 De la separación al negro duelo,
 La frialdad espantosa del olvido
 Y el amargo sabor del desengaño,
 Tristes reliquias del amor perdido!

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
 Y sentiste al presente
 El desamor que mezcla su hiel fría
 De los placeres en la copa ardiente,
 El cansancio, la triste indiferencia,
 Y hasta el ódio que impío
 El antes cielo azul de la existencia
 Nos convierte en un cóncavo sombrío,
 Y la duda también, duda maldita
 Que de acibar eterno el alma llena,
 La enturbia y envenena
 Y en el caos del mal la precipita.

Muy pronto, sí, nos condenó la suerte
 A no vernos jamás hasta la muerte;
 Corrió la primer lágrima encendida
 Del corazón á la primer herida
 Mas pronto se siguió el pesar profundo,
 Del desdén la sonrisa amenazante
 Y la mirada de ódio chispeante,
 Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó.—Triste seguimos
 El mandato cruel del hado fiero,
 Contrarias sendas recorriendo fuimos,
 Sin consuelo ni afán. . . . Y también, señora,
 Podemos sin rubor mirarnos ora?
 ¡Ah! ¡qué ha quedado de la vírgen bella!
 Tal vez la seducción marcó su huella
 En tu pálida frente ya surcada,
 Porque contemplo en tus hundidos ojos
 Señal de llanto y lívida mirada
 Con el fulgor de acero de la ira.
 Se marchitaron los claveles rojos
 Sobre tus lábios ora contraídos
 Por sonrisa de desdén que desafiaba
 Tu bárbaro pesar, pobre María!
 Y yo yo estoy tranquilo:

Del dolor las tremendas tempestades,
 Roncas rugieron agitando el alma;

La erupción fué terrible y poderosa.
 Pero hoy volvió la calma
 Que se turbó un momento,
 Y aunque siente el volcán mugir violento
 El fuego adentro dél, nunca se atreve
 Su cubierta á romper de dura nieve.

Continuemos, mujer, nuestro camino.
 ¿Dónde parar? ¿Acaso lo sabemos?
 ¿Lo sabemos acaso? Que el destino
 Nos lleve, como ayer: ciegos vaguemos,
 Ya que ni un faro de esperanza vemos.
 Llenos de duda y de pesar marchamos,
 Marchamos siempre, y á perdernos vamos,
 ¡Ayl de la muerte en el océano oscuro.
 ¿Hay más allá riberas? no es seguro,
 Quién sabe si las hay; mas si abordamos
 A esas riberas torvas y sombrías
 Y siempre silenciosas,
 Allí sabré tus quejas dolorosas,
 Y tú también escucharás las mías.

En el album de la Srita. Luz Arce.

(INÉDITA.)

Hallar un seno cariñoso y puro
Donde posar la frente dolorida,
Cuando se torna el horizonte oscuro
En las hondas tristezas de la vida;

Por un instante vislumbrar el cielo
En los amantes ojos de una maga,
Cuando al soplo invernal de amargo duelo
La fé, su antorcha vacilante apaga.

Y creer y esperar! Y altivo y fuerte
Proseguir, contemplando en el camino
Las promesas de vida ante la muerte,
Las sonrisas de triunfo ante el destino.

Tal es la dicha que á tu padre ofrece
Tu amor con tu hermosura y tu terneza,
Su pena, al contemplarte, desaparece
Y se convierte en gozo su tristeza.

El hombre del combate, aquel valiente
Que desafió mil veces la metralla,
Sólo llevando en su mirada ardiente
El siniestro fulgor de la batalla.

Aquel patriota altivo cuyo aliento
Sobrepujó al peligro, y supo osado
Esconder del amor el sentimiento
Bajo la férrea cota del soldado.

Al mirarse en tus ojos de gacela
Hija de su alma, niña dulce y pura,
Abre su corazón, su amor revela,
Debil se inclina, y llora de ternura.

Tú eres para él la dicha de la tierra,
Única luz que mira en lontananza;

En tí sus sueños de ventura encierra
El culto de su vida y su esperanza.

¡Padre amante y feliz! ¡hija amorosa!
Cuando un cuadro tan bello está delante
De triste envidia el corazón rebosa.
¡Qué diera yo por suerte semejante!

Junio 3 de 1881.

LOS NARANJOS.

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*.
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.
Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;

Desde que alumbro la aurora
 Jugueas loca allí.
 ¿Acaso el genio que habita
 De ese río en los cristales,
 Te brinda delicias tales
 Que lo prefieres á mí?
 ¡Ingrata! ¿por qué riendo
 Te apartas de la ribera?
 Ven pronto, que ya te espera
 Palpitando el corazón.
 ¿No ves que todo se agita,
 Todo despierta y florece?
 ¿No ves que todo enardece
 Mi deseo y mi pasión?
 En los verdes tamarindos
 Se requiebran las palomas;
 Y en el nardo los aromas
 A beber las brisás ván.
 ¿Tu corazón, por ventura,
 Esa sed de amor no siente,
 Que así se muestra inclémente
 A mi dulce y tierno afán?
 ¡Ah, no! perdona, bien mío;
 Cedes al fin á mi ruego;
 Y de la pasión el fuego
 Miro en tus ojos lucir.
 Vén, que tu amor, virgen bella,
 Nectar es para mi alma;

Sin él, que mi pena calma
 ¿Cómo pudiera vivir?
 Vén y estréchame, no apartes
 Ya tus brazos de mi cuello,
 No ocultes el rostro bello,
 Tímida huyendo de mí.
 Oprímense nuestros labios
 En un beso eterno, ardiente,
 Y trascuran dulcemente
 Lentas las horas así.

.....
 En los verdes tamarindos
 Enmudecen las palomas;
 En los nardos no hay aromas
 Para los ambientes ya.
 Tú languideces; tus ojos
 Ha cerrado la fatiga,
 Y tu seno, dulce amiga,
 Estremeciéndose se está.

En la ribera del río
 Todo se agosta y desmaya;
 Las adelfas de la playa
 Se adormecen de calor.
 Voy el reposo á brindarte
 Del trébol en esta alfombra,
 A la perfumada sombra
 De los naranjos en flor.



Las Amapolas.

UROR.—TIBULO.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose vá,
Y sólo de cuándo en cuándo

Ronco, impotente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
Entre el verde carrizal,
Asuma una bella joven
De linda y morena faz;
Siguiéndola vá un mancebo
Que con delirante afán
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

—"Ten piedad, hermosa mía,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gimé soñoliento:
El río, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mústias se tuercen las rosas,

Inclinando perezosas
Su rojo caliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas;

Todo invitarnos parece;
Yo me abraso de deseos;
Mi corazón se estremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pié de los platanares,
Por el remanso bañado,

Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas
En un beso, en un aliento.
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas."—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo. . . . y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya

Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida vá;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio, 1858.

AL ATOYAC.

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongán en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pié de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida vá;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio, 1858.

AL ATOYAC.

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongán en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pié de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa, se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil suaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,
La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Ostentáanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien;
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas, cimbrándose, el papayo,
El mango con sus pomos de oro y de carmín;
Y en los ilamos saltán, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín:

A veces tus cristales se apartan bulliciosos
De tus morenas ninfas, jugando en derredor;
Y amante las prodigas abrazos misteriosos
Y lánguido recibes sus óseulos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á oscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y vá callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También te vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquivia el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
Ni el huaco vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos hierbajes del *huamil*,
Y las oscuras malvas del algodón naciente
Que crece de las cañas de maíz, entre el carril.

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
En la ligera hamaca y en lánguido vaivén,
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece,
Mezclando con las trovas el suspirar también:

Mas de repente, al aire resuenan los bordones
Del arpa de la costa con incitante son,
Y agítanse y preludian la flor de las canciones;
La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa, el bosque comienza á recorrer.
Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
Y toda amor y cantos y risas y placer.

Así trascurren breves y sin sentir las horas.
Y de tus blandos sueños en medio del sopor

Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna, sus cántigas de amor.

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar;
Los céfiros despiertan y suspirar parecen;
Tus aguas en el álveo se sienten palpar.

Ay! Quien en estas horas en que el insomnio ardiente
Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste oscuridad:
Las flores á las auras inundan de delicias. . . .
Y sólo el alma siente su triste soledad!

Adios, callado río: tus verdes y risueñas
Orillas no entristezcan las quejas del pesar;
Que oír las sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer

Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Junio 2 de 1864.

JOSE M. BANDERA.

LA PRIMAVERA.

SONETO.

A mi querido amigo el Sr. D. Vicente Riva Palacio.

Descoge ya su manto Primavera
De esmeralda bordado de mil flores,
Salúdanla los pájaros cantores
Cruzando alegres la feraz pradera.

Rompiendo la crisálida ligera,
La mariposa ostenta sus colores,
Y á nueva vida y nuevos esplendores
Despierta ya naturaleza entera.

Tantas galas y tanta maravilla
Infunden melancólica tristura,
Al acercarse á la final orilla.

¿Por qué no alegra ya tanta hermosura?...
Y qué puede importar á la amarilla
Hoja que al árbol vuelva su verdura?

1885.

Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Junio 2 de 1864.

JOSE M. BANDERA.

LA PRIMAVERA.

SONETO.

A mi querido amigo el Sr. D. Vicente Riva Palacio.

Descoge ya su manto Primavera
De esmeralda bordado de mil flores,
Salúdanla los pájaros cantores
Cruzando alegres la feraz pradera.

Rompiendo la crisálida ligera,
La mariposa ostenta sus colores,
Y á nueva vida y nuevos esplendores
Despierta ya naturaleza entera.

Tantas galas y tanta maravilla
Infunden melancólica tristura,
Al acercarse á la final orilla.

¿Por qué no alegra ya tanta hermosura?...
Y qué puede importar á la amarilla
Hoja que al árbol vuelva su verdura?

1885.

MIS PROMESAS.

A REFUGIO.

SONETO.

Estaré de rodillas contemplando
Embebido tu angélico semblante,
Será mi amor tiernísimo y constante
Tus caprichos cual leyes acatando.

Yo, niña, lloraré tan sólo cuando
Tú llores, y tus lágrimas amante
Recojeré en mis labios anhelante,
Así en delicia tu dolor tornando.

Tú serás para mí gloria y fortuna,
Cuanto de dicha el corazón ansía,
Sin poder desear otra ninguna.

El cielo serás tú de mi alegría,
Nuestras dos almas formarán sólo una.
¿Serás así dichosa vida mía?

1872.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC,

D. HERNANDO CORTES.

.....
Sin que después haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de HERNÁN CORTÉS al lado
La historia imparcial coloque.

EL DUQUE DE RIVAS.

Pasol.... A través de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí... sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,

Entre los altos mástiles flamea,
De las olas hirvientes
En el cristal oscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,
Vuela en pavesas ígneas el velamen,
Del aire maravilla,
Y al crujir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

«Sus,» «¡a las armas!» grita en la ribera
Mancebo audaz, alzando la cimera
Del pavonado casco. «¡Por Castilla!»
Y un viva resonó, tal como suele
El retumbar siniestro
Del trueno pavoroso,
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
El aquilón sañudo,
El altivo escuadrón partió ligero,
Embrazados la lanza y el escudo,
Al redoblar del atambor guerrero;

No sin tornar al Golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecía
En las primeras horas de aquel día,
A la risueña luz de su alborada,
Del ave alegre á la primera nota,
Del agil marinero á los cantares,

Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar la castellana flota.

Corred, valientes, á la lucha fiera;
Detrás, la madre patria; á vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista;
Los campos ignorados
Donde tejió, riendo placentera,
La cuna de sus glorias, Primavera,
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés, el que llevado sólo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo á polo
El sol de Carlos Quinto,
Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más y su fiereza,
Sin corona y sin cetro,
A igualar en los fastos de la historia
La magestad del Cesar con su gloria,
La grandeza de un Rey con su grandeza.
Y era Cortés! marchando valeroso
Lo imposible á sus piés avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.
Si pudo á Moctezuma
Con su ingenio vencer, aun le esperaba

Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El heroe de los heroes mexicanos!

.....
Préstame, inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama,
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz. el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérgica rima el mundo llene.

Firme se apresta la Imperial Señora
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el son guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla, no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte,
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en río caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se vé á su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

Todo es gemidos y ayes, el espacio
Juntos crujen la choza y el palacio

Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día, y otro, y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!
Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Cuauhtimoczin no cede, airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
Inútil resistir. la muerte trueca
Cadaver por cadaver. . . . y tirana,
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.
Inútil resistir. ¡fuerte y altivo
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero,
Que á Marte hurtó la poderosa lanza
Y el invencible acero,

Rayo fulgente que encendió la gloria
Y en el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh patria, que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio,
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio
Que tus victorias pregonar solía.
Los heroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar, nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo:
¡La patria de los heroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El caliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu patria con tu empeño,

Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta. . . .
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño
Y pedestal eterno te levanta!

México, Setiembre de 1876.

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ.

PRIMAVERALES.

Ya he visto las golondrinas
 Volver á mi chimenea
 Pidiendo hospitalidad.
 Al pasar por mi ventana
 Se detienen, y parecen
 Preguntarme:—«¿Cómo vá?»

Luego me muestran la prole
 Que naciera en medio día,
 Bajo otro cielo, otro sol;
 Y yo á mi vez les enseño
 Un rubio niño en mis brazos,
 Que en el invierno nació.

No temais al pequeñuelo,
 Que nunca irá vuestros nidos
 Insensato á perturbar;

También será amigo vuestro,
 Y partirá con vosotras,
 Alegre, migas de pan.

Y cual yo, verá con pena
 Vuestra partida, el anuncio
 Del invierno aterrador;
 Y os dará la bienvenida,
 Mensajeras del verano,
 Lo mismo que yo os la doy.

FRANCISCO SOSA.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

A B***

Al beso de las pardas golondrinas
Gozosa despertó la primavera,
Y su manto de flores la pradera
Vistió al punto que huyeron las neblinas.

Del arroyo las aguas cristalinas
Murmuran con placer, y vocinglera
Entona el ave su canción primera
Al abrirse las rojas clavellinas.

De tus ojos así la luz ardiente
Mi corazón sintió cuando dormía
Tras largas horas de gemir doliente.

Devuelves á mi pecho la alegría,
La inspiración devuelves á mi mente,
Y te bendigo, primavera mía.

MANUEL CABALLERO.

EL VIENTO Y LA ROSA.

—Rosa, despierta, que ya la aurora
Ornó su frente con el lucero,
Mira qué hermoso despunta el día,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

Ya la mañana que se aproxima
Astros ofusca con sus reflejos,
Yo vengo ansioso de tu perfume
A darte en cambio todo mi aliento.

De esas gotitas que te coronan
Ó que descansan sobre tu seno,
Yo no he querido que te despojes
Si á despertarte voy con un beso.

Despierta, rosa, que viene el día,
Abre tu caliz y mira al cielo.
¡Cuántos celajes en el Oriente,
Cuántos fulgores en el lucero!

Ayer naciste y al ocultarme
Entre las ramas del bosque espeso,
Con tu hermosura temblé de amores,
Pasé la noche velando inquieto.

Mas ya del alba la luz rosada
Avanza en ondas pintando el cielo,
Despierta, rosa, con mis suspiros,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

—Nací en la tarde y apenas pude
Sentir del rayo de luz un beso,
Cuando la noche tendió callada
En torno mío su manto negro.

Yo pude verte cuando jugando
Fuiste á ocultarte, del bosque espeso
Entre las flores de la magnolia,
Y entre las hojas de los enebros.

Y ro he dormido, porque temblando
Creí escucharte, lejos, muy lejos,
Mintiendo arrullos entre el follaje,
Las claras linfas rizando inquieto.

Y entre los ecos de tus rumores,
Cerca, muy cerca, vibraba un eco
Con que las almas de flores muertas
Iban llorando su desconsuelo.

Todas cantaron historias tristes,
Todas tuvieron tristes lamentos,
Todas hablaron de sus amores,
Todas lloraron con sus recuerdos.

¿Ves estas gotas como diamantes
Que están temblando sobre mis pétalos?
Son de esas almas el tibio llanto
Que derramaron sobre mi seno.

Mas vino el alba y entre las sombras
Las pobres almas fueron huyendo...
Tú no dormiste... ni yo tampoco...
Pero no me ames... que tengo miedo...

—¿Qué tienes, rosa?— Como esas almas
Vagar llorando tu olvido temo...
Mi aroma es puro, mas no lo aspirés,
Que marchitarme puede tu aliento.

Yo pude oírte que entre las hojas
Toda la noche vagaste inquieto,
Y al escucharte que murmurabas,
Sobre mi tallo temblé de celos;

Gira, si quieres, en torno mío,
Dame de tu alma todo el anhelo,
Dame tus cantos y tus suspiros,
Dame esperanzas, mas no tus besos.

Tembló la rosa sobre su tallo;
 Giró en su torno callado el viento,
 Y ella... pensaba... «si él fuera mío!»
 Y él suspiraba.... «si fuera tiempo!»

La historia dice: que ya más tarde
 El viento pudo con embeleso
 A aquella rosa tímidamente,
 Decir al paso dulce secreto.

Y desde entonces tarde por tarde
 Su aroma daba la rosa al viento
 Y él no besaba yá las magnolias
 Ni iba jugando con los enebros.

SALVADOR DIAZ MIRON.

PRELUDIOS.

Fragmentos de un libro.

I.

Los árboles, al sentir
 La ráfaga, se doblegan,
 Y tal parece que bregan
 Por desprenderse y huir!
 Caos de plata y zafir
 Que la vaga niebla esfuma,—
 Las olas entre la bruma
 Hierven, se encrespan, batallan,
 Y son volcanes que estallan
 En explosiones de espuma!

Fulgurante culebreo
 Que rasga el negro capuz;—
 Trémula grieta de luz
 Que simula un parpadeo;
 Repentino centelleo
 Que fascina y amedrenta,—
 El relámpago revienta,
 Y, á los ojos del pavor,
 Es un gesto de furor
 En la faz de la tormenta!

Desde el fondo del follaje,
 Plañidera algarabía
 Responde, en la sinfonía
 Del viento y del oleaje,
 Al trueno, fragor salvaje
 Que rueda, retumba, aterra,
 Cual si en formidable guerra
 Titanes de ferreos brazos
 Rompieran en mil pedazos
 El cielo sobre la tierra!

II.

Al influjo creador,
 El firmamento es abismo,
 El planeta es cataclismo
 Y el espíritu es dolor!
 En mí y á mí alrededor,

Palpita el astro que hierre!.....
 Y, voz de cisne que muere,
 Mi acento crepuscular
 Canta y llora, y es al par
Te Deum y Misereere!

Soy la larva que procura,
 En su carcel azarosa,
 Convertirse en mariposa
 Y esmaltar el aura pura!
 Soy la linfa siempre oscura
 Que ama el sol canicular,
 Porque quiere arder, brotar
 Del pantano que la estancia,
 Transformarse en nube blanca,
 Ser espléndida y volar!

Soy la cumbre cuyo anhelo
 Es mover un crater roto,
 Y, en medio de un terremoto,
 Lanzar su erupción al cielo!
 Soy el aterido suelo
 En que el nuevo abril germina!
 Soy la rama que se inclina,
 Mientras un pájaro en ella

Mira con ansia una estrella
 Y despliega el ala y trina!

III.

En las garras del dolor,
 El hombre, que es polvo vil,
 Se eleva. como el reptil
 Asido por el condor!
 El fuego exterminador
 Trueca la arena en cristal,
 Y, de la goma oriental,
 —Áspera y acre resina—
 Hace la esencia divina
 Que perfuma el ideal!

El numen—virtud suprema
 Que el mundo insulta y aclama—
 Es una llama, y la llama
 Resplandece, pero quema!
 Bajo un sublime anatema,
 El genio, foco y crisol,
 Sube, envuelto en su arrebol,
 Hasta el zenit de la gloria,
 Y, luminar de la historia,
 Sufre el tormento del soll

IV.

Seres-faros que, al lucir,
 Teneis por fuerza que arder,
 Cumplid con vuestro deber.
 Alumbrad hasta morir!

Luchad por el porvenir,
 Alzados sobre la insidia,
 Que ni triunfa quien no lidia,
 Ni es grande el que se levanta
 Sin sentir bajo su planta
 El pedestal de la envidia!

No hay en el campo una flor
 Que, sin un huesped voraz,
 Sea, en el aura fugaz,
 El aroma y el color!
 Agresivo mediador
 Que ese doble halago hechiza,
 El insecto se desliza.
 Y, en su misión errabunda,
 Devora, pero fecunda;
 Mata, pero inmortaliza!

El iris, claro dosel,
 Tras la borrasca violenta;
 Despues de la lid sangrienta,
 La corona de laurel
 Oh Humanidad! Oh Israel!
 El bien prometido es cierto!
 Mas Canaán es un huerto
 A donde no ha de llegar
 Quien no sepa atravesar
 El Mar-Rojo y el desierto!

AGUSTIN F. CUENCA.

A orillas del Atoyac.

A UNA ONDA.

Pasa como mis sueños delirantes,
Fugaz como mis dichas engañosas,
Esmaltando los mimbres elegantes,
Besando las acacias olorosas.

Llorando pasa cual mi vida triste,
Hija del sol que en las perpetuas nieves
De reflejos y lágrimas hiciste
Tu manto azul y tus encajes leves.

Pasa bajo las palmas cimbradoras
Que sombra dan á tus revueltos giros,
Onda de las espumas brilladoras
Que ruedas desgranándote en zafiros.

Pasa y lleva á regiones apartadas
Tus ritmos y tus luces refulgentes,
Esquife de las rosas deshojadas,
Camarín de las náyades turgentes.

A mi me deja contemplando á solas
Lejos del patrio hogar y de los míos,
Cómo al fuego del trópico arrebolas
La pompa de tus regios atavíos.

Cómo voluble tu furor aquietas,
Cómo el cielo purísimo retratas,
Cómo el iris se quiebra en tus facetas,
Y radiante y azul, páfida matas.

Cómo creciendo tu rumor sonoro
Te rompes ciega en el peñón salvaje
Y avientas tus moléculas de oro
Entre las esmeraldas del ramaje.

Y calla el son de tu lamento triste,
Y apresurado tu correr violento
De púrpura otra vez el sol te viste
Y tus espumas encarruja el viento.

Y suspiras, y cantas y recreas
Flores y palmas, y tu ritmo ensaya
El dulce epitalamio antes que seas
Salobre tumbo en la marina playa.

Oh! cuál reflejas el vivir mundano;
Como tú tiene luz, amor, canciones,
Tiene cauce de flores y va ufano
Rumbo á la tempestad de las pasiones.

Ni retrocede á los pasados días,
Ni para nunca á recobrar aliento,
Ni vira en las vorágines sombrías
El timon de su eterno movimiento.

Desgarra como tú su vestidura
Del camino en los ásperos breñales;
Tiene el ímpetu audaz de tu bravura
Y la fragilidad de tus cristales.

Pasa y me deja en la ribera agreste
A solas viendo en mi quietud sombría,
Cómo lleva tu clámide celeste
Luces que tiene la esperanza mía!

Cómo las ilusiones que me faltan
Són, si vislumbro su fulgor escaso,
Como las flores que tu seno esmaltan
Sin aromar el cristalino vaso.

Pasa y corre fugaz, embravecida
A otro valle, á otros montes á otros ríos,
Irónica parodia de mi vida,
Brillante imagen de los sueños míos!.....

Cuántas nácares nubes, cuántas flores...
Al sol dibuja tu radiante velo,
Esclava de los vientos bramadores
Que vas al mar y subirás al cielo!

Cuánto refleja tu cristal hirviente
Que preso corre y entre guijos huye,
La volcánica vida que á mi frente
La sangre agolpa y por la arteria fluye.

Cuánto las rocas tu furor golpea;
Cuánto bate mi sien con fuerza vana
La onda refulgente de la idea
Que busca el mar de la palabra humana.

Libre siguiendo tu fatal camino
Cuánto mi libertad vas remedando,
Pues caída en el cauce del destino
Sin poderlo torcer lo vá cruzando.

Sér misterioso que del llanto naces
Y con lágrimas sólo te engalanas,
Mis dichas son como tu luz, fugaces,
Mis quejas sen como tu pompa, vanas!

.....
El sol se vá, y al declinar el vuelo,
De su fausto imperial haciendo alarde,

Con ametistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

Onda clara, onda azul, onda turgente
Que de este valle tu rumor alejas
Y te lanzas al mar, indiferente,
É indiferente á mi dolor me dejas,

Léjos ya de estas ramblas arenosas
Otro cielo refleje tus cambiantes,
Otras aves te adulen y otras rosas
Beban en tu salpique de diamantes.

¡Adios! yo quedo en mi dolor pensando
Que eres fugaz como la vida triste,
Pues viéndote venir, fuiste pasando,
Y viéndote pasar desapareciste.

MANUEL ACUÑA.

A LA LUNA.

AL SR. D. MANUEL J. DOMINGUEZ.

¡Oh luna, blanca luna,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablar de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos

Con ametistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

Onda clara, onda azul, onda turgente
Que de este valle tu rumor alejas
Y te lanzas al mar, indiferente,
É indiferente á mi dolor me dejas,

Léjos ya de estas ramblas arenosas
Otro cielo refleje tus cambiantes,
Otras aves te adulen y otras rosas
Beban en tu salpique de diamantes.

¡Adios! yo quedo en mi dolor pensando
Que eres fugaz como la vida triste,
Pues viéndote venir, fuiste pasando,
Y viéndote pasar desapareciste.

MANUEL ACUÑA.

A LA LUNA.

AL SR. D. MANUEL J. DOMINGUEZ.

¡Oh luna, blanca luna,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablar de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos

Y las excusas fútiles y vanas
A fin de aprovechar estos momentos;

Que tu al ver que en mis labios
Se agita el estro y mi silencio trunca,
Recordarás que el vulgo y aun los sabios
Dicen *que vale más tarde que nunca,*

No, mira tú: desde hace mucho tiempo
Pensaba yo en venir á saludarte,
Y hasta recuerdo que salí una noche
Sin más objeto que ese;
Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
Me hizo creer que en el cielo te hallaría,
Tú, que probablemente estabas mala,
Te ocultaste y me diste una antesala
Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
Por lanzarte una pulla ni un reproche;
Pero este negro bosque me es testigo
De que no más que por hablar contigo
Me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
Si fué en Abril ó en Mayo . . . suspirando
Por verte frente á frente
Y á tu lado pasar la noche entera.
De modo y de manera
De estar sólos y lejos de la gente,

Vengo, y tú que sin duda me creiste
Algún gemidor de esos
Que por que está desesperado y triste
Ya quiere que le des un par de besos,
No bien tras de estos álamos me viste,
Que escondiéndote en medio de las nubes
Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
Ante mi aparición inoportuna,
Por mi vida te juro y te respondo
Que te llevaste el chasco mas redondo
Que te has llevado desde que eres luna;
Pues aunque ya á mis años
Se usa entre los humanos corazones
Contar los sufrimientos á montones,
Y á montones también los desengaños,
Yo que si algo he sufrido
De mi existencia en la carrera corta,
Tengo la convicción íntima y grande
De que á nadie le importa,
Porque si sufro no hay quien me lo mande;
Si al pisar de la vida los abrojos
A verter una lágrima me atrevo,
La dejo que se escape de mis ojos
Y al llegar á mis labios me la bebo.

Con que ya verás tú si yo sería
Quien fuera á molestarte á tales horas,

Para llamarte solitaria ó fría,
 Y cometer así una grosería
 De esas que no perdonan las señoras.
 Aparte de que á tí, si no me engaño,
 Te debe de importar muy poca cosa
 Que en la vida enojosa
 Camine el goce junto con el daño,
 Así como que al tiempo de las flores
 Siga el invierno nebuloso y frío,
 Ó que en las tibias noches del estío
 Disminuyan de fuerza los calores,
 Cosa que á muchos saca de su casa
 Por tener de decírtelo el orgullo,
 Cuando todo eso en realidad no pasa
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
 Por *allí* anda la ilustre Avellaneda,
 Que en paz duerma en su lecho de coronas,
 Que sin mirar que tú, rueda que rueda,
 Maldito el caso que del tiempo hacías,
 Ella al són de sus mágicos bordones
 Te delataba á ese ladrón nefando
 Que tantos goces con pesar nos roba,
 Sin oír que su esposo despertando
 La llamaba en un tono no muy blando
 Después de registrar toda la alcoba.

Y el sin igual Zorrilla,

El que nos regaló aquel mamarracho
 Que yo admiraba tanto de muchacho
 Creyéndolo la octava maravilla,
 El que con una calma
 Cuyo molde es difícil que se encuentre,
 Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
 Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que de turco disfrazado
 Sufrió tan honda pena
 Que por poco se arroja al mar salado;
 Pero que al fin se fué por otro lado
Arrastrando el alfange por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
 De discordias civiles,
 En que Rocha no andaba por el mundo
 Y en que aun eran de chispa los fusiles,
 Pues estos y otros más, si no tan buenos
 Sí tan desocupados,
 Han emprendido de entusiasmo llenos
 La imitación de sus antepasados,
 Por el placer de repetirte alguna
 De esas necias é insulsas tonterías,
 Ó porque hechos los tomos de poesías
 No faltara en el índice—«Á la luna.»

Y si á lo menos fueran pasaderas
 Las tantas que en tu elogio se han escrito

Y cuyas firmas por prudencia callo,
 Pues señor, con trescientos de á caballo,
 Muy puesto en su lugar y muy bonito;
 Pero nada. . . que entre esas que no cito
 Porque no se me diga impertinente,
 Hay muchas (no agraviando la presente)
 Que son un verdadero gregorito.
 Lo digo y lo repito,
 Sí señor, que ésta no es una indirecta,
 Pues aunque salte alguno
 Que deseando escapar á este reproche,
 Reclame la palabra y manifieste
 Cargado de razones y veneno,
 Que no se pueda hacer nada de bueno
 Sobre un terreno tan vulgar como este,
 No habiendo obligación chica ni grande
 De escribir sobre tal ó cual materia,
 Se comprende y se vé muy á las claras
 Aunque hable de ésta con tan poco aprecio,
 Que el culpable no es ella sino el necio
 Que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga á ninguna
 De las vivientes almas á que escriba,
 Ni menos á que suba tan arriba
 Que tenga que escribir sobre la luna. . . . ?

Yo mismo, si mañana
 A algún crítico ocioso y exigente

Se le diera la gana
 De zurrar á esta silva la pavana
 Ó de hacerlo delante de la gente,
 Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho
 (No pudiendo olvidarme de que es mía)
 Mirando la justicia no tendría
 Mas que decir á todo: *muy bien hecho.*

Y tan es cierto que lo encuentro justo
 Y que me temo mucho una descarga
 Por haberme salido con mi gusto,
 Que con objeto de que el sabio adusto
 No halle esta silva demasiado larga,
 Una vez que tú, luna,
 No me has de conceder si tal sucede,
 Lo cual (aquí en confianza) muy bien puede
 Por un capricho cruel de la fortuna,
 Bien convencido de que en todo caso
 Francos y leales seguiremos siendo
 Tan amigos como antes,
 Te dejo preparándole á la aurora
 El dulce nectar de los nuevos broches,
 Y sin más que decirte por ahora;
 Con el alma, tu humilde servidora,
 Me alegraré que pases buenas noches.

1873.



EL REO DE MUERTE.

Al eminente actor D. Jose Valero.

... Esa noche, ardiendo el pueblo
 De animación y entusiasmo
 Bajo el influjo sublime
 De tu genio soberano,
 Todo era bravos y dianas,
 Todo era vivas y aplausos,
 Todo cariño en los ojos,
 Todo cariño en los labios,
 Y todo flores, laureles,
 Admiración y... entretanto,
 Allá muy lejos, muy lejos,
 Sonando lento, pausado,
 Se alzaba entre las tinieblas
 Y entre el silencio un cadalso,

Sin otro eco que el latido
 Del pecho del condenado
 Que en diálogo con la muerte
 Velaba en un subterráneo.
 Aquel cadalso se alzaba
 Cada vez, más y más alto,
 Como un espectro, sombrío,
 Como un vampiro, callado,
 Como una tumba, implacable,
 Y como un monstruo, inhumano;
 Se alzaba y sin que ninguno
 Oyera aquel ruido amargo,
 Por los sollozos de un hombre
 Solamente acompañado,
 La humanidad impasible
 Bajo su mudo letargo,
 Miraba crecer y alzarse
 Las formas de aquel cadalso,
 Cuando tú, tú que escuchaste
 Sus ecos tristes y vagos
 Te levantaste por ella
 Con la voz del entusiasmo,
 Y en presencia de aquel pueblo
 Y en frente de aquel tablado
 Ceñida con tus laureles
 La hiciste hablar por tus labios,
 Salvando al són de aquel día
 Del rubor de aquel cadalso.

Yo no sé si ya habrá muerto
 Aquel que en su desamparo,
 Aun más que unos pocos días,
 Y aun más que unos pocos años,
 Pudo gozar la dulzura
 De ver á su hijo en los brazos,
 Libre del infame nombre
 De hijo del ajusticiado;
 Pero yo que desde niño
 Aprendí lleno de espanto
 A aborrecer los verdugos
 Y á maldecir los cadalsos,
 Dejo á la gloria que entone
 Para ensalzarte su canto,
 Y del condenado á muerte
 Bajo los recuerdos gratos,
 En nombre suyo, las gracias
 De la humanidad te mando,

1873.

MANUEL M. FLORES.

DECEPCION.

¿Y es verdad? ¿Es verdad? ¿La horrible ausencia
 Con su ala de tinieblas ha borrado
 La estrella de tu amor? Tan prontamente
 Han mi nombre tus labios olvidado,
 Y en ellos para siempre
 El fuego de mis besos se ha apagado?

¿Así, cual la amistad y la fortuna,
 Y todo lo impostor que en otro tiempo
 En sus pérfidos brazos me tenía,
 También me abandonaste? . . . ¿Llegó el día
 En que echaras también por importuna
 De tu memoria la memoria mía?

Bien está si es así. ¡Rota y sangrienta
 Mi alma desventurada
 Sobre su decepción yérguese altiva,

Y á todo bien y compasión esquivada
Ni al cielo ni á la tierra pido nada!

Bien está si es así. Cuando sañuda
Azota al árbol tempestad sombría,
Si romperle no puede, le desnuda
De la pompa y verdor que le cubría;
Así la adversidad, cuando desata
Su tempestad de muerte sobre el hombre,
Amor, fortuna y amistad y nombre
Como frágiles hojas le arrebatada.

Y el hombre queda solo en su desierto;
Vivo para él, para los otros muerto....
Y ahora, mi corazón, te quiero sólo
En esta noche de orfandad y espanto
A que el destino lóbrego me lanza,
Solo como el dolor y el desencanto,
Solo, sin una chispa de esperanza
Ni una gota de llanto!.....

Y era ese amor la ráfaga postrera
De mi encantado sol de primavera;
La última flor que mi cansada vida
Embalsamaba con celeste aroma,
El último arrullar de la paloma
Que en los vergeles del amor anida;
La última copa coronada en flores

Que á mi insaciable corazón brindara
La dicha en el festín de los amores.
Besos, suspiros, lágrimas, caricias,
Indecibles deleites, embriagueces,
Ya todo lo apuré. . . . Ahora bebamos
Sin temblar, del veneno hasta las heces. . . .

.....
Mi sol, mi último sol, sí, tú alumbraste
Horas de amor sin nombre ni embelesos
Que la dicha envidió, tú iluminaste
Sus lágrimas divinas y abrasaste
Con tu llama de fuego nuestros besos! . . .

La amaba, sí, la amaba. Al mismo tiempo
Que para tanto amor sentíame poco,
Y la veía pasar dentro de mi alma
Cual ardiente visión de un sueño loco;
Al mismo tiempo, sí, que entre sus brazos
En su férvido seno me adormía
De sus quemantes besos al arrullo,
En mi gigante corazón sentía
De aquel amor el infinito orgullo!

Ahora todo acabó. Soplo de muerte
Pasó sobre la lira del poeta,
Rompió sus cuerdas, apagó su nombre.
Y en la fúnebre playa del olvido
Dejó la tempestad náufrago al hombre.

Mas basta, corazón! Te quiero grande,
 Última sea esta lágrima de fuego
 Que te arranca el recuerdo. ¿Qué le importa,
 Qué le importa la luz al que está ciego?
 ¿Qué te importa el fulgor de aquellos días
 Si vives en la noche del desierto?
 ¿Qué importan al dolor las alegrías?
 ¿Qué te importa pensar en que vivías
 A tí que estás para la dicha muerto?

Quédate solo con tu amor postrero,
 Mi fiero corazón! . . . lámpara hermosa
 Ardiendo en las ruinas de un santuario
 Sin Dios y sin altar; queda encendido,
 Amor; último amor á mi Rosario,
 Como mi alma mortal y solitario,
 Impasible y mortal como su olvido.

Francisco Granados Maldonado.

A MI MADRE.

"Timenti Dominum bene erit in extremis, et in die defunctionis sue benedicetur."—El que teme al Señor, le irá bien en su último fin, y en el día de su muerte será bendito.

(ECCLES. CAP. I. V. XIII.)

¿También la virtud muere, Dios del justo?
 ¿Polvo se torna la elevada frente
 Del sér que socorriera al indigente,
 Del sér que consolara la orfandad?
 ¿Cómo pudiste en tu decreto agosto,
 Llévarte ¡oh Dios! la vida de mi alma?
 ¡Dame, Padre del huérfano, la calma,
 O llévame á tu excelsa eternidad!

¿Cómo poder vivir entre los mares
 De este mundo infeliz, sin luz ni amparo!

Ya no distingo en mi naufragio el faro
Que mi vida alumbraba con su luz.
En vano me prosterno en los altares,
Para invocar tu nombre, madre mía;
No existes junto á mí; la tumba fría
Sólo me enseña solitaria cruz!

¿Pero callas? ¿Tu acento de ventura
No hiere ya con su armonía mi oído?
¿Qué no escuchas mi lánguido gemido,
Qué no atiendes ¡oh madre! á mi dolor?
No veo tu frente de inocencia pura,
Blanca, cual de los campos la azucena,
En que regué mis lágrimas de pena,
En que imprimí los besos de mi amor.

Yo soy tu hijo, que dormí en tu seno,
De gloria un tiempo sin sentir las penas:
En tu sangre la sangre de mis venas;
Yo te consagro mi doliente voz:
Yo soy tu hijo, que de calma ageno,
Aun en la tumba con amor te adoro;
Madre, ruégale á Dios que acoja el lloro
Que vierto en tu sepulcro, en mi dolor.

Tú el angel fuiste que en mi tierna infancia
Mi bella cuna con amor mecía;
Tú el angel que al altar me conducía,
Para que alzara mi oración á Dios:

Cuando gocé la cándida fragancia
De la niñez florida, tú en mi frente
Sellabas con tu labio dulcemente
Un beso al estrechar mi corazón.

¿Tú fuiste aquella madre candorosa,
Que mi sueño arrullara en sus rodillas,
Que regara mis pálidas mejillas
De placer con el llanto maternal?
¿Tú fuiste aquella madre cariñosa,
Que al prodigarme con amor, abrazos,
Me alzabas, demandando entre tus brazos
Para mi labio el beso paternal?

¿Pero ya no me escuchas, y á mi llanto
No responden tus voces de armonía?
¿Por qué volaste al cielo, madre mía,
Sin llevarme á tu lado á ver á Dios?
¡Ay, huérfano infeliz! en mi quebranto
¿Quién enjuga mis lágrimas dolientes?
Madre, escucha mis cánticos fervientes;
Madre, responde á mi doliente voz.

¿No ves en la mañana silenciosa,
En medio de este valle de dolores,
A tus hijos llorar entre las flores,
Con que riegan tu losa funeral?
¿A tu esposo no ves, amante esposa,
Cómo cercado de tus hijos gime,

Porque el recuerdo de tu amor le oprime,
Y derrama su llanto conyugal?

Responde á mi dolor, madre de mi alma,
Responde á mi dolor; mira en mi frente
Las hondas rugas del pesar doliente,
Y en mis ojos las lágrimas brillar.
¡Cómo poder vivir, cuando la calma
Huyó, dejando al corazón vacío!

¡Yo miro un porvenir triste, sombrío,
Un porvenir de angustia y de pesar!

Yo, al ver la luz de la apacible aurora,
Corro á la orilla del tranquilo río;
Yo mezclo entre las gotas del rocío
Mi llanto como ofrenda matinal.
Y al Dios que el Sol con sus fulgores dora,
Allí elevo mi cándida plegaria,
Como ave de los bosques solitaria
Sus trinos alza á orillas del raudal.

Grito, clamando: ¡madre! ¡madre mía!
Y anuda mi garganta la honda pena;
Llorar tan sólo puedo; y á la arena
Mis lágrimas descienden á mojar.
Llorar tan sólo puedo: en mi agonía
No hallo alivio en el campo solitario;
Corro á postrarme en medio del santuario,
Para pedir consuelo á mi orfandad.

Señor! Señor! sobre mi frente envía
El consuelo á mi espíritu abatido:
¿No te mueve este lúgubre gemido
Que exhala el corazón?
¿No recuerdas, Señor, terrible el día
En que dejaste al mundo solitario,
Y abandonada en medio del Calvario
La tórtola de Sion?

Ya sabes mi dolor: como el tormento
Que tu Madre sintió cuando sombrío—
“¡Ten mi alma—dijiste—Padre mío!”

Y espiraste en la cruz,
Así fué mi dolor: mi sentimiento
Solo tú, Dios de amor, lo comprendiste;
Envía ¡oh Dios! al corazón del triste
Un rayo de tu luz!

Y tú, madre adorada, que en la tierra
Fuiste un Dios en mi dicha, en mi amargura,
Mis lágrimas acepta de ternura;
Esencha mi oración.

Yo te invoco en la tumba que te encierra,
Para pedirte, madre de mi vida,
Que al Eterno le ruegues condolidada,
Que alivie mi aflicción.

Que en alas de la fé, brillante y pura,
A tu lado me lleve á su presencia:

Quiere el alma dejar esta existencia
 Por la tuya inmortal.
 Quiere vivir contigo en esa altura,
 Donde la luz alumbra de la gloria,
 Y abandonando del vivir la escoria
 Gozar la eternidad.

Madre: descansa en paz; "que quien adora
 Al Señor en la vida, en el instante
 De su muerte es bendito," y va triunfante
 De su vista á gozar.

Por tus hijos ante Él ¡oh madre! implora;
 Ruégale por tu amor nos dé el consuelo;
 Mira mi llanto que humedece el suelo;
 Envíame la paz.

SANTIAGO SIERRA.

LUZ EN EL ALMA.

A T.

ENSUEÑO.

Áquí estás... junto á mí... percibo el vuelo
 De tus alas de azul, y en dulce calma
 Siento la inmensa irradiación del cielo
 Descender de tu Espíritu á mi alma.

Cierro los ojos y tus ojos miro
 Penetrar en la noche de mi llanto;
 Quiero hablarte de amor, y mi suspiro
 Se confunde en las notas de tu canto.

Habitas en mi sér; tu blando aliento
 Sobre la lira psíquica resbala,
 Y en el himno tranquilo de tu acento
 Toda la esencia del amor se exhala.

¡Oh fugitiva estrella de la tarde,
 Angel de luz que se formó en mi auroral
 Eterno amor en tus miradas arde,
 Y mi alma es feliz, porque te adora.

Busca en el libro de mi vida inquieta
 La página febril de los amores;
 ¡Tú sola estás! el alma del poeta
 Solo ante tí se coronó de flores.

No pudo separarnos ni la cuna
 Que mi vida inmortal robó al pasado;
 ¿Morir? es despertar, es la fortuna,
 Porque vuelve á su patria el desterrado.

Renueva en mis ideas la memoria
 De esa existencia de que estoy proscrito,
 De aquel amor que tuvo por historia
 La eterna aspiración del infinito.

Si te apartas de mí, se apaga el día;
 Si te acercas, el cielo se engrandece,
 Y en el ritmo ideal de tu armonía
 Mi corazón se inunda y se estremece.

¡Ven! dejaré la copa de amargura
 Para besar tu huella constelada,
 Y en el caliz libar de tu ternura
 La vida del amor eternizada.

Tu sideral effluvio me arrebate,
 Tus palabras extingan mi lamento,
 Y en mi pasión la tuya se dilate
 Como un sol en el vasto firmamento.

Dejarás el contorno indefinido
 Que vaga etéreo y que de mí te aleja;
 Será mi esencia de la tuya el nido,
 Y en himno puro trocarás mi queja.

De tu alma enamorada en suave brisa
 Me enviarás el dulcísimo reclamo,
 Y á la íntima fruición de tu sonrisa
 Todo mi sér murmurará: «te amo!»

Y de tu ardiente Espíritu los besos,
 Si mi ambición con sus fulgores sellas,
 Yo los tendré dentro de mi alma presos
 Para que no se encelen las estrellas.

México, Agosto de 1872.

MANUEL DE OLAGUIBEL.

ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

La retirada de Acapulco.

El castillo de Acapulco
Cubierto de espesa sombra,
Su torreón iluminaba.
En noche tempestuosa.
Alzaba la mar sus aguas
En negras, rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.
Al pié de la fortaleza
Está la insurgente tropa;
Y en lo alto de las murallas,
La guarnición española
A la lucha se previene,
Y proyectiles apronta.
Súbito se escuchan tiros,
Y aquella gente furiosa

Prorrumpe en gritos atroces
Con que su odio pregona.
Salen del castillo fuera
Los sitiados, y se arrojan
Mil guerreros veteranos
Contra unos pocos patriotas.
Resiste el primer empuje
Del gran Morelos la tropa;
Mas ¡ay! que al punto comienza
De los libres la derrota.
El insurgente, que mira
Que á sus soldados destrozan,
Y que huyen despavoridos
Y el estandarte abandonan,
De este modo los devuelve
Á su patria y á la gloria:
"Prefiero perder la vida
"Y no ver vuestra deshonra;
"¡Pasad antes por mi cuerpo!"
Dice, y en tierra se arroja.
Corre al punto por el campo
Su voz marcial y sonora,
Y sus hombres se detienen,
Y se retiran en forma.
En tanto la mar terrible
Alzaba rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.

MANUEL RODRIGUEZ RIVERA.

GENESIS.

Era mi alma una noche de tinieblas
Densas, oscuras, tenebrosa nada,
Y al brillo sideral de tu mirada
Se hizo la luz, rasgáronse las nieblas,
Y nació la magnífica alborada.

Y brotaron del caos, dulces, risueños,
Cual reguero de chispas y de estrellas,
Manantiales de mágicos ensueños,
Mil ilusiones cándidas y bellas
Con los colores de encantados sueños.

Y hubo en mi cielo mágico y divino
Purpúreos celajes de ventura,
Y una *Via Lactea*, celestial camino
Para llegar á la infinita altura
En que tienes tu trono diamantino.

Y sonaron en ondas rumorosas
Rítmicos de vibraciones y armonías,

Que en escala tendiéronse amorosas
Para enviarte palabras cariñosas
Al levantarse el sol todos los días.

Y ante esa formación jamás soñada
Se estremeció mi corazón contento,
Y adoró con el alma enagenada
De rodillas mi ardiente pensamiento,
La sublime creación de tu mirada.

Desde entonces, mujer, ya no estoy muerto,
Desde entonces, mujer, está sonando
El himno universal de mi desierto;
Te amo, repito sin cesar soñando,
Te amo, repito sin cesar despierto.

Cual reverbera en el azul del cielo
La fulgurante estrella de la tarde,
Así al través de pudoroso velo
Adivino la lámpara que arde
Dentro tu corazón como un consuelo.

Desata del silencio las cadenas
Y de tu aliento báñeme el aroma,
Dame ese amor con que tus ojos llenas,
Que en tu pupila sideral asoma
Y que en tu labio se contiene apenas.

Amame sí, con el amor inmenso
 Que hiciste tú brotar del alma mía,
 Despierta al grito cariñoso, intenso
 Con que tornaste mi ánima sombría
 En nube de oro de aromado incienso.

Escucha, mira, siente en redor tuyo
 La vida que en su encanto nos ofrecen
 La tortolilla con su dulce arrullo,
 La blanca flor á quien las auras mecen
 Y el arroyuelo de eternal murmullo.

Las golondrinas al formar su nido,
 Y la hiedra y el olmo que se enlazan,
 Y el insecto en la flor adormecido,
 Y los bejucos que entre sí se abrazan
 En el ramaje oscuro y escondido:

Esos rumores de la selva umbría,
 Ese rayo blanquísimo de luna,
 Esa sublime, mágica, armonía
 De las aves que cruzan la laguna,
 Son nuestro himno nupcial, creadora mía,

Es el saludo de creación salvaje
 Que nos regala su bendita sombra,

Su rumoroso, espléndido bosque,
 El cesped y la arena de su alfombra
 Y el cielo de su inmenso cortinaje.

Acuérdate, mujer, deja que oprima
 Tu blanca frente al corazón que te ama,
 Deja que en ella con el labio imprima
 La blanca luz, la refulgente llama
 Que en mi alma vive y sin cesar le anima.

Yo quiero ver mi adoración, mi culto,
 Sol de tu juventud que fecundize
 De tu alma virgen el sentir inculto,
 Y escuchar que tu labio me bendice,
 Y en tu seno vivir solo y oculto,

Y entre los altos limoneros fríos
 Y bajo el templo de elegantes palmas,
 Sentir tus ojos en los ojos míos,
 Que ellos comprenden al mirar sombríos
 El misterioso beso de las almas.

Y vivir para tí; y en tu mirada
 Beber la luz de la existencia mía;
 Adormirme á tu cántiga sagrada,
 Besarte mucho al despertar el día
 Y á mi pecho tenerte aprisionada.

México, Marzo 8 de 1875.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

POR LA VENTANA

Prostituir el amor. ¡Llegar artero,
De noche, entre las sombras, recatado,
Esquivando los pasos y, mañero,
La luz hundida y el embozo alzado!

Tender la escala, con la vista alerta
Tregar por la pared que se desgrana,
Y á donde todos entran por la puerta
Entrar, como ladrón, por la ventana.

Apagada la luz, hablando quedo,
Temerosos, convulsos, vergonzantes,
Sintiendo juntos el amor y el miedo
Contar, con avaricia, los instantes.

Querer que calle hasta el reloj pausado
Que cuelga en la pared, alto y sombrío;
Ser joven, ser amante, ser amado,
Y estando juntos, tiritar de frío!

Sentir el hielo que en las venas cunde,
Cuando los nervios crispa el sobresalto,
Y maldecir la luna, si difunde
Su delatora luz desde lo alto.

Buscar lo más oscuro de la alcoba
Y ver con vago miedo las junturas
Por donde entra la luz, como quien roba
Cobarde, vil, con antifaz y á oscuras.

Y temblar de pavor si ladra el perro
Y si las ondas de la fuente gimen;
De lo que es aire, sol, hacer encierro;
De lo que es un derecho, hacer un crimen!

Besar con miedo, sin rumor, aprisa; [®]
Caminar de puntillas en la alfombra,
Y si el cristal hizo crujir la brisa,
Temblar, pensando que una voz nos nombra.

Cuando canta la alondra retirarse
Atravesando la desierta sala,
Y—suspenso en el aire—deslizarse,
Como vil bandolero, por la escala.

Haber envenenado una existencia,
Convertido en dolores el contento,
Y huesped sepulcral de la conciencia
Albergar un tenaz remordimiento.

Ver encenderse su mejilla roja
Temiendo siempre que el rubor la venza,
Y al encontrarla ver que se souroja,
Los párpados bajando de vergüenza.

Ese no es el amor: amor robado
Que se viste de falso monedero,
Ese no es el amor que yo he soñado,
Y si ese es el amor, yo no lo quiero.

INDICE.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.—Biografía...	5
A María Langrad.....	11
María.....	13
En el album de la Srita. Luz Arce.	20
Los Naranjos.....	23
Las Amapolas.....	26
Al Atoyac.....	31
JOSÉ M. BANDERA.—La Primavera....	37
Mis Promesas.—A Refugio.....	38
JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.—Al Conquistador de Anáhuac D. Hernando Cortés.....	39
RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.—Primaverales.....	46
FRANCISCO SOSA.—La vuelta de la Primavera.—A B.....	48

MANUEL CABALLERO.—El viento y la rosa.....	49
SALVADOR DIAZ MIRÓN.—Preludios.— Fragmentos de un libro.....	53
AGUSTÍN F. CUENCA.—A orillas del Atoyac.....	58
MANUEL ACUÑA.—A la Luna.—Al Sr. D. Manuel J. Domínguez....	63
El reo de muerte.....	70
MANUEL M. FLORES.—Decepción.....	73
FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.— A mi Madre.....	77
SANTIAGO SIERRA.—Luz en el alma...	83
MANUEL DE OLAGUIBEL.—La retirada de Acapulco.....	86
MANUEL RODRIGUEZ RIVERA.—Génesis.	88
MANUEL GUTIERREZ NÁJERA.—Por la ventana.....	92

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PUBLICADOS

los tomos dedicados a

Manuel Acuña.

Manuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

EN PRENSA.

Esther Tapia de Castellanos.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Manuel Carpio.

José Rosas Moreno.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(El Pensador Mexicano.)

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

JUAN DE DIOS PEZA

POESIAS

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1885.

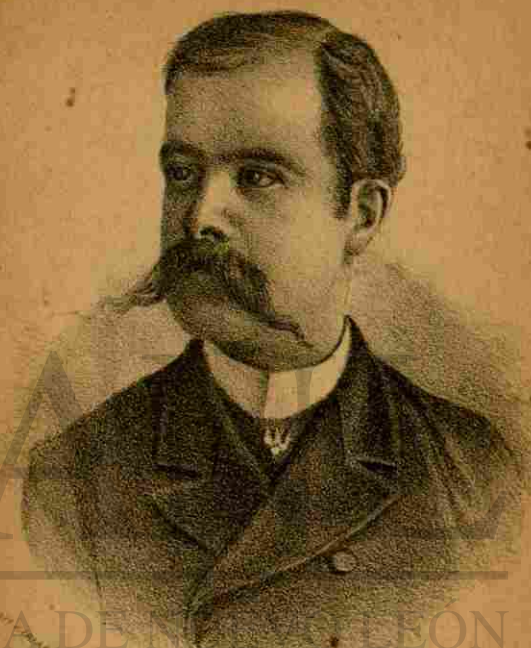


El Parnaso Mexicano.

JUAN DE DIOS PEZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Man de J. Pera

EL PARNASO MEXICANO.

JUAN DE DIOS PEZA

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION. ®

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

México, 15 de Agosto de 1885.



Juan de Dios Peza.

Juan de Dios Peza nació en México, el 29 de Junio de 1852. Desde muy niño escribió versos, pues nos han dicho, antiguos compañeros suyos que lo trataron en las aulas, que allí les improvisaba con extraordinaria facilidad aléluys y epigramas.

Dotado de vigorosa memoria, concluyó en brevísimo tiempo los estudios elementales, y pasó á la Escuela de Agricultura de donde salió el año de 67 para ingresar á la Nacional Preparatoria. Tuvo allí verdaderos amigos en sus ilustres maestros los Señores Francisco Diaz Covarrubias, Gabino Barreda, Leopoldo Río de la Loza y, sobre todo, Ignacio Ramirez, que con paternal solicitud le distinguió y le trató, llamándole su discípulo predilecto.

Este ilustre filósofo y sabio pensador mexicano, alentó á Peza para que publicara, siendo muy joven, la primera colección de sus versos y le dió para ellos un hermoso prólogo del que copiamos el párrafo siguiente:

"Fíjese usted, amigo mío, en que usted se eleva sobre sus jóvenes rivales cuando describe una hermosura, cuando lamenta una desgracia que le ha dejado visibles cicatrices, ó cuando saborea en el caliz del recuerdo las últimas gotas de un festín amoroso. Sus versos entónces, si gozosos, parecen el canto de un ángel, si tristes parecen escritos con sangre."

¡Cuán pocos deberán en México, tan sinceros elogios á Ignacio Ramírez! Esto no sólo estimuló á Peza, sino que le abrió vasto y distinguido lugar entre todos los literatos, viejos ó jóvenes, pero compatriotas y contemporáneos suyos.

Don Ignacio Manuel Altamirano, cuya elocuente palabra es la mejor joya de la tribuna nacional, ha sido como Guillermo Prieto, el más levantado de nuestros líricos, amigo íntimo de Peza quien en su obra sobre "Poetas y Escritores mexicanos" se ocupa extensamente de ambos.

Juan de Dios Peza, se ha formado solo;

muy joven le vimos entregarse sin recursos á los estudios, cuando su venerable padre, que habia ocupado altísimos puestos públicos, sufría las penalidades del destierro.

Pero el carácter de nuestro poeta, es su mejor medio para abrirse paso en todas partes; dulce, afable, sincero y sensible como un niño basta oírle hablar un poco para quererle desde entónces y depositar en él una extrema confianza.

Peza concluyó los estudios preparatorios y pasó á la Escuela de Medicina. Allí fué el hermano predilecto de Manuel Acuña y con él, con Cuenca, con Silva (Gerardo M.), con Garza, con Santa María, con Paz Gustavo, con Ortiz Francisco y con Portillo, inició aquel movimiento literario que dichos jóvenes sostuvieron, pocos años después de restaurada la causa de la República.

Cuando iba Peza muy avanzado en sus estudios profesionales, tuvo que abandonarlos para entregarse al periodismo y redactó "El Eco de Ambos Mundos," "La Revista Universal," "El Búcaro" y otros muchos diarios de importancia.

Dió al teatro tres obras todas en verso, "La Ciencia del Hogar," "Un Epílogo de Amor" y "Los últimos instantes de Colón." Más tar-

de publicó dos tomos de poesías, el primero con prólogo de Ramírez y el segundo intitulado "Horas de Pasión," en el que brilla su delicado poema "En el Hogar y en el mundo."

Fué á España á principios de 1878 como segundo secretario de nuestra Legación, y todos recordamos con cuánto entusiasmo se le recibió en Madrid. Amigo íntimo de Grilo, de Blasco, y de Velarde, muy querido de Castelar, de Selgas, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Hidalgo de Mobellán, de Balbín de Unquera y de Martínez Pedrosa, publicó precediéndola de valiosísimas cartas de estos eminentes escritores, "La Lira Mexicana," colección de los mejores versos de nuestros poetas, que se agotó en muy pocos días y que mereció grandes elogios de toda la prensa extranjera y de Cesar Cantú que la cita en su "Historia de los últimos treinta años," ensalzando al Sr. Peza.

No es hiperbólico decir que hasta que Peza fué á Madrid, no se conocieron allí á nuestros poetas; él, que frecuentaba los más altos salones, recitaba los mejores versos de ellos y publicó en la "Ilustración" retratos de los más importantes.

De vuelta en México, siendo ya miembro de muy importantes sociedades, ha seguido

cultivando con entusiasmo las bellas letras y ha llegado como poeta á tal altura, que el mejor elogio que de él puede hacerse, es decir que es el creador de una escuela *sui generis* basada en el realismo del sentimiento.

Habiendo sufrido en la vida grandes golpes, de esos que se resisten sólo con su gran espíritu y con esa filosofía que todos admiramos en él, ha escrito y publicado en el importante semanario "El Album de la mujer" esos preciosos poemas que aquí coleccionamos: "Mi mejor Lauro," "Cesaren casa," "Mi hija Margot," "Bebé" y tantos otros que ya han sido traducidos á extraña lengua y que constantemente están reproduciendo los periódicos de la República.

Muy querido en esta sociedad, amigo leal, padre amantísimo, hijo modelo, pasa por cima de todas las miserias y mezquindades humanas, y tiene como dice uno de sus biógrafos: una religión: su anciano padre muerto; una pasión: la poesía; un solo amor idólatra: sus hijos.

El poeta ha escrito con otro eminente poeta, que es sin duda el amigo á quien más quiere y el mentor que más respeta, con el Señor General Vicente Riva Palacio, una obra preciosa que se intitula "Tradiciones y Leyendas

Mexicanas." Las dos liras han creado juntas un monumento para nuestras letras.

Para concluir diremos que Juan de Dios Peza, que acaba de publicar su libro de versos que se agotó en poquísimos días, proporciona á todos los hogares momentos de verdadero solaz con sus pensamientos.

El conocido escritor Hilarión Frias y Soto, al cual pocos le deben elogios, dice en un artículo lo que sigue:

"Juan de Dios Peza, con su magnífico lirismo, que lo coloca hoy sin disputa, en la cima del arte poético mexicano, ha hecho de su libro un nido blanco y perfumado donde arrulla á sus hijos, á esos preciosos niños que yo he sentado alguna vez en mis rodillas, pensando en que, con el nombre de su padre, han llegado sin sentirlo y sin saberlo á los nimbos del espacio soñado que se llama: la inmortalidad."

¡Cuánto va á agradecer el público al editor del Parnaso Mexicano que haya puesto varias de las más bellas poesías de Peza en este libro que me honro en abrir con este pobre artículo!

APOLONIO ROMO.

Chapultepec, Agosto de 1885.

JUAN DE DIOS PEZA.

A MIS HIJAS.

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
Que envuelve densa mis amargos días;
Sus olas son de lágrimas; mi pluma
Está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
Nacidas de ese mar en la ribera. . . .
La sorda tempestad de mis dolores
Sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
Cobro vigor en el combate rudo;
Cuando pague mi audacia con la muerte,
Caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Llévenme así á vosotras; de los hombres
Ni desdeño el poder ni el odio temo;
Pongo todo mi honor en vuestros nombres
Y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa,
¡Ojalá que esa vez nunca llegara!
Pues hay que ahogar el llanto con la risa
Para mirar al mundo cara á cara.

No me imitéis á mí; yo me consuelo
Con beberme la sangre de mi herida;
Imitad en lo noble á vuestro abuelo:
Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
Despues de la oración la interna calma,
Y el sér que sabe perdonar la ofensa
Sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,
No ambicionéis lo que ninguno alcanza;
Coronad el perdón con el olvido
Y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres
Que la pureza vuestra frente ciña,

Buscad alma de niña en las mujeres
Y buscad alma de angel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,
Nadie hereda la culpa de un delito;
Nunca para ser siervas del pecado
Os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice
Quien luchando, de espinas se corona;
Abajo, todo esfuerzo se maldice;
Arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbre fátua
Y la hermosura es flor que se marchita;
La mujer sin piedad es una estátua
Dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
Que víbora es el mal que todo enferma,
Y haced el bien para dormir tranquilas
Cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo,
Renombre, aplausos, oropeles, gloria;
Procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
Amaros y sufrir, tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso,
Recordad mis consejos con ternura,
Y en cada pensamiento, en cada paso,
Buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhele que, al morir, por premio santo,
Tengan de vuestro amor en los excesos,
Las flores de mi tumba vuestro llanto;
Las piedras de mi tumba vuestros besos.

A mi hija Concha.

Hija, ven á besar la augusta mano
Que en el desierto mundanal me guía;
Sé amante y tierna con el noble anciano
Culto y sostén de la existencia mía:

Le debo cuanto soy, él ha sentido
Más que yo mis venturas, mis dolores;
Por él, sólo por él, siempre han tenido
Luz mi cerebro y mi camino flores.

A su frente de canas coronada
Dá tus ósculos llenos de inocencia;
Su frente, como tú, no está manchada;
Limpia como el cristal es su conciencia.

Él, en el fondo del hogar callado,
Con dulce paz, con celestial cariño,
Me enseñó á ser prudente, á ser honrado
Desde mis horas cándidas de niño.

Quando en las luchas torpes y mundanas
 Me mira desmayar sin fé, sin brío,
 Me escuda con la sombra de sus canas
 Y me dice: «levántate, hijo mio.»

Ámalo; forma el sin igual tesoro
 De mi existencia dolorosa y triste;
 Es mi humana deidad á quien adoro
 Con más amor, desde que tú naciste.

Los afanes constantes y prolijos
 Que un padre tierno con su amor encierra,
 No los podemos comprender los hijos
 Hasta que somos padres en la tierra.

Yo que siempre le amé, siento que ahora
 Le adoro más y para tí reclamo
 ¡Saberte adorar yo como me adora!
 ¡Que me sepas amar como le amo!

Alguna vez sabrás sin que te asombre,
 Cuántos dolores calla, cuántas penas;
 Ámalo más que á mí. . . . suyo es tu nombre,
 Como es suya la sangre de mis venas.

Quando á Dios reces con amor profundo,
 ¡Ayl por él y por mí pídele al cielo;
 ¿Qué fueras tú sin padre en este mundo,
 Ni qué fuera tu padre sin tu abuelo?

Si eres tú mi esperanza más hermosa,
 Si él es mi religión, mi fe, mi abrigo:
 ¡Que siempre amparen tu niñez dichosa
 Sus canas que con lágrimas bendigo!

México, Marzo 3 de 1884.



MI MEJOR LAURO.

Con sus seis primaveras muy ufana,
Quebrando con sus piés las hojas secas,
Me recitó en el campo una mañana
Mi hija mayor «Fusiles y Muñecas.»

Repitiendo mis versos, nó sabía
Que colmaba el mayor de mis antojos;
No me culpeis si oyéndola sentía
Lágrimas en el alma y en los ojos.

¡Bien! exclamé, mi niña me interpreta
Mejor que todos, aunque á nadie cuadre:
Yo juzgarla creí como poeta,
Y la estaba juzgando como padre.

Llegó á la estrofa aquella en que la nombró,
Y bajando hácia el suelo la mirada,

Ví de pronto ponerse, con asombro,
Su faz, más que una fresa, colorada.

¿Qué tienes? pregunté, ¿por qué haces eso?
¿Por qué ya nada de tu labio escucho?
Y ella me respondió, dándome un beso:
—Me callo aquí, porque te quiero mucho.

Nada valdrá tan cándida respuesta
Para el que en altas concepciones fijo,
Medir no pueda, en ocasión cual esta,
Adónde alcanza el corazón de un hijo.

Puedo deciros la verdad desnuda:
Como en mis versos comprendió mi duelo,
Por no hacerme sufrir, quedóse muda;
Por no verme llorar, miraba al suelo.

Yo, alabando el poder de su memoria,
Comprendí, perdonadme lo indiscreto,
Que los mejores lauros de la gloria
Son los que se cosechan en secreto.

Vale más á mis ojos, siempre fijos
En la eterna verdad, no en falsos nombres,
La lágrima arrancada por mis hijos
Que todos los aplausos de los hombres.

Negó á mi numen su fulgor el genio:
En el drama veraz de mis dolores,
El fondo de mi hogar es el proscenio,
Y mi padre y mis hijos los actores.

No busco un lauro que mi frente ciña
Ni pide aplausos mi laúd ingrato. . . .
Pero. . . . ¿por qué me olvido de la niña
Que suspendió, turbada, su relato?

Pronto volvió su faz á estar serena,
Y á brillar en sus labios la sonrisa,
Porque el placer, lo mismo que la pena,
Pasan sobre los niños muy de prisa.

—Tus versos voy á continuar diciendo—
Y con más firme voz, soltóse hablando:
¡Inocente! los dijo sonriendo,
Y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedazos
Por el dolor mi corazón ardiente,
Me interrogó; cruzándose de brazos
Y mirándome el rostro, frente á frente:

—¡Ay! dime, padre, cuando tú escribiste
Los mismos versos que de oírme acabas,

¿Por qué estabas mirándonos tan triste?
Al mirarnos jugar, ¿en qué pensabas?

Y ¿por qué—respondí—tan preguntona
Indagas los misterios de mi lira?
—Porque soy, tú lo has dicho, «una persona
Que charla, que comenta y que suspira.»

—¡Brava razon! ¡Confórmame con eso!
¿No eres la que, si el duelo me avasalla,
«Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas y calla?»

—¡Yo soy! ¡yo soy! me contestó orgullosa,
Y haciéndome olvidar penas y agravios,
Se me colgó del cuello cariñosa,
Cerró sus ojos y besó mis labios.

Corrió alegre después tras otros niños,
Quebrando con sus pies las hojas secas,
Y dejándome besos y cariños
En premio de «Fusiles y Muñecas.»

México, 6 de Mayo de 1884.

MI HIJA MARGOT.

Tiene Margot un niño á quien adora,
Que no nació entre lágrimas y males,
Pues se lo dió de cuelga una señora
Que lo compró de lance en veinte reales.

No hay un cariño, igual á ese cariño
Reflejo fiel de abnegación sincera,
Que ni lo entiende ni lo paga el niño
Que le dice *mamá* y es de madera.

Sin temor de que enferme ó que se pierda,
La madre sabe, de contento loca,
Que el niño, si le tiran de una cuerda,
Llora, abriendo los ojos y la boca.

Si la viérais en horas sosegadas
Con qué ternura maternal lo viste,
Y con qué melancólicas miradas
Se fija en él cuando lo juzga triste!

«Qué tienes—le pregunta—niño mío?»
¡Más bonito que tú no habrá ninguno!»
«No llores. . . ¿tienes hambre? ¿tienes frío?»
«Duerme mientras te traigo el desayuno.»

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
Bajo sus mismas sábanas lo arropa,
Y corre por la leche y por la miga
Para darle en los labios sopa á sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara,
Pero aquí la intención salva un abismo;
Margot en tal desaire no repara,
Pues ella se las come, y es lo mismo.

Margot junto á mi padre, dulce y quieta,
Era siempre su encanto y su consuelo,
Y yo ví alguna vez, frente á la nieta,
Lágrimas en los ojos del abuelo.

«Estos juegos—me dijo—causan frío,
»No sé ni qué revelan, ni qué indican,
»Hacen cosas los niños, hijo mío,
»Que ni los grandes sabios las explican!

«¡Cuánto Margot á la virtud promete!
»Mira. . . en su niño están sus ojos fijos. . .
»¡Avergüenza esta madre de juguete
»A los monstruos que olvidan á sus hijos!»

Mientras yo silencioso meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
Para dormir al niño lo arrullaba
Como arrullan las madres verdaderas.

México, Agosto de 1884



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CESAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres Abriles,
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
Y que ha sido en sus guerras infantiles
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
Dejando en un rincón la espada quieta,
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
Mi mesa de escribir y mi gabeta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
Repetir lo que saben mil testigos:
Esa corona de oropel y raso
La debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas
Desató el niño de la verde guía
El lazo tricolor do están impresas
Frases que no descifra todavía.

Con la atención de un sér que se emociona
Miró las hojas con extraño gesto,
Y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención:—"¿qué es esto?"

—"Esto es—repuse—el lauro que promete
La gloria al genio que su luz inunda. . . ."
—"¿Y tú por qué lo tienes?"

—Por juguete,
Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
Descubre el niño de la noble gala;
Se la ciñe faltándome al respeto,
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
Con su inocente acción enlazó ufano,
Pues con el lauro semejaba el niño
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
Irradiaban celestes resplandores,
Y que anhelaba en su imperial litera
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(No estrañéis en un padre estos asombrós),
Y corrí por un trapo colorado
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
Me trasformé en su esclavo humilde y rudo,
Y—"¡Ave, Cesar!—le dije, dame un beso,
¡Yo, que muero de penas, te saludo!"

—"¿Cesar?"—me preguntó lleno de susto,
Y yo, sintiendo que su amor me abrasa,
—"¡César!—le respondí—¡Cesar Augusto
De mi honor, de mi nombre y de mi casa!"

Quitéle el manto, le volví la espada,
Recogí mi corona de poeta,
Y la guardé deshecha y empolvada,
En el fondo sin luz de mi gaveta.

México, Junio de 1884.

CAMBIO DE NOMBRE.

Á MI PRIMOGÉNITA.

Si amas tanto á la Virgen, hija mía,
En tu edad sin doblez y sin engaños,
Toma su nombre y llámate «María»
Lo cual aplaudirán propios y extraños.

Cuando te llamo «Concha» tus sonrojos
Hacen que me confunda y que me asombre,
Pues muy claro me dices con los ojos:
«Yo no vivo contenta con mi nombre.»

Tus razones tendrás y las respeto,
Porque yo de tu vida en el camino
No indago lo que piensas, lo interpreto:
No pregunto qué quieres, lo adivino.

Estudio en tu inquietud cada deseo,
Conozco tus tristezas ignoradas,

Y cuanto guardas en el alma leo
Lo mismo que en un libro en tus miradas.

No existe para mí dicha ninguna
Mayor que aquella que alumbró mi vida
En la primera vez que de tu cuna
Te alcé en mis brazos, te besé dormida.

Y de mi santo amor en los excesos
Viendo en tí de mis dichas el tesoro,
Te desperté al rumor de tantos besos
Y con el alma te grité ¡te adoro!

Cuantas hermosas noches á tu lado
Mirándote dormir, pasé las horas,
Y cuántas veces ¡ay! me han encontrado
¡De pie junto á tu lecho las auroras!

Los premios á este amor no son escasos;
Dos ha tenido mi pasión suprema:
Una epopeya en tus primeros pasos,
Y en tus primeras frases un poema.

¿Cuál es tu porvenir? Si Dios me diera
Poder para mirar futuro día,
Y tenebroso tu horizonte viera,
Llorando á Dios tu muerte pediría.

Tan prematuramente raciocinas,
Que en todo buscas manantial de bienes,

Y hoy quieres, para el mundo en que caminas
Otro nombre distinto del que tienes.

¡Oh pura y tierna flor de mis pensiles
Que yo temblando de pasión cultivo;
Has inundado con tus seis abriles
De aroma el mundo en que luchando vivo!

¿Por qué no has de llamarte como quieres?
Cesen ya tu ansiedad y tus desvelos;
No hay nombre más hermoso en las mujeres
Que el nombre de la Reina de los Cielos!

México, Abril 9 de 1885.

Reir Llorando.

Viendo á Garrik—actor de Inglaterra—
El pueblo al aplaudirlo le decía:
“Eres el mas gracioso de la tierra
Y el más feliz.”

Y el cómico reía.
Víctimas del *spleen*, los altos lores
En sus noches más negras y pesadas,
Iban á ver al rey de los actores
Y cambiaban su *spleen* en careajadas.

Una vez, ante un médico famoso,
Llegóse un hombre de mirar sombrío:
“Sufro—le dijo—un mal tan espantoso
“Como esta palidez del rostro mío. ®

“Nada me causa encanto ni atractivo;
“No me importan mi nombre ni mi suerte.
“En un eterno *spleen* muriendo vivo,
“Y es mi única ambición la de la muerte.”

Y hoy quieres, para el mundo en que caminas
Otro nombre distinto del que tienes.

¡Oh pura y tierna flor de mis pensiles
Que yo temblando de pasión cultivo;
Has inundado con tus seis abriles
De aroma el mundo en que luchando vivo!

¿Por qué no has de llamarte como quieres?
Cesen ya tu ansiedad y tus desvelos;
No hay nombre más hermoso en las mujeres
Que el nombre de la Reina de los Cielos!

México, Abril 9 de 1885.

Reir Llorando.

Viendo á Garrik—actor de Inglaterra—
El pueblo al aplaudirlo le decía:
“Eres el mas gracioso de la tierra
Y el más feliz.”

Y el cómico reía.
Víctimas del *spleen*, los altos lores
En sus noches más negras y pesadas,
Iban á ver al rey de los actores
Y cambiaban su *spleen* en careajadas.

Una vez, ante un médico famoso,
Llegóse un hombre de mirar sombrío:
“Sufro—le dijo—un mal tan espantoso
“Como esta palidez del rostro mío.

“Nada me causa encanto ni atractivo;
“No me importan mi nombre ni mi suerte.
“En un eterno *spleen* muriendo vivo,
“Y es mi única ambición la de la muerte.”

—Viajad y os distraeréis.

—¡Tanto he viajado!

—Las lecturas buscad.

—¡Tanto he leído!

—Que os ame una mujer.

—¡Si soy amado!

—Un título adquirid.

—¡Noble he nacido!

—¿Pobre seréis quizá?

—Tengo riquezas.

—¿De lisonjas gustais?

—¡Tantas escucho. . . !

—¿Qué teneis de familia?

—Mis tristezas.

—¿Vais á los cementerios?

—Mucho. . . mucho. . .

—¿De vuestra vida actual teneis testigos?

—Sí, mas no dejo que me impongan yugos:

Yo les llamo á los muertos, mis amigos;

Y les llamo á los vivos, mis verdugos.

—Me deja—agrega el médico—perplejo

Vuestro mal, y no debo acobardaros;

Tomad hoy por receta este consejo:

“Quizá viendo á Garrik podais curaros”

—¿A Garrik?

—Sí, á Garrik. . . la mas remisa

Y austera sociedad le busca ansiosa;

Todo aquel que lo vé, muere de risa

¡Tiene una gracia artística asombrosa!

—¿Y á mí me hará reir?

—Ah! sí, os lo juro;

Él, sí, nada más él: más. . . ¿qué os inquieta?

—Así—dijo el enfermo—no me curo:

¡Yo soy Garrik! . . . Cambiadme la receta.

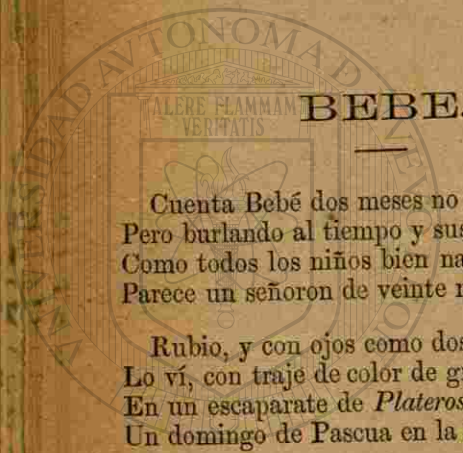
* * *

¡Cuántos hay que cansados de la vida,
Enfermos de pesar, muertos de tedio,
Hacen reir, como el actor suicida,
Sin encontrar para su mal remedio!

¡Ay! Cuántas veces al reir se llora!
Nadie en lo alegre de la risa fie,
Porque en los séres que el dolor devora
El alma llora cuando el rostro rie!

Si se muere la fe y huye la calma,
Si sólo abrojos nuestra planta pisa,
Lanza á la faz la tempestad del alma
Un relámpago triste: la sonrisa.

El Carnaval del mundo engaña tanto,
Que las vidas son breves mascaradas;
Aquí aprendemos á reir con llanto,
Y también á llorar con carcajadas.



BEBE.

Cuenta Bebé dos meses no cumplidos,
 Pero burlando al tiempo y sus reveses,
 Como todos los niños bien nacidos
 Parece un señorón de veinte meses.

Rubio, y con ojos como dos luceros,
 Lo ví, con traje de color de grana,
 En un escaparate de *Plateros*
 Un domingo de Pascua en la mañana.

Iban conmigo Concha y Margarita,
 Y al mirarlo las dos, ambas gritaron:
 "Mira, padre, qué cara tan bonita,"
 Y trémulas de gozo me miraron.

¿Quién, al ver que á sus hijas las subleva
 La ambición de adueñarse de un muñeco
 No se siente vencido, cuando lleva
 Dos duros en la bolsa del chaleco?

Ha vencido pensé: si está comprado,
 Y como es natural, tiene otros dueños,
 Mis hijas perderán el encantado
 Palacio de sus mágicos ensueños.

Pero movido el paternal cariño,
 Entré á la tienda á realizar su antojo,
 Y dije al vendedor: quiero ese niño
 De crenchas blondas y vestido rojo.

Abrió entonces la alcoba de cristales,
 Tomó á Bebé, lo puso entre mis manos,
 Y convirtió á mis hijas en rivales
 Porque el amor divide á los hermanos.

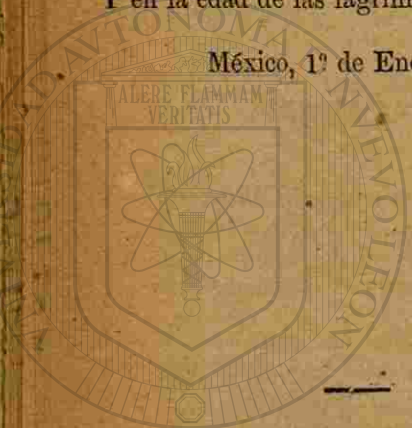
"Para mí,"—Concha me gritó importuna,
 "Para mí"—me gritaba Margarita,
 Y yo les grité al fin, "para ninguna"
 Con la seca aridez de un cenobita.

Reinó un silencio entre las dos, profundo,
 Y yo recordé entónces conturbado,
 Este axioma tristísimo del mundo:
 "Ser rival es odiar y ser odiado."

Y así pensé: no debo en corazones
 Que de la vida llaman á la puerta,
 Encender con el celo esas pasiones
 Que el odio atiza y el rencor despierta.

La historia del amor con dos premisas
 Iguala á la mujer, y no os asombre;
 ¡Un muñeco en la edad de las sonrisas
 Y en la edad de las lágrimas un hombre!

México, 1º de Enero de 1885.



MI TALISMAN.

Con los primeros dientes de María,
 Finos, menudos, blancos y brillantes,
 Me han hecho un prendedor que no daría
 Por otro igual de perlas y diamantes.

A joya tan humilde como grata
 Emblema de mis íntimas ternuras,
 La juzgo si la llevo en la corbata
 El talismán de todas mis venturas.

Nada me importa que á ninguno cuadre
 Ver cuánto estimo deleznable huesos,
 Son de una boca que al decirme padre
 Cura mis penas con sus castos besos. ®

Son de una boca diminuta y bella,
 Más que las rosas fresca y encendida,
 Basta la miel que se desborda en ella
 Para endulzar las horas de mi vida.

Otros busquen tesoros como Creso;
Yo que no espero ni ambiciono tanto,
Perlas busco en la boca cuyo beso
Es para mí el más puro y el más santo.

Hay quien de cada piedra forme un mito,
Quien dé culto de Febo á la luz pura,
Y quien fabrique un templo de granito
Para dar á un monarca sepultura;

Y yo engarzo del oro en la dureza
Estos carbunclos de materia humana,
Que envueltos en aliento de pureza
Díos engarzó sobre caliente grana.

Cuando llame á las puertas del olvido,
Llevarme quiero á la mansión sombría
Este alfiler humilde, revestido
Con los primeros dientes de María.

Reyerta infantil.

¿Quieres averiguar, lector paciente,
Si tiene la niñez principios fijos?
Ven á escuchar el diálogo siguiente
Que aquí sostienen con calor mis hijos.

Concha tiene seis años; Margarita
Los cinco va á cumplir; Juan tres apenas;
Pero ninguno de ellos necesita
Fuego en el pensamiento ni en las venas.

Lo tienen y de sobra: su lenguaje
Lo hallarás infantil, más nunna bueco;
Hoy discuten los tres, porque les traje
Un fusil, un canario y un muñeco. ®

A Juan, que quiere ser soldado grave,
Armé al fin con un rifle en miniatura;
A mi ambiciosa Concha le di el ave,
Y el muñeco á Margot, toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más grata,
Margot arrulle mientras Concha cuida,
Ni el canario es verdad, ni el rifle mata,
¡La ilusión es el alma de la vida!

Como florece el campo en primavera
Desborda la niñez en ilusiones:
Rifles de zinc y pájaros de cera,
Muñecos de cartón; todo ilusiones.

Un niño con un arma entre las manos
Y risas de bondad en el semblante,
Me recuerda á esos ángeles enanos
Que dibujó Doré, leyendo el Dante.

Si vierais á mi Juan con su penacho,
Con barboquejo de velludo cuero,
Semejante en lo erizo á su mostacho
De infatigable y tosco granadero.

Creeráis que labrada pór el arte
En una estatua de arrogancia llena;
Un soldado que ha visto á Bonaparte
Cruzar los Alpes ó triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y callo:
En sus hermanas vé gente guerrera;
Convierte cada caña en un caballo;
Cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso. . . .
¿Quién lo va á detener? Marte lo inflama. . . .
Es la estera su puente, salva el foso
Y rinde una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojó y valentía;
Margot de compasión, Concha de celo;
¿Qué venturosa edad! Despunta el día. . . .
Verde es el campo y trasparente el cielo.

—Mira, le dice Concha á Margarita
Con la expresión de un celo extraordinario,
Esa muñeca tuya tan bonita
No vale lo que vale mi canario.

—Mi muñeca es mejor, cierra los ojos,
Se duerme entre mis brazos, va á la escuela,
Tiene cabellos rubios, labios rojos,
—Sí, todo lo tendrá, pero no vuela.

—Cambiaremos juguetes. . . .
—No. Yo juego
Nada más con mi niña todo el día.
—Me la das, ó te pego. . . .

—¿Qué? ¿Te pego?
—No es tuya nada más.—Sí, sólo es mía.

—La quiero.—No me importa.—Te la quito.
—Yo la defenderé.—Voy á tomarla.

—Ven.—Allá voy.—¿Me pegas? doy un grito.
—Déjame la, Margot. . . .—No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,
Y entonces Juan, el rifle preparado,
Sale y grita á las dos:—Cállense, ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede
Callar cualquiera ante su faz bravía,
Y él agrega muy serio:—¿Qué sucede?
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra,
Vuelve á las niñas bienestar profundo,
Que aunque inícuo el Derecho de la guerra
Aplaca muchas riñas en el mundo.

EL PRIMER PASO.

(INEDITA.)

Ya libre por los anchos corredores
Das los primeros pasos, hija mía,
Y al verte abandonar los andadores
Quedo mudo y llorando de alegría.

Ya tu vigor la libertad me pide
Y al levantar audaz el primer vuelo
No quieres que cual antes te cuida,
Al ir tus piés acariciando el suelo.

Muy pronto olvidarás que fué mi mano
Quien te guiaba con amor profundo,
Antes que á tu mandato soberano
Cruzar pudieras la extensión del mundo.

Sol de mi hogar, amor de mis amores,
Yo quiero en el afán que el alma encierra,
Llenar de luz, de aromas y de flores
Las sendas que tú sigas en la tierra.

Ya diste con valor el primer paso
Y tiemblo y lloro de placer al verte.....
Tú vas hacia el zenit y yo al ocaso;
Tal es la ley terrible de la suerte.

Con qué placer tan íntimo te miro
Hoy sin mi apoyo caminar ufana
Pero exhalo á la vez hondo suspiro
Meditando en tus pasos del mañana.

Más Dios te velará... luce tus galas....
Avanza... un paso más... ¡qué hermoso día!
Hoy abre el ángel de mi hogar sus alas....
Hoy dió su primer paso mi María.

Madrid. 1879.

JUEGOS DEL ALMA.

Mientras yo á carcajadas me reía,
En otra habitación Margot lloraba,
¡Qué contraste formó con mi alegría
La pena que su llanto revelaba!

Corro al instante á verla y la pregunto
¿Por qué con tal dolor estás llorando?...
Dí... ¿por qué gritas? y responde al punto:
Es por que estoy á lágrimas jugando.

¿Cómo? ¡Jugar á lágrimas! ¡ignoras
Lo que dices, Margot!... ¡Vives de prisa!
Mientras tú alegre juegas á que lloras,
Yo estoy con mi dolor jugando á risa. ®

ESTE ERA UN REY

Ven, mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Siéntate aquí, en mis rodillas,
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quieta esa mano;
Vamos, sosiega esos piés.

Este era un rey . . . me maltrata
El bigote ese cariño,
Este era un rey . . . vamos, niño,
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
Ese rey . . . ¡Jesús! ¡qué has hecho!
¿Lo ves? en medio del pecho
Me has clavado un alfiler!

¿Y mi dolor te dá risa?
Escucha y tenme respeto:
Este era un rey . . . deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
Que á cumplir aquí te obligo . . .
Deja mi reloj . . . prosigo.
Atención: este era un rey . . .

Me dá tormentos crueles
Tu movilidad, chicuelo,
¿Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿me has de escuchar?
Este era un rey . . . ¡qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Más ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento . . .
Este era un rey, oye el cuento
Inventado para tí . . .

Y el niño agrega, que es ducho
En tramar cuentos á fé:
«Este era un rey . . . ya lo sé
«Porque lo repites mucho.

"Y me gusta el cuentecito
 "Y mira, ya lo aprendí:
 "Este era un rey ¿no es así?
 "¡Qué bonito! ¡Qué bonito!"

Y de besos me dá un ciento,
 Y pienso al ver sus cariños:
 Los cuentos para los niños
 No requieren argumento.

Basta con entretener
 Su espíritu de tal modo,
 Que nos puedan hacer todo
 Lo que nos quieren hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
 Un niño, sin hacer caso,
 Va dejando paso á paso
 A su narrador desnudo...

Infeliz del que se escama
 Con esas dulces locuras....
 ¡Si estriba en sus travesuras
 El argumento del drama!

¡Oh Juan! me alegra y me agrada
 Tu movilidad tan terca;
 Te cuento por verte cerca
 Y no por contarte nada,

Y bendigo mi fortuna,
 Y oye el cuento y lo sabrás:
 "Era un rey á quien jamás
 Le sucedió cosa alguna."

México, Julio de 1885.

FRAGMENTO DEL POEMA INEDITO
TITULADO

“En el cielo y en la calle.”

A los que buscan dramas algo extraños
Doy éste, que por breve no desvela,
Personajes: un niño de seis años
Y Juana de sesenta, que es su abuela.

Hablan y nada la atención les roba;
Ella, desde un sillón, él en su cama;
La escena es en el fondo de una alcoba
Que brilla á media luz.—

Comienza el drama.

.....
.....
.....
.....

Dos labradores francos y sencillos,
Encontraron dos aves cierto día.

—Abuela, ¿qué son aves?

—Pajarillos.

—¡Ah! sí, tienes razón, ya lo sabía.

—Prosigo, y no interrumpas esta historia.

—No vuelvo á hablar, te lo prometo, abuela;

—Oye y fija mi cuento en tu memoria.

—Y lo diré á los niños de mi escuela.

—Una vez, dos sencillos labradores
Hallaron en un árbol suspendido

El nido de dos pájaros cantores

—Dime ántes de seguir ¿cómo es un nido?

—Tus preguntas avivan mis congojas,
Un nido es un palacio

—¿Qué me dices?

—Es un palacio alzado entre las hojas
Para vivir dos pájaros felices.

Allí se abrigan del invierno insano, ®
Allí van á arrullarse hora tras hora,
Y así como tú rezas muy temprano,
Allí cantan á Dios en cada aurora.

—¿Y serán muy bonitos?

—Maravilla

En tanta pequeñez, arte tan rico.

—Abuela, ¿son de piedra?

—Son de arcilla

Con hebras mil tejidas con el pico.

Mas no pierdas la historia peregrina
Y volvamos al par de labradores
Que, al fulgor de la estrella matutina,
Hallaron aquel nido entre las flores.

Se acercaron al árbol corpulento
Donde estaba el palacio suspendido. . . .

—¡El palacio!

—¿Lo ves? No sigo el cuento:

Un palacio en un árbol es un nido.

En él estaba un pájaro, y cubría
Para darles calor, dicha y consuelos
A tiernos pajaritos.

—¡Qué alegría!

Sus hermanos, tal vez. . . .

—No; sus hijuelos.

Temeroso al mirar á dos extraños,
Escondió á sus polluelos inocentes.
—¡Ayl dime, abuela, les hicieron daños?
Si los han de matar, no me lo cuentes.

—No comprendes aún, en tu inocencia,
Los nobles cultos en las almas fijos;

Un padre siempre inspira reverencia
A quien lo vé cercado de sus hijos,

Y lo mismo en las aves que en los hombres,
En el espacio azul, ó en el abismo,
Grutas, nidos, hogar, —cuestión de nombres—
¡El amor paternal siempre es lo mismo!

El pájaro del cuento, receloso
De la intención de aquellos campesinos,
Les habló. . . .

—¿Cómo hablaba?

—Qué curioso!

—¿Hablabas como yo?

—No, no; con trinos.

—¿Con trinos?

—No interrumpas.

—¿Cómo es eso?

—Basta de preguntar; escucha.

—Escucho.

—¿No sientes tú, cuando me das un beso,
Que, sin hablarte yo, te digo mucho?

Pues. . . no lo sé explicar, un dulce acento
Inimitable, arrullador, divino,
Con que un ave saluda al firmamento
Al ver el nuevo sol, eso es un trino.

—¿Eso es un trino?

—Sí; con él expresan

Las aves de sus dichas el tesoro....

—Abuela, ¿y qué, las aves no se besan?

—Tal vez, tal vez, pero en verdad.... lo ignoro.

No hagas á cada paso esas preguntas
Que resolver no puedo ni me toca;

Tal vez se besen las que viven juntas

—¿Y se pueden besar sin tener boca?

—Me tienen siempre en infernal batalla

La gran precocidad de tus antojos:

Sábelo, chiquitín; sábelo y calla:

¡Los pájaros se besan con los ojos!

—No, no es verdad, abuela.

—¡Qué osadía!

¿Es decir que yo miento? ¡Vaya un chico!

—Yo he visto á tus canarios cierto día

Dándose de comer de pico á pico.

—Pero ¿dar de comer es dar un beso?

¡Vaya con un chicuelo veterano!

—Pues ¿por qué los canarios hacen eso?

Tú me das la comida con la mano.

—¿Por qué lo hacen? No sé. Ya me provoca

Esa curiosidad tan obstinada;

No se besa tan solo con la boca....

—Abuela, ¿pues con qué?....

—¡Con la mirada!

Y á un niño como tú, debil é inerme,
Que no conoce el mal ni le acobarda,
Viene á besar sus ojos, cuando duerme,
Lleno de amor el angel de la guarda.

Ese angel está aquí... .

—¿Dónde?

—A tu lado.

—Abuela, ¿entre tú y yo?

—Sí

—¡No, le veol

—Ningún mortal á un angel ha mirado
Sino con la esperanza y el deseo.

Quien tal ventura á conseguir alcanza
Es porque tiene el alma limpia y pura.

—Dime, abuela, ¿que cosa es la esperanza?

—Una cosa muy clara y muy oscura. ®

Lo que quieres hallar más adelante,
Lo que estando muy lejos ves en frente,
Lo que al ser más oscuro es más brillante,
¿Me entiendes?

—No.

—Pues calla, impertinente,

Me llevas por tan ásperos caminos,
Que junto á tí desfallecer me siento,
Me haces hablar de besos y de trinos.
Y no me dejas proseguir el cuento.

—¿El cuento?

—Picaruelo, ¿has olvidado
El encuentro de aquellos labradores
Con el nido de un pájaro encantado
Oculto entre las ramas y las flores?

Sí, lo olvidaste ya; cesa mi empeño
De contar esa historia. . . . no prosigo;
Cierra los ojos, velaré tu sueño;
¡Soy tan dichosa cuando estoy contigo!

—¿Me quieres mucho?

—Sí te quiero tanto
Que por eso me vez tan afligida;
A mi avanzada edad me causa espanto
Saber que pronto perderé la vida.

—¿Te da miedo morir?

—Por tí me aflijo.
No por un mundo donde impera el dolo....
—¡Ay! si supieras. . . .

—Calla! Entonces, hijo,
Qué podrá ser de tí? . . . ;te quedas solo!

—¿No dices que está un ángel á mi lado
Que vela mis acciones noche y día?
El me acompañará.

—Muy bien pensado.
—No llores. . . dame un beso, madre mía.

Fija el niño en la anciana sus miradas
En las que amor inmenso se revela.
La besa, y sus mejillas sonrosadas
Se empapan con el llanto de la abuela.

Reina un silencio santo, nada roba
La pompa augusta que la escena tiene,
¡Como que están besándose en la alcoba
Una alma que se vá y otra que viene!

.....
.....
.....
.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Jose Rosas Moreno.

A UNAS VIOLETAS.

(TRADUCCION DE GRADENICO.)

Violetas amorosas
 Que entre las alas del tranquilo viento
 Exhalais, suspirando misteriosas,
 De vuestro blanco caliz el aliento;
 Si por favor del hado
 Os corta al fin mi Elisa, y con ternura
 Tanto os estrecha al seno delicado,
 Que vuestra savia pura,
 Ese calor dulcísimo sintiendo,
 En perfumes se exhala y en vapores
 Su seno virginal humedeciendo;
 Yo os ruego ¡oh blancas y modestas flores!
 Hijas de los amores
 De la tierra feraz y el sol ardiente,
 Que al exhalar allí vuestros olores,
 Exhaleis con la savia dulcemente
 Este que deja en vos suspiro ardiente.

LA FLOR Y LA NUBE.

Sobre una esteril pradera,
 El diáfano azul del cielo
 Cruzaba en rápido vuelo
 Una nube pasajera.
 Vióla pasar una flor
 Que abrasada se moría,
 Y en su penosa agonía
 Le dijo así con amor:
 "Yo te bendigo: la suerte
 Es conmigo generosa;
 Dios te manda, nube hermosa,
 A librame de la muerte."
 "Joven soy, morir no quiero;
 En tus bondades confío,
 Una gota de rocío
 Por piedad, porque me muero.
 Pero la nube orgullosa,
 Insensible caminando,
 "No puedo, dijo pasando

Servir á tan *noble rosa*.”
 “Que si todos los pesares
 De las flores mitigara,
 Pienso que no me bastara
 Con el agua de los mares.”
 La flor exhaló un suspiro,
 Y la nube en el momento,
 Agitada por el viento,
 Siguió su rápido giro.
 Cruzó la selva sombría,
 Cruzó también la ribera;
 Pero siempre en donde quiera
 La tristeza le seguía.
 Sintió al pronto una profunda
 Indefinible ansiedad,
 Y por fin, tuvo piedad
 De la rosa moribunda.
 Y del punto en que se hallaba
 Con rapidez se volvió,
 Y á la pradera llegó
 Cuando la tarde espiraba.
 De la flor sobre la frente
 Tendió su ligero manto,
 Y regándola de llanto,
 Exclamaba dulcemente:
 “Despierta, yo soy; despierta,
 Yo te traigo la alegría;”
 Más la flor no respondia:

La infeliz estaba muerta.
 Guardad tan triste lección
 En el alma desde ahora:
 Niños, mostradle al que llora
 Una santa compasión.
 Si el pobre á rogaros va,
 No le mireis con desdén,
 Que es muy triste hacer el bién
 Cuando es inutil quizá.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

POESIA

Leída por el Sr. D. José Rosas Moreno

En la distribución de premios á los alumnos
de las escuelas de la "Sociedad de Beneficencia,"
de México.

¡Cuán bello es este cuadro. Cuál palpita
Ardiente el corazón y generoso
Al ver en esos rostros infantiles
Retratado el placer. Nunca he sentido
Una emoción tan tierna. Hoy los dolores
Y el triste afán de la existencia olvido;
Mi pensamiento mira en lontananza
De un porvenir divino los fulgores,
Y á la bendita luz de la esperanza,
Yo elevo al porvenir himnos de amores.
Contemplo por doquiera alborozado,
Que cual huye ligera la neblina
Del alba al contemplar la faz divina,
Huyendo van las sombras del pasado.
Tras la noche fatal de la ignorancia,
Una apacible claridad naciente

Inunda de reflejos el ambiente,
Nuevas flores derraman su fragancia,
La inspiración del bien el alma siente.
¡La luz; mirad la luz! La patria mía
Radiosa con placer alza la frente.
Y enjuga ya sus lágrimas de duelo
Mostrándonos su amor y su alegría,
Que pronto vá á brillar sobre su cielo
El sol ansiado del ansiado día.
¡Bendito el porvenir! Llena el espacio
Su atmósfera de luz, y en todas partes
Su magestad futura se presente:
Ya en la tierra, en los mares y en el viento
Flota impalpable su divino aliento.
Por él nó en vano el corazón suspira;
No, no es mi dulce afán loca quimera,
Que esta infancia feliz que aquí nos mira
Con tímido alborozo sonriendo,
Que á la grandeza y al saber aspira,
Y esperanzas sublimes atesora
Del bello porvenir es precursora:
A su hermoso destino obedeciendo
Quiere que grande su existencia sea;
Ya en su alma presuroso vá creciendo
El fuego inextinguible de la idea;
En la sagrada libertad se inspira,
De la virtud el hálito respira;
Y ardiente, altiva, generosa, ufana,

Buscando el bien avanza presurosa,
 Huyendo del error la sombra vana.
 ¡Oh! si ella cumple su misión hermosa
 Mirará trasformada su pobreza
 En poder y en grandeza soberana
 Y hará con su magnífica grandeza
 La grandeza de México mañana.
 ¡Cuán bello es este cuadro! El alma mía
 Contempla esa esperanza de ventura
 Como se vé del alba la luz pura
 Tras de las nieblas de la noche umbría,
 Como en mis campos fértiles veía
 Nacer hermosas las primeras flores,
 Cual se mira el placer tras los rigores
 Con que nos suele herir la suerte impía,
 Cual la vida se vé tras la agonía.
 A esa infancia feliz que placentera
 Hoy el primer laurel ciñe á su frente,
 Y que la dicha y la grandeza espera,
 Gozosa, audaz, infatigable, ardiente,
 Yo la miro con plácido embeleso,
 Yo la bendigo con ternura santa
 Que es la activa legión que se adelanta
 A conquistar el mundo del progreso!
 Ella del mal evita el golpe rudo,
 Del bien siguiendo el refulgente faro,
 Con la virtud divina por amparo,
 Con el santo trabajo por escudo.

¡Cuanto amo yo á la infanciam Cuál me place
 Ver en sus triunfos y en su ardiente anhelo,
 Esta generación que apenas nace
 Y eleva cual las águilas el vuelo!
 ¡Con cuán inmenso amor, con qué ternura
 En medio del horror de su amargura,
 Nuestra patria infeliz su gloria admira,
 ¡Venturosa niñez! La fé la inspira.
 Y aquí de gratitud vertiendo llanto
 Bendice el sentimiento dulce y santo
 Que á la virtud la eleva y la redime....
 ¡Oh! noble caridad, noble y sublime
 La que cubre á la infancia con su manto!
 ¡Oh! noble caridad, santa y querida
 La que nos muestra el bien y el duelo calma,
 La que alimento dándole á la vida,
 Da la virtud también, vida del alma!
 Sublime caridad la que gozosa,
 A estos pequeños seres desvalidos
 Les ofrece el apoyo de su brazo,
 Evitando que corran desgraciados,
 Por funestos errores impelidos,
 En la senda del crimen pavorosa;
 ¡Sublime caridad grande y hermosa
 Que á la vida los une en dulce lazo,
 Que con el rayo alumbra de la ciencia,
 Con maternal amor en su regazo,
 La triste soledad de su conciencia!

¿Cuál fuera de éstos séres el destino,
 Si amparo no ofreciera á su inocencia
 La santa caridad con sus amores. ?
 El raudó y estruendoso torbellino,
 Muerte les diera al fin como á las flores,
 Que muchos de estos niños desdichados
 En inútil afán se estremecían,
 Por la horrible miseria destrozados;
 Y sin pensar en Dios, sin un amigo,
 Sin pan, sin esperanza y sin abrigo,
 Oscuro el corazón, mística la frente,
 Los piés helados, con el rostro yerto
 En orfandad tristísima y doliente
 Lloraban ¡ay! en el hogar desierto.
 Mas fué la caridad y conmovida,
 Su dolor aliviando dulcemente,
 Extensos horizontes dió á su vida,
 Y les mostró la ciencia refulgente.
 ¡Bendita caridad la que inspirada
 Por un sublime sentimiento santo,
 Busca la ciencia y el progreso adora,
 La que protege al huérfano que llora,
 La que cubre á la infancia con su manto!
 Doquier la ilustración, la luz se ansía,
 Y la luz por doquiera resplandece:
 Con esta aspiración que la engrandece
 Dichosa al fin será la patria mía.
 Yo miro por doquier con alegría

Espíritus de luz, de amor sedientos,
 Que es la patria en quien cifro mis amores,
 La tierra de la luz y de las flores,
 La patria de los bellos sentimientos.
 Bajo este cielo azul puro y radioso
 El genio inspirador el alma exalta,
 Y hay gloria y hay virtud; sólo nos falta
 Que el ángel de la paz dulce y hermoso,
 Nos cubra con sus alas amoroso.
 Niñez, feliz niñez, tú cuya vida
 La ciencia alumbra con fulgor divino
 A México darás la paz querida;
 Tú verás muy dichoso su destino,
 Tú alcanzarás la tierra prometida.
 Prosigue infatigable y generosa
 La senda del saber; yo con ternura
 Tú aspiración sublime comprendiendo,
 Saludo ya tu magestad futura.
 Mi ardiente corazón tu bien ansía,
 Porque eres de la patria la esperanza,
 Porque tu hermano soy; tu gloria es mía,
 Y aunque en tus triunfos ¡ay! no pueda verte,
 Me gozo presintiendo tu victoria
 Y bendigo con lágrimas tu suerte,
 Que al dormirme en los brazos de la muerte,
 Tú alumbrarás mi tumba con tu gloria.

México, Febrero 4 de 1874.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

A MI MADRE EN SUS DÍAS.

Desde niño, madre mía,
He cantado tu cumpleaños
Y hoy canto tus nuevos años
Con insólita alegría.

Porque acrece cada día
Más y más ese profundo
Amor santo y sin segundo
Con que mi alma te señala,
Y al cual ¡oh madre! no iguala
Ningún cariño en el mundo.

¿Cómo no habré de decir
Que aumenta ese amor ardiente,
Que el corazón por tí siente
Desde que empezó á latir.

Si en este rudo vivir
En que trascurren los días
Cual pasan las ondas frías
En los agitados mares,
Eres dicha en mis pesares
Y colmo en mis alegrías!

Si cariñosa y constante,
Llena de un afán eterno,
Y con el amor mas tierno
Velas por mí en todo instante.

Si siempre te miro amante
—Siendo mi bien tu desvelo—
Consolarme con anhelo
Cuando la homicida pena
Turba la dicha serena
Que hay de mi vida en el cielo.

Así en verdad no te asombre
Que ese plácido cariño
Que por tí abrigara el niño,
Lo sienta mayor el hombre.

Por eso, amante, tu nombre,
Mi pecho siempre guardó,
Y en premio al cielo pidió
Que verte feliz consiga
Oh Madre! y Dios te bendiga
Como te bendigo yo!

Puebla, Julio de 1885.

La herencia de Concha.

AL AUTOR DE "FÚSILES Y MUÑECAS."

Tengo un angel también, gloria y contento
De mi feliz hogar, que á tu María
Profesa de amistad el sentimiento
Desque á su lado la trajiste un día.

Y en verdad no es extraño ese cariño,
Cuando ella ha visto mi amistad sincera;
Afecto que te guardo desde niño
Y del que es hoy mi Concha la heredera.

Mas no de tal herencia voy á hablarte
Que es de mi hija menor otro el legado,
Yo tengo un episodio que contarte
Previamente si me oyes con agrado.

Has de saber, que de mi casa enfrente
Murió no ha largo tiempo una Señora,

Con quien tuve amistad, fué mi cliente
Y yo su eloquio dirigí en tal hora.

Oyóla Concha, porque quién se cuida
A su edad de hablar algo en su presencia,
Cuando tienen los niños por egida
La purísima flor de la inocencia.

Pasó el tiempo después, y cierto día
Se fingió enferma mas de mal muy serio,
Se puso en cama la pequeña mía
Y así me habló muy quedo y con misterio.
—“Estoy enferma y por si acaso, muero
Pienso hacerte un encargo, Papá mío,
Mucho te ruego que lo cumplas, quiero
De *Bebé* disponer á mi albedrío.”

—Puedes hacer lo que mejor te cuadre,
—Yo repuse sonriendo—mas no atino
¿Quién como tú le servirá de Madre?
¿Cuál puede de *Bebé* ser el destino?

Dime ¿á quién se lo dejas? Ya te escucho
Y ella con seriedad, dijo, muy cuca:
—“Se lo has de dar porque la quiero mucho
“A la niña que vive en Soapayuca.”

Era su enfermedad dulce mentira,
El testamento aquel era imitado;

Mas es real el afecto que le inspira
La amiga á quien destina su legado.

Yo repliqué:—Mereces que te riña
Y no uses para nada el fingimiento;
Mas de tu afecto en gracia, entiende, niña,
Que sabré ejecutar tu testamento.

Edad de la niñez, edad bendita,
¿Quién volviera á aspirar tu pura esencia,
Esa esencia tan grata y esquisita
Que hay tan sólo en la flor de la inocencia!

Puebla, Julio de 1885.

A DELFINA.

Lozana y pura cual fragante rosa
A quien mecen las auras del Abril,
Linda y esbelta como palma airosa
Eres mi tierna, idolatrada esposa
Eres niña gentil

Y hay tanto fuego en tus ardientes ojos
Y en tus risas tal gracia y tal candor,
Guardan tanto placer tus labios rojos,
Que yo á tus piés quiero vivir de hinojos,
Muriéndome de amor.

Muriéndome de amor como hoy me mueve
Al contemplar tu rostro celestial,
Al ver que yo, sí con pasión te quiero
Tú me idolatras ¡ángel hechicero!
Con ardor sin igual.

Eres el dueño tú de mi albedrío
Y forma mi cariño tu ilusión

Tuyo es mi corazón y el tuyo es mío
 Yo con tu amor me encanto y me extasio;
 Tu vives con mi amor

¡Plegue al cielo que siempre, niña pura
 Pueda verte como hoy tierna y feliz!
 Plegue al cielo guardarte mi ternura,
 Y que halle yo en tus brazos la ventura.
 Y tu la halles en mí!

Eduardo Noriega

A MI HIJO EDUARDO.

Estás en el albor de la existencia
 Y ya mi corazón temor abriga
 ¿Que habrá en la senda que tu planta siga?
 ¿Flores ó abrojos? Ignorancia ó ciencia?

Antes de que te alumbre la experiencia
 Tú eligiras la senda que te obliga,
 Sin más consejo que mi voz amiga,
 Sin tener otro juez que tu conciencia.

Si la senda del bien sigue tu anhelo,
 No temas que el dolor de tu alma anide
 Ni en tristes horas de amargura y duelo;

Si la senda del mal tu planta mide
 Jamás esperes dicha ni consuelo....
 Echada está la suerte... tú decide.

JOSE MONROY.

LA ORACION.

—¿A donde vas?

—Al bosque silencioso.

—Ya el sol oculta su postrera luz.

¿A qué vas?

—Voy á orar

—Hay algún templo?

El espacio.

Hay un santo?

—Hay una cruz.

LA ESPERANZA.

El prado está sin flores,
Sin ramos el olivo,
El cielo sin celages ni colores,
Y el viento sin olores
Vaga por la pradera fugitivo.

Sólo una flor graciosa
Sobre el ligero tallo
Al soplo de la brisa cariñosa,
Se columpia dichosa
Con dulce languidez y con desmayo.

Por qué esa flor resiste
Del sol el rayo ardiente?
¿Cómo no viene suspirando triste?
¿Cómo esa flor existe
En tanta soledad indiferente?

Del bien en el camino
No teme la mudanza,
Ni el hórrido calor ni el torbellino;
Vivir, siempre vivir es su destino.
¿La quieres conocer? Es la esperanza.

J. M. FLORES VERDAD.

EL SUEÑO DE MI HIJO.

Mirad á mi hijo durmiendo
En el seno maternal
Angeles en torno viendo
Y la sonrisa naciendo
En sus labios de coral.

Allá entre sueños suspira
¡Ahl no conoce el dolor,
Ni padece, ni delira;
Que por todas partes mira
Un paisaje encantador.

Por su mente van cruzando
Sombras que lo hacen mover,
Y quiere tomar temblando,
Entre las que huyen volando
La imágen de una mujer.

Ya la calma recupera;
Vuelve á su rostro el color
Y la sonrisa hechicera
Que por un momento huyera
De su labio encantador.

Mas huye de sus abrazos,
Entre nubes se evapora
Y al romper tan tiernos lazos
Alarga el niño sus brazos
Y escapándosele.llora.

¡Ahl pobrecillo inocente,
Se estremece ¿qué tendrá?
Se nubla su pura frente
Y se agita blandamente
Su pecho ¿qué soñará?

¿Melancólicas canciones
Llegó acaso á percibir?
¿O vió con negros crespones
Encubiertas las visiones
Que le hicieran sonreír?

.....
Que cuando llegue la muerte
Juntos nos halle á los dos.
Que no sea mala su suerte
¡Silencio!¡no se despierte
Que está contemplando á Dios!

San Luis Potosí, Diciembre 20 de 1869.

FRANCISCO J. ARREDONDO.

EN LA MUERTE DE LA NIÑA ESTHER GONZALEZ.

SONETO.

Era un botón que apenas se entreabría
 Y á las aves llenaba de ventura;
 La reina de las flores parecía
 Por su encanto, su gracia y su hermosura.
 En sus labios de grana residía
 El nectar grato que la dicha augurá;
 Era el angel de Dios que sonreía
 Del mundo á la terrible desventura! . . .
 Mas ruje el vendabal terrible y fuerte
 Y le arrastra con furia por el suelo
 Y en deleznable polvo le convierte;
 Mas nos deja su historia por consuelo,
 Que si es verdad le arrebató la muerte,
 Más verdad es, que se elevó hasta el cielo.

Abril de 1879.

GERONIMO BATURONI.

Las Madres.

¿Por qué te quejas, hijo,
 sér de mi vida?
 Así una madre, á un niño,
 tierna decía.
 Y la criatura
 triste gemido exhala
 con tal pregunta.

—¿El cerebro te duele?
 Y el niño calla!
 —Cuál te ha puesto la fiebre,
 hijo del alma!
 Y el pobre niño
 Da á la madre la mano,
 y exhala un grito!

—Que se muere el hijo
de mis entrañas!
De hinojos te lo pido
Guadalupana!
Y el niño, yerto,
responder ya no puede
ni con lamentos!

A poco todos miran
Un muertecito;
entre flores y cintas
está tendido.
Y al pie del lecho,
llora la triste madre,
velando al muerto!
Por la calle atraviesa
con otro niño,
una mujer risueña,
que al muerto ha visto.
De reír cesa,
y al irse, contra el seno
su niño estrecha.

La una por su hijo pena
viéndole muerto:

la otra vivo le estrecha
contra su seno.
Y es que las madres
sufren si un niño muere;
gozan si nace.

México, Febrero de 1885.

JULIO ESPINOSA.

AL CALOR DE MI HOGAR.

I

Tengo como santuario de la vida
 Mi casa bendecida,
 Sin duelo, sin tristeza, ni dolores,
 Encanto de mis horas de ventura,
 Hogar de mi ternura
 Y cuna donde duermen mis amores.

Allí no llega el mentiroso acento
 Ni el cobarde lamento
 Con que el mundo levanta de igual modo

Calumnias y lisonjas; ni la envidia
 Que en su mortal perfidia
 La honra desgarrá con miseria y lodo.

III

Allí reina la paz, reina la calma,
 Y siempre tiene el alma
 Espacio en que gozar con sus cariños;
 Allí la dicha sin igual y hermosa,
 El amor de la esposa
 Y la tierna sonrisa de los niños.

IV

Allí mi padre, de virtud ejemplo,
 Pudo formar un templo
 Que llena y que perfuma la inocencia.
 Cansado de luchar con los extraños,
 Mira pasar sus años
 Con frente altiva y pura la conciencia.

V

Teniendo en la verdad los ojos fijos, ®
 Solo lega á sus hijos,
 Como el escudo que resguarda al hombre,
 Como del sol paterno los reflejos,
 Sus amantes consejos
 Y la honradez de immaculado nombre.

VI.

El trabajo es su norma, y tal parece
 Que su alma fortalece
 Con la virtud cristiana á quien escucha,
 Con adorar á Dios que siempre nombra;
 Titán que entre la sombra
 Duerme sin acordarse de la lucha.

VII

¡Qué goces tan hermosos, qué alegría,
 Que dulce poesía
 Al corazón amante se revela
 Cuando llega la noche descuidada
 Y empieza la velada
 Con los niños, los padres y la abuela!

VIII

La lámpara que vierte su luz pura
 Un cuadro de ternura
 Ilumina risueño y apacible;
 Juegan allá en la alfombra juegos vanos
 Mis pequeños hermanos,
 Con encanto de dicha irresistible.

IX

Es rubio el uno, y algo de alborada
 Se encuentra en su mirada,

En su sonrisa tímida, inocente,
 Que brilla á veces al través del lloro,
 Y caen cual lluvia de oro
 Los rizos por el cielo de su frente.

X

El otro, todo fuego, inteligencia,
 Promete en su inocencia
 Ser el que dé grandeza á nuestro nombre,
 Pues á veces sorprendo con cariño
 Que en esa alma de niño
 Existe ya la reflexión del hombre.

XI

Corona de este amor y estos placeres,
 Modelo de mujeres,
 Es de mi padre la adorada esposa;
 Ningún deber para cumplir exime;
 Yo la encuentro sublime
 En medio del hogar, noble y virtuosa.

XII

Cuántas veces la he visto cómo labra
 Con amante palabra
 En sus hijos la fé llena de vida,
 Y llena de respeto y de tristeza,

Por los que fueron reza
Temblando de pasión y conmovida.

XIII

Cómo sabe adorar y cómo calma
Con el amor del alma!
Con sus afanes tiernos y prolijos!
Diera ella cuanto vive, cuanto encierra
En su extensión la tierra,
Por no ver una lágrima en sus hijos.

XIV

Con un hogar así, no pido al cielo
Otro santo consuelo,
Y antes que con dolor fiero taladre
El mundo mi ventura transitoria,
No hay riquezas ni gloria,
Que valgan lo que un beso de mi padre.

México, Agosto de 1884.

JOSE SEBASTIAN SEGURA.

FELIPE II.

SONETO.

Sin fuerzas yace el brazo que robusto
Rigió de las Españas los destinos;
Mustios están los lauros peregrinos
Que sombra dieron á su rostro adusto.

Al ver Felipe, trémulo de susto,
Cerrados de la vida los caminos,
Recuerda los oráculos divinos
Al heredero de su trono angusto.

Alza á los cielos las convulsas manos,
Y de un cirio á los pálidos fulgores
Descubre el pecho lleno de gusanos.

“¡Hijo!” exclama entre angustias y dolores,
“Tras de la pompa y los placeres vanos
Mueren también del mundo los señores.”

CORTES.

SONETO.

Pisa las playas de los nuevos mares
El gran Cortés, y con heróicos bríos
En Veracruz incendia sus navíos,
Y dice adiós á los paternos lares.

Debelando guerreros á millares,
Barrancas salva y resonantes ríos,
Y entre las sendas de los montes fríos,
Sombra le dan sus pinos seculares.

Alzase allí del yelmo la visera,
Y en los lagos que el sol ardiente baña
Ve la ciudad do Moctezuma impera.

Desciende de la altísima montaña
Tremolando de Cristo la bandera,
Y doma un mundo en que renace España.

MANUEL CARPIO.

San Agustin.

SONETO.

El mar azul haciendo manso ruido,
Apenas se agitaba á medio día,
Y la brisa templada que corría
Halagaba blandísima el oído.

Un niño en la ribera divertido
"Voy á vaciar el mar;" simple decía,
Y con una conchita que tenía,
Agua sacaba con pueril descuido.

¡Vano afán! le repuso con dulzura
Aurelio, que se hallaba frente á frente;
¿Cómo agotar el mar, pobre criatura?

¿Y cómo, contestó, podrá tu mente
Comprender del Señor la esencia oscura?
Y siguió desaguando el inocente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 ALERE FLAMMAM
 VERITATIS

BONAPARTE

Sentado Bonaparte en una altura
 A la orilla del mar de Santa Elena,
 Al tibio rayo de la luna llena
 Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
 Las turbulencias del sangriento Sena,
 El Tabor, las Pirámides y Jena
 Y de César augusto, la bravura.

“Ved, exclamó, las palmas de Marengo
 “Los campos de Austerlitz de sangre rojos
 “Donde las Rusas águilas contengo;
 “De la Europa me siento en los despojos
 “Más de tanto triunfar ¿qué premio tengo?
 “Las lágrimas que ruedan de mis ojos.”

MANUEL J. OTHON.

Paolo y Francesca.

Paolo llevando á su inmortal amante
 de Dios llegó delante
 que por su negro crimen le condena
 á padecer la pena
 de que nos habla en su poema el Dante.

Y cuando él sabe su castigo eterno
 dice con voz satánica y vehemente:
 ¡Qué me importan las penas del infierno
 Si allí puedo besarla eternamente!

MARIANO BEJARANO.

Colón.

SONETO.

—No está el mundo cabal; en el misterio
Guardan los mares la mitad oculta;
Así patente en mi saber resulta,
Vamos, pues, á buscar ese hemisferio.
—La ciencia rechazó con magistero
De aquel hombre la insólita consulta,
Y el pueblo necio en su ignorancia inculta
Llamó loco y audaz á hombre tan serio.
Una mujer nomás, una española,
Comprende el genio de Colón, profundo,
Y en su empresa magnánima le ayuda;
Y todo el mar cruzando ola por ola,
Encuentra, al fin, Colón el Nuevo Mundo
Y á Isabel la Católica saluda.

INDICE.

JUAN DE DIOS PEZA.—Biografía.....	5
Á mis hijas.....	11
A mi hija Concha.....	15
Mi mejor Lauro.....	18
Mi hija Margot.....	22
César en casa.....	25
Cambio de nombre.....	28
Reir llorando.....	31
Bebé.....	34
Mi talismán.....	37
Reyerta infantil.....	39
El primer paso.....	43
Juegos del alma.....	45
Este era un rey.....	46
Fragmento del poema titulado "En el cielo y en la calle.".....	50
JOSÉ ROSAS MORENO.—A unas Violetas..	58
La flor y la nube.....	59
Poesía leída por el Sr. José Rosas	

Moreno en la distribución de premios á los alumnos de la "Sociedad de Beneficencia," de México.	62
IGNACIO PEREZ SALAZAR.—Á mi Madre en sus días.	68
La herencia de Concha.	70
A Delfina.	73
EDUARDO NORIEGA.—A mi hijo Eduardo.	75
JOSÉ MONROY.—La oración.	76
La esperanza.	77
J. M. FLORES VERDAD.—El sueño de mi hijo.	78
FRANCISCO J. ARREDONDO.—En la muerte de la niña Esther Gonzalez.	80
GERÓNIMO BATURONI.—Las Madres.	81
JULIO ESPINOSA.—Al calor de mi hogar.	84
JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA.—Felipe II.	89
Cortés.	90
MANUEL CARPIO.—San Agustín.	91
Bonaparte.	92
MANUEL J. OTHÓN.—Paolo y Francesca.	93
MARIANO BEJARANO.—Colón.	94

DIRECCIÓN GENERAL DE

MUY IMPORTANTE.

Agotada la edición del primer tomo EL PARNASO MEXICANO dedicado á

MANUEL ACUÑA

y recibiendo cada día nuevos pedidos del mismo, estamos haciendo una segunda edición, que saldrá enteramente correcta.

No obstante la hoja suelta que repartimos con el tomo V, avisamos hoy á nuestros suscritores y corresponsales de los Estados, que pueden, durante todo el mes de Agosto, remitir el importe de sus suscripciones y hacer nuevos pedidos con opción á recibir la *Prima* inmediatamente porque ya está impresa.

Terminado dicho mes de Agosto quedará cerrado el registro de suscripciones á esta primera serie del PARNASO. Las suscripciones que no se hayan pagado antes, y las que se pidan después, tendrán que pagar separadamente la prima, cuyo importe es de MEDIO PESO.

"EL PARNASO MEXICANO"

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo num. 12.

PUBLICADOS
los tomos dedicados a

Manuel Acuña.
Manuel M. Flores.
Antonio Plaza.
Ignacio M. Altamirano.
Esther Tapia de Castellanos.
Ignacio Rodríguez Galván.
Juan de Dios Peza.

EN PRENSA.

Sor Juana Inés de la Cruz.
Guillermo Prieto.
Manuel Carpio.
José Rosas Moreno.
José Joaquín Fernández de Lizardi.
(El Pensador Mexicano.)

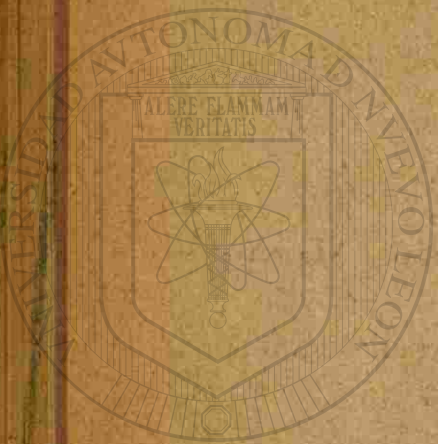
El Parnaso Mexicano.

MANUEL ACUÑA.

YA ESTA PUBLICADA LA PRIMA DE ESTA PRIMERA SERIE

PAGINAS EN VERSO DEL GRAL. VICENTE RIVA PALACIO

UN TOMO DE UNAS 200 PAGINAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

in honoris memoria

EL PARNASO MEXICANO.

MANUEL ACUÑA

SU BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

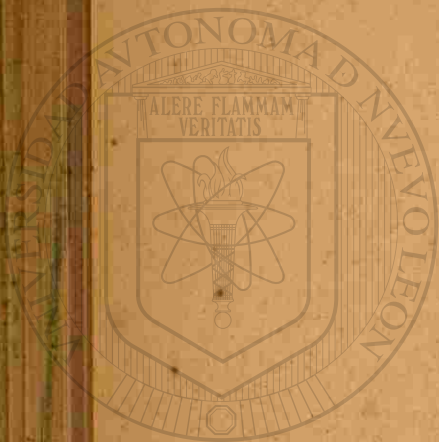
Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboracion de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Manuel Peredo, José Vigil,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa

y otros de nuestros más eminentes literates
de esta Capital y de los Estados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MAYO 15 DE 1885.

MEXICO.



ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

Al emprender esta publicacion ni hemos creido levantar un libro monumento á la gloria de las letras mexicanas, ni formar una compilacion que pueda servir para el estudio de la patria literatura; nuestro modesto empeño se reduce á dar á conocer las composiciones de los poetas de México en una coleccion que por lo apropiado de su forma, por la comodidad de su costo y por la agradable variedad de las poesías que cada tomo contenga sirva de grato soláz á los lectores. Por eso ni hemos seguido el ór-

den cronológico regular, ni hemos coleccionado en cada uno de los pequeños volúmenes las obras de un solo autor.

Cada tomo está dedicado á uno de nuestros poetas cuyos retrato y noticias biográficas forman el principio del volumen.

MANUEL ACUNA.*

Honra, y muy grande, para la ciudad del Saltillo, capital del Estado de Coahuila, es la de haber sido cuna del insigne poeta Manuel Acuña, el día 27 de Agosto de 1849.

Acuña hizo sus primeros estudios en la ciudad de su nacimiento, en el Colegio "Josefino," y en 1865 vino á la capital de la República para entregarse aquí á cursar las materias prescritas para la carrera de la medicina.

Dotado de clarísimo talento, habria el joven coahuilense llegado á ser uno de los alumnos más distinguidos del renombrado plantel en que se inscribió en 1866, si una desgracia, que nunca lamentaremos suficientemente, no le hubiera hundido en el sepulcro cuando to-

[*] Este artículo está tomado de la obra "Biografías de Mexicanos Distinguidos," con permiso del autor.

caba, puede decirse, al término de su carrera profesional.

Su amor á las bellas letras no sufrió alteracion ni menoscabo á causa de los áridos estudios científicos. Léjos de eso, el jóven Acuña fundó la Sociedad "Netzahualcoyotl," y en ella dió á conocer sus eminentes dotes poéticas. La publicacion de los que podíamos llamar sus primeros ensayos, fué acogida con entusiasmo; desde entónces reveló que era un poeta de altísimo valer, y que sus obras serian más tarde un título de gloria para su patria. Solicitábase la colaboracion de Acuña por los periodistas, y era en el seno de las sociedades literarias recibida con júbilo la nueva de que iba él á dar lectura á alguna de sus inspiradas producciones, logrando así ocupar, sin embargo de su juventud, un puesto distinguido entre los más acreditados literatos y poetas de la capital de la nacion. La representacion de su drama intitulado "El Pasado," le conquistó un verdadero triunfo, suceso no comun en nuestra escena, por más que frecuentemente hubiésemos visto prodigar aplausos á los autores nacionales. No fueron de sus amigos, no fueron procurados por los actores los que coronaron la obra del novel dramaturgo: la sociedad entera, los literatos,

que comprendian el mérito de la obra, los tributaron al autor; y las discusiones que "El Pasado" provocó en la prensa, en las sociedades literarias y aún en las reuniones privadas, fueron signo evidente de que no era una pieza vulgar la que les daba origen.

Cuando la nacion entera veía en Manuel Acuña no ya una hermosa esperanza, sino un legítimo título de orgullo para México, una muerte lastimosa puso término á los dias del poeta, el 6 de Diciembre de 1873.

"Las producciones de Acuña,—ha dicho un escritor sud-americano,—descubren un pensador profundo, un corazon grande y sensible y una hermosa imaginacion. Elevado por la clase de sus estudios á esa duda casi completa que se divisa en algunos de sus versos, y á un pesimismo desolador por la suerte amarga que acompañó los cortos años de su vida, sus poesías no llenan á veces su mision de consuelo. Pero en cambio, allí, donde el aspecto de un cadáver no tiene más significacion en la mente del poeta que la de un organismo paralizado, la materia encuentra un cantor poderoso; donde el sábio humanitario no alcanza, en su muerte, el premio de la ventura perdurable, la historia lo acoge en sus santuarios; donde la conciencia no halla

para los crímenes juez ni castigo en otra existencia, el genio maldice y profetiza; donde se apaga el cielo se enciende la gloria; donde no hay para el hombre eterna dicha, hay eterno descanso; donde el arrobamiento místico no oye ni una frase consoladora, la filosofía excéptica del siglo vislumbra ese cúmulo de vacilaciones en que, como un crisol, parece agitarse hoy la verdad.

“Pero Acuña, como hemos dicho, era poeta de corazón. No es, pues, raro que, herido por los recuerdos de su infancia, forje un cielo para *la madre su amor*; ni que impresionado con el infortunio de la mujer caída, le prometa la sonrisa de los ángeles y la bendición de Jesucristo. Ese instinto de sufrimiento que se levanta de la tierra para buscar en otras regiones el bálsamo purificador, y que constituye una de las fases de la verdadera poesía, no podía faltar á Acuña. Si en pos de la verdad su espíritu dudó en algunas ocasiones, el mundo encontró siempre su corazón noble, amante y compasivo.

“Nuevo en las imágenes, audaz en el pensamiento, atrevido en la forma y avanzado en las ideas, las producciones de Acuña son de mérito indisputable. Canta una belleza del mundo siquiera insignificante, y es flori-

do y ameno; recuerda su niñez perdida, y tiene una inspiración dulce y doliente; habla de sus amores, y es tierno y apasionado; sube á la tribuna de los cementerios, y su versificación osada parece desafiar el misterio.

“También cultivó Acuña el género jocoso y satírico,—y sus composiciones—dice el Sr. Manuel Peredo, distinguido escritor mexicano,—son notables por su aticismo, facilidad y corrección.—El poema *La Gloria*, en que se nota la travesura de Espronceda y el gracejo, ya que no la pureza de lenguaje de Moratin, sorprende por la novedad, la fluidez de la improvisación, la fidelidad en los caracteres y la universalidad del héroe.

“El solo nombre de Acuña basta para la gloria literaria de México, quien no llorará nunca lo suficiente sobre la tumba de su hijo privilegiado. Hoy sería Acuña el primer poeta de la América española, donde ya empieza á hacerse la justicia que exigen sus merecimientos.”

Hasta aquí la opinión del Sr. Mac Donall, que es el escritor sud-americano á quien citamos. Diremos ahora, siquiera sea brevemente, cuáles son á nuestro juicio los rasgos característicos del poeta coahuilense, no mencionados por el Sr. Mac Donall, dejando á los

críticos la tarea de analizar extensamente las producciones de Acuña, como no nos es posible hacerlo, dada la índole de la obra que traemos entre manos.

Como Núñez de Arce en España, Acuña en México es entre los poetas contemporáneos el que mejor traduce en sus obras el carácter de la época.

Sus dudas horribles, su desaliento, ciertos arranques atrevidos que las personas piadosas condenan, el continuo anhelar, el afán por inquirir la causa de todas las cosas, no son sino reflejos de lo que en todas las conciencias, en todos los corazones, batalla y pugna por romper la estrecha cárcel en que el pensamiento vive cuando sus aspiraciones no tienen límite, cuando su sed es insaciable, cuando, por lo mismo que desde niño se le ha enseñado á creer que es imagen de Dios, se siente con las fuerzas necesarias para romper los velos de lo desconocido, para saber qué es lo que existe más allá de lo que sin esfuerzo ni meditacion se percibe.

Llámasese poeta materialista, y no se encuentra en sus producciones la deificación de los sentidos. Atribúyensele una carencia absoluta de fé y un desprecio profundo por lo que los demas creen y respetan, y tan léjos

están de la verdad los que así le calumnian, que muchos de sus cantos inmortales están consagrados á enaltecer el hogar y la familia, los recuerdos puros de la infancia, las santas alegrías de los que creen y esperan, como sus padres creían y esperaban. A la mujer caída le habla de redencion, no le eleva un altar. Cuando canta á la mujer que adora, hay en sus versos ternura inefable, pureza de armiño; parece como que se dirige á un ángel del cielo, como que teme manchar sus alas si llega á tocarla.

Vibra sonora la cuerda del patriotismo en la lira de Acuña, rinde culto á los héroes, pregona su gloria, enseña á amarlos cada vez que, tierno, entusiasta, recuerda á Hidalgo y á los que con él combatieron por hacer libre á la patria de Cuautemoc. Sabe que un pueblo sin instruccion no es digno de ser libre ni puede serlo; y enaltece al sabio y propaga su nombre, lo presenta como modelo, y si muere, derrama sobre su tumba flores inmarcesibles y entona estrofas que la posteridad se encargará de repetir en su alabanza. Y como *la escuela* es la fuente de que se deriva la grandeza y la prosperidad de los pueblos, Acuña tiene para el maestro veneracion y palabras de aliento para el discípulo. ¿Por

ventura, sentimientos tan elevados, patriotismo tan puro y noble, amores tan castos, son propios del que está dominado todo por materialismo grosero?

Lo repetimos: Acuña, genuino representante de la época en que le tocó nacer, se agitaba en eterna lucha, y si la duda amarga se virtió en sus cantos, si la desesperación nubló sus ojos, turbó su razón y le hundió en el sepulcro, no por eso es ménos acreedor al encomio de los mismos que, con envidiable tranquilidad, sin preocuparse con la solución de los grandes problemas que la humanidad quisiera resolver, viven con la fé heredada y no quieren saber una palabra más sobre las que desde el borde de su cuna oyeron pronunciar.

Si del fondo, ó del pensamiento, pasamos á la forma de las poesías de Acuña, mucho puede decirse en loor suyo: facilidad portentosa, descripciones encantadoras por su belleza y por su verdad, versos sonoros y rotundos, naturalismo bien entendido, todo esto, y más todavía, encontrará el crítico que sin dejarse arrebatar por la admiración y por el entusiasmo, irreflexivos casi siempre, analice las poesías que el bardo del Saltillo nos dejó, si bien hallará algunos pequeños luna-

res que nada significan si se comparan con las inagotables bellezas que encierran las mismas poesías. A este respecto dice un escritor:

"A los que sin fijarse en las bellezas, solo notan que Acuña abusaba del pleonismo, y que á veces no colocaba la cesura donde el metro lo exigía, y á los que llama la atención el apóstrofe que une las palabras más que el pensamiento en esas palabras encerrado, diremos lo que Víctor Hugo dice de otro genio á quienes pocos comprenden: "Si buskais un tallo bruñido, ramas rectas y hojas satinadas, fijad la vista en el pálido abedul, ó bien en el sauce lleron, y aun mejor en el hueco sauco; pero dejad en paz á la encina. La encina, rey de la selva, tiene la forma caprichosa; sus ramas dudosas estan hechas por el rayo; su follage es sombrío; su corteza áspera y ruda. . . . pero siempre es la encina."

Acuña, diremos, continuando la idea del gran poeta citado en las precedentes líneas, es la encina que, desafiando todas las inclemencias, todas las tempestades, sobrevivirá en la historia de México, en tanto que ni un débil recuerdo quedará de muchos nombres que hoy resuenan á cada paso en nuestros

oidos. A medida que los años avancen, su fama será mayor; más duradero, eterno, el monumento de su gloria.

FRANCISCO SOSA.



MANUEL ACUÑA.

NOCTURNO.

A ROSARIO.

I.

Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto
y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

II.

Yo quiero que tu sepas
 que ya hace muchos días
 Estoy enfermo y pálido
 de tanto no dormir;
 Que ya se han muerto todas
 las esperanzas mías;
 Que están mis noches negras,
 tan negras y sombrías
 Que ya no sé ni dónde
 se alzaba el porvenir.

III.

De noche, cuando pongo
 mis sienes en la almohada
 Y hácia otro mundo quiero
 mi espíritu volver,
 Camino mucho, mucho,
 y al fin de la jornada
 Las formas de mi madre
 se pierden en la nada
 Y tú de nuevo vuelves
 en mi alma aparecer.

IV.

Comprendo que tus besos
 jamás han de ser míos,
 Comprendo que en tus ojos
 no me he de ver jamás;
 Y te amo y en mis locos
 y ardientes desvaríos,
 Bendigo tus desdenes,
 adoro tus desvíos,
 Y en vez de amarte ménos
 te quiero mucho más.

V.

A veces pienso en darte
 mi eterna despedida,
 Borrarte en mis recuerdos
 y hundirte en mi pasión;
 Mas si es en vano todo
 y el alma no te olvida,
 ¿Qué quieres tú que yo haga
 pedazo de mi vida,
 Qué quieres tú que yo haga
 con este corazón!

VI.

Y luego que ya estaba
concluido tu santuario,
Tu lámpara encendida,
tu velo en el altar;
El sol de la mañana
detrás del campanario,
Chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
Y abierta allá á lo léjos
la puerta del hogar. . . .!

VII.

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
y amáronos los dos;
Tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
Los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
mi madre como un dios!

VIII.

¡Figúrate qué hermosas
las horas de la vida!
Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
mi santa prometida,
Y al delirar en eso
con la alma estremecida,
Pensaba yo en ser bueno
por tí, no más por tí.

IX.

Bien sabe Dios que ese era
mi más hermoso sueño,
Mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

X.

Esa era mi esperanza.
 mas ya que á sus fulgores
 Se opone el hondo abismo
 que existe entre los dos,
 ¡Adios por la vez última,
 amor de mis amores,
 La luz de mis tinieblas,
 la esencia de mis flores.
 Mi lira de poeta,
 mi juventud, adios!

MENTIRAS DE LA EXISTENCIA.

DOLORA.

¡Qué triste es vivir soñando
 Con un mundo que no existe!
 Y qué triste
 Ir viviendo y caminando,
 Sin ver en nuestros delirios,
 De la razon con los ojos,
 Que si hay en la vida lirios,
 Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento
 Se lanza tras la esperanza,
 Que no alcanza
 Porque no se alcanza el viento,
 Y corre, y corre, y no mira,
 Al ir en pos de la gloria,
 Que es la gloria una mentira
 Tan bella como ilusoria.

No ve al correr como loco
 Tras la dicha y los amores,
 Que son flores
 Que duran poco, muy poco!
 No ve cuando se entusiasma
 Con la fortuna que anhela,
 Que es la fortuna un fantasma
 Que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño
 Del que si al fin despertamos,
 Encontramos,
 El mayor placer pequeño,
 Pues son tan fuertes los males
 De la existencia en la senda,
 Que corren allí á raudales
 Las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren
 Como puras azucenas,
 Mas las penas
 Viven siempre y siempre hieren;
 Y cuando vuela la calma
 Con las ilusiones bellas,
 Su lugar dentro del alma
 Queda ocupado por ellas.

Porque al volar los amores
 Dejan una herida abierta
 Que es la puerta
 Por donde entran los dolores;
 Sucediendo en la jornada
 De nuestra azarosa vida,
 Que es para el pesar "entrada"
 Lo que para el bien "salida."

Y todos sufren y lloran
 Sin que una queja profieran,
 Porque esperan
 Hallar la ilusion que adoran....!
 Y no mira el hombre triste
 Cuando tras la dicha corre,
 Que solo el dolor existe
 Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fátuo fuego
 La pasión en qué se abrasa,
 Luz que pasa
 Como relámpago, luego;
 Y no ve que los deseos
 De su mente acalorada
 No son sino devaneos,
 No son más que sombra, nada.

Que el amor es tan ligero
 Cual la amistad que mancilla
 Porque brilla
 Solo á la luz del dinero;
 Y no ve cuando se lanza
 Loco tras de su creencia,
 Que son *la fe y la esperanza*
 Mentiras de la existencia.

1868.

LA RAMERA.

A MI QUERIDO AMIGO MANUEL ROA.

Humanidad pigmea,
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo,
 Mintiendo caridad en cada idea:
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,
 Por mirar á la altura
 Te olvidas de que marchas sobre el lodo:
 Tú que diciendo *hermano*,
 Escúpes al gitano y al mendigo
 Porque son un mendigo y un gitano:
 Allí está esa mujer que gime y sufre [®]
 Con el dolor inmenso con que gimen
 Los que enzan sin té por la existencia;
 Escúpela también....! anda....! ¡no importa
 Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,
 Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola
Sobre el oscuro y negro precipicio,
En lugar de una mano que la salve
Siente una mano que la impele al vicio;
Y que al fijar en su redor los ojos
Y á través de las sombras que la ocultan,
No encuentra mas que séres que la miran
Y que burlando su dolor la insultan. . . .!

Y ántes era una flor, una azucena
Rica de galas y de esencia rica,
Llena de aremas y de encantos llena;
Era una flor hermosa,
Que envidiaban las aves y las flores,
Y tan bella y tan pura,
Como es pura la nieve del armiño,
Como es pura la flor de los amores,
Y como es puro el corazón del niño.

Las brisas la brindaban con sus besos,
Y con sus tibias perlas el rocío,
Y el bosque con sus álamos espesos,
Y con su arena y su corriente el río;
Y amada por las sombras en la noche,
Y amada por la luz en la mañana,
Vegetaba magnífica y lozana
Tendiendo al aire su purpúreo broche;
Pero una vez el soplo del invierno

En su furia maldita,
Pasó sobre ella y la arrancó sus hojas,
Pasó sobre ella y la dejó marchita:
Y al contemplar sin galas
Su cáliz ántes de perfumes lleno,
La arrebató implacable entre sus alas
Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

Filósofo mentido.!
¡Apóstol miserable de una idea
Que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza,
Y burlas su sollozo y su gemido. . . .
¿Qué hiciste de aquel ángel
Que amoroso y sonriente
Formó de tu niñez el dulce encanto?
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
Que lloraba contigo si llorabas,
Y gozaba contigo si reías.?
¿Te acuerdas. . . .! Lo arrancaste de la nube
Donde flotaba vaporoso y bello,
Y arrojándole al hambre,
Sin ver su angustia ni su amor siquiera,
Le convertiste de camelia en lodo:
Le transformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas
Junto á las frescas rosas,

Y que sus galas sin piedad les quitas!
 ¡Maldito tú que sin piedad las hieres,
 Y luego las insultas por marchitas!
 ¡Pobre mujer. . . .! ¡jugnete miserable
 De su verdugo mismo. . . .!

Victima condenada

A vegetar sumida en un abismo
 Más negro que el abismo de la nada,
 Y á no escuchar más eco en sus dolores,
 Que el eco de la horrible carcajada
 Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega
 El sublime derecho
 De llamar hijo á su *hijo!*
 ¡Pobre mujer, que de rubor se cubre
 Cuando le escucha que la grita *madre!*
 Y que quiere besarle, y se detiene,
 Y que quiere besarle, y calla y gime,
 Porque sabe que un beso de sus besos
 Se convierte en borron donde lo imprime!

Deja ya de llorar, pobre criatura,
 Que si del mundo en la escabrosa senda
 Camiñas en tre fango y amargura,
 Sin encontrar un sér que te comprenda,
 En el cielo los ángeles te miran,
 Te compadecen, te aman,

Y lloran con el llanto lastimero
 Que tus ojos bellísimos derraman.
 ¡Y que te burle el hombre y que se ria!
 ¡Y que te llame harapo y te desprecie!
 Déjale tú reir, y que te insulte,
 Que ya llegará el dia,
 En que la gota cristalina y pura
 Se desprenda del lodo
 Para elevarse nube hasta la altura.
 Y entónces en lugar de un anatema,
 En lugar de un desprecio,
 Escucharás al Cristo del Calvario,
 Que añadiendo tu pena
 A tus lágrimas tristes en abono,
 Te dirá como há tiempo á Magdalena:
Levántate, mujer, yo te perdono!

1868.



EL HOMBRE.....

Al Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

HOMENAJE.

.....Où va l'homme sur la terre?
V. HUGO.

Allá vá..... como un átomo perdido
Que se alza, que se mece,
Que luce y que despues desvanecido
Se pierde entre lo negro y desaparece.
Allá vá..... en su mirada
Quién sabe qué fulgura de profundo,
De grande y de terrible.....
Allá vá, sin destino y vagabundo,
Tocando con su frente lo invisible,
Con sus plantas el mundo.....
¿De dónde vino.....?
Preguntadlo al caos

Que dió forma á los séres
De su potente voz al "levantáos;"
Decídselo á la nada,
Que ella, tal vez, sabrá cuál fué la cuna
De ese arcángel vestido con harapos
A que llamamos hombre;
Que ella, tal vez, sabrá de dónde vino
Ese titan pigmeo
Tan grande y tan mezquino.
¿Del lodo? puede ser; pero su frente
Está demasiado alta para el lodo;
¿Del cielo? puede ser; pero la tumba
Donde concluye todo,
No dista de sus plantas mas que un paso,
Y si fuera del cielo, debería
Ya que tiene un ocaso,
Tener también su Oriente como el dia.
Aborto incomprendible de la nada
Que lo lanzó, destello de su abismo,
Esperad, esperad á que las sombras
Entre sus negros pliegues os cobijen,
Que allí, tal vez, escrito entre esos pliegues
Encontrareis su origen.....
Esperad el momento en que se os abra
Negro y aterrador ante los ojos,
Ese libro de sangre donde labra
La triste muerte en caracteres rojos
De sus calladas víctimas el nombre,
Y allí vereis, acaso, la palabra

Que os ayude á saber quién es el hombre.

Y entre tanto..... allá vá.....

Solo, en el mundo

Que tiembla con su paso de gusano

Y que al mirarle se estremece y duda;

Sobre la tierra inmensa,

Que le siente su rey y le saluda,

Que le siente su dios y que le inciensa.

Allá vá..... soberano cuya frente

Circunda por diadema el infinito,

Monarca cuyo trono omnipotente

Es el trono de mármol y granito

Tallado por los buitres en la roca;

Y que marcha, y que marcha dominando

Lo mismo en lo que ve y en lo que toca,

Desnudo y mendigando

Un pedazo de pan para su boca.

*

Polluelo de ese cóndor de lo oscuro

Que se llama el misterio,

Y que sin alas y sin luz se lanza

Por el supremo espacio de la idea

En pos de una esperanza!.....

Polluelo que adormido entre la noche

Sueña ver una estrella,

Y enamorado de ella, y atrevido,

Se escapa de su nido

Creyéndose capaz de ir hasta ella.

Quién sabe anoche en su delirio blando

Qué luz ó qué ilusion distinguiria,

En medio de esas nubes caprichosas

Que pueblan, al soñar, la fantasía;

Quién sabe lo que en su alma

Durante la embriaguez germinaria;

Pero capullo que despierta rosa

Con los halagos de la brisa amante,

Él, creciendo de formas en el sueño,

Durmió pequeño y despertó gigante.

Y "El Universo es mio"

Clamó al sentirse poderoso y fuerte,

Y agitando su cráneo en el vacío,

Sin escuchar la ruda carcajada

Que como eco á su voz daba la muerte,

"Adelante!"—se dijo—¡El mundo es poco

Para encerrar mi espíritu..... hasta el cielo!

Y sin mirar siquiera por dónde iba,

Se lanzó despeñado como un loco,

Con la mirada arriba..... siempre arriba.

*

Somnábulo que duerme y deja el lecho

Al supremo mandato

De yo no sé qué voz grande y divina

Que alzándose en su pecho

Le sorprende y le grita poderosa:
 "¡Levántate y camina. . . .!"
 Pisando aquí una espina y una rosa,
 Y más allá una rosa y una espina,
 El hombre con un cielo de esperanzas
 Germinando en monton en su cerebro,
 Sigue á tientas y á oscuras por la senda
 Desde ántes á sus pasos señalada.
 Soñando. . . . y en los ojos una venda
 Que con sus pliegues lóbregos y espesos
 Le impide que comprenda
 Su marcha entre sepulcros y entre huesos.

Y allá vá. . . ¡pobre niño que aun suspira
 Como en los dulces tiempos de la infancia!
 Mas dejadle seguir, y será el hombre
 Que haga nacer la vida del osario;
 El apóstol sin nombre,
 Que Dios admire y que mortal asombre
 Lo mismo en el Tabor que en el Calvario.
 Dejadle caminar, dejad que siga
 El vuelo de su genio por los mares,
 Y mañana ese niño
 Será el anciano pálido y fecundo,
 Que moderno criador haga que brote
 Del seno de las olas otro mundo.

*

Allá vá. . . con un tronco por apoyo
 Y un giron miserable por abrigo,
 Valiente y ambicioso y soberano,
 Bajo su mismo harapo de gitano
 Y su corteza sucia de mendigo.
 ¿Qué busca? ni aun él sabe
 Lo que busca en su loco devaneo.
 Ni aun él acierta á definir ese algo
 Que le hace encontrar siempre su deseo;
 Pero titan del sueño que en la sombra
 Forja un espacio y á escalarlo sube,
 El, miétras pisa en el inmundo cieno,
 Se duerme con el pié sobre una nube.

Soñar. . . esa es la vida, ese es el puente
 Que entre la cuna y el sepulcro média,
 El papel miserable del viviente
 De la existencia vil en la comedia;
 Soñar un cielo en que revueltos vagan
 Hermosos y magníficos vapores,
 La esperanza, la dicha,
 La gloria y el placer y los amores.
 ¡Ondinas que se tienden por el aire
 Al despuntar la vida, allá á lo léjos,
 Y que con ella crecen y con ella
 Mueren entre los últimos reflejos!

*

Y, hermoso cisne que en el limpio lago
 Agitando las olas con su pluma,
 Ve brotar de su juego al dulce halago
 Mil copos blancos de rizada espuma,
 Y arroja un canto dolorido y vago
 Al mirarlos perderse entre la bruma;
 El hombre en su tristeza,
 Al ver rodar sus blancas ilusiones,
 Sin colores, sin luz y sin belleza,
 De la noche que empieza
 Por yo no sé qué lóbregas regiones;
 Suspirando y en lágrimas deshecho
 Ante la triste realidad que asoma,
 Arranca un ¡ay! terrible de su pecho,
 Y luego, al dar un paso, se desploma.

Atleta del dolor, de nuevo emprende
 La lucha formidable
 Con ese gladiador de las tinieblas
 Que se llama el destino;
 Y cantando y sonriendo
 Para insultar la palpitante pena
 Que le destroza el corazón mezquino,
 Lanza un grito feroz y entra á la lucha. . . .
 Pero vencido al fin, rueda en la arena,
 Que su alma es poca y su amargura es mucha.

Y entónces... cuando hambriento de placeres
 Soñándolos su presa,
 Se mira débil y abatido y solo
 Sobre el oscuro borde de la huesa,
 Recuerda el dios á quien por darle culto
 Él se fingiera omnipotente y bueno;
 Pero al sentir dentro del alma oculto
 Del pesar y el dolor todo el veneno,
 En su miseria misma
 Lo ve pequeño, pobre,
 Y cogiendo del cieno en que se arrastra
 Miserable reptil con su congoja,
 Burlándose de su ídolo, á la frente
 Como un supremo insulto se lo arroja.

Después. . . . el aire de la muerte zumba
 Con su bramar inquieto,
 El átomo vacila, y. . . . se derrumba. . . .
 La tierra es una tumba. . . .
 El hombre un esqueleto.

Todo acabó. . . . la noche de la nada
 Confundiendo en sus pliegues
 Todo eso grande que la mente forma
 Y que en el cráneo encierra,

Solo dejó al pasar, como en recuerdo,
Un pedazo de tierra. . . .
Y allí. . . . ¿qué hay más allá?

¿Qué encuentra el hombre
Tras de ese velo negro que separa
La luz de las tinieblas. . . . ?
¿Es en la tumba, acaso, donde toca,
Viéndola cara á cara,
Esa ilusion que en su carrera loca
Convertida en vapor se le escapara?
¿Es allí donde encuentra los perfumes
Y las notas dulcísimas y suaves,
Que no pudieron darle en sus encantos
Las flores ni las aves. ?
O luminoso punto que camina
Partiendo de la nada,
Por un círculo estrecho, y que termina
Su existencia mezquina
Allí donde ha empezado la jornada,
¿Concluye en el sepulcro
Que sus despojos últimos recibe?
¿Es allí donde muere para siempre?
¿Es allí para siempre donde vive?
¿Quién sabe. ! Nuestra mente
No alcanza á descifrar esos arcanos
Escritos entre huesos y mortajas
Por yo no sé qué fétidos gusanos.
Remueve y busca en el inmundo hiteo

Donde ha visto rodar un sér inerme,
Y sin hallar á sus preguntas eco,
Solo ve un cráneo seco
Que entre sus antros asquerosos duerme.

*
Y entre tanto. allá vá. . . .
Luz tenebrosa
Cuyo destino y cuyo ser esconde
La impenetrable niebla del abismo. . . .
Allá vá. . . . tropezando y caminando,
Sin comprender á dónde,
sin comprender él mismo. !

DOS VICTIMAS.

Se acuerda vd. de Juan? de aquel muchacho
 De quien le dije á vd.
 Que eran aquellos cuadros tan bonitos
 Y el paisajito aquel?
 Sí? pues señor, ayer por la mañana
 Como á eso de las diez;
 Se suicidó por celos de su novia,
 Lo pasará vd. á creer?
 Yo no puedo ir á verle porque he estado
 Muy malo desde antier;
 Pero Antonio, el que en casa de Jacinta
 Nos habló aquella vez;
 Cuando por poco mata á vd. á palos
 El papá de Isabel,
 Dice que estbba el pobre hecho pedazos
 Desde el cuello á los piés,
 Con la lengua de fuera y con los ojos
 Volteados al revés;

Que el pavimento estaba ensangrentado,
 Manchada la pared,
 Y que además del pecho en que tenia
 Dos heridas ó tres,
 Se rasgó la garganta y, segun dicen,
 La barriga tambien,
 Juzgando por el dicho de los guardas
 Y el dueño del hotel,
 El arma con que Juan se dió la muerte,
 Fué un tranchete leonés.
 El caso es que en la bolsa del chaleco
 Le hallaron un papel
 Que sobre poco más ó ménos, dice
 Lo que va vd. á ver:
 —Para que nadie acuse de mi muerto
 D. Tiburcio Montiel,
 Sépase que me mato, porque quiero
 Dejar de padecer. . . .
 Porque ya estoy cansado de esta vida
 Que tan odiosa me es,
 Y porque ya he bebido hasta las heces
 El cáliz de la hiel.
 Mi novia Sinforiana se ha casado
 Y esto no puede ser. . . .
 Un desgraciado ménos. . . . pasajero
 Ruégale á Dios por él. . . .!—
 Así dice la carta que yo mismo
 Ví en "El Siglo" de ayer.

Quién se hubiera pensado hace tres días,
 Figúrese vd., quién?
 Que aquel huero tan gordo y colorado,
 Que el barboncito aquel,
 Tan callado y tan sério, moriría,
 Pocas horas despues. . . . ?
 Verdad que nadie? pues el hecho es ese,
 Así como tambien,
 Que la tal Sinforiana ha derramado
 Mil lágrimas por él,
 Pues dice que su esposo, el comandante,
 Solamente en un mes,
 Le ha dado tres palizas soberanas
 Sin contar la de ayer;
 Que llega por la noche en un estado
 Incapaz de embriaguez;
 Que sin llevar el diario le está siempre
 Pidiendo que comer,
 Y en fin, que una y mil veces le ha pesado
 Haberse ido con él!
 La pobrecita está tan apurada
 Que ya no halla qué hacer,
 Y segun yo la he visto, apostaría
 Doscientos contra cien,
 A que si dura, durará á lo mucho
 Hasta fines del mes. . . !
 Conclusion—Sinforiana se ha matado.
 No se lo dije á vd.?

ANTE UN CADAVER.

Y bien! aquí estás ya. . . sobre la plancha
 Donde el gran horizonte de la ciencia
 La extension de sus límites ensancha,

Aquí donde la rígida experiencia
 Viene á dictar las leyes superiores
 A que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
 Ese astro á cuya luz desaparece
 La distincion de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
 Y la voz de los hechos se levanta
 Y la supersticion se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
 A leer la solucion de ese problema
 Cuyo solo enunciando nos espanta.

Ella que tiene la razon por lema
 Y que en tus lábios escuchar ansía
 La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya . . . tras de la lucha impía
 En que romper al cabo conseguiste
 La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe;
 Tu máquina vital descansa inerte
 Y á cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más! dirán al verte
 Los que creen que el imperio de la vida
 Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu mision cumplida
 Se acercarán á tí, y en su mirada
 Te mandarán la eterna despedida.

Pero no . . . ! tu mision no esta acabada,
 Que ni es la nada el punto en que nacemos
 Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
 Cuando al querer medirla le asignamos
 La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es solo el molde en que tomamos
 Nuestra forma, la forma pasajera
 Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
 Que nuestro sér reviste, ni tampoco
 Será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
 Volverás á la tierra y á su seno
 Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ageno,
 El poder de la lluvia y del verano
 Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
 Irás del vegetal á ser testigo
 En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
 Al triste hogar donde la triste esposa
 Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
 Verán alzarse de su fondo abierto
 La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto,
 Irá al lecho infeliz de tus amores
 A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
 Tu cráneo lleno de una nueva vida,
 En vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
 La lágrima, tal vez, con que tu amada
 Acompañó el adios de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansion á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Allí acaban la fé y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sábio y el idiota
Se hunden en la region de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera
Y forma y hace de él otro organismo.

Abandona á la historia justiciera
Un nombre sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera,

El recoje la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba solo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
A la que tanto nuestro afan se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere.

1872.

YA SE POR QUE ES.

DOLORA.

A ELMIRA.

Era muy *niña* María,
 Todavía,
 Cuando me dijo una vez:
 —Oye, ¿por qué se sonrien
 Las flores tan dulcemente,
 Cuando las besa el ambiente
 Sobre su aromada tez?
 —Ya lo sabrás más delante,
 Niña amante,
 La contesté yo. . . . despues!
 Y más tarde, una mañana,
 La niña pura y hermosa,

Al entreabrirse una rosa,
 Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*

Y la graciosa criatura,
 Blanca y pura,
 Se ruborizó. . . . y despues,
 Ligera como las aves
 Que cruzan por la campiña,
 Corrió hácia el bosque la niña
 Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*

Y yo la seguí jadeante,
 Palpitante
 De ternura y de interés,
 Y. . . . oí un beso dulce y blando,
 Y una voz despues del beso,
 Que fué á perderse en lo espeso,
 Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*

Era muy *jóven* María,
 Todavía,
 Cuando me dijo una vez:
 —Oye ¿por qué la azucena
 Se abate y llora marchita
 Cuando el aura no la agita
 Ni besa su blanca tez?
 —Ya lo sabrás más delante,
 Niña amante,
 Le contesté yo. . . . despues!

Y más tarde ¡ay! una noche,
 La jóven de angustia llena,
 Al ver triste á una azucena,
 Me dijo: ¡ *Ya sé por qué es!*
 Y ahogando un suspiro ardiente,

La inocente,
 Me vió llorando. . . . y despues,
 Corrió al bosque, y en el bosque
 Esperó mucho la bella,
 Y al fin. . . . se oyó una querella
 Diciendo: ¡ *Ya sé por qué es!*

Era muy linda María,
 Todavía,
 Cuando me dijo una vez:
 —Oye, ¿por qué se sonríe
 El niño en la sepultura,
 Con una sonrisa tan pura,
 Con tan dulce sencillez?
 —Ya lo sabrás más delante,

Niña amante,
 La contesté yo. . . . despues!
 Y. . . . murió la pobre niña,
 En vez de llorar, sonriendo,
 Y voló al azul, diciendo,
 Diciendo: ¡ *Ya sé por qué es!*

Ya lo ves, mi hermosa Elmira,
 Quien delira

Sufre mucho, ya lo ves!
 Y así, ilusiones, mi encanto,
 Ni acaricies ni mantengas,
 Para que al llorar no tengas
 Que decir: ¡ *Ya sé por qué es!*

1868.



MANUEL M. FLORES.

ECOS.

Mirad la aurora,
Madre del día,
¡Cómo derrama
Luz, alegría!

Allá en el cielo
Todo es fulgores;
Todo en la tierra
Cantos y flores!

Sobre las hojas
Tiemblan las perlas,
Vienen las brisas
A recogerlas.

Saltando el ave
Trina en la rama;
Brilla el alfójar
Sobre la grama.

¿Do va el incienso
De los aromas?
Qué dice el ritmo
De las palomas?

Y todo lulce
Canta, se agita,
Vida sagrada
Do quier palpita.

Alza la tierra
Su amante coro,
Y el sol la paga
Con besos de oro.

Luego, la noche
Su negra tienda
Abre del mundo
Sobre la senda. ®

Y entre la sombra
Muda y tranquila
Asoma el astro
Su alba pupila.

¿Sois por ventura,
Blancas estrellas,
Del cielo al mundo
Lágrimas bellas?

Joyas que bordan
El régio velo
Con que á la tierra
Cobija el cielo?

¿Chispas que lanza
La eterna sombra?
¿Polvo que deja
Dios en su alfombra?.....

Astros y flores
Quizá no viera
Si amor al alma
Su luz no diera.

Las vagas notas
Que el arpa lanza,
¿No son el himno
De la esperanza?

El alma encierra
Luz, armonía,
Es una aurora
La fantasía.

Doquier que vague
Mi pensamiento
La miel recoge
De un sentimiento.

Cual mariposa
Va la ilusion
Sobre las flores
De la Creacion.

En los rüidos
Que se levantan
Hay dulces ecos,
Voces que cantan.

Rumor de besos
Y de suspiros
Flota en las alas
De los cefiros.

Como en la selva
Trinan las aves
Hay en el alma
Voces suaves.

Ecos solemnes
Desconocidos,
Por voz humana
No traducimos.

Ecos que el alma
Tímida esconde,

Ecos que vienen
De no sé dónde.

Quizá del verbo
Del Alma inmensa
Que dice al hombre
Que vela y piensa:
—“De toda vida

Yo soy la llama:
Contempla, adora,
Espera y ama.”—

Yo creo. Por eso
Mi alma levanto.
Amo y espero....
Por eso canto.

ADORACION.

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el lábio al exhalar el ruego,
Turbado el corazon, baja la frente,
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus piés se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decirte con miedo.... que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,
Tiembla al sentirle como débil hoja,
¡Te ama! y el corazon cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

Perdóname este amor, llama sagrada,
Luz de los cielos que bebí en tus ojos,
Sonrisa de los ángeles bañada
En la dulzura de tus labios rojos.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido
Como la luz á la pupila abierta,
Como viene la música al oído,
Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma, desprendida
En el beso de luz de tu mirada,
Que al abrasar mi corazón en vida
Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
Ilusión imposible que atesoro,
Inefable palabra que suspiro
Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
Que con sus alas en mi frente toca,
Y que deja—¡perdóname, es un sueño!
El beso de los cielos en mi boca.

* *

Mujer, mujer. . . mi corazón, de fuego,
De amor no sabe la palabra santa,

Pero palpita en el supremo ruego
Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias
De oír el canto que tu voz encierra,
Cambiaría yo, dichoso, las caricias
De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,
Sellando el lábio á la importuna queja,
De lágrimas y besos cubriría
La leve huella que tu planta deja?

¿Que por oír en cariñoso acento
Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
Para escucharte detendré mi aliento,
Para mirarte me pondré de hinojos?

¿Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce lábio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad. por solo un beso?

.....

Pero si tanto amor, delirio tanto,
Tanta ternura ante tus pies traída,
Empapada con gotas de mi llanto,
Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
No llega á tí. . . . si mi pasión es loca,

Perdona los delirios de mi mente,
Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
Irá á turbar tu indiferente calma.
Pero mi amor hasta el postrer instante
Te daré con las lágrimas del alma.

AMEMONOS.

Buscaba mi alma con afán tu alma,
Buscaba yo la vírgen que mi frente
Tocaba con su lábio dulcemente
En el febril insomnio del amor.

Buscaba la mujer pálida y bella
Que en sueño me visita desde niño,
Para partir con ella mi cariño,
Para partir con ella mi dolor.

Como en la sacra soledad del templo
Sin ver á Dios se siente su presencia,
Yo presentí en el mundo tu existencia,
Y como á Dios, sin verte te adoré.

Y demandando sin cesar al cielo
La dulce compañera de mi suerte,
Muy léjos yo de tí, sin conocerte
En la ará de mi amor te levanté.

No preguntaba ni sabia tu nombre.
¿En dónde iba á encontrarte? Lo ignoraba;

Pero tu imagen dentro el alma estaba,
Más bien presentimiento que ilusion.

Y apenas te miré. tú eras el ángel
Compañero ideal de mi desvelo,
La casta virgen de mirar de cielo
Y de la frente pálida de amor.

Y la primera vez que nuestros ojos
Sus miradas magnéticas cruzaron,
Sin buscarse, las manos se encontraron
Y nos dijimos "te amo" sin hablar.

Un sonrojo purísimo en tu frente,
Algo de palidez sobre la mia,
Y una sonrisa que hasta Dios subia. . . .
Así nos comprendimos. . . nada más.

¡Amémonos, mi bien! En este mundo
Donde lágrimas tantas se derraman,
Las que vierten quizá los que se aman
Tienen yo no sé qué bendición.
¡Amémonos, mi bien! Tiendan sus alas
Dos corazones en dichoso vuelo;
Amar es ver el entreabierto cielo
Y levantar el alma en asuncion.

Amar es empapar el pensamiento
En la fragancia del Eden perdido;
Amar es. . . amar es llevar herido
Con un dardo celeste el corazon.

Es tocar los dinteles de la gloria,
Es ver tus ojos, escuchar tu acento,
En el alma sentir el firmamento
Y morir á tus piés de adoracion.

ADIOS.

Adios para siempre, mitad de mi vida,
Una alma tan solo teniamos los dos;
Mas hoy es preciso que esta alma divida
La amarga palabra del último adios.
¿Por qué nos separan? No saben acaso
Que pasa la vida cual pasa la flor?
Cruzamos el mundo como aves de paso. . . .
Mañana la tumba ¿por qué hoy el dolor?
¿La dicha secreta de dos que se adoran
Enoja á los cielos, y es fuerza sufrir?
Tan solo son gratas las almas que lloran
Al torvo destino. ? La ley es morir?
¿Quién es el destino?... Te arroja á mis brazos,
En mi alma te imprime, te infunde en mi ser,
Y bárbaro luego me arranca á pedazos
El alma y la vida contigo. . . . ¿por qué?
Adios. . . es preciso. No llores. . . y parte.

La dicha de vernos nos quitan nomás;
 Pero un solo instante dejar de adorarte,
 Hacer que te olvide ¿lo pueden?... Jamás!
 Con lazos eternos nos hemos unido;
 En vano el destino nos hiere á los dos.
 Las almas que se aman no tienen olvido,
 No tienen ausencia, no tienen adios!

Antonio Plaza.

—
¡DEJALA!

*Toma, niña, este búcaro de flores:
 Tiene azucenas de gentil blancura,
 Lirios fragantes y claveles rojos;
 Tiene también camelias, amaranto
 Y rosas sin abrojos,
 Rosas de raso, cuyo seno ofrecen
 Urnas de almíbar con esencia pura.
 Admítelas, amor de mis amores,
 Admítelas, mi encanto;
 Que en sus broches de oro se estremecen
 Las cristalinas gotas de mi llanto,
 Tibio llanto que brota
 Del alma de una madre que en ti piensa,
 Y por eso hallarás en cada gota
 Emblema santo de ternura inmensa.*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una tarde de Abril, así decía,
 Sollozante, mi esposa infortunada,
 A mi hija indiferente, que dormía

En su lecho de tablas reclinada;
 Y como Herminia, ¡nada!
 Nada, en su egoísmo respondía
 A esa voz que me estaba asesinando:
 "Déjala—dije—tu dolor comprendo—...."
 La madre entónces se alejó llorando,
 Y ella en la tumba continuó durmiendo.

A MARIA LA DEL CIELO.

Y ya al pisar los últimos abrojos
 De esta maldita senda peligrosa,
 Has que ilumine espléndida mis ojos
 De tu piedad la antorcha luminosa.
 GARCIA GUTIERREZ.

Flor de Abraham que su corola pfana
 Abrió al lucir de redencion la aurora;
 Tú del cielo y del mundo soberana,
 Tú de vírgenes y ángeles Señora;
 Tú que fuiste del Verbo la elegida
 Para Madre del Verbo sin segundo,
 Y con tu sangre se nutrió su vida,
 Y con su sangre libertóse el mundo;
 Tú que del Hombre-Dios el sufrimiento
 Y el estertor convulso presenciate,

Y en la roca del Gólgota sangriento
 Una historia de lágrimas dejaste:

Tú que ciñes diadema resplendente,
 Y más allá de las bramantes nubes
 Habitas un palacio trasparente
 Sostenido por grupos de querubes;

Y es de luceros tu brillante alfombra,
 Donde resides no hay tiempo ni espacio,
 Y la luz de ese sol es negra sombra
 De aquella luz de tu inmortal palacio.

Y llenos de ternura y de contento
 En tus ojos los ángeles se miran,
 Y mundos mil abajo de tu asiento
 Sobre sus ojos de brillantes giran:

Tú que la gloria omnipotente huellas,
 Y vírgenes y tronos en su canto
 Te aclaman soberana, y las estrellas
 Trémulas brillan en tu régio manto,

Aquí me tienes á tus piés rendido
 Y mi rodilla nunca tocó el suelo;
 Porque nunca, Señora, le he pedido
 Amor al mundo, ni piedad al cielo. ®

Que si bien dentro el alma he sollozado,
 Ningun gemido reveló mi pena;
 Porque siempre soberbio y desgraciado
 Pisé del mundo la maldita arena.

Y cero, nulo en la social partida
 Rodé al acaso en páramo infecundo,
 Fué mi tesoro un arpa enronquecida
 Y vagué sin objeto por el mundo.

Y solo por doquier, sin un amigo,
 Viajé, Señora, lleno de quebranto,
 Envuelto en mis harapos de mendigo,
 Sin fé en el alma, ni en los ojos llanto.

Pero su orgullo el corazon arranca,
 Y hoy que el pasado con horror contemplo
 La cabeza qu'el crimen volvió blanca
 Inclino en las baldosas de tu templo.

Si eres ¡oh Virgen! embustero *mito*
 Yo quiero hacer á mi razon violencia;
 Porque creer en algo necesito,
 Y no tengo, Señora, una creencia.

¡Ay de mí! sin creencias en la vida,
 Veo en la tumba la puerta de la nada,
 Y no encuentro la dicha en la partida,
 Ni la espero despues de la jornada.

Dáale, Señora, por piedad ayuda
 A mi alma que el infierno está quemando:
 El peor de los infiernos es la duda,
 Y vivir no es vivir siempre dudando.

Si hay otra vida de ventura y calma,
 Si no es cuento promesa tan sublime,

Entónces ¡por piedad! llévate el alma
 Qu'en mi momia de barro se comprime.

Tú que eres tan feliz, debes ser buena,
 Tú que te haces llamar Madre del hombre,
 Si tu pecho no pena por mi pena,
 No mereces á fé tan dulce nombre.

El alma de una madre es generosa,
 Inmenso como Dios en su cariño:
 Recuerda que mi madre bondadosa
 A amarte me enseñó cuando era niño.

Y de noche en mi lecho se sentaba,
 Y ya desnudo arrodillar me hacia
 Y una oración sencilla recitaba
 Que durmiéndome yo la repetía.

Y sonriendo te miraba en sueños,
 Inmaculada Virgen de pureza,
 Y un grupo vía de arcángeles pequeños
 En torno revolar de tu cabeza.

Mi juventud, Señora, vino luego
 Y cesaron mis tiernas oraciones;
 Porque en mi alma candente como el fuego
 Rugió la tempestad de las pasiones. ®

Es amarga y tristísima mi historia:
 En mis floridos y mejores años,
 Ridículo encontré, buscando gloria,
 Y en lugar del amor los destengaños.

Y yo que tantas veces te bendije,
Despechado despues y sin consuelo,
Sacilego, Señora, te maldije,
Y maldije tambien al santo cielo.

Y con penas sin duda muy extrañas
Airado el cielo castigarme quiso;
Porque puso el infierno en mis entrañas;
Porque puso en mi frente el paraíso.

Quise encontrar á mi dolor remedio
Y me lancé del vicio á la impureza,
Y en el vicio encontré cansancio y tedio,
Y me mnero, Señora, de tristeza.

Y viejo ya, marchita la esperanza,
Llego á tus piés arrepentido ahora,
Virgen que todo del Señor alcanza,
Sé Tú, con el Señor mi intercesora.

Díle que horrible la expiacion ha sido,
Que horribles son las penas que me oprimen;
Díle tambien, Señora, que he sufrido
Mucho ántes de saber lo que era crimen.

Si siempre he de vivir en la desgracia
¿Por qué entónces murió por mi existencia?
Si no quiere ó no puede hacerme gracia,
¿Dónde está su bondad y omnipotencia?

Perdon al que blasfema en su agonía
Y has que calme llorando sus enojos,

Que es horrible sufrir de noche y día
Sin que asome una lágrima á los ojos.

Quiero el llanto verter de que está henchido
Mi pobre corazon hipertrofiado,
Que si no lloro hasta quedar rendido
¡Por Dios! que moriré desesperado.

¡Si comprendieras lo que sufro ahora...!
¡Aire!... ¡aire!... ¡infeliz!... ¡que me sofoco!....
Se me revienta el corazon... ¡Señora!
¡Piedad!... ¡piedad de un miserable loco!!!

Duerme niño,

A MI HIJO EDMUNDO.

Cómo el alma enagenada
En su calma lisonjera
Sólo venturas espera
Con inocente inquietud.

GARCIA GUTIERREZ.

I.

Niño de blondos cabellos,
Suaves como la sonrisa
Del querub,
Que para jugar con ellos
Desciende mansa la brisa
Del azul.

Tienes la faz agraciada,
Brilla en tu frente preciosa
El candor,
Y tu boca inmaculada
Húmeda es cual de la rosa
El botón.

Niño qu'en lecho de piedra,
Duermes en sueño profundo,
Muy feliz;
Feliz porque no te arredra
Lo que tienes en el mundo
Que sufrir.!

Duérmete en dichosa calma,
Niño puro cual celaje
Del Eden,
Duerme hoy sin qu'en el alma
Venga el pesar su brevaaje
A verter.

¿Sonríes? . . . ¿Estás soñando!
¿Quién nunca esos sueños supo
Explicar!
¿Sueñas, dí, qué estás jugando
De angelitos con un grupo
Celestial?

II.

Feliz tú que, durmiendo sin dolores,
Ves quizá suspendidos
En gasa de vapores,
Abrillantados ángeles vestidos
De un iris virginal con los colores.

Porque al primer albor de nuestra vida
 En el alma inocente
 La ventura se anida
 Y preciosa guardamos en la mente
 De azul y grana la ilusion teñida.

III.

Cuán grata en la edad del crimen
 Y cuán triste es la memoria
 De aquella bendita historia,
 Amarga, porque se fué

Nuestra venturosa infancia
 Donde la inquietud no cabe,
 Porque uno entónces no sabe
 Si es venturoso ó no es.

Sin duda el Rey de los reyes,
 Con inefable cariño,
 Para ver al primer niño
 En el cielo se inclinó;

Y al mirar qu'en la inocencia
 Hay goce tan sin segundo,
 Dejó el cielo y vino al mundo
 Niño tambien el Señor.

Bendita edad en que al viento
 Lindas burbujas mandamos,

Y de una caña formamos
 Un arrogante corcel;
 E infatigable, seguimos
 A las mariposas bellas,
 Y platicamos con ellas
 Y con las flores tambien.

Y sin que deseos impuros
 Manchen nuestros pensamientos,
 Siempre contentos, contentos,
 Todo es gozar y gozar;

Porque tenemos el alma
 Llena de música y brisas,
 Y lleno está de sonrisas
 Tu reloj; ¡bendita edad!

Con qué placer en la noche
 Que á descansar nos obliga,
 Una madre nos abriga
 De su albo seno al calor;

Y con ternura tan grande
 Que hasta el fanatismo toca,
 En nuestra frente coloca
 Besos, puros como Dios.

Y con qué placer nosotros
 Contemplamos inocentes
 Las palomas imprudentes
 En torno á la luz volar;

O ya, quemando el azúcar,
Esperamos con anhelo
Las hebras del caramelo
Que vamos á devorar.

O ya embobados oimos
Con interés que desvela,
Los cuentos que nuestra abuela
Nos cuenta para dormir:
Y si en los cuentos hay flores,
Y gigantes, génios, hadas,
Y princesas encantadas,
Y palacios de safir,

Entonces vemos soñando,
Diáfanos, indefinibles,
Todos esos imposibles
En nuestro redor vagar;
Y miramos en la sombra
Ráfagas de luz de cielo,
Y en cristalizado suelo
Cintas de color rodar.

Mas si la vieja imprudente
Nuestro candor amedrenta,
Porque la historia nos cuenta
De álguien que á penar volvió,
Y la imágen de ese muerto
Al dormir nos acobarda,

Al santo Angel de la guarda
Rezamos una oracion.

Y nuestro sueño es tranquilo,
Porque el alma no se anuda
De mañana con la duda
Ni de ayer con el pesar.
Y si un instante lloramos,
Es nuestra ventura tanta,
Que aún ese lloro abrillanta
De la ilusion el cristal.

Y doquier la mente gire
Hace de flores acopio,
Que un lindo caleidoscopio
Tenemos siempre ante nos;
Y bajo el brillante prisma
De nuestra ilusion primera,
Ni la ventura es quimera,
Ni hay ocaso para el sol.

IV.

Pero ¿más tarde...? Más tarde
¡Horrible la vida es!
El caleidoscopio arde,
Y nuestro sueño cobarde
Huye porque sueño fué.

Que al venir años tras años
Solo quedan, ¡santo Dios!
De este mundo en los escaños,
Desengaños, desengaños,
Que matan el corazón.

V.

Tú que te duermes inocente ahora
Sin recuerdos que vengan á punzarte,
Sueña feliz en tu bendita aurora
Sin que el dolor se acerque á despertarte.

¡Ay de quien corre en pos de la ventura
Con la frente preñada de ilusiones,
Con el alma inflamada de ternura
Y el corazón de nobles pulsaciones!

¡Ay del mortal imbécil que delira
Con amigos, amores, idealismo;
Porque encuentra ridículo, mentira;
Encuentra la maldad, el egoismo!

Quien busca la verdad, encuentra el odio
Traidor, rindiendo á la lisonja culto;
Porque el amigo tiene, como Harmodio
En bellas flores el puñal oculto.

Quien nos parece amigo verdadero,
Si la fortuna llega á abandonarnos,

Es nada más un cómico embustero,
Que quiso divertirse y explotarnos.

Lo que amor se cree, es una llama
A cuya luz un sér se diviniza,
Y al extinguirse su brillante flama
Quedan solo tinieblas y ceniza.

Porque la fiebre del amor concluye,
Tornándose en cansancio fatigoso,
Y la ilusión soñada se destruye
Al probar un deleite vergonzoso.

Y los que hablaron del amor, mintieron,
Que no existe el amor en que creimos;
Mentira es el amor que ellas sintieron;
Mentira es el amor que ayer sentimos.

Al apurar la hiel de estas verdades,
Miramos las creencias adoradas
Convertidas en locas necedades
Con adornos de baile engalanadas.

Aunque un resquicio de ilusión nos sobre,
Aunque ame la virtud el alma necia,
¿De qué le sirve la virtud al pobre
Si hay una sociedad que lo desprecia? ®

Y no se puede ni clamar mañana
Contra esa sociedad que nos devora;

Que si la sociedad es cortesana
La debemos tratar como señora. . . .

Pronto, niño, colmado de tristura,
El mundo y sus quimeras maldiciendo,
Viejo, pobre, gastado, sin ventura,
Exclamarás, de cólera, riendo:

*¡Virtud! ¡honor! Risibles disparates,
Palabras nada mas, títulos vanos;
La virtud tiene aquí veintium quilates,
Y el honor diez dineros veinte granos.*

EL HOMBRE.

SONETO.

*Ciego que ve, hambriento que mantiene;
Burro en la chilla, en la opulencia mula;
Abate al pobre, al poderoso adula,
Y es enano ó titán, segun conviene.*

La vanidad que mata lo sostiene;
Y como falso su conciencia anula;
Si tiene una virtud la disimula,
Y finge poseer lo que no tiene.

Tal es el hombre. Pérfidas pasiones
Le invaden de la planta á los cabellos. . . .
Todos iguales son, falsos, bribones;

Quien los conoce debe aborrecellos;
Y el coplero que firma estos renglones
Es lo mismo ó peor que todos ellos. ®

Manuel M. Altamirano.

EL ATOYAC.

Al general Vicente Riva Palacio.

Nace en la Sierra entre empinados riscos
Humilde manantial, lamiendo apenas
Las doradas arenas
Y acariciando el tronco de la encina
Y los piés de los pinos cimbradores.

Por un tapiz de flores
Desciende y á la costa se encamina
El tributo abundante recibiendo
De cien arroyos que en las selvas brotan.

A poco ya rugiendo
Y el álveo estrecho á su poder sintiendo,
Invade la llanura,
Se abre paso del bosque en la espesura;
Y fiero ya con el raudal que baja
Desde los senos de la nube oscura,

Las colinas desgaja,
Arranca las parotas seculares,
Se lleva las cabañas
Como blandas y humildes espadañas,
Arrasa los palmares,
Arrebata los mangles corpulentos:
Sus furores violentos
Ya nada puede resistir, ni evita;
Hasta que puerta á su correr dejando
La playa. . . . rebramando
En el seno del mar se precipita!

¡Oh! cuál semeja tu furor bravío
Aquel furor temible y poderoso
De amor, que es como río
Dulcísimo al nacer, más espantoso
Al crecer y perderse moribundo
De los pesares en el mar profundo!

Nace de una sonrisa del destino,
Y la esperanza, arrúllale en la cuna;
Crece despues, y sigue aquel camino
Que la ingrata fortuna
En hacerle penoso se complace,
Las desgracias le estrechan, imposibles
Le cercan por doquiera;
Hasta que al fin violento,
Y tenaz, y potente se exaspera,

Y atropellando valladares, corre
Desatentado y ciego,
De su ambicion llevado, para hundirse
En las desdichas luego.

.....
¡Ay, impetuoso río!
Despues vendrá el estío,
Y secando el caudal de tu corriente,
Tan solo dejará la rambla ardiente
De tu lecho vacío.

Así tambien la dolorosa historia
De una pasion que trastornó la vida,
Solo deja, extinguida,
Su sepulcro de lava en la memoria.

Vicente Riva Palacio.

—
LAS COLONDRINAS.
—

¿Has visto, cómo viene la parlera
Banda de golondrinas festejosa,
Cuando en el valle y la floresta umbrosa
Tiende sus galas rica primavera?
¿Y no has visto despues, como ligera
En busca de otra tierra, presurosa
Huye la banda tímida y medrosa
Al sentir del invierno la carrera?
Así tambien la turba cortesana
Llega, de su impudor haciendo alarde,
De la fortuna á la primer mañana.
Pero se alzan las sombras de la tarde,
Ruge la tempestad, aunque lejana,
Y aquella tropa vil, huye cobarde.

Prision de Santiago, Junio de 1884.

AL VIENTO.

Cuando era niño, con pavor te oía
 En las puertas gemir de mi aposento;
 Doloroso, tristísimo lamento
 De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
 Frases que adivinó mi pensamiento;
 Y despues, al cruzar el campamento,
 "Patria" tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento, azotando, en las oscuras
 Noches, de mi prision las fuertes rejas;
 Pero me han dicho ya mis desventuras
 Que eres viento, no más, cuando te quejas,
 Eres viento, si ruges ó murmuras,
 Viento si llegas, viento si te alejas.

JUAN DE DIOS PEZA.

A MI PADRE.

Yo tengo en el hogar un soberano,
 Unico á quien venera el alma mia;
 Es su corona de cabello cano,
 La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
 Lleno de firme y varonil constancia,
 Guarda la fé con que me habló del cielo
 En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscricion y la tristeza
 En su alma hicieron incurable herida;
 Es un anciano, y lleva en su cabeza
 El polvo del camino de la vida.

Vé del mundo las fieras tempestades,
 De la suerte las horas desgraciadas,

Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las olas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el dolor los ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: "á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto las mejillas moja;
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

"Has el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien ódia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

"Si eres pobre, confórmate y sé bueno,
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ageno
Guarda tu honor para vivir honrado.

"Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia."

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que le escuché, queflar grabado;

En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada.
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiracion del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

GUILLERMO PRIETO.

COPLAS SENTIDAS.

Blando rumor de consuelo
Que á hechizar el alma llega,
Cuando sin rumbo navega
Bajo tormentoso cielo.

De jazmin dulce perfume
Que atraviesa la prision
En que herido el corazon
De tormento se consume.

Claro destello de aurora
Que piadoso el cielo envía,
Al que por la luz ansía,
Y en honda tiniebla llora.

Cielo azul que en lontananza
Nuestras miradas alienta,
Porque es nada la tormenta
Si luce al fin la esperanza.

Dime, encanto seductor,
Que el alma y la mente inflamas,
Dime; dí,—¿cómo te llamas?
—¿Cómo me llaman?—Amor.

Hánme dicho que en la cuna
Vierte su divino halago,
Como sobre manso lago
Blanco reflejo de luna.

Dicen que en la juventud
Sus alas desplega el viento,
Y es embriagador su acento,
Aunque nos cause inquietud.

Dicen que airado ó risueño
Nos presenta á la beldad
Huyendo á la realidad,
En los vergeles del sueño.

Dicen que génio se llama
Para el que pulsa la lira,
Y tiernos cantos inspira,
Y almas ardientes inflama.

Dicen que aunque transitoria
Su ala ardiente toque al hombre;
Le abrasa en sed de renombre
Y entónces se llama gloria.

Y que el alma conmovida
No distingue en su fervor,
A eso que llaman amor,
De lo que llamamos vida,

Que no tenga el campo flor,
Ni raudal puro la fuente,
Ni el cielo sol refulgente,
Como tenga el alma amor.

La vejez sin él ¡Dios mío!
Es rambla de triste arena. . . .
Es una dura cadena
Clavada al sepulcro frío.

Es sentirse el hombre muerto
Y hallar en su corazón
Las ruinas de un panteón
Regadas en un desierto.

Es palpar la realidad
De que en el mundo traidor
Todo es farsa y vanidad,
Y solo es cierto el dolor.

Caminante fatigado. . . .
Cuán feliz será tu suerte
Si te sorprende la muerte
Soñando que eres amado.

ERRATAS.

- PAG. 21—2.º verso—dice: "las horas de la vida;"
léase: "las horas de esa vida"
" 34—4.º verso—dice: "Que tiembla con paso de
gusano;" léase "peso de gusano."
" 41—último verso—dice: "Sin comprender él mis-
mo;" léase: "comprenderse"
" 42—verso 9.º—dice: "Yo no puedo ir," etc.; léa-
se: "Yo no pude ir," etc.
" 43—verso 15.º—dice "Para que nadie acuse;"
léase: "Para que á nadie acuse"
" 52—verso 17.º—dice: "Con una sonrisa;" léase:
"Con una risa"
" 55—verso 3.º—dice: "Brilla el alfojar;" léase:
"Brilla el alfojar"
" 59—verso 8.º—dice: "con tus amores;" léase:
"con sus amores."
" 59—verso 12.º—dice: "Para decirte;" léase: "Pa-
ra decir"
" 64—verso 18—dice: "que bendición" léase: "que
de bendición"

INDICE.

Advertencia de los editores.....	5
MANUEL ACUÑA.—Biografía.....	7
Nocturno.....	17
Mentiras de la existencia.....	23
La Ramera.....	27
El Hombre.....	32
Dos Víctimas.....	42
Ante un Cadáver.....	45
Ya sé por qué es.....	51
MANUEL M. FLORES.—Ecos.....	59
Adoracion.....	50
Amémonos.....	63
Adios.....	65
ANTONIO PLAZA.—Déjala.....	67
A María la del cielo.....	68
Duerme Niño.....	74
El Hombre.....	83
IGNACIO M. ALTAMIRANO.—El Atoyac.....	84
VICENTE RIVA PALACIO.—Las Golondri- nas.....	87
Al Viento.....	88
JUAN DE DIOS PEZA.—A mi Padre.....	89
GUILLERMO PRIETO.—Coplas sentidas..	92

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.

2ª SERIE

SALVADOR DIAZ MIRON
POESIAS.

Librería La Ilustración.

1ª de Santo Domingo 12.

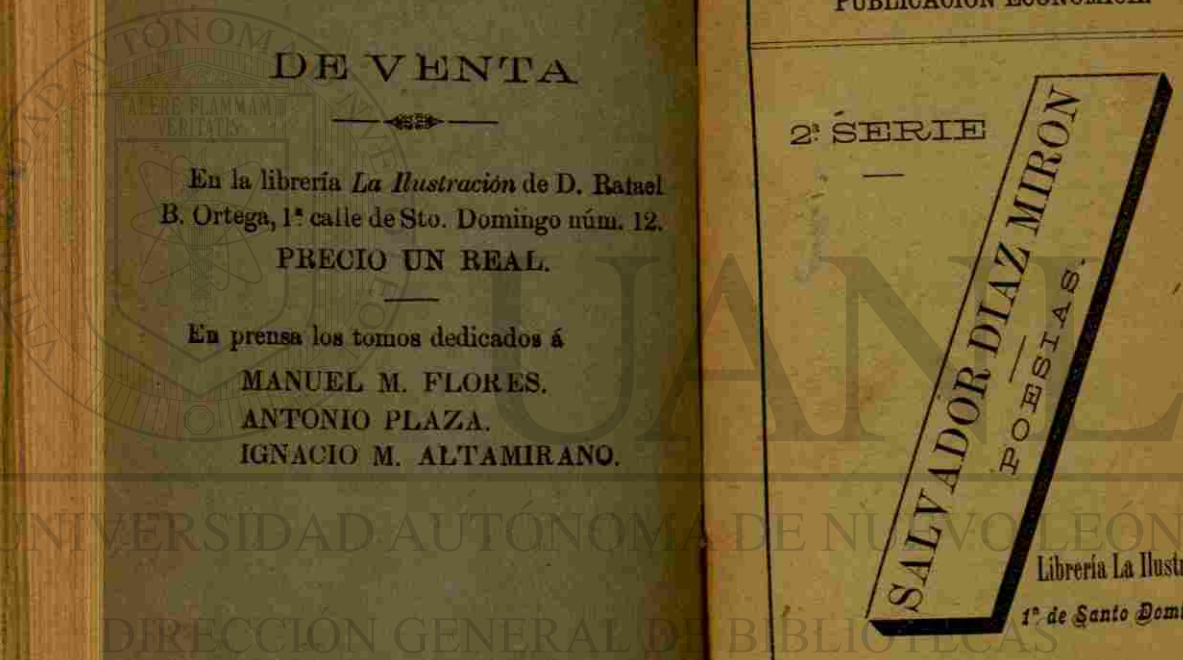
MEXICO.
1886.

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Ratael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PRECIO UN REAL.

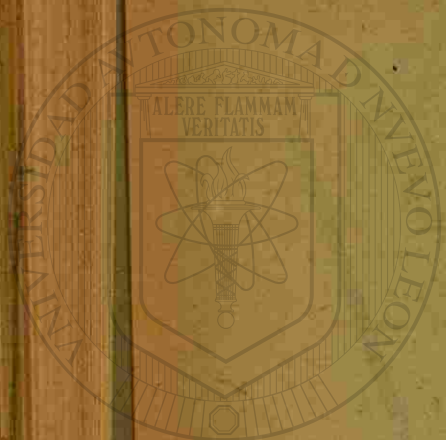
En prensa los tomos dedicados á
MANUEL M. FLORES.
ANTONIO PLAZA.
IGNACIO M. ALTAMIRANO.



RAFAEL B. ORTEGA
EDITOR.

EL PARNASO MEXICANO

SALVADOR DIAZ MIRON.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme a la ley.

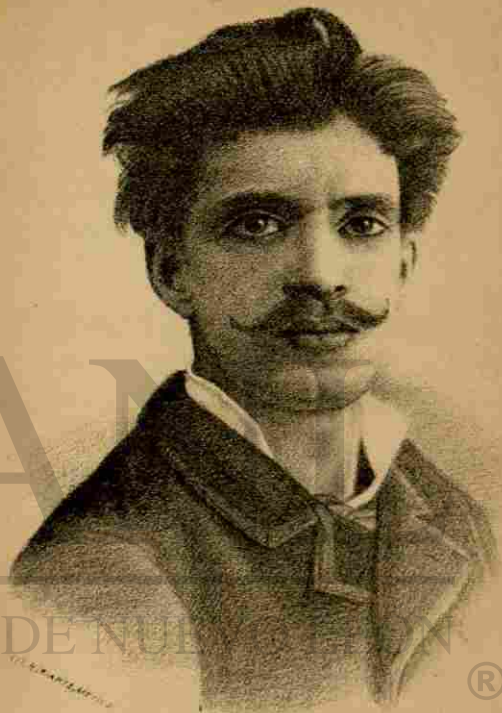
Distinguidos literatos que tienen la bondad de co-
laborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana
Wright de Kleinhans.—Laura Mendez de
Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—
Refugio Barragán de Toscano.—Mateana
Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa
Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.
—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.
—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de
Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Con-
treras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros
Cámara.—José M^a Bandera.—Salvador Díaz
Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.
—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.
—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Ri-
vera.—José M^a Rodríguez y Cos.—Federico C.
Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez
Zamora.—Emilio Fuentes y Betancurt.—En-
rique de Olavarría y Ferrari.—Joaquín Trejo.
—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—
Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael
de Zayas Enriquez.—Manuel M^a Romero.—
Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Ra-
fael Lopez de Mendoza.—Enrique Gorrostie-
ta.—Ricardo Cellard.—José M^a Ramírez.—
Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—
Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de
D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo
Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B.
Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastian
Segura.



SALVADOR DIAZ MIRON

EL
PARNASO MEXICANO

SALVADOR DIAZ MIRON

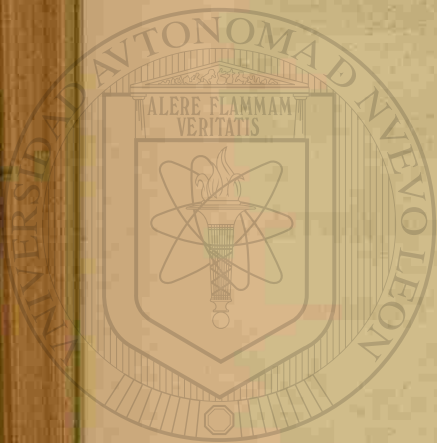
Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 15 de Abril de 1886.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRERÍA DE LA INSTITUCIÓN

CALLE DE LA LIBRERÍA DE LA INSTITUCIÓN

VERACRUZ DE CARRANZA, VERACRUZ

SALVADOR DIAZ MIRON.

Entre los que actualmente sobresalen en la lírica mexicana, ninguno aparece más simpático que el vate veracruzano, por quien corre ahora nuestra pluma, que á pesar de su celeridad, apenas sí puede seguir el curso atropellado de nuestro pensamiento.

Aún en el albor de su existencia, muy lejos todavía de la madurez de su preclaro talento, Salvador Diaz Mirón es ya legítima gloria de la literatura de su patria, de donde han salido tantos vates de inolvidable memoria; y no afortunamos una paradoja, sino que repetimos una verdad que todos adivinan, al decir que quien al mundo de las letras se presenta provisto de tan considerable bagaje; que quien en tan corto

espacio de tiempo ha fascinado á las multitudes y detenido el vuelo de la envidia, compañera pertinaz de todo el que se desprende del nivel del vulgo, para elevarse muy alto en alas de la virtud ó del genio, y encadenado con poderosa mano á la severa crítica; que quien, como él, ha sabido comprender la verdadera misión de la poesía sobre este valle de miserias, gimiendo con el que gime, cantando con el que canta, alentando la vacilante fe de los débiles, fortaleciendo á los esperanzados en un porvenir más sereno; que quien, como él, sabe hallar el bien entre los pliegues del mal, aire puro entre los fétidos miasmas que del pantano brotan, luz, luz brillantísima arrancada del tupido manto de las tinieblas; que quien, como él, sabe hacer todo esto, y para mayor brillo y lucimiento, ostentar una forma, algo pagana, sí, pero por lo mismo digna de los dioses; en una palabra, que quien, como él, sabe ser grande en sus concepciones y osado y original en la forma, sabe pensar alto y vestir de oro y púrpura sus pensamientos, pertenece á la egregia falange de los pocos que en América han llegado á un grado eminente

en poesía: á los Bellos, Olmedos, Andrades, Heredias, aunque distintos en su peculiar manera de ver y de sentir, grandes, inmortales, cuya fama no sólo rompió los límites de sus respectivas patrias, discurriendo con poderoso eco por todo el mundo de Colón, sino que atravesando los mares, ha ido también á resonar en la culta y vieja Europa.

Salvador Diaz Mirón es grande en todo: en sus altísimas ideas y en su apolínea forma; sus versos son sonoros y vibrantes; parecen el resonante són de una gran campana tocada para que todos los mortales la escuchen; son la voz de un gigante que en medio del Oceano pretendiera acallar el rugido imponente de las olas.

En su *Oda á Victor Hugo*, el poeta se eleva tanto, que es imposible casi seguirle á tanta altura; pero, eso no obstante, le seguimos arrastrados por la fuerza de su génio.

Como esa oda sublime, tiene Diaz Mirón poesías tan bellas, que por sí solas bastarían á hacerle merecedor del título de poeta, de gran poeta. *Consonancias* y *Sursum*, pertenecen á ese número.

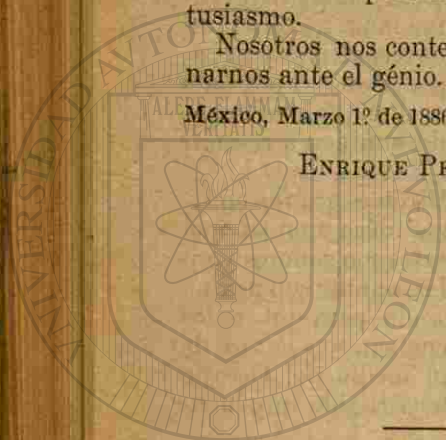
Débil tributo de admiración es éste al

insigne bardo veraacruzano, cuyas notables producciones analizarán otros que no se sientan poseídos de tan vivo entusiasmo.

Nosotros nos contentamos con inclinarnos ante el génio.

México, Marzo 1º de 1886.

ENRIQUE PEREZ VALENCIA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALVADOR DIAZ MIRON.

VICTOR HUGO.

¿Qué palabra mejor que la que canta?
 ¿Qué timbres de más prez que los que encierra
 Ese rey triunfador á cuya planta
 Es un mezquino pedestal la tierra?
 ¿Qué fuerza más divina
 Que la de ese Titán que escala el cielo,
 Desafiando al rayo,—que fulmina
 Todo lo que se empina
 Sobre este bajo y miserable suelo:
 Espfritu y volcán, torre y encina?
 ¡El condór gigantesco de los Andes,
 El buitre colosal de orlado cuello,
 No ha batido jamás alas tan grandes,
 Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!
 El poeta es el antro en que la oscura
 Sibila del progreso se revuelve;
 El vaso en que la vida se depura,
 Y, libre de la escoria, se resuelve
 En verdad, en virtud y en hermosura!
 ¡No hay gloria de más claros arreboles

Que la de ser, en la penumbra inmensa,
 Uno de esos crisoles
 En que la luz del alma se condensa,
 Como el fuego del éter en los soles!

**

El vidente está allí, noble y sereno:
 Si los hombres lo afligen porque es bueno
 Y en su yerma heredad siembran la ortiga,
 El los consueta, y del terruño ajeno
 Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
 ¡Arbol que el viento del otoño hiere
 En la hoja, en la flor, en el retoño!
 ¡Arbol que al viento del otoño muere
 Y que perfuma el viento del otoño!
 Todo el vapor que del pantano sube,
 Miasmático y sombrío,
 Se cuaja arriba en tormentosa nube,
 ¡Pero desciende en bienhechor rocío!
 ¿Qué importa que el sublime Prometeo,
 Bajo el chispazo que su frente atrae,
 Muerda el polvo en la lid, si, como Anteo,
 Se endereza mayor siempre que cae?
 La ráfaga que zumba
 No ha de apagar la estrella.
 ¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
 ¡La luz de su estro, como nurca bella,
 Brotará por las grietas de su tumba!

**

¡Oh soñador excelso!—Yo te he visto
 Tocar el cielo, en el batido estuario,
 Ara de tu ideal!—Tú, como Cristo,
 Completaste el Tabor con el Calvario!
 Misionero de luz propicio al ciego,
 Tu genio, semejante á un meteoro,

Llovió desde el zenit lenguas de fuego
 Y abrió en la inmensidad surcos de oro!
 —No es cierto que tu espíritu esté falto
 De esa unidad espléndida y brufida
 Que constituye el mérito más alto
 De un libro, de un diamante y de una vida;
 Pero pagaste el natural tributo!
 Primero, el huevo, y en seguida, el ave!
 Es fuerza que la flor preceda al fruto
 Y el hombre empiece donde el nifio acabe!
 Roja y azul, la sangre que te anima
 Hizo de tí la aurora que refleja
 La púrpura del sol que se aproxima
 Y el zafir de la noche que se aleja.
 Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
 Puede alzarse sin mancha! Dios te impele.
 Nadie reprocha á la rastrea oruga
 Que se convierta en mariposa y vuele!—
 En vueltos en su túnica inconsútil,
 Tus veinte años de destierro gimen.....
 El crimen te absolvió..... ¡Pero fué inútil!
 ¡Tú no absolviste al crimen!
 Y allí, de pie sobre tu peña sola,
 Nueva Pathmos, ceñida por la ola;
 Allí, vuelto á los réprobos distantes,
 Y en tu lengua de hipérboles y elipsis,
 Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
 Relámpagos de un nuevo Apocalipsis!
 —Y tú no fuiste el único en el duelo,
 En la pena, en el Gólgota, en la injuria.....
 Cuanto era cumbre ó remontaba vuelo
 Sufrió el embate de la misma furia.
 Mas, ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,
 Qué ingente cataclismo
 Decapitó de un golpe la montaña,
 Aventando sus crestas al abismo?
 ¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
 Qué estallido de horno

Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
 Arrojando sus águilas en torno?
 ;Profanado el augusto tabernáculo
 Y erguidos y triunfantes los protervos!
 ;Apagada la zarza en el pináculo
 Y allí agrupados en festín los cuervos!
 ;El pueblo subyugado por la tropa;
 El pueblo audaz que con ardor fecundo,
 Dando su sangre en holocausto á Europa,
 Reivindicó la libertad del mundo!
 ;Radiante y vencedor el culto falso!
 ;La virtud perseguida con encono!
 ;El deber espirando en el cadalso
 Y la infamia sentándose en el trono!
 ;Oscurecido el sol! ;La Francia esclava!
 —¿En dónde estaba Dios, que no vefá,
 Puesto que así dejaba
 Prevaler la noche sobre el día?—

**

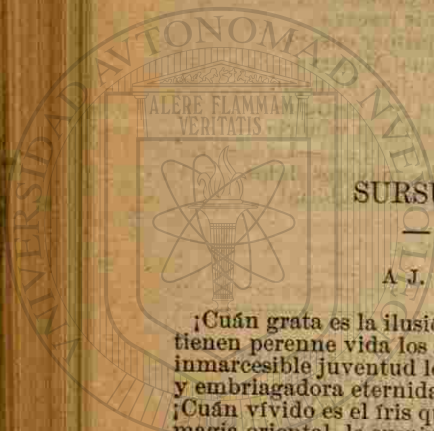
¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
 Es eual la estatua que el egipcio estulto
 Honraba por sonora:
 Tiene el supremo pedestal: el culto,
 Y la suprema inspiración: la aurora!
 Sin rival cuando canta y cuando gime,
 Tu voz reina en el duelo y en la fiesta.
 Tus versos son la música sublime,
 No de una lira, sino de una orquesta!
 No hay nota por tu acento no emitida:
 Tan grande en la inquietud como en la calma,
 Tocas todo el registro de la vida,
 Recorres todo el diapason del alma!
 Siempre con igual éxito, tu númen
 Brota en odas, idilios y elegias;
 Y es que en tí se completan y resúmen
 Píndaro, Anacréonte y Jeremías!

Tu genio no es el bólido infecundo
 Que en vano estalla en el celaje incierto:
 Es la columna que dirige al mundo,
 Camino del Edén, por el desierto!
 El ideal que el porvenir reserva
 Y que hace ahora su primer ensayo,
 Saldrá de tu frente, cual Minerva
 Surgió de la cerviz del dios del rayo!
 Angeles que combaten con vestiglos
 Y que alcanzan victoria tras victoria,—
 Tus himnos brillan como el sol!—La historia
 No ha producido en los mayores siglos
 Gloria que pueda superar tu gloria!

**

.....

 ;Contemplad al coloso!
 Ved cómo lucha y lucha y no desmaya;
 Cómo pisa, radiante y magestuoso,
 El más alto crestón del Himalaya:
 Cómo allí,—puesto en Dios el pensamiento,—
 Revela un nuevo mundo en cada grito.....
 ;Atlas en que se apoya el firmamento!
 ;Atalaya que explora el infinito!



SURSUM.

A. J. S.

¡Cuán grata es la ilusión á cuyos lampos
 tienen perenne vida los amores,
 inmarcesible juventud los campos
 y embriagadora eternidad las flores!
 ¡Cuán vívido es el iris que colora,
 magia oriental, la suspirada orilla,
 y á cuyo hermoso resplandor de aurora
 radia hasta el fango que despues mancilla!
 La verdad, si engrandece la conciencia,
 devora el corazón, nunca sumiso:
 es el fruto del árbol de la ciencia,
 y siempre hace perder el paraíso.
 Mas aunque el bardo mate la quimera,
 y desvíe y aparte de sus ojos
 el prisma encantador, y por doquiera
 mire sombras y vórtices y abrojos,
 ha de cantar la redentora utopía,
 como otra estatua de Memmón que suena,
 y ser, perdida la esperanza propia,
 el paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
 en vano al ideal, se dobla al peso
 de la roca de Sísifo, y espira
 quemado por la túnica de Neso;
 cuando al par tenebroso y centellante
 imita á Barrabás y adora al Justo,
 y pigmeo con ansias de gigante
 se retuerce en el lecho de Procasto;
 cuando gime entre horribles convulsiones,
 para expiar sus criminales yerros,
 mordido por sus ávidas pasiones,
 como Acteón por sus voraces perros;
 cuando sujeto á su fatal cadena
 arrastra sus desdichas por los lodos,
 y cada cual, en su egoísta pena,
 vuelve la espalda á la aflicción de todos;
 el vate, con palabras de consuelo,
 debe elevar su acento soberano,
 y consagrar, con la canción del cielo,
 no su dolor, sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
 arde sin tregua, como ofrenda clara,
 y consume su pábilo y su cera
 por disipar la lobreguez del ara;
 vaso glorioso en donde Dios resume
 cuanto es amor, y que para alto ejemplo
 gasta y pierde su llama y su perfume
 por incensar en derredor el templo;
 sublime Don Quijote que ambiciona
 caer al fin entre el fragor del rayo,
 torcida y despuntada la tizona
 y abierto y rojo por delante el sayo;
 ave fénix que en fulgidas empresas
 aviva el fuego de su hoguera dura,
 y muere convirtiéndose en pavesas
 de que renace victoriosa y pura.....
 ¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
 Cantar á Filis por su dulce nombre,

cuando grita el clarín: ¡despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armíño
excebra el polvo por amar la nube,
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,
marcha á las ondas del eterno olvido,
cogiendo flores y cantando sueños;
el númen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruidos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje;
y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada.....
y ese montón de ensangrentada arcilla
adquiere vida entre su mano estoica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heroica,
como en la estatua de la antigua Pálas!

Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa á cuya voz no exigua
vendría á tierra, con su estéril pompa,
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que á la lid prefiera
recordar á Briseida en el retiro,
aunque Patroclo batallando muera.....
¡Eso es mentir á Dios! Pero qué miro!
Cual la crin de un raudal que de alto arranca,
tus cabellos se agitan..... ¡Oh maestro!
¡Por qué sacudes la cabeza blanca,
cual si quisieras arrojar el estro?
¡Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
y no repeles, cuando Aténas grita,
esa montaña de calumnia y odio
que sobre tu hombro de titán gravita?

Tu Etna será para tu fuerza flojo;
confía en tí y á tu misión no faltes,
que al hado cruel que lapidó tu arrojo
irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Rompe en un himno que parezca un trueno!
El mal impera de la choza al solio;
todo es dolor ó iniquidad ó cieno:
pueblo, tropa, senado y capitolio.
¡Canta la historia al porvenir que asoma,
como Suetonio y Tácito la escriben!
¡Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Seyanos priven!
¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
mueve de un grito el desusado gonce;
y como á chorros de fusión ardiente,
vierte en los mimbres el vigor del bronce!
¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
la fe que anima y el valor que salva,
y que á tu acento nuestras almas sean
como tinieblas que atraviesa el alba!
Para el poeta de divina lengua
nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
sobre la mengua esporeirás la gloria!

Diciembre 1º de 1884.

A GLORIA.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO.

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira el suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo!

Vanas son las imágenes que entrafía
Tu espíritu infantil, santuario oscuro!
Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crispera,
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas.
"El ave canta aunque la rama cruja:
Como que sabe lo que son sus alas!"

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrumen!
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro:
La sombra que hace resaltar la estrella!

¡Alumbrar es arder!—¡Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan.....; Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
 Crece en la orilla que el olaje azota.
 El mérito es el naufrago del alma:
 Vivo, se hunde; pero muerto, flota!

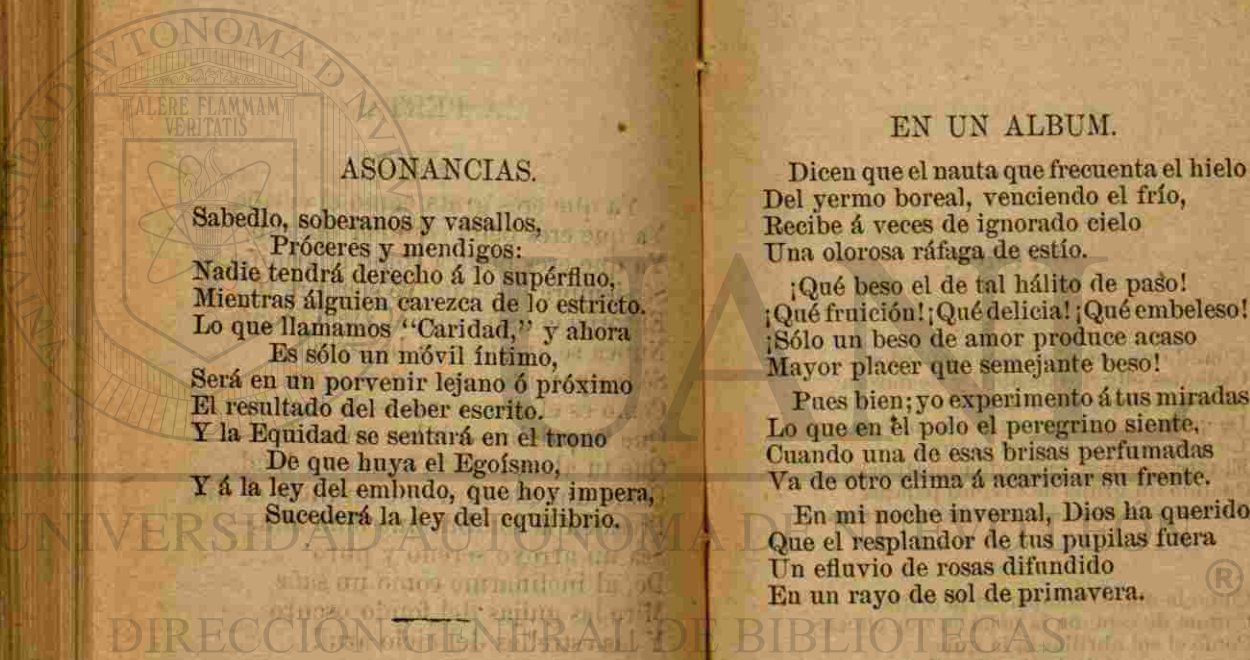
Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
 Consuela el corazón del que te ama!
 Dios dijo al agua del torrente: bulle!
 Y al lirio de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer!—Hemos venido
 A este valle de lágrimas que abate,
 Tú, como la paloma, para el nido,
 Y yo, como el león, para el combate!

A BERTA.

**

Ya que eres grata como el cariño,
 Ya que eres bella como el querub,
 Ya que eres blanca como el armiño,
 Sé siempre ingenua, sé siempre tú!
 El torpe engaño que el vicio fragua
 Nunca se aviene con la virtud.
 Sé trasparente como es el agua,
 Como es el aire, como es la luz!
 Que tu palabra—dulce armonía
 Que tu alma exhala como un laúd,
 Como una alondra que anuncia el día,
 Presa en la sombra que flota aún,—
 Sea un arroyo sereno y puro
 Do, al inclinarme como un saúz,
 Mire las guijas del fondo oscuro
 Y las estrellas del cielo azul!


 ASONANCIAS.

Sabedlo, soberanos y vasallos,
 Próceres y mendigos:
 Nadie tendrá derecho á lo superfluo,
 Mientras alguien carezca de lo estricto.
 Lo que llamamos "Caridad," y ahora
 Es sólo un móvil íntimo,
 Será en un porvenir lejano ó próximo
 El resultado del deber escrito.
 Y la Equidad se sentará en el trono
 De que huya el Egoísmo,
 Y á la ley del embudo, que hoy impera,
 Sucederá la ley del equilibrio.

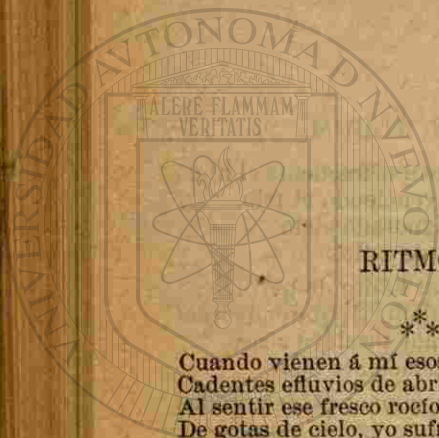
EN UN ALBUM.

Dicen que el nauta que frecuenta el hielo
 Del yermo boreal, venciendo el frío,
 Recibe á veces de ignorado cielo
 Una olorosa ráfaga de estío.

¡Qué beso el de tal hálito de paso!
 ¡Qué fruición! ¡Qué delicia! ¡Qué embeleso!
 ¡Sólo un beso de amor produce acaso
 Mayor placer que semejante beso!

Pues bien; yo experimento á tus miradas
 Lo que en el polo el peregrino siente,
 Cuando una de esas brisas perfumadas
 Va de otro clima á acariciar su frente.

En mi noche invernal, Dios ha querido
 Que el resplandor de tus pupilas fuera
 Un efluvio de rosas difundido
 En un rayo de sol de primavera. ®



RITMOS.



Cuando vienen á mí esos recuerdos,
 Cadentes effuvios de abril y de aurora;
 Al sentir ese fresco rocío
 De gotas de cielo, yo sufro en mi sombra
 Lo que acaso padece en la suya
 El tétrico sauce, guirnalda mortuoria,
 Cuando un grupo de vívidos pájaros
 Festivo y cantante se esparce en su copa!



Como la ola, al romper en la orilla,
 Corona de espuma la peña en que choca;
 Como el sol abrillanta la nube
 Con un arco-iris de tintas radiosas;
 Como el árbol fragante perfuma
 El viento de otoño que arranca sus hojas,
 El poeta, ese mártir del génio,
 Consagra su angustia con himnos de gloria.



Inmortal pensamiento de pena
 Que llevo en la frente como una aureola,
 Sal del labio en corrientes de música
 Y alienta y cautiva las ansias que lloran.....
 ¡Así el hielo que ciñe la cumbre,
 Do nunca se mecen matices ni aromas,
 Baja en crespos raudales de plata
 Y cubre de flores los campos que borda!

.....
 Pero nó! Permanece en tu cima!
 Oh escarcha! oh tristeza! no brotes! no es hora!
 No descendas! No quiero que seas,—
 En vez de la linfa que esmalta y abona,—
 La bola de nieve que crece en su curso
 Y es luego avalancha que aplasta y arrolla!



COPO DE NIEVE.

Para endulzar un poco tus desvíos,
Fijas en mí tu angelical mirada,
Y hundes tus dedos pálidos y fríos
En mi oscura melena alborotada.

Pero en vano, mujer! No me consuelas!
Estamos separados por un mundo!
¿Por qué, si eres la nieve, no me hielas?
¿Por qué, si soy el fuego, no te fundo?

Tu mano espiritual y trasparente,
Cuando acaricia mi cabeza esclava,
Es el copo glacial sobre el ardiente
Volcán cubierto de ceniza y lava!

JUSTICIA.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO.

Fuerza es convenir en ello:
Todo hombre es un pecador:
No hay nadie que en su interior
No esté con la soga al cuello.

Anónimo

Ceñudo y calenturiento,
Sacudo la frente fiera,
Como si así consiguiera
Arrojar el pensamiento!
Pero, altivo en mi tormento,
Miro el tiempo que pasó.....
Que las faltas en que yo—
Frágil como hombre—incurrí,
Podrán afligirme, sí;
Pero avergonzarme..... nó!

Dicen que todo mortal,
Hasta el que lleva una palma,

Es, por el fallo de su alma,
 Un condenado al dogal!
 Mas no tienen suerte igual
 La púrpura y el andrajo:
 Cuando el culpable no es *bajo*,
 Es ménos vil su sentencia.....
 Por eso yo en mi conciencia
 Reclamo el hacha y el tajo!

VOCES INTERIORES.

(A. F. D.)

Bruto partiendo el corazón de César;
 Espartaco asolando la Campania;
 Tell rechazando con el pié el esquiife;
 Cromwell ante el suplicio de un monarca;
 Mirabeau en el Tabor de las naciones;
 Bolívar con tres pueblos á la espalda;
 Hidalgo predicando el exterminio
 Y Grant blandiendo su invencible espada,
 Fueron volcanes que estallaron; fueron
 Llagas contra cilicios sublevadas;
 Fueron rayos forjados en las nubes
 Formadas lentamente por las lágrimas
 Que, convertidas en vapor, habfan
 Subido al cielo á demandar venganza!

De tierras que han sufrido convulsiones
 De cráteres y vómitos de lavas,
 Surgieron siempre á deleitar los ojos
 Las flores de hermosura más gallarda.
 Sobre odios y desastres y congojas,
 Sobre estragos y cóleras y ansias,

Sobre aras y temblores y tinieblas,
 Dios puso el ideal y la esperanza.
 El Nilo desbordado y tormentoso
 Inunda con violencia la comarca,
 Y es invasión de fangos por doquiera;
 Pero en esas arenas calcinadas
 Esa invasión de fangos es la vida,
 Y esa invasión de fangos es sagrada!

¡Oh rayos que os forjais entre las nubes
 Formadas lentamente por las lágrimas!
 ¿Cuándo fulminareis á los sayones
 Que oprimen y envilecen el Anáhuac?
 ¡Oh Nilo desbordado y tormentoso
 Que inundas con violencia la comarca!
 ¿Qué primavera enflorará el desierto,
 Cuando retires tus impuras aguas?
 ¿Qué incubación de próceres palpita
 Entre tanta abyección y tanta infamia?
 ¿Qué paladines purgarán la tierra
 En donde sólo en los escudos de armas
 Hay águilas que triunfen de serpientes
 Y no serpientes que extranguen águilas?

¡Silencio! ¿Quién responde á mis acentos?
 ¿Es la voz de los muertos por la patria?
 No: la voz de los muertos fuera triste
 Y no causara sensación tan grata.
 Oigo un coro celeste cuyos tonos
 Ensondece y confunde la distancia,
 Y me parece cual canción de alondra
 Que anuncia el claro amanecer del alma.
 Ese dulce murmullo que me alegra,
 Ese vago rumor que me entusiasma,
 Brota quizá de los fecundos senos
 De las mujeres que á lo lejos pasan.....
 ¡Cada una lleva un nimbo en la cabeza
 Y acaso un redentor en las entrañas!

¡Oh hermano de adopción, que eres mi orgullo!

¡Tú, cuya vida sin doblez ni tacha
 Puede ostentar la cohesión suprema
 De los diamantes de esplendor sin mancha!
 ¡Tú, que firme y erguido en la tribuna,
 Como el peñón en donde el faro radia,
 Sabes cumplir con tu deber de antorcha
 Sobre este mar en que el honor naufraga!
 ¡Tú, que has ungido tu conciencia indúctil
 Con la lustral é imperceptible grasa
 Que revelan las plumas de los cisnes,
 Cuando del cieno de la inmunda charca,
 Cuando de la onda corrompida y turbia
 Emergen secas y resultan blancas!

¡Tú, que sin arte ni dolor prefieres
 Al vil favor la inmerecida saña,
 Al oro espurio la miseria altiva
 Y al vicio enhiesto la virtud hollada!
 Si no es una ilusión de mis deseos
 Este concierto que á mi oído canta;
 Si entre los claustros maternos bulle
 El porvenir que nuestro afán aguarda,
 ¡Dichosos si vivimos para entonces!
 Ambos irémos á la lucha santa,
 Y unidos morirémos combatiendo,
 Cual los saldunas de la antigua Galia.
 ¡De la honda de David saldremos juntos
 Yo que soy guija y tú que eres montaña!



VERSOS DE UN CLERIGO.

(DE UN POEMA INEDITO.)

Religiosa peregrina
que rezando vas y vienes,
y que por el traje tienes
aspecto de golondrina!
Mientras mi cuerpo se inclina,
mi pensamiento te abarca:
Dios para él sólo te marca,
y mi amor, en su heroísmo,
se cierne sobre el abismo,
cual la paloma del arca!

Harto sé que te importuna
mi sacrílego cariño:
tu candor, como el armiño,
no soporta mancha alguna.

Infeliz desde la cuna,
haces que el triste te adore.....
¡Es fuerza que el cielo lllore
para que el iris fulguro
y el ambiente se depure
y la pradera se enfiore!

Blanca, limpia, incorruptible,
diamantina y sublimada,
como la nieve inhollada
sobre el monte inaccesible,
vestiste el sayal horrible
que doma las tentaciones.....
¡Del orco de las pasiones
saliste incólume y fiel,
como el profeta Daniel
del antro de los leones!

Nadie más casta que tú:
ni la Virgen que te hospeda
y de cuya alba de seda
besas la orla de tisú.
El miedo de Belcebú
te inspira piedad tan rara,
que nunca vuelves la cara,
aunque Jesús es tu escudo,
al Cristo casi desnudo
que veneras ante el ara!

De noche sueles soñar,
 cautiva de un estro ardiente,
 y despertar de repente
 y acongojarte y llorar.....
 Y si entonces, por azar,
 rompe una nube cargada,
 piensas, convulsa y turbada,
 que el relámpago bermejo
 es el sangriento reflejo
 de una flamígera espada!

Todo en tí parece muerto,
 menos la fe: ni un instante
 muestras al sol el semblante
 que llevas medio encubierto.
 Jamás visitas el huerto
 en tus momentos perdidos.
 Recelas de los sentidos
 y el huerto te causa sustos,
 porque en el huerto hay arbustos
 y en los arbustos hay nidos!

Sufro tormentas extrañas;
 y á ratos, fuera de mí,
 dejo escapar ante tí
 el grito de mis entrañas.....
 Y digo que son patrañas
 las leyes que te condenan;

y mis palabras atruenan
 celda, nave, coro, altar.....
 ¡y no alcanzo á quebrantar
 los votos que te encadenan!

El mar ondea en tropel
 en su cárcel de granito:
 contemplando el infinito,
 pugna por subir á él;
 pero—¡desengaño cruel!—
 se siente á la postre salto
 de aliento para ir tan alto,
 y á pesar de su ansia suma,
 cae, deshecho en espuma,
 cada vez que emprende un salto!

II

El alma tiene en verdad,
 como el mundo que la asombra,
 un hemisferio en la sombra
 y el otro en la claridad.
 En mi amarga soledad,
 mi propia ciencia me daña:
 dudas henchidas de saña
 hostigan mi pensamiento.....
 Las nubes que arrastra el viento
 se agrupan en la montaña.

La naturaleza vela
 y clama dentro de mí,

y en este Getsemaní
la piedad no me consuela.....
La carne se me rebela;
la razón mina el sostén
de cuanto en aras del bien
he venido consagrando.....
¡El Cedrón bate bramando
el pie de Jerusalén!

Leo, y las letras se estiran,
se agitan y se desbandan,
y son hormigas que andan
y escarabajos que giran.....
Oro, y las preces me inspiran
una repugnancia atroz.....
Duermo, y ardiente y veloz,
mi fantasía se enciende.....
¡y Ruth desnuda se extiende
en el lecho de Booz!

Hay en cada creación,
en cada forma que alienta,
un futuro que fermenta,
queriendo hacer explosión;
un trabajo de expansión
ordenado ó inconexo;
un afán simple ó complejo
que con sus sordas porfías

engendra las simpatías
que empujan el sexo al sexo.

Esta avidez, que resume
el deleite y el dolor,
y dá á la planta el color
que desparrama el perfume;
este impulso, que consume
y glorifica en secreto;
este Mesías inquieto
es, en la noche en que está,
un sonámbulo que vá
firme y seguro á su objeto!

El feto siente llegar
la hora del parto, y se mueve,
y á su ciego esfuerzo debe,
más que al materno, el brotar.
Arrojada á germinar,
la simiente del saúz
revienta bajo el capuz
en que el vegetal se fragua,
¡y la raíz halla el agua
y el tallo encuentra la luz!

La oruga, exenta de galas,
forja el Tabor de su anhelo,
y al cabo levanta el vuelo
con dos pétalos por alas.

Así, por varias escalas,
y entre horizontes en fuga
que un mismo arcano subyuga,
cumplen los fines distintos
de sus diversos instintos
feto, simiente y oruga!

¡Virtualidades de vida
que tempestuosas y oscuras
llenais de fiebres impuras
mi existencia infanticida!
¡Sangre de Isaac, vertida
en el fondo de mi sér!
¡Propensiones al placer!
¡Impetus de un porvenir
que, condenado á morir,
anhela siempre nacer!

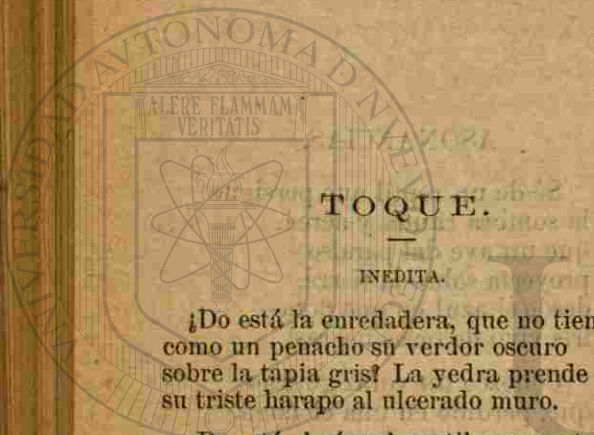
¡Oh potencias! Los abismos
guardan vuestros hondos rastros.
Sois atracción en los astros
y amor en los organismos.
Estallais en cataclismos,
removeis el duro suelo,
fundís montañas de hielo,
sacais del hoy el mañana.....
¡y os oprime una sotana
y os estrellais en un velo!

ASONANCIAS.

Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea
que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra,
desde el azul en que flota—
íris vivo de orlas negras!

Conozco un voraz gusano
que, perdido en una ciénaga,
acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletéan!

¡Odio que la oscura escama
profesa á la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!



¿Do está la enredadera, que no tiende
como un penacho su verdor oscuro
sobre la tapia gris? La yedra prende
su triste harapo al ulcerado muro.

¿Do está el césped gentil, que no tapiza
la tierra en torno del desierto albergue?
Cual ralo vello que el pavor eriza,
salvaje esparto en derredor se iergue.

¿Do está el árbol simbólico y risueño
que un tiempo fué para el lacerto jira,
para el ave palacio, para el sueño
canción de arrullo y para el viento lira?

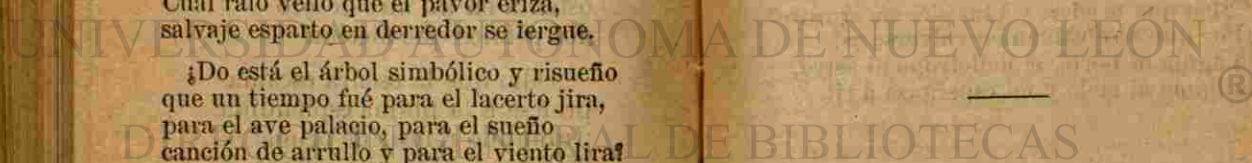
Tronco desnudo, bajo el doble azote
de la lluvia y del ábrego, se eleva:
aguarda aún que de su costra brote
arrollada y derecha la hoja nueva.

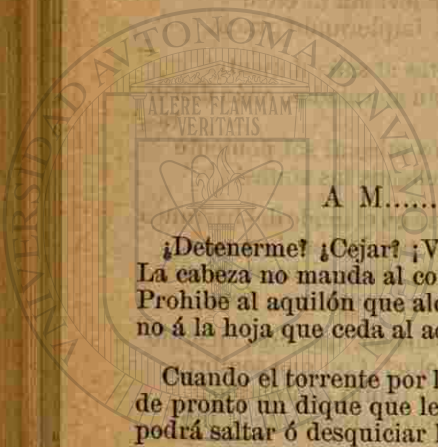
Y abierto en cruz como en señal de duelo,
semeja en medio de la hierba lacia
un esqueleto que levanta al cielo
sus secos brazos, implorando gracia.

¡Oh linfas gratas al saúz doliente!
¡Cuán lentas, cuán mermadas, cuán distin-
(tas,
cuán lánguidas os miro al sol poniente
de cuyas luces reflejais las tintas!

¡Cuál se arrastra en el fondo del barranco
vuestra corriente por las piedras rota,
bajo el vapor que, como el humo blanco
del perfuniero en el santuario, flota!

¡Oh infausta soledad, que eres ejemplo
de mudanza y dolor! ¡Con qué sombrío,
con qué punzante júbilo contemplo
¡ay! que tu cambio corresponde al mío!





A M.....

¡Detenerme! ¡Cesar! ¡Vana congoja!
 La cabeza no manda al corazón.
 Prohíbe al aquilón que alee la hoja,
 no á la hoja que ceda al aquilón!

Cuando el torrente por los campos halla
 de pronto un dique que le dice: atrás,
 podrá saltar ó desquiciar la valla,
 pero pararse ó recular. . . . jamás!

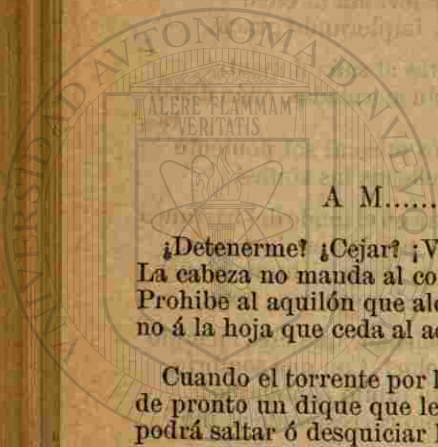
¡Por qué te adoro y á tus piés me arrastro?
 ¡Por qué se obstinan en volverse así
 la aguja al norte, el heliotropo al astro,
 la llama al cielo y mi esperanza á tí!

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

LA LUCHA EN EL BOSQUE.

A FLORENCIO SUZARTE.

—“Ven, ven, no temas. De la selva umbría
 Conozco los secretos, hija mía.
 Ya no vuelvas tu vista á la morada
 De esa gente altanera,
 Que es más fácil que mire apiadada
 La tigre carnícera
 Que busca de sus hijos el sustento,
 Y no que el blanco escuche enternecido
 El angustiado acento
 Del negro desgraciado.—Dá al olvido
 Nuestra pena de ayer, alza la frente,
 Mis cadenas he roto cual los bravos,
 Mis cadenas, pues sabe aquesa gente
 Hablar de libertad y hacer esclavos.”
 Con voz ronca así dice el africano,
 Mientras estrecha su convulsa mano



A M.....

¡Detenerme! ¡Cesar! ¡Vana congoja!
 La cabeza no manda al corazón.
 Prohíbe al aquilón que alee la hoja,
 no á la hoja que ceda al aquilón!

Cuando el torrente por los campos halla
 de pronto un dique que le dice: atrás,
 podrá saltar ó desquiciar la valla,
 pero pararse ó recular. . . . jamás!

¡Por qué te adoro y á tus piés me arrastro?
 ¡Por qué se obstinan en volverse así
 la aguja al norte, el heliotropo al astro,
 la llama al cielo y mi esperanza á tí!

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

LA LUCHA EN EL BOSQUE.

A FLORENCIO SUZARTE.

—“Ven, ven, no temas. De la selva umbría
 Conozco los secretos, hija mía.
 Ya no vuelvas tu vista á la morada
 De esa gente altanera,
 Que es más fácil que mire apiadada
 La tigre carnícera
 Que busca de sus hijos el sustento,
 Y no que el blanco escuche enternecido
 El angustiado acento
 Del negro desgraciado.—Dá al olvido
 Nuestra pena de ayer, alza la frente,
 Mis cadenas he roto cual los bravos,
 Mis cadenas, pues sabe aquesa gente
 Hablar de libertad y hacer esclavos.”
 Con voz ronca así dice el africano,
 Mientras estrecha su convulsa mano

La de su tierna hija, que llorosa
 Sus palabras oía;
 Y hacia el llano furtiva y temerosa
 Mirada dirigía.
 Antes de entrar en el espeso monte
 El negro dice con secreto agravio,
 Mirando al horizonte:
 —“Maldición para tí no hay en mi labio
 Por más que el odio tu conducta inspire,
 Ya te dejó, Brasil, tierra de espinas,
 Pronto seré feliz, en cuanto mire
 Los ombús de las Pampas Argentinas.”
 Entró en el bosque con seguro paso,
 El sol desaparecía en el ocaso,
 Mientras la luna su cendal de plata
 En los blandos cristales
 Del Curitiba con amor desata.
 Las brisas tropicales
 Del bosque llevan el salvaje aroma;
 Se oye al tigre rugir en lontananza,
 Reanuda la paloma
 Su interrumpido sueño de esperanza,
 Y se escuchan los lánguidos rumores
 Conque en las noches el espacio puebla
 El bosque, suspirando sus amores
 Entre el aliento de la tibia niebla.
 Errante cual la arista, cual la pluma,
 Como el ligero copo de la espuma
 Que el huracán arrastra enfurecido,
 Así desconsolados,
 Entre breñas y el rumbo ya perdido,
 Caminan fatigados
 El anciano y la niña. De repente
 Escuchan el rugido pavoroso
 De algún tigre inclemente
 Que sus huellas ha hallado y sigue ansioso,
 Y la sangre se hiela del anciano;
 La virgen se detiene involuntaria,

Que cada vez se escucha más cercano
 El rugir de la bestia sanguinaria.
 —“Esquivar á la fiera no podemos,
 Es preciso luchar, pues bien, luchemos;
 No tiembles, hija mía,
 Que mis manos esgrimen el cuchillo
 Y aun tengo sangre fría.
 Y no es la vez primera en que yo humillo,
 En la lucha del tigre, la bravura.”
 —Déjame y huye, padre,” ella le dice
 Con ansiosa ternura.
 —“No prosigas, por Dios, calla infelice;
 Si tu arranque filial, hija adorable,
 Por mí tu vida en holocausto diera;
 Yo, con mi amor de padre inmensurable,
 ¡Cuántas veces por tí no la perdiera!”.....
 Ambos sintieron agitarse el alma
 Mirando al pie de corpulenta palma
 Tigre feroz con la cabeza erguida,
 La ancha fauce abierta,
 Y ondulante la cauda, que mecida
 El flanco azota incierta,
 Y contra el tronco de la palma, añoso,
 Flexible el lomo en ondas encorvando
 Se roza voluptuoso,
 Debil maullido en intervalos dando;
 Se detiene por fin y se echa luego,
 Mirando á su contrario indiferente,
 Ya de sus ojos apagando el fuego,
 Ya haciéndolo brillar incandescente.
 —“La muerte es preferible, hija adorada,
 A aquesta incertidumbre prolongada,
 Implacable la fiera nos espía,
 Huir es imposible.....
 Suéltame el brazo ya y en Dios confía,
 Que en la lucha terrible
 El juvenil vigor vuelva á mi mano.”
 Y empuñando el acero, valeroso

Al tigre va el anciano,
Corta una rama, llega cauteloso
Enarca el cuerpo y alza la cabeza,
Provoca al tigre, á combatir lo apura,
Bufa la fiera, ruga con fiereza
Y se estremece el bosque de pavora.
El corazón del negro no se aterra;
El tigre rasca con furor la tierra;
Se levanta, de nuevo provocado,
Se sacude violento,
Los músculos recoge exasperado,
Tomar parece aliento,
Calcula con la vista la distancia;
El negro se detiene, mira, escucha
Y con noble arrogancia
Está aguardando la terrible lucha.
La niña, orando, póstrase de hinojo,
El padre desafía, el tigre ruga,
El salto dá con indecible arrojo,
Y ruedan hombre y fiera al rudo empuje.
Con nuevo ardor el negro se levanta;
Larga herida presenta en su garganta;
Rabioso el tigre arrástrase en el suelo
Que del negro el cuchillo,
Buscando el corazón, le hirió el brazuelo.
Con sanguinoso brillo
Lucen los ojos de la bestia herida;
Con sus rugidos el espacio llena;
Se vuelve enfurecida,
La espera el negro en actitud serena;
Y así, cual la avalancha irresistible
Cuanto á su paso encuentra va arrastrando,
El tigre vuelve á combatir terrible,
Y juntos hombre y fiera van rodando.
El pecho tiene el negro desgarrado,
La fiera otro brazuelo destrozado;
Y no cejan un punto en su porfía;
Frenéticos combaten;

La rabia, la venganza y la osadía
Dentro sus pechos laten.
Con su peso la fiera ya sofoca.
Al negro, que sus armas ha perdido,
Y con audacia loca
Detiene al tigre por el cuello asido;
Y la fiera le abrasa con su aliento,
Con su sangrienta espuma ya le baña,
Y mayor es del negro el ardimiento
Cuanto mayor de su rival la zafia.
El furor de la bestia crece y crece,
El indefenso negro desfallece:
Su ronco respirar se escucha apenas,
Lanza un gemido ahogado
Y débil se debate entre la arena.
En tanto, despiadado,
Abriendo la ancha fauce, se prepara
A devorarle el tigre carnicero.....
La niña lo repara:
Con heroico valor toma el acero.
—“Huye! suspira el padre, hija querida”.....
Ella vibra el cuchillo, airada hiere,
Y en su rabia la bestia ya vencida
Se revuelca en su sangre y ruga y muere.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

A SALVADOR DÍAZ MIRON.

Tienes en tu laúd cuerdas de oro
 Que el soplo del espíritu estremece,
 Y tu genio, como alto sicomoro,
 Entre borrascas y huracanes crece.
 No te brinda la musa sus favores
 Entre mirtos y rojas amapolas:
 Cuando quieres gozar de sus amores,
 La acechas, la sorprendes y la violas.
 Tu verso no es el sonrosado efebo
 Que en la caliente alcoba se afemina:
 Vigoroso como Hércules mancebo,
 Acomete, conquista y extermina.
 El mar es como tú: con su ruido
 De tus estrofas la cadencia iguala;
 Refleja el cielo cuando está dormido,
 Y en sus momentos de furor, lo escala.

JOSE MONROY.**INFIDELIDAD.**

A SALVADOR DÍAZ MIRON.

Dicen que un fiel amigo á su maestro
 Por tres veces negó,
 Y que allá en el peligro, siendo diestro,
 Negando se salvó.
 Yo, pescador del bien iré, contigo,
 Tu huella seguiré,
 Y en medio de la luz como un amigo
 Jamás te negaré.

ANTONIO ZARAGOZA.

RIMAS.

Mientras la lumbre ardiente
Dura en el incensario, el humo denso
Del perfumado incienso
Se levanta á la altura lentamente.

Pero si al fin el fuego se consume,
Al punto mismo extinguese el perfume.

Mientras amor al corazón enciende,
La poesía, aroma de idealismo,
En purísimas nubes se desprende,
Llegando al cielo mismo.

Mas cuando el fuego del amor se agota
El aroma del alma ya no brota.

Encadenado á la aficción me veo,
Me són la dicha y la ilusión extrañas:
El dolor, como el buitre á Prometeo,
Me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida,
Sufriendo mi horroroso desencanto;
Tengo el alma de lágrimas henchida
Y no me queda ni el placer del llanto.
Yo sé hasta donde la desdicha alcanza;
He caído del cielo en un instante;
Yo sé cómo se pierde la esperanza;
Yo vengo del infierno, como el Dante.

¡Tan bella, tan amada,
Y sujeta del mundo á los rigores!
¡Pobre azucena mía, marchitada
Por el rudo huracán de los dolores!
Te ví llena de júbilo, hechicera
Con tu gracia infinita;
Pronto pasó tu hermosa primavera,
Llegó el invierno y te dejó marchita.
Si vieras cuantas lágrimas me arranca,
En mi hondo desconsuelo,
Ver á mi pobre flor, mi flor tan blanca,
Rodando deshojada por el suelo!

JUAN DE DIOS PEZA.

HEROISMO MEXICANO.

A MI AMIGO
EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados y adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor són lo mismo.
Han los antiguos conventos
En prisiones convertido,

Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos
El fin de su causa esperan
Con los ánimos tranquilos.
Queda entre los generales
Uno anciano y aguerrido,
De la bandera triunfante,
Duro y tenaz enemigo,
Arrojado en la campaña,
Inteligente, instruido,
Incansable conspirando,
Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
Le han su sentencia leído,
Y despues de que la escucha
No queda turbado y lívido,
Sino que amable y sereno,
De su triste fin convicto,
Llama al jefe que custodia
La prisión do está cautivo *
Y con voz firme le dice:
—Coronel, yo necesito
Mi conciencia y mis negocios
De prisa arreglar hoy mismo;
Podeis para tal objeto
Llamar aquí, y os lo pido,

* El ex-convento de Capuchinas, en Querétaro.

Un abogado y un cura
 Para dejar todo listo.—
 Era el coronel un joven
 De antecedentes muy limpios;
 Tan bravo como arrogante,
 Tan discreto como altivo,
 Vástago de ilustre jefe
 En ruda campaña herido;
 Lo conoció el prisionero
 Años atrás, siendo niño,
 Y allí, su acento escuchando
 En aquel instante crítico
 Fija sereno sus ojos
 En el general cautivo,
 Y de esta suerte responde:
 —“Sin ser de vuestro partido,
 Os conozco y os respeto
 Por pundonoroso y digno.
 Yo venero en todas partes
 A los soldados antiguos,
 Y si són de vuestro temple,
 En su palabra confío.
 Sabeis que os han sentenciado
 A muerte; lo habeis oído,
 Y necesitais dos hombres
 Para dejar todo listo.
 No seré yo quien los llame;
 Id á buscarlos vos mismo,
 Y volved, que aquí os espero;

Libre estais, yo lo permito.”
 Quedó el prisionero atónito,
 Y de sus ojos el brillo
 Aumentóse con dos lágrimas
 Brotadas de lo más íntimo.
 Salió despues, con asombro
 De centinelas y esbirros,
 Y cuantos salir le vieron
 Murmuraron del permiso.
 Pasáronse muchas horas,
 Horas largas como siglos,
 Y por fin con voz sonora
 El campanario vecino
 Anunció la media noche:
 —“Ya no vuelve,” alguno dijo,
 Y el coronel respondió:
 “Volverá, que yo lo fío,
 Y si no vuelve yo quedo
 En su lugar, y es lo mismo.”
 A poco suenan tres golpes,
 Tras ellos resuena el grito
 Del “quien vive?” al que contestan:
 “Yo, Severo del Castillo.”
 Era el jefe prisionero
 Que, siempre valiente y digno,
 Esclavo de su palabra
 Iba á esperar el patíbulo.
 Estrechó la franca mano
 Del coronel, conmovido,

Y retiróse á su celda
 Ni consternado ni tímido.
 ¿Cual de los dos es más grande?
 ¿Cual de los dos? no lo digo;
 Dígalo aquel que conozca,
 Que rasgos como el que pinto
 Puede envidiarlos Esparta
 Y otro Homero describirlos.
 Vive el que joven entonces
 Dió al prisionero permiso:
 Aún le sirve á la bandera
 A que Juárez le dió brillo,
 Y como entonces mantiene
 Su modesto nombre limpio:
 El general Carlos Fuero,
 Honrado, valiente y digno.
 No me culpeis si viviendo
 Tan altos hechos publico:
 Es por gloria de esta tierra
 Que adoro amante y rendido;
 Es por gloria de las armas
 Que á la libertad dán brillo,
 Y es por honrar á los muertos,
 Enalteciendo á los vivos.

FRANCISCO DE CASTRO.

JUNTO AL RIO.

Pálidas brumas que tendéis flotantes,
 Blanco crespón en su gentil ribera,
 Auras sonoras del Abril florido,
 Tardes serenas;

Aves que alegres entonais canciones,
 Nidos formando en la apacible selva,
 Zéfiros suaves que pasáis gimiendo,
 Brisas ligeras;

Suaves tendiendo vuestras leves alas
 Sobre las ondas de su linfa tersa,
 Dadle mi amor, y mis suspiros dadle,
 Dadle mis quejas!

.....
 Río, cuyas aguas cristalinas fueron
 Mudos testigos de mi edad primera,
 ¡Cuántos recuerdos al mirarte, en mi alma
 Triste despiertas!

Tú suavemente murmurando corres
 Lechos cruzando de apacible arena,
 Y hay en tus ondas de cristal y espuma
 Lánguidas quejas.

Juncos erguidos de flexible caña
 Cubren tu borde y tu corriente cercan,
 Y auras errantes con tus ondas puras
 Plácidas juegan.

¡Oh, cuántas veces á la fresca orilla
 Que las espumas de tu linfa besan
 Vino mi madre á contemplar tus ondas,
 Viéndose en ellas!

Cuántas también bajo las verdes palmas
 Que presurosa tu corriente riega,
 Vino, mezclando con tu arrullo suave
 Débiles quejas!

Y hoy que doliente y murmurando corres
 Lejos, muy lejos de su imagen bella,
 Dime..... ¿con tierno y sosegado arrullo
 Lloras su ausencia?

Río cuyas ondas contemplar pudieron
 Cándido el rostro de mi madre tierna,
 Ya que hoy no puedes retratar su imagen,
 Háblame de ella.

1879.

VICENTE DANIEL LLORENTE.

A.....

Al despedirse la Primavera,
 También tu labio me dijo adiós:
 Nunca más triste cayó el invierno
 Sobre el sepulcro del corazón.

* *

Hoy, olvidando muertos desvíos,
 Nuestras dos almas vuelvense á hablar;
 Tendrás, oh niña, versos y flores,
 Pero el cariño de ayer.....¡jamás!

A AGUSTIN F. CUENCA.

(HOMENAJE.)

La lira mexicana

Tuvo, en tu eterna ausencia, un triste acento.

¡Bardo de musa fácil y galana!

¡Tribuno popular de gran aliento!

¡Obrero de la fe republicana!

Aún el mismo rencor..... rencor abierto

En instantes de lucha, ante tu fosa,

Al saludar la magestad del muerto,

Vertió una frase justa y carifiosa.

Ay! todos te han sentido;

Y como Acuña, el de inmortal memoria!

Se salvó del infierno del olvido,

Tú también te salvaste; que ha crecido

En tu sepulcro el lauro de la gloria.

.....

¡Oh, poeta sonoro
De rico plectro y de lenguaje de oro!
¡Trovero de las noches misteriosas
Coronadas de estrellas!

Dulces eran tus cántigas..... hermosas

Como sueños de amor..... así de bellas!

De ardiente inspiración un oceano

En tu cerebro poderoso hervía.....

¿Quién no admiró lo espléndido y galano

De tu numen, raudal de poesía,

Brillante como el sol americano?

¿Y quién, osado, medirá tu vuelo,

Aunque las alas de sus sueños abra?

¿Quién hará lo que al fin logró tu anhelo?

¡Robar la luz crepuscular al cielo

Para vestir con ella la palabra!

.....

.....

¿Qué vale mi cantar? No necesitas
Que mi laud sombrío

De tristes notas y perennes cuitas,

Te rinda su homenaje, hermano mío!

Tu fama está más alta que los Andes.

(No de mezquino adulador me tildes;)

Justo es que un premio al porvenir demandes,

Tú, que fuiste soberbio con los grandes,

Y todo corazón con los humildes.

LUIS G. RUBIN.

HISTORIA DE AMOR.

I

Mira, madre, cuán hermosa
Es la noche silenciosa;
Todo es calma en derredor.
Hoy me parecen más bellas
En el cielo las estrellas,
La luna con su fulgor.

.....
¡Que sentidas, dulces quejas!
Sin duda al pie de mis rejas
Está el nocturno cantor.....
¡Oyes? su labio me nombra!
Y que lo sepa me asombra:
¡Ay, madre!.....turbada estoy.

—¡Ilusión, locura vanal
No abras, niña, tu ventana;
No la abras, hija, por Dios:
Que esas notas gemidoras,
Al llegar aquí traidoras,
Són veneno matador.

II

Goze mucho, y.....tengo miedo;
Pero, madre, yo no puedo
Huir su fascinación.
Es dulce este que derramo
Tierno llanto, porque le amo
Con todo mi corazón!

—¡Ay! hija, te lo decía;
Ya no hay remedio, hija mía,
Este bien me lo sé yo.
Ya que perdiste la calma,
Dios quiera no llegue tu alma
A desgarrar el dolor.

III

¡Madre! que horrible mudanza!
Ya no me queda esperanza;
¡Muertas honra y dicha están!
Me condenó al abandono;
Más aún le amo.....le perdono,
Y.....no le puedo olvidar!

—¡Ah! no són las dichas largas!
 Ven.....tus lágrimas amargas
 Sobre mi seno caerán,
 Aunque el dolor me taladre;
 Ven, hija, yo soy tu madre,
 Y no te he de abandonar.

“—¿Se concluyó?” pregunta. “Está en el río,”
 Contestan los verdugos, que enjugando
 Están el hierro, y con furor impío
 La roja sangre alevos contemplando.
 “¡Lástima de doncel! ¡belleza y brío!”
 Murmura Margarita, y suspirando,
 Vuelve del Louvre á su brillante estancia
 La altiva reina de Borgoña y Francia.

La aurora apenas el lejano Oriente
 Con sus tintas de rosa iluminaba,
 Y á orillas de la plácida corriente
 El cuerpo de un soldado se miraba.
 Una mujer, tan bella cual doliente,
 Sobre el cadáver mísera lloraba;
 Era Blanca Ménier; su labio yerto
 La muerte implora por seguir á Heberto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MANUEL CABALLERO.

MAXIMILIANO.

Estirpe régia, corazón gigante,
Noble y gentil, gallarda la apostura,
Franco el mirar en que el honor fulgura,
Caballero sin tacha, esposo amante.

Glorioso y atrevido navegante,
Alma sin miedo y cual valiente, pura,
Grande en la adversidad trágica y dura,
Y artista y rey y soñador constante.

De tu destino ante el horrible arcano,
Ante el sepulcro de tu breve gloria,
Pregunto al ver tu destrozado pecho,
—¿Qué hay más grande que tú Maximiliano?
Y serena respóndeme la historia:
"La libertad de un pueblo y el derecho."

New York, Mayo de 1883.

MANUEL PUGA Y ACAL.

LAS GOLONDRINAS.

Acércase el invierno:
Las selvas silenciosas
Sus hojas abandonan
Al rápido Aquilón:
Se ván las libelulas,
Se ván las mariposas
Y triste en la enramada
Se calla el ruiseñor.

Y dejando sus nidos
Allá sobre el alero,
Las pardas golondrinas
Se empiezan á reunir.
—Adiós, dicen pñando,
El año venidero
Retornaremos todas,
Más hoy, fuerza es partir,

—Mi viaje no es muy largo:
 En la risueña Niza
 Un nido en un tejado
 Me ofrece su quietud,
 El prado es siempre verde,
 Suavísima la brisa,
 Azul es siempre el cielo,
 El mar siempre es azul.

—A la riente Atenas
 Yo voy, murmura aquella,
 ¡Cuán bello es de su cielo
 El diáfano color!
 ¡Que dulce es aquel clima!
 ¡Que bien se vive en ella,
 En las musgosas ruinas
 Del viejo Parthenón!

—Yo habito allá en Esmirna:
 Mi nido está colgado
 En el rincón oscuro
 Del techo de un café,
 Y á verme, año tras año,
 El turco acostumbrado,
 Conserva la morada
 Do tengo que volver.

—Mis señas son: el Cairo,
 Palacio del Kedive.

En alto minarete
 Está mi habitación,
 Que los primeros rayos
 Del rojo sol recibe:
 ¡Cuan bello en el desierto
 Se ve nacer el sol!

—El mismo es mi camino,
 Alegre otra responde:
 Al caluroso Egipto
 Este año volveré;
 En Tébas tengo un nido,
 Un nido que se esconde
 En la tumba que guarda
 La momia de Ramsés!

—Yo voy hácia Palermo!
 —Que bien se vive en Rodas,
 De un viejo rey de piedra
 Debajo el pedestal!
 —Yo á Chipre.—Yo á Calcutá!
 —Adiós! murmuran todas,
 El próximo verano,
 Aquí nos hallará!

Y vuelan, y trinando,
 Felices y contentas,
 Se alejan por el viento,
 Y rápidas se ván;

Así, de ébano negro
Las desprendidas cuentas
Se esparcen y desgranán,
Rompiéndose un collar.

Romped, romped el lazo
Que al mundo me encadena,
Y, de la blanca luna
A la argentada luz,
Cruzando con las aves
La atmósfera serena,
Llebadme suspendido
Sobre la mar azul!

¡Oh raudos torbellinos!
Llebadme en vuestra bruma
Por el ignoto espacio
Que el hombre no cruzó:
Bajo mis pies se agiten,
Como una mar de espuma,
Las nubes que reflejan
La luz del alma sol!

Dejadme en esos campos
Que fecundó Peneo,
En cuya fresca orilla
Se trasformó Dafné,
Allí do resonaron
Los cánticos de Orfeo

Y que engalana Cérés
Con la dorada miés.

Allí todo es tranquilo,
Y guarda la natura
Recuerdos de otros tiempos:
Homero cantó allí;
Morada de los dioses,
Asilo de ventura,
Do sólo Prometeo,
El sólo era infeliz!

Jully, Setiembre de 1878.

EDUARDO L. GALLO.

EN UN ALBUM.

Mañana cuando el cielo de tu vida
 Esté alumbrando el sol de tu ventura,
 No olvides mi cariño y mi ternura,
 Como jamás la tuya olvido yo.
 ¡Es tan dulce un recuerdo! y es tan grato
 Encontrar en la vida quien nos quiera,
 Que al ver una sonrisa placentera
 Un consuelo en el alma se sintió.

Guarda mi pobre flor entre las ramas
 De esta tu bella y mágica corona;
 No su perfume, su lealtad la abona,
 Y digna la hace de tu puro altar.
 Es el olvido el cierzo que destroza
 Las flores de la vida: yo te ruego
 Que en medio de tu calma y tu sosiego
 Las mías conserves en mejor lugar.

México, Setiembre de 1877.

ANTONIO PLAZA.

HORAS NEGRAS.

Huyó la dulce sonrisa.....
 Nació el sarcasmo sangriento.....

J. E.

Coplero á quien inspira el desencanto,
 Trovador sin futuro y sin amores,
 Sobre la tumba de mis sueños canto
 Al colocar mi búcaro de flores.

Odia el mundo mi canto descreído,
 El estigma social tiznó mi frente. . . .
 Cárabo del dolor, cada gemido
 Me concita el sarcasmo de la gente.

Sin luz el alma la ilusión desdeña,
 El pesar no la irrita ni la abate,
 Y ni la frente envejecida sueña,
 Y ni el leproso corazón me late.

Repugna á todos mi fatal delirio,
Repelen todos mi sufrir eterno,
Que brilla en mi aureola de martirio
La fatídica flama del infierno.

Devorado por negra pesadumbre
Lanzo en vez de sollozos carcajadas,
Porque de infame crápula en la lumbre
Arrojé mis creencias adoradas.

En aras de la fe, vertí mi llanto;
Perdida ya la fe, busqué la orgía,
Pero el vicio acreció mi desencanto,
Y el vicio, la virtud, todo me hastía.

A mi gastado corazón de lodo
Nada, en fin, es capaz de conmoverlo,
Y perezoso, indiferente á todo,
No puedo ser feliz, ni quiero serlo.

Mi vida ha sido decepción horrible,
El mundo sin piedad ha envenenado
Mi corazón que un tiempo tan sensible,
No sufre al encontrar un desgraciado.

Y si me duelo del dolor ageno
Mi risa burla ese dolor profundo;
Que si á mi corazón queda algo bueno
Me dá vergüenza que lo sepa el mundo.

Cuando la pena torturó mi vida,
La cruda pena la insulté yo mismo,
Porque soberbio disfracé la herida
Con el torpe descaro del cinismo.

En el albor de juventud sensible
Amaba todo, porque fui creyente:
Yo deliré buscando lo imposible
Y de mentiras se pobló mi frente.

Yo combatí con ánimo esforzado
Contra la saña de mi suerte adversa;
Pero en la lucha, atleta fatigado,
Sentí agotarse mi gigante fuerza.

Me presentó pensiles engañosos,
En su espejo ese mundo fementido,
Cual presenta cambiantes primorosos
Débil burbuja en su cristal fingido.

Yo también la ilusión vestí de gala
Del placer en los cármenes risueños,
Yo también de Jacob fijé la escala
Para subir al mundo de los sueños.

Soñé con la virtud cándidos lirios
Y quise, nécio, de ilusión beodo,
Subir á la región de los delirios,
Pero al querer subir, caí en el lodo.

Yo rebusqué sediento de placeres
De amistad y de amor las emociones,
Y turbas mil de amigos y mujeres
Vinieron á matar mis afecciones.

Al ver mis sentimientos chasqueados
Burlé yo mismo mi amoroso empeño,
Y ya no alcé castillos encantados
Sobre la base efímera del sueño.

De mi pobre ilusión asesinada
 Los restos profanó mi ánima impía;
 Porque el cadaver de mi fe burlada
 Alumbre con las luces de la orgía.

Y di culto á ese mundo estrafalario,
 Y en mi gastada juventud inquieta,
 Vestido de arlequiná subí al calvario
 Y empapé con mi llanto la careta.

En irritantes goces crapulosos
 Escarneciendo mi penar ingente,
 Hice cabriolas y tragué sollozos,
 Y lleno de ira divertí á la gente.

Mas penitente yá, sufro callando
 Y consumido de letal tristeza,
 Por la vía dolorosa voy cargando
 La ridícula cruz de mi pobreza.

Histrión á quien el mundo no perdona,
 Héroe de carnavales, mártir maldito,
 Un birrete de loco es mi corona
 Y por túnica llevo un sambenito.

Y nutrido de negras decepciones,
 Avergonzado en mi vejez, reniego
 Del enjambre de locas ilusiones
 Que acarició mi juventud de fuego.

Ilusiones brillantes halagaban
 A mi edad juvenil, que yo maldigo,
 Y sediento de gloria me agitaban
 Sueños de rey en lecho de mendigo.

Sofí en la gloria con delirio tanto,
 Fué tal la audacia de la mente loca,
 Que la gloria de Dios, único y santo,
 A mi osada ambición pareció poca.

Mas Dios abate mi soberbia rara,
 Y encuentro justa la expiación severa;
 Que si la gloria que sofí alcanzara
 Satanás vencedor acaso fuera.

Fué mi sueño una ráfaga ilusoria;
 No existe ese laurel que busqué loco,
 Que para darme mi imposible gloria
 El orbe es nada, lo infinito poco.

Para pedir la gloria que yo anhele
 Es débil, impotente la palabra;
 Que desván estorboso encuentro el cielo
 Do el pensamiento audaz se descalabra.

.....

 Ya no me importa mi dolor presente,
 Ya no me importa mi dolor pasado,
 El porvenir lo espero indiferente. . . .
 Lo mismo es ser feliz que desgraciado.

Sólo ambiciono de fastidio yerto,
 Causado ya de perdurable guerra,
 Al acostarme en mi cajón de muerto
 Dormir en paz debajo de la tierra.



JULIAN MONTIEL.

LA PRIMAVERA.

Los valles se alegran, las fuentes murmuran,
Las aves entonan sus himnos de amor.

G. G. de Avellaneda.

La escarcha descende disuelta del monte,
Risueño horizonte

Se mira brillar,

Las brumas del lago también se evaporan,
Las flores de invierno tristísimas lloran,
Muriendo á los rayos de un sol tropical.

Vencido el invierno la tierra abandona,
Su nívea corona
Fundándose vá:

Gentil la mañana su luz nos envía,
Los campos recobran su muerta alegría
Los árboles todos vestidos están.

Entreabre su seno la tierra aterida,
Infúndele vida

La nueva estación:

Vergeles inmensos las flores auguran,
Los valles se alegran, las fuentes murmuran,
Las aves entonan sus himnos de amor.

El manso arroyuelo que corre tranquilo,
Ya un álamo, un tilo
Retrata á la vez:

Las aguas serenas, alegres suspirar,
En ellas las flores nacientes se miran
Y viven en dulce y continuo vaiven.

Asaz voluptuosas susurran las brisas
Mintiendo sonrisas
Y besos de amor,

Meciendo las flores su paso señalan,
Su aroma divino las flores exhalan
Cual tierno suspiro que sube hasta Dios.

La gaja floresta perfuma el ambiente,

Repite el torrente

Sus ecos sin fin,

Y vagan la aves en giros parciales

Ya entre unos jazmines, ya entre unos rosales,

Formando sus nidos de blanco alheli.

Todo es armonía, sublime alborozo,

Que á todo este hermoso

Concierto le dán,

Sus plácidas sombras el bosque sombrío,

Las aves su canto, su amor el rocío,

El campo sus flores, sus brisas el mar.

¡Salud á la hermosa gentil primavera

Que siempre hechicera

La vida me dió!

Que nunca se acaben su luz y colores,

Sus aves y fuentes, aromas y flores,

Sus auras que aspiro sediento de amor.

II

¡Ay! vanamente mi ambición lo quiere!

Irá cruzando la estación florida,

Y morirá, porque en el mundo muere

Cuanto adquirió la vida.

Esta es la ley de la creación entera,

De hombres y plantas, ecos y rumores;

Por eso morirá la primavera

Con sus alegres y pintadas flores.

Una tras otra irán las estaciones

Sin detenerse y con el órden mismo

Con que marchan los siglos y naciones

Al insondable abismo.

Vendrá el estío, y el atóño, y luego

El mismo invierno matará mi encanto,

Y morirán mi inspiración, el fuego

Con que la gala de los prados canto.

Se acabará la luz y la armonía;

Porque en el mundo cuanto existe muere:

Más volverá la primavera un día

Porque el Señor lo quiere.

Y al murmurar las cristalinas fuentes

También las aves batirán sus alas,

Y el curso seguirá de los torrentes,

Y el campo lucirá sus nuevas galas.

Tal vez entonces sin aliento y vida,

Sin ser ni sombra de lo que antes era,

Marchita ya mi juventud querida,

Mi hermosa primavera,

Veré pasar por mis cansados ojos

En medio de mis bárbaros dolores,

Uniéndose á los suyos mis despojos,

Las tiernas aves y las gajas flores.



JOAQUIN ALCALDE Y RIVERA.

—
ENSUEÑOS.
 —

A.....

Trasformación sublime de una idea,
 Realidad de mis sueños de ventura,
 Creación vertiginosa
 Que vienes á quitarme la amargura.

Acércate, no temas, mi alma loca
 Por aspirar tu aliento un mundo diera,
 El cielo, sus estrellas y su aurora,
 Y en su ambición quisiera
 Darte mil mundos si posible fuera.

Aquí en mi corazón hay una fuente
 De amor inmenso, inagotable y puro;

Un tierno relicario
 Donde tú vivirás eternamente.

Levanta los escombros del santuario
 De mi alma entristecida,
 Y en templo convertido,
 Quitando la segur que me intimida,
 Y el anatema que doquier me ha herido;
 Serás en él, el dios que yo venere
 Mientras haya en mi sér germen y vida.

Acércate, no temas, flor temprana,
 Que acaricia la brisa murmurante
 Al dulce fulgar de la mañana:
 Angel risueño que formó la bruma
 Enmedio de la tarde silenciosa,
 Cuando el sol con sus vagos resplandores
 Del lago tife la nevada espuma;
 En esa hora sublime y misteriosa
 En que cierran sus cálices las flores,
 Apareces sonriente y apacible.....
 El alma se commueve, se extasia,
 Y entonces huye la tristeza mía.

¿No escuchas que de amor te hablan las flores
 La luz de los luceros diamantinos,
 La corriente en sus tumbos cristalinos,
 Y en sus quejas los tiernos ruiseñores?

Amor te dice el sol en el Oriente,
 El manso suspirar de la enramada,
 Amor murmura la serena fuente
 De la selva tranquila y sosegada:
 Amor repiten las canoras aves

En las mañanas del Abril florido;
 Amor el aura leve,
 Amor la brisa que las hojas mueve,
 Y amor el colibrí desde su nido.

Entretanto la noche se aproxima
 Y cubre con el fúnebre sudario
 El inmenso vacío;
 Y la pálida luna
 Plateando la onda del tranquilo río,
 Sube al zenit con perezosa calma,
 Y al bañar con su luz tu blanca frente,
 Será desde el Oriente
 Mudo testigo del amor de mi alma.

No te alejes de mí, ven, y á mi lado,
 Te diré mis tiernísimos amores,
 Y causándole envidia á las estrellas,
 Y escuchando del aura los rumores
 Te contaré mis ilusiones bellas.

Por fin, ya estás aquí: plégole al cielo
 Tener piedad de mi tormento impío;
 Acabaron las horas de mi duelo,
 Y en grata venturanza
 Vuelve á brillar el sol de mi esperanza.

Si supieras, mi bien, cuanto he sufrido!
 Vagando sin timón, triste he cruzado
 Sin fe por el desierto de la vida,
 Llevando el alma agonizante, herida,
 Y de tanto penar desesperado.

En la triste orfandad en que vegeto
 He apurado sin tregua los dolores,

Y al destino sujeto,
 Mi pobre corazón ya sin amores
 Lanzaba al viento el postrimer suspiro,
 Cuando tú, como el angel que acompaña
 Y cuida al niño en su inocente cuna,
 A mi lado viniste
 Y un porvenir risueño me ofreciste
 Trayéndome la paz, calma y fortuna.

Y ya que de tu amor en dulces lazos
 Me puso al fin la venturosa suerte,
 Nada temo, mi bien: venga la muerte
 A sorprenderme entre tus niveos brazos.


MANUEL ACUÑA.
A JOSEFINA PEREZ.

(EN SU ALBUM.)

En cambio de los cielos
 de amor y sentimiento
 Que el alma dolorida
 abrió tu inspiración,
 Y en cambio de las horas
 de olvido al sufrimiento,
 Que á tu arpa dulce y blanda
 le debe el corazón;
 En cambio, nuestros cantos
 y todo lo que encierra
 De bueno y amoroso
 nuestra alma y nuestro sér...
 Y en cambio nuestras flores,
 las flores de esta tierra,
 Tu nido como alondra,
 tu altar como mujer.

1873.

INDICE.

	Páginas.
SALVADOR DIAZ MIRON. — Prólogo por Enrique Perez Valen- cia	5
Víctor Hugo	9
Sursum	14
A Gloria	18
A Berta	21
Asonancias	22
En un album	23
Ritmos	24
Copo de nieve	26
Justicia	27
Voces interiores	29
Versos de un clérigo	32
Asonancias	39
Toque	40
A M	42

Páginas.

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.—La lucha en el bosque.....	43
MANUEL GUTIERREZ NAJERA.—A Salvador Diaz Mirón.....	48
JOSE MONROY.—Infidelidad.....	49
ANTONIO ZARAGOZA.—Rimas.....	50
JUAN DE D. PEZA.—Heroísmo me- xicano.....	51
FRANCISCO DE CASTRO.—Junto al río.	57
VICENTE DANIEL LLORENTE.—A.....	59
Homenaje.....	60
LUIS G. RUBIN.—Historia de amor..	62
LUIS G. ORTIZ.—Heberto	65
MANUEL CABALLERO.—Maximilia- no.....	74
MANUEL PUGA Y ACAL.—Las golon- drinas.....	75
EDUARDO L. GALLO.—En un album.	80
ANTONIO PLAZA.—Horas negras.....	81
JULIAN MONTIEL.—La primavera...	86
JOAQUIN ALCALDE Y RIVERA.—En- sueños.....	90
MANUEL ACUÑA.—A Josefina Perez.	94

"EL PARNASO MEXICANO"

TERCERA SERIE DE DOCE TOMOS.

Esta casa editorial, profundamente agradecida á la benevolencia con que el público la ha favorecido, comprendiendo el patriótico interés que le inspiró al establecer esta publicación, ha resuelto publicar la TERCERA SERIE de "EL PARNASO MEXICANO," en la que figurarán poetas cuya fama universalmente conocida, han sido para México un timbre de justa y legítima gloria.

Como habrán podido ver nuestros lectores, desde la segunda serie figuran al frente de esta publicación los más distinguidos literatos de la República, quienes, animados del más ardiente patriotismo, contribuyen con su valioso contingente, á fin de que nuestro humilde trabajo no sólo sirva para distraer los ratos de ocio, sino que en lo futuro sea de alguna utilidad en el estudio de los amantes de las letras patrias.

Casi toda la prensa periódica del país se ha ocupado con elogio de nuestra publicación, y algunos periódicos de la capital, como *El Correo de las Doce*, *La Patria*, *El Diario del Hogar* y otros, han publicado artículos en que vienen demostrando que, sien-

do "EL PARNASO MEXICANO" la única publicación en su género, es casi un deber de los buenos hijos de México sostenerla, á fin de que sean conocidos sus poetas, no sólo en los ámbitos del país sino fuera de él.

También se han ocupado de nuestra publicación y con frases verdaderamente honrosas para los hombres de letras de nuestra patria, los periódicos *La Bibliografía*, *La Voz de Cuba*, *El Diario de la Marina*, *El País* y *El Boletín Comercial*, que se publican en la Habana.

La edición que ofrecemos al público en la *tercera serie*, sin ser de gran lujo, para que obtenga una baratura hasta ahora desconocida, será, sin embargo, correcta y elegante, puesta al alcance de las clases populares, creemos prestar con ello un notable servicio á las letras y al pueblo, contribuyendo de esta manera á la mejor ilustración de las masas, que es el verdadero pedestal del porvenir de nuestra querida República, y el sendero único que nos puede guiar á su positivo progreso,

EL EDITOR.

La *tercera serie*, que comienza el 15 de Mayo del presente año, está dedicado á los siguientes poetas:

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.
JUSTO SIERRA.
PANTALEÓN TOVAR.
REFUGIO BARRAGÁN DE TOSCANO.
FRAY MANUEL NAVARRETE.
FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.
JUAN A. MATEOS.
LAUREANA WRIGTH DE KLEINHANS.
JOSÉ M.^a ROA BÁRCENA.
JOSÉ T. DE CUELLAR.
JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA.
JOSÉ M.^a ESTEVA.

Bases de la publicación.

DOS TOMOS CADA MES.

Cada tomo comprenderá el retrato de un poeta mexicano, sus rasgos biográficos con el juicio crítico de sus obras, y poesías escogidas de varios autores, coleccionadas por D. FRANCISCO J. ARREDONDO bajo la dirección del general

D. VICENTE RIVA PALACIO,

contando además con la bondadosa colaboración de los siguientes literatos:

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrigth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José María Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peón y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M.^a Bandera.—Salvador Díaz Mirón.—Hilarión Frías y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José María Rodríguez y Cos.—Federico C. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betancourt.—Enrique de Olavarria y Ferrari.—Joaquín Trejo.—Javier Santa María.—Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gustavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.—Manuel María Romero.—Manuel Lizarriturri.—Miguel Portillo.—Rafael López de Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricardo Cellard.—José María Ramírez.—Manuel de Olaguibel.—Francisco V. Lara.—Julio Zárate.—Manuel E. Rincón.—Juan de D. Villalón.—Eduardo del Valle.—Eduardo Noriega.—Enrique Ezequiel Perez.—Juan B. Garza.—Manuel J. Othon.—José Sebastián Segura.

Doce tomos costarán en esta capital..... \$ 1 25
 En los Estados..... 2 00

A los suscritores que quieran recibir empastada toda la serie, se les entregarán en tres volúmenes, comprendiendo cada uno de ellos, cuatro de la edición del PARNASO. El precio de los tres volúmenes, con lomo y puntas de chagrín y con la precisa condición del pago adelantado en el acto de suscribirse, será:

En la capital.....\$ 2 00
 En los Estados.....\$ 3 00

Los nuevos suscritores al PARNASO MEXICANO, que deseen adquirir la primera y segunda serie, podrán conseguirlo sin recargo ninguno, á la rústica los doce tomos de EL PARNASO con su Prima correspondiente por

\$ 1 50 En esta capital y
 \$ 2 50 En los Estados, y

encuadrada con lomo y puntas de chagrín, los doce tomos del PARNASO en tres volúmenes, y otro conteniendo la Prima, por

\$ 2 50 En esta capital y
 \$ 4 00 En los Estados.

A los suscritores á la segunda serie, seguiremos enviándoles de la serie tercera el mismo número de ejemplares que han venido recibiendo hasta ahora, si antes del 15 de Mayo, no avisan lo contrario ó dan nuevas órdenes.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Pidanse prospectos á la casa editorial LA ILUSTRACION, de *Rafael B. Ortega*, primera calle de Santo Domingo núm. 12, dirigiendo al mismo los pedidos de suscripción, tanto de esta capital como de los Estados.

Las personas que deseen recibir directamente su suscripción, pueden acompañar su pedido con el importe de ella, en sellos de correo del valor de diez centavos, seguros, de que á precisa vuelta de correo, serán satisfechos sus deseos.

LA ILUSTRACION.

LIBRERIA Y CASA EDITORIAL DE RAFAEL B. ORTEGA,

1ª CALLE DE SANTO DOMINGO N.º 12.

Dirección Telefónica N.º 27.—Apartado del Correo N.º 377.

Pequeño catálogo de obras literarias de venta en esta casa, que se despacharán por correo francas de porte. Los pedidos deberán venir acompañados de su importe en letras de fácil cobro ó en sellos de correo de á 10 centavos ó menos valor, expresando con claridad la dirección que deban llevar y el Estado á que pertenece el lugar de donde se hace el pedido.

CERVANTES.—Novelas ejemplares.....\$ 0 18
 CRISTÓBAL COLÓN.—Cartas y testamento..... 0 18
 DEMÓSTENES Y ESQUINES..... 0 18
 EL ESCARABAJO DE ORO.—Novela por *Edgard Poe*..... 0 18

EL PARNASO MEXICANO,

1.^a Série de 12 tomos y Prima.

Manuel Acuña.	Juan de Dios Peza.
Manuel M. Flores.	Sor Juana Inés de la Cruz.
Antonio Plaza.	Gullermo Prieto.
Ignacio M. Altamirano.	Manuel Carpio.
Esther Tapia de Castellanos.	José Rosas Moreno.
Ignacio Rodríguez Galván.	Joaquín Fernández Lizardi.

Prima de la 1.^a Série:

Versos del General D. VICENTE RIVA PALACIO.

2.^a Série de 12 tomos y Prima.

José Peon y Contreras.	Juan Valle.
Ignacio Ramírez.	Dolores Guerrero.
Luis Gonzaga Ortiz.	Fernando Calderón.
Isabel Prieto.	Ignacio Montes de Oca.
Agustín F. Cuenca.	Salvador Díaz Mirón.
Francisco Sosa.	Juan Díaz Covarrubias.

Prima de ésta Série:

EN EL UMBRAL DE LA DICHIA.—Drama en tres actos de
D. José Peon y Contreras.

PRECIO DE CADA SÉRIE.....	\$ 2 50
Los mismos encuadernados en 4 tomos con lomos y puntas de chagrín.....	4 00

ESTELA.—Bosquejo de un cuadro natural, por Felipe
S. Munguía..... 0 12

ESCRITORAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS.....	0 18
ESTUDIOS SOBRE LA EDAD MEDIA, por P ^e Margall.....	0 18
EL UNIVERSO EN LA CIENCIA ANTIGUA, por D. Felipe Pi- caloste.....	\$ 0 18
FABULISTAS, exitanjetos.....	0 18
LA HIJA DE NAZARET.—Poema religioso, por D. ^e Refu- gio Barragán de Toecano.....	0 25
LOPE DE VEGA, NOVELAS.....	0 18
LOS VIAJES DE MARCO POLO VENECIANO.....	0 18
NUÑEZ DE ARCE.—Poemas.—Un tomo que comprende los siguientes: EL VÉRTIGO, LA SELVA OSCURA, IDI- LIO, ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, ELEGIA, LA DUDA, Y LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN.....	0 18
LA PESCA.....	0 18
MARUJA.....	0 18

OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE.

Edición económica y muy correcta.

EL DOCTOR OX.....	0 18
EL RAYO VERDE, 1. ^a parte.....	0 25
» » » 2. ^a ».....	0 25
LA JANGADA 1. ^a parte.....	0 25
» » » 2. ^a ».....	0 25
» » » 3. ^a ».....	0 25
» » » 4. ^a ».....	0 18
LOS AMOTINADOS DE LA BOUNTI.....	0 12
MARTÍN PAZ.....	0 12

PEON Y CONTRERAS—EN EL UMBRAL DE LA DUCHA. —Drama en tres actos.....	0 50
POESÍAS LÍRICAS, alemanas.....	0 18
DE CALDERÓN DE LA BARCA.....	0 18
PROCESOS NOTABLES—Escandalosa acusación de D. Diego Bustillos, contra su esposa D ^a Magdalena Co- nese.....	0 25
QUEVEDO.—LOS SUEÑOS.....	0 18
RIMAS, de <i>Gustavo A. Becquer</i>	0 25
SELGAS.—FLORES Y ESPINAS.....	0 18

A demás de todas las obras anunciadas, tiene esta casa un magnífico surtido de obras elementales, científicas, etc., etc., cuyo catálogo está en preparación y lo remitirá por correo gratis á las personas que lo soliciten con su simple pedido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

U.A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

RECTORADO GENERAL DE BUENOS AIRES